SANTIAGO BLASCO

LOBO BLANCO LOBO NEGRO

NOVELA

algaida

SANTIAGO BLASCO

LOBO BLANCO LOBO NEGRO

algaida

A PILAR

Mañana, dentro de poco, será diez de abril.

Un día que, como siempre, estará cargado de una especial simbología para nosotros.

Una fecha que significará que habremos añadido un nuevo eslabón a esa particular cadena que juntos comenzamos a elaborar hace veintiún años.

Esa en la que tienen cabida todos a los que queremos, que son muchos. Ya sé que todo esto tú también lo sabes.

Pero me gusta contar y recordar esas anillas que representan cada año que hemos compartido.

Quiero añadirlas a mis mejores recuerdos porque deseo que crezcan como lo hace mi amor por ti.

Porque todos los días de mi vida son diez de abril de cualquier año.

Capítulo I

A principios del siglo XVIII el control sobre los territorios conquistados en América se encontraba muy consolidado para los intereses de la Corona española. Pero para dotar de mayor seguridad a los colonos que se aventuraron a establecer sus ranchos, así como a los religiosos que se prestaron a evangelizar a las diferentes tribus que se encontraron en dirección hacia las tierras del norte, se creó una línea de fortines fronterizos defensivos denominados presidios, que fundamentalmente estuvieron compuestos por fuerzas de infantería y por caballería de choque. De todos ellos, el de Santa Fe, en Nuevo México, era el que se ubicaba en la posición más avanzada.

Con la llegada desde Versalles de Felipe V como nuevo soberano de España en 1701 se reorganizaron las fuerzas castrenses, por lo que la caballería presidial pasó a denominarse «dragones» a imagen y semejanza de los escuadrones franceses. Pero la voz del pueblo prefirió conocerlos bajo el sobrenombre de «dragones de cuera», debido a que en su uniforme se había cambiado la antigua coraza y su inseparable yelmo, ambos de hierro, por una especie de gabán largo y sombrero de ala ancha, confeccionados con siete capas de cuero para evitar las heridas de las flechas enemigas. Estos jinetes fueron los encargados de patrullar las nuevas fronteras conforme los límites avanzaron de posición.

Por otro lado, franceses e ingleses iniciaron un paulatino acercamiento hacia algunas de las confederaciones indias más importantes, con claro perjuicio de otras tribus vecinas más débiles, quienes para salvar sus vidas se vieron obligadas a emigrar hacia las grandes praderas de Centroamérica. Muchos poblados desaparecieron y otros fueron desplazados de sus

territorios habituales de caza.

Por tanto, el movimiento de fronteras fue constante y varió muy rápidamente con sus consiguientes pactos o combates de aquellos que buscaban asentamientos diferentes, o que luchaban por mantener intactas sus viejas costumbres a las que no querían renunciar. Para los indígenas, aquellas señales que marcaba el hombre blanco para determinar su territorio no significaban absolutamente nada y jamás fueron respetadas. Para ellos, eran los parajes, los ríos y las montañas los encargados de indicar el paso de una zona de influencia a otra, con el obligado cambio de tribu dominante.

De los numerosos casos de rivalidades étnicas existentes entre las diferentes tribus vecinas que en su conjunto un día no muy lejano dominaron la totalidad del territorio norteamericano, siempre con mucho derramamiento de sangre en sus confrontaciones, se encontraban los pawnees y sus enemigos ancestrales, la tribu de los perros cazadores; ambos situados allá donde la abundancia de pastos de las grandes praderas facilitaba la caza del bisonte en sus migraciones.

Emparentada por un mismo tronco común con la gran raza siux, los perros cazadores eran verdaderos especialistas en el arte de la emboscada y de la guerra. Quizá debieron aprender semejantes técnicas a la fuerza, debido a las numerosas bajas que siempre les causaron sus mortales rivales por el control de la zona y la supervivencia del grupo. Por aquel entonces, su jefe máximo, el viejo guerrero Enapay[1], había conseguido consolidar las posesiones tribales a pesar del permanente empuje de los pawnees, quienes ahora contaban con la estimable ayuda de sus aliados, los franceses.

Para llevar a cabo su misión, Enapay contaba con la presencia de su hijo mayor, un joven guerrero respetado y querido por su pueblo, llamado Chaska[2], y con la existencia de su hija menor, Mahpee Yahto[3], quien verdaderamente era la que servía de revulsivo y ejemplo para el resto de las tribus siux distribuidas en varios clanes familiares, todos ellos emparentados entre sí. La razón se debía a que desde pequeña fue educada como si de un varón se tratara.

Y aunque resultaba más que evidente la diferencia de fuerza

en comparación con un hombre, a la hora de demostrar su valía no tenía rival alguno por ser la más habilidosa en el manejo del arco. Arma que la valió el reconocimiento del resto de la tribu y el derecho a ocupar un lugar de relevancia en el consejo a la hora de tomar decisiones importantes.

Bella mujer, afectuosa con los suyos, dulce y generosa, por el contrario, se convertía en el guerrero más despiadado cuando se enfrentaba a los pawnees o a los extranjeros que osaban ocupar sus tierras. Temida por sus agresivas reacciones, no conocía el miedo y siempre estaba dispuesta a salir a patrullar o a combatir contra quien fuera necesario.

En permanente estado de vigilancia por proteger a los suyos, igual que lo haría la loba más fiera, en realidad todos pensaban que debía ocupar el puesto de su hermano Chaska cuando faltara su padre. Pero las costumbres señalaban al varón y ella lo aceptaba sin poner ninguna traba. Tal vez, sabía que llegado el momento debería elegir pareja para perpetuar su dinastía y prefería emplearse a fondo mientras sucediera semejante hecho.

Pero ajenos a estas rencillas tribales y modos de vida, fueron los dragones de cuera los encargados de prestar sus servicios allí donde estuvieran situados los límites del Imperio español. Incluso en numerosas ocasiones se encargaron de organizar expediciones, bien de castigo, bien por pura exploración y conquista de los territorios limítrofes.

Era una fuerza especialmente entrenada en el combate cuerpo a cuerpo que recorría sin cesar la extensa frontera española. Combatieron doscientos años antes que el ejército norteamericano contra innumerables partidas de indios de diferentes tribus, tales como apaches, comanches, pawnees, mescaleros, navajos, y otras muchas más. Una patrulla solía estar formada por catorce dragones dispuestos a enfrentarse a cualquier contingente por muy superior que fuera. Las incorporaciones a este cuerpo eran voluntarias.

El cupo de miembros solía estar fijado entre seiscientos y ochocientos hombres para cubrir una extensión de seis mil kilómetros. Sin embargo, las solicitudes de ingreso superaban con creces esta cifra pues socialmente se consideraba una alta

distinción ser admitido. Frecuentemente, se dejaban acompañar en sus misiones por indios amigos que actuaban como exploradores y en ocasiones por otros soldados de reemplazo del ejército español. Los dragones de cuera fueron en su inmensa mayoría españoles o criollos[4].

Su fama de magníficos jinetes, incansables, combativos y eficaces, fue tan grande y legendaria entre las colonias americanas y entre las diferentes tribus contra las que combatieron, que cuando fueron disueltos poco después de la independencia de México, sus méritos fueron reconocidos por sus enemigos porque en sus más de trescientos años de historia militar, toda ella desarrollada en América, tan solo tuvieron atribuida una única derrota.

Esta es la historia de uno de aquellos valerosos lanceros, cuyos actos de valor al servicio de los intereses de España muchas veces quedaron sumidos en el más profundo de los olvidos…

Por el carácter indómito que poseían aquellos hombres, les daba lo mismo que para cumplir con la misión encomendada debieran transitar por caminos polvorientos bajo un sol abrasador, o que tuvieran que vadear caudalosos ríos. No suponía ningún impedimento que fuera necesario cruzar por empinados valles muy apropiados para las emboscadas, o que no les quedara más remedio que ascender por montañas.

Soportar los cambios bruscos de temperaturas o traspasar peligrosos desfiladeros, donde los esperaba la muerte detrás de cualquier recoveco, no les hacía retroceder lo más mínimo de sus pretensiones. Cuando tenían una orden que cumplir, los dragones de cuera perseguían a sus objetivos con la misma tenacidad que lo haría un perro de presa.

Estas características las conocían muy bien tanto el sargento Diego Cortés como el cabo José Mejía, más conocido entre sus hombres como el Criollo, porque las habían experimentado en sus propias carnes desde hacía muchos años. Pero ocurrió que a principios de enero de 1704 se intensificaron los ataques de comanches por un lado y de apaches por otro, ambas tribus en contra de colonos españoles, por lo que cada vez se hacía más necesario perseguirlos y acabar con la amenaza que suponían

para la seguridad de la zona.

No se trataba de escaramuzas organizadas, pues de todos era sabido que los dos grupos se odiaban a muerte, por lo que no cabía la posibilidad de que existiera un pacto previo entre ellos. Sin embargo, cuando atacaron indistintamente rancherías, misiones e incluso ciudades de cierta importancia, el gobernador de Nuevo México, Diego de Vargas, decidió actuar con la mayor de las contundencias. Para lo cual, no dudó en encargar esa complicada misión a la temida caballería presidial de los dragones de cuera.

Así las cosas, varias semanas después de que se produjeran los ataques partieron desde el presidio de Santa Fe catorce lanceros con todo su equipo de campaña al completo y al mando del propio gobernador, quien seguramente por prestigio ante sus superiores quiso intervenir personalmente en aquella expedición de castigo. Junto con los dragones también marcharon cincuenta soldados coloniales encabezados por el teniente Juan Páez Hurtado; hombre joven pero con bastante experiencia en la lucha fronteriza en otros lugares comprometidos.

Las informaciones facilitadas por los exploradores indios apuntaban que los apaches se encontraban apostados junto con otras tribus amigas cerca del lugar conocido como montañas Manzano, en las cercanías de Alburquerque. Los españoles forzaron la marcha para impedir que se refugiaran en aquellos riscos, lo que haría que la confrontación fuera mucho más difícil para sus intereses, a pesar de contar con la ayuda de indios del pueblo hopi, aliados de los españoles, que conocían muy bien las costumbres de guerra apaches. Su máximo jefe era un importante guerrero llamado Moki[5], que se mostraba orgulloso de servir como explorador a las órdenes de los ejércitos coloniales españoles.

Desde que salieron de Santa Fe, tanto Diego como José permanecieron juntos y muy atentos a cualquier movimiento sospechoso que pudiera delatar la presencia de alguna partida de indios hostiles. Su experiencia en este tipo de enfrentamientos les hizo ver la necesidad de mantenerse siempre alerta, pues detrás de cualquier mata podía

permanecer un enemigo al acecho.

Sin embargo, y en previsión de cualquier desagradable sorpresa, el camino que eligieron era plano y árido; pero también el más seguro. Aunque estaba bordeado por montañas dejaba suficiente distancia de margen para protegerse de una posible emboscada. La tierra se levantaba al paso de los cascos de las cabalgaduras por lo que creaba una polvareda que resultaba difícil de ocultar a los agudos ojos de los apaches o comanches, ya que claramente indicaba su presencia a muchas leguas de distancia.

Conforme se alejaron de los dominios del presidio comenzaron a reconocer restos de lo que debieron ser en su día carromatos de colonos que se arriesgaron a cruzar por aquellas peligrosas tierras sin la debida protección. Ahora, los tablones de madera estaban rotos, quemados y desperdigados entre la escasa vegetación del lugar, por lo que presentaban un aspecto lamentable.

Al principio, se encontraron con despojos aislados que les hicieron suponer la existencia de una persecución que debió acabar de mala manera para los dueños de las carretas. Pero el hecho de no encontrar cadáveres, al menos les hizo concebir la esperanza de que no se hubieran producido muertos. Pero a medida que avanzaron, localizaron con mayor frecuencia las señales inequívocas de escaramuzas que debieron acabar en tragedia.

Algunas flechas se perdieron al quedar clavadas en el interior de algunos matojos, lo que fue suficiente pista para que los indios exploradores reconocieran su procedencia y confirmaran que se trataba de apaches, no todos de la misma tribu. Sin embargo, en otros escenarios las flechas parecían proceder de partidas de comanches, lo que dejó bastante despistados incluso a los exploradores indios.

—¡Busquen por los alrededores! Seguro que encontramos los cuerpos de estos pobres desgraciados —ordenó el teniente a sus hombres.

Pero el gobernador estaba más interesado en localizar a esas partidas de indios hostiles que en recuperar los cadáveres de colonos por quienes ya no se podía hacer nada. Y aunque no

quiso contradecirle delante de los soldados, en cuanto se encontraron a solas le pidió que en lo posible no retrasara la marcha de la expedición.

Mientras se acercaron a las posiciones ocupadas por el enemigo las muestras de saqueos y robos fueron cada vez más evidentes, hasta que al final encontraron a familias de colonos españoles despellejadas en vivo, sin respetar a hombres, mujeres y niños. Curiosamente, no se encontraron niñas, por lo que supusieron que se las habían llevado consigo para ser esclavizadas en sus campamentos, intercambiarlas con otros indios, o quizás para convertirlas en sus mujeres.

—¡Teniente! Por favor; ordene a algunos de sus hombres que todas las víctimas que encontremos sean enterradas cristianamente —le pidió el gobernador después de comprobar la magnitud de tanta barbarie.

—¡Como ordene!

—Sean apaches o comanches los autores de estas muertes, no es normal que dejen a sus víctimas morir sin contemplar su sufrimiento —informó Moki, el jefe indio de exploradores a Diego.

—¿Por qué crees que lo hacen? —preguntó el dragón.

—Saben que los perseguimos y quieren que veamos lo que son capaces de hacer.

—¿Para qué?

—Puede ser para atemorizarnos o quizá para retrasar nuestra marcha.

—Entonces es que no nos conocen. Por eso creo que deben de ser comanches los responsables.

—¡No lo tengo yo tan claro! Saben que si no lo consiguen, al menos crearán un odio tan profundo en el corazón que la ira nos cegará cuando llegue el momento de entablar combate y así tendrán una oportunidad de victoria.

—Entiendo lo que dices. Se lo comunicaré a mis superiores.

—Si informas de lo que sabemos y piensan que los responsables son comanches, entonces lo más seguro es que ocurra lo de la última vez —le recordó José a su amigo.

—Que no quieran que entremos en combate contra ellos, para no desobedecer las instrucciones superiores emitidas por

el virrey de Nueva España —contestó Diego.

—Efectivamente.

—Ya sabes que nuestra obligación es contar todo lo que pueda ayudar a nuestros compañeros de armas.

—Pero en este caso esos indios merecen un castigo ejemplar, cualesquiera que sean los culpables.

Diego no contestó y se marchó a la posición del teniente para comunicarle sus informaciones.

Unas leguas más adelante, en una especie de llano que contaba con la protección de algunos árboles que crecieron por la proximidad al río Grande, frente a las montañas Sandía, lo indios exploradores encontraron los restos aún humeantes de lo que quedaba de una carreta que había sido atacada poco antes.

Los primeros en llegar fueron los dragones de cuera y algunos no pudieron contener las lágrimas cuando descubrieron cuatro cuerpos completamente despedazados y sin cabelleras. Se trataba de un matrimonio joven y de sus dos hijos varones. Hasta ahí, aunque se trataba de una escena execrable, todo hubiera resultado exactamente igual que en los casos anteriores.

Pero aquella mujer tenía algo muy especial; se encontraba en un estado muy avanzado de embarazo. Para su desgracia, le habían arrancado a machetazos, y a lo vivo, al bebé que llevaba dentro de sus entrañas. Aquello fue más de lo que un curtido hombre de la frontera, por poca sensibilidad que tuviera, podía soportar sin emocionarse. Aquella mujer en verdad era guapa y verla en ese estado hacía hervir la sangre a cualquiera.

Fue José quien se presentó voluntario para enterrar a aquella mujer junto a su hijo no nato, y además no permitió recibir ayuda de ninguno de sus compañeros; ni siquiera de su íntimo amigo Diego. El sargento de dragones de cuera, al ver su comportamiento, supuso inmediatamente que aquello no le reportaría nada bueno. Tal vez, porque de alguna manera su amigo imaginó aquella terrible situación con lo que le podría suceder a su propia mujer en caso de que algún día se encontrara en una circunstancia parecida.

—No es buena idea que hagas tú solo esto —le aconsejó.

—No te entiendo.

—Esta es una situación con la que percibo que por alguna razón te sientes demasiado sensibilizado y no es recomendable que intervengas.

—¡No entiendo lo que quieres decir! —le replicó con energía.

—¿No, verdad? ¿Por eso te muestras tan agresivo?

—¡Lo que me ocurre es que estoy harto de tanta barbarie!

—Llámalo como quieras. Pero si entramos en combate y no mantienes la calma, seguro que cometerás alguna imprudencia que te puede costar caro a ti o a tus compañeros. ¡Y eso no lo puedo permitir!

—¡No es cierto! ¡No tengo nublado el juicio! ¡Solo quiero dar sepultura a esta pobre mujer y a su inocente hijo! ¡Nada más!

—Está bien. Sea como quieres. Pero recuerda que estoy a tu lado.

—No necesito ninguna niñera que me cuide.

—Pues yo creo que no te comportas de la manera habitual, y eso me preocupa. Creo que hay algo que no me cuentas.

José no contestó pero continuó con el trabajo de cavar una zanja que fuera lo suficientemente grande para acoger los dos cuerpos. Mientras realizaba aquel ingrato cometido, el grado de indignación entre la tropa fue en ascenso hasta que llegó a su punto más álgido, justo cuando terminó de colocar una sencilla cruz hecha con parte de las maderas que aún permanecían calientes. Después de un breve responso que dirigió el propio gobernador reanudaron la marcha en busca de los asesinos.

Como si les hubieran insuflado nuevos bríos, tanto estimularon los jinetes a sus caballos que parecían volar sobre aquella tierra reseca y empedrada en forma de gravilla.

—¡Tú sabes quiénes han hecho esta carnicería! ¡Dime quiénes han sido los responsables!

Se acercó José a Moki, el jefe de exploradores indios, para pedirle explicaciones.

—Pueden haber sido los comanches; pero también los

apaches se ensañan de esa manera con sus víctimas. A ambas tribus les gusta torturar de mil formas diferentes a sus prisioneros.

—¡Algo nos ocultas y eso no me gusta nada!

—Te aseguro que estoy tan sorprendido como vosotros. ¡Nunca vi nada igual!

—Las flechas que hemos recogido son de diferentes tribus, y no has hecho la menor observación —intervino Diego en la conversación.

—Estoy confundido y prefiero callar antes de equivocarme.

—¿Qué quieres decir?

—Que si estuviera solo con mis hombres les ordenaría que dieran la media vuelta inmediatamente.

—¿Por qué?

—Porque hay demasiadas flechas apaches, pero de muchas tribus diferentes.

—¿Eso quiere decir que se han aliado contra nosotros?

—¡Bien pudiera ser! Pero también puede ser una estrategia de un grupo de comanches para que creamos que son muchos apaches los que nos esperan entre aquellas montañas.

El jefe de exploradores indios señaló las montañas conocidas como Manzano.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Si lo estuviera, ya se lo habría comunicado al teniente. Pero aquel lugar puede camuflar a un ejército entero. Si yo fuera el jefe de esos indios, y me sintiera perseguido, no dudaría en esconderme allí y atacar cuando el momento fuera propicio.

—¿Entonces, por qué tantos asesinatos violentos? ¿Si estamos tan cerca, es lógico correr el riesgo de que los alcancemos? —señaló José.

—Da la impresión de que quieren que los sigamos con toda la ira acumulada por deseos de venganza —exclamó Diego.

—Puede que sea una pequeña partida que nos quiere conducir a algún lugar donde nos esperan muchos más. O quizás, solamente sean unos cuantos que quieren cometer robos y asesinatos para sembrar el pánico. Es una manera de evitar que alguien venga por la zona y se quede con el dominio

de este territorio. La verdad es que no estoy seguro —contestó Moki.

---

[1] «Valiente» en lengua siux.

[2] «Primogénito» en lengua siux.

[3] «Cielo azul» en lengua siux.

[4] Descendiente de españoles nacido en territorio americano.

[5] «Venado» en dialecto hopi (hablado por las tribus de los indios pueblo).

Capítulo II

Estaba a punto de anochecer, y no parecía muy recomendable continuar con la búsqueda, por lo que el gobernador decidió acampar bajo la protección de las faldas de las montañas Manzano; un macizo rocoso en forma de cordillera desde cuya cima se dominaba una visión de bastante distancia a la redonda.

—¡Saben perfectamente que estamos aquí! —exclamó José.

—¡Eso en el caso de que verdaderamente se encuentren ahí arriba! —replicó Diego.

—Apostaría mi vida a que ahora mismo nos observan con el ánimo de encontrar un punto débil en nuestras defensas.

Indicó el jefe de exploradores indios, quien desde la última conversación no se había separado del lado de los dos amigos.

—Normalmente los apaches no suelen atacar de noche —aseguró Diego.

—Yo no dormiría tranquilo esta noche —les aconsejó el jefe de exploradores.

—Siempre he pensado que por la noche los indios pierden bastantes facultades y esa es la razón por la que prefieren el día para combatir —añadió José.

—Eso puede que fuera antes. Pero de un tiempo a esta parte, las costumbres de los indios de estos territorios cambian según las nuevas circunstancias que marcan los movimientos de los conquistadores. Unas veces nos hemos visto obligados por los españoles, y en otras ocasiones por tribus que nos invaden al ser expulsadas de sus zonas de caza. La única verdad es que somos diferentes a lo que fueron nuestros antepasados. Si además tienes en cuenta que esos comanches actúan de una manera distinta a cualquier otro pueblo que conozcas, yo no me fiaría tanto —insistió Moki, el jefe de exploradores indios.

El gobernador Diego de Vargas pidió consejo al teniente Juan Páez Hurtado sobre la manera de acampar, por la amenaza que suponía la presencia tan cercana de indios hostiles, y este hizo lo mismo con el sargento de dragones Diego Cortés.

—¡Dígame, sargento! Usted que tiene más experiencia en combatir a estos indios. ¿Qué recomendaría para pasar la noche?

—Tanto sin son apaches como si son comanches, yo no levantaría las tiendas ni me situaría alrededor de ninguna fogata. Creo que resguardaría a los hombres en previsión de un ataque nocturno y les ordenaría que durmieran por turnos.

—¿Y no podría ser una alianza entre apaches y comanches? —preguntó el gobernador.

—No es posible, porque son enemigos irreconciliables. Son muchas las masacres que han perpetrado los comanches sobre casi todos los diferentes clanes de apaches; algo que no pueden olvidar y han jurado vengar —contestó el dragón.

—¡Está bien, sargento! ¡Puede retirarse! —intervino el teniente.

A media noche, cuando todo parecía estar en calma, una lluvia de flechas incendiarias cayó sobre unas hogueras que calentaban unas mantas que se encontraban vacías.

La contestación por parte de la fuerza expedicionaria española fue inmediata, y una descarga de mosquetones se dirigió hacia el origen de las estelas que dejaron las llamas al cruzar el estrellado cielo. Pronto se oyeron muchos gritos lastimeros, fruto sin duda de los estragos que causaron las balas de plomo en los cuerpos de los enemigos que fueron alcanzados.

Las siguientes oleadas de flechas se hicieron a ciegas por lo que no dejaron ninguna opción de respuesta. Se volvió a repetir otra descarga hacia los mismos lugares de la vez anterior, pero la falta de quejidos dio a entender a los españoles que los objetivos se habían movido de posición y no se hizo blanco en ninguno de ellos. No quedaba otra opción que protegerse de los silbidos de las saetas y esperar hasta que amaneciera.

Conforme se consumieron las horas nocturnas, los ataques mediante el uso de los arcos fueron más esporádicos y apenas causaron algún herido entre las filas españolas. Pero nada más despegar el alba, un ataque masivo se produjo sobre el campamento. Indios con las caras pintadas salían por todas partes armados con lanzas, hachas y escudos.

Sin apenas preparación, una descarga de mosquetes barrió literalmente la primera línea de ataque enemiga. Pero a pesar de su rápida acción no les dio tiempo a repetir una segunda descarga, ya que atacaban en tropel y apenas había margen de maniobra por la acumulación de guerreros y soldados en aquel pequeño llano bordeado por densa vegetación y rocas.

Algunos efectivos españoles aún tuvieron tiempo de usar sus pistolas pero enseguida se produjo el inevitable enfrentamiento cuerpo a cuerpo. En esta parte del combate los que llevaron la mejor parte fueron los dragones de cuera, quienes ya en los primeros compases mostraron una eficacia que triplicaba a la del resto de sus compañeros de armas.

De hecho, en ese preciso instante en que se establecieron los emparejamientos, pudieron comprobar que la identidad de los indios era de apaches en su totalidad, aunque había bastantes familias reunidas de diferentes clanes.

Todos se batieron con sumo coraje y valor pero la efectividad de los lanceros en posición de combate enseguida fue captada por sus enemigos, quienes al ver su forma de pelear evitaron el enfrentamiento directo contra ellos. Sus preferencias claramente se dirigían hacia los otros cuerpos coloniales o directamente sobre los indios amigos de los españoles, actitud que obligó a los dragones a mover sus posiciones para ir al encuentro de cuantos guerreros descendían de las alturas.

Después de un durísimo combate que se prolongó durante toda la mañana, no parecía que los apaches estuvieran dispuestos a ceder un ápice de terreno, o como en otras ocasiones emprendieran la retirada cuando veían que la cosa se les ponía fea para sus intereses.

Esta vez, más bien daba la impresión de que no les importaba el coste de efectivos que suponía mantener aquella

intensidad, si con ello podían esperar a que el enemigo se debilitara por el lógico cansancio acumulado. Su estrategia no era otra más que conseguir que el agotamiento les diera una buena oportunidad para rematar a los españoles que en aquellos momentos se encontraban completamente rodeados, aunque protegidos por su espalda por altas elevaciones rocosas.

Excepto los dragones de cuera, que no dudaron en penetrar entre las líneas enemigas para entablar combates mortales cuerpo a cuerpo, donde las habilidades de los lanceros españoles superaban con creces los ataques de los numerosos apaches, el resto de los fusileros permanecieron formados en semicírculo con las bayonetas caladas, que dirigían a modo de picas para contener las avalanchas de indios que se les venían materialmente encima.

Los dragones de cuera usaban cuchillos, hachas, lanzas, sables o cualquier arma que conseguían arrebatar al enemigo, que utilizaban con la maestría del más experto de los apaches. Les daba lo mismo usar una que otra si con ello acababan con el mayor número posible de enemigos, que ya se amontonaban por el efecto de los contundentes golpes recibidos.

Aquella confrontación estaba descrita con los tintes más sangrientos que nadie pudiera imaginar, y el resultado final todavía se mostraba sumamente incierto. Pero ocurrió un detalle que a la postre decidió el signo de aquella batalla campal.

Capítulo III

El cabo de dragones de cuera, José Mejía, el Criollo, se encontraba rodeado de enemigos que se quitaba de encima mediante certeras estocadas propinadas con un sable que magistralmente manejada con su mano derecha, y con remates mortales con un cuchillo de grandes dimensiones que portaba con la izquierda y que hacía las veces de daga de caridad.

Pero en un instante determinado del combate, justo cuando parecía que se encontraban en el momento más álgido del mismo, reconoció que uno de los indios llevaba colgada del cinto una larga cabellera de color castaño claro y un poco más rubio a mechas por su centro.

Todavía el cuero cabelludo estaba sin secar y presentaba un importante rastro de sangre, señal evidente de que había sido arrancada poco tiempo antes. Aquel pelo sedoso que se movía al viento y al compás de los obligados movimientos de aquel guerrero no le dejó ninguna duda al cabo. Se trataba del cabello de aquella mujer embarazada que enterró con sus propias manos.

Verlo colgado del cinturón de aquel indio le revolvió por dentro de tal manera que un sentimiento de indignación e ira le recorrió el cuerpo. Ya no le miró como a un simple enemigo; ahora se trataba de un carnicero sin escrúpulos al que había que eliminar mediante la aplicación de su propia medicina. Era necesario darle un ejemplar escarmiento para que todos sus hermanos de sangre lo vieran, y así supieran la manera de vengar los españoles a sus muertos.

Se abrió camino entre todos los enemigos que se pusieron por delante hasta que llegó a la altura de aquel indio y sin mediar palabra alguna, ni hacer gesto que le delatara, entabló combate singular con el desconocido. Hubo muy pocos intercambios de golpes pues enseguida le clavó el cuchillo por

un costado, lo que le dejó fuera de cualquier reacción posible.

Sin embargo, tuvo tiempo para entretenerse en quitarle la cabellera de la mujer y antes de que las heridas que le acababa de producir le hicieran perder el conocimiento o incluso muriera, ante el asombro de quienes con ellos se encontraban, se le aproximó hasta que ambas caras se tocaron. Fue entonces cuando le mordió una oreja con un salvajismo inusitado e impropio de un militar. No dejó de morder y estirar para sí hasta que no tuvo el pabellón auricular entre los dientes.

Aunque aquel indio gritaba de dolor igual que un animal herido que fuera a ser sacrificado en el matadero, no se apiadó lo más mínimo de él. Todavía con lo que quedaba de la oreja del enemigo entre los dientes, la sangre que aún manaba había enrojecido la boca del cabo de dragones, quien le dejó caer al suelo con el fin de cortarle la otra oreja y la nariz, para recoger los pedazos de ambos miembros y guardárselos en propiedad como si fueran sendos trofeos de caza. Aquella larga y fosca cabellera negra que lucía el indio se mostró propicia para ser arrancada de un solo tajo, y José actuó en consecuencia.

Era la primera vez que hacía semejante cosa y la falta de experiencia se materializó con un corte limpio, si bien se llevó por delante parte de la mitad del cráneo; un trofeo que quiso mostrar a todos los contrincantes en señal de supremacía militar. Traspasó con su daga el cuero cabelludo para que no se desprendiera y comenzó a agitarla al viento como si se tratara de una banderola a modo de estandarte a la vez que mordisqueaba el pabellón auricular como si fuera un trozo de comida cualquiera, mientras la sangre le corría por la comisura de los labios.

Aquella imprevista actuación, impropia de un militar, dejó paralizados a cuantos se encontraban a su alrededor. Pero lejos de suponer su acto una acción punible por parte de sus camaradas de armas, la realidad fue que animó a los otros dragones que le acompañaban en aquel instante, quienes de inmediato le copiaron en su comportamiento y comenzaron a hacer lo mismo con los enemigos caídos.

Aquella reacción en cadena de los dragones de cuera acobardó hasta tal punto a los indios que todos los que aún se

mantenían en pie, incluso aquellos que necesitaron ayuda para escapar, comenzaron a desaparecer montaña arriba como si los persiguieran los más peligrosos de los demonios.

Tras ellos, en cuanto desaparecieron de su vista, dejaron un reguero de sangre que difícilmente se podía borrar de la memoria de quienes participaron de aquella carnicería. Los cuerpos de cadáveres y heridos se amontonaban por doquier sin distinguir a qué bando pertenecían porque era más elevado el número de contrincantes caídos que el espacio de terreno que quedaba disponible para moverse. Ninguno de los allí presentes recordaba haber participado en otra campaña con resultados parecidos.

Los indios que quedaron tendidos en aquel improvisado campo de batalla lo hicieron porque la gravedad de sus heridas no les permitió acompañar a sus compañeros, lo que significaba que en poco tiempo morirían si remisión en cuanto se les infectasen los importantes cortes o los agujeros de entrada de bala que presentaban en órganos vitales.

Sin embargo, aunque sabían lo que les aguardaba en los próximos movimientos de sus enemigos, no parecía importarles demasiado el hecho de que todos ellos tenían muy cercano su último suspiro. Más bien se mostraban atemorizados por lo que les pudieran hacer antes de convertirse en espíritus de las cosas.

—¡Nunca te vi hacer semejante barbaridad!

Le increpó su amigo Diego en cuanto se aproximó a su lado. Pero José, para contestar, primero tuvo que escupir lo que le quedaba de ternilla en el interior de la boca.

—Será porque nunca sentí tanto odio por nadie.

Contestó tranquilo mientras se inclinaba para arrebatar al indio muerto la cabellera castaña clara de aquella mujer que enterró horas antes.

—La verdad es que no te reconozco. Creo que por culpa de tu iniciativa hoy hemos perdido esa caballerosidad que debe imponer en el campo de batalla todo buen soldado español.

—¡Déjate de monsergas, que con eso no se ganan las guerras! Hoy hemos hecho retroceder a un contingente de indios muy superior a nosotros. Los hemos derrotado con

contundencia en todas las líneas y por eso debemos estar contentos. Hoy hemos salvado muchas vidas, y tú te preocupas por el buen hacer en el combate. Si por mí fuera, ahora mismo los perseguiría hasta acabar con todo ellos Ya sabes; muerto el perro, se acabó la rabia.

—¡Enhorabuena, cabo! —el teniente intervino sin dejar responder al sargento Diego Cortés.

—Gracias, mi teniente —contestó José agradecido.

—Quiero que sepa que en cuanto regresemos a Santa Fe le voy a proponer para un ascenso.

—Le quedo muy agradecido, mi teniente.

—Lamentablemente, no quiero perseguirlos pues el gobernador ha caído herido y debemos regresar cuanto antes para que sea debidamente atendido.

—¡Los dragones de cuera podemos perseguirlos! —exclamó José, todavía insatisfecho.

—Admiro su valentía, pero considero que sería un sacrificio innecesario. Es una fuerza muy superior que por mucho que sepan combatir, no son suficiente catorce dragones de cuera para hacerles frente.

—Pero dos de nosotros podríamos seguirlos sin que fuéramos localizados para descubrir dónde se esconden.

—No es mala idea, aunque sí muy arriesgada.

—Si pide voluntarios, seguro que alguien se interesa.

—Está bien. ¿Quién quiere presentarse para esta misión?

Prestaron su conformidad los catorce dragones, quienes dieron un paso al frente prácticamente a la vez.

—¡Inaudito! ¡Admirable tanto valor! —exclamó el teniente maravillado por semejante comportamiento.

—Tendrá que designarlos usted mismo, mi teniente —dijo José.

—Ya que la idea ha sido suya, creo que usted debe ir y también elegir a quien quiera para que le acompañe —le contestó el teniente.

—Perdone, mi teniente. Creo que por ser quien más graduación tiene entre los dragones de cuera, debo ser yo quien designe a los dos voluntarios para realizar esta misión —le interrumpió Diego Cortés.

—He oído que todos ustedes están capacitados para realizar actos inverosímiles; imposibles para soldados normales.

—Así es.

—Entonces, dará lo mismo quien vaya.

—Efectivamente, mi teniente. Quien vaya, y quien regrese con el grueso a Santa Fe —insistió Diego Cortés.

—De acuerdo, sargento. Usted decide.

—Gracias, mi teniente. Iremos el cabo José Mejía y yo mismo.

—No me gusta quedarme sin los dos dragones de máxima graduación.

—Le garantizo que el resto de los que se quedan con usted sabrán hacer su trabajo de escolta exactamente igual que si estuviéramos con ellos. Por eso no debe preocuparse. Pero esta misión de perseguir al enemigo en el interior de su territorio, y además sin ser visto, requiere algo más de experiencia. Los más antiguos somos el cabo y yo, y por eso creo que debemos ir nosotros.

—Está bien. Pero quiero que regresen a Santa Fe lo antes posible, pues de lo contrario no servirá para nada su sacrificio. Ya saben que suelen cambiar con bastante frecuencia de campamento, por lo que si esperamos mucho tiempo es seguro que cuando queramos atacarlos ya se habrán ido a otro lugar.

—En cuanto conozcamos la ubicación regresaremos enseguida —contestó Diego.

—Por cierto. ¿Alguien me puede explicar por qué han huido de esa manera tan vertiginosa y por qué estos que ya están medio muertos ahora parecen tener tanto miedo? —preguntó intrigado el teniente.

—Verá, mi teniente. Los apaches, como el resto de las tribus, creen firmemente que para que un guerrero pueda entrar en el paraíso es necesario que lo haga con todas las partes del cuerpo intactas. Si le falta algún órgano por haberlo perdido en combate estará obligado a vagar para toda la eternidad porque no podrá adoptar la forma de espíritu. Al ver lo que los dragones hacían con los caídos, han interpretado que muchos de ellos jamás podrían reunirse con sus seres queridos ni regresar a los campamentos donde formarán parte de la

naturaleza. Por eso han cogido miedo y han preferido la retirada —le explicó Moki.

—¿Eso crees tú también? —le preguntó el teniente.

—Sí. Todos lo creemos.

—Muy interesante.

—¿Adónde crees que irán? —preguntó Diego a Moki.

—Si yo fuera apache iría a las tierras de los navajos. Son primos y allí encontrarán la seguridad de su protección. Saben que el gran número de guerreros navajos no permitirá que nadie, incluidos los temidos dragones de cuera españoles, los aprese en su territorio. No tienen mejor lugar donde ir, salvo que prefieran volver a pelear. Nadie los recibirá mejor y podrán recuperarse del duro golpe que hoy les hemos causado.

—Mayor razón para que solamente los sigan a distancia y averigüen dónde acampan —insistió el teniente.

—¡Mi teniente! Yo también me ofrezco voluntario para acompañarlos —solicitó permiso Moki.

—Hemos dicho que serán dos —interrumpió el cabo de dragones.

—Donde van dos pueden ir tres sin que se note. Además, nadie puede enseñar a un indio a seguir un rastro ni a evitar que localicen su presencia. Ustedes dos saben que me necesitan para recorrer las tierras de los navajos.

—Tiene razón, mi teniente —añadió Diego.

—¡Irán los tres!

Autorizó el teniente después de sopesarlo durante algunos segundos.

—Partan cuanto antes para no perder el rastro. Nosotros esperaremos a que el médico prepare al gobernador para que pueda viajar. Lamento no poder prestarles más ayuda —los despidió el teniente.

—No se preocupe, mi teniente. Llevan muchos heridos que dejarán un rastro muy claro —respondió Diego.

En apenas un suspiro, los tres hombres ya estaban dispuestos para seguir al grueso de los apaches. Los caballos estaban descansados y los equipos colocados sobre los lomos de una mula que también llevarían como animal de carga.

Después de las consabidas despedidas y de los buenos

deseos de un pronto reencuentro los perseguidores emprendieron un camino incierto en cuanto a su contenido, puesto que sabían con toda seguridad que a la postre los iba a llevar hasta el corazón de las peligrosas tierras del pueblo navajo.

Capítulo IV

Las huellas que los apaches dejaron en su precipitada huida al principio fueron excesivamente claras e inconfundibles. Seguramente, el motivo estaba relacionado con lo único que en aquellos momentos debían tener en la cabeza: abandonar cuanto antes aquel terrible escenario donde sus pérdidas en vidas lo convirtieron en una verdadera carnicería.

Fue un pequeño rellano que los españoles supieron utilizar en su propio beneficio, al conseguir vencer con unos cuantos soldados de reemplazo, un destacamento de indios aliados y catorce dragones de cuera, a una partida de apaches muy superior en cuanto al número de efectivos.

Pero conforme avanzaron por aquel terreno, el rastro quedó cada vez más diluido. Era como si ahora sus mocasines apenas rozaran la tierra y los cascos de sus caballos tuvieran pequeñas alas que servían para elevarlos un palmo del suelo.

—¿Por dónde piensas llevarnos, Moki? —le preguntó José.

—No quiero que nos expongamos en terreno abierto, porque sería muy fácil descubrirnos a nada que dispongan centinelas en la retaguardia de la partida. He pensado que lo mejor es cubrirnos con cierta distancia de seguridad que debemos dejar. También nos cobijaremos debajo de toda la vegetación que encontremos, y además, utilizaremos de camuflaje los bordes de las montañas para no presentar ningún movimiento fácil de localizar.

—Y si tenemos que cruzar por alguna llanura, esperaremos a que se haga de noche —exclamó Diego.

—Así es.

—Me parece muy buena elección —contestó Diego.

—Pero eso nos retrasará bastante y puede que los perdamos —señaló José.

—Es difícil perder a un contingente tan grande.

—Con los indios nunca se sabe.

—Pues tendremos que correr ese riesgo.

—Como digas.

Hasta que no abandonaron la zona de influencia del lugar conocido como Bernalillo, camino al presidio de Santa Fe, la marcha discurrió bastante veloz pues los primeros interesados en recorrer ese territorio lo antes posible eran los propios apaches, que no se sentían seguros dentro de las líneas enemigas y por tanto en territorio controlado por las fuerzas coloniales españolas. Pero en cuanto se hubieron alejado lo suficiente, comenzaron a realizar sus habituales maniobras de evasión.

—¡Se empiezan a dividir en partidas más pequeñas! —exclamó Moki.

—¿Qué hacemos? ¿Nos dividimos también nosotros? —preguntó José, el Criollo.

—¿Qué te parece, Moki? —le preguntó Diego.

—Ahora se dividen, pero luego quizás se volverán a juntar. No es necesario que nosotros hagamos lo mismo. Creo que es mejor permanecer juntos y seguir a una de ellas. Si han decidido que cada clan regrese a su campamento no tenemos nada que hacer. Pero en mi opinión, no es propio del pueblo apache aceptar una derrota semejante y regresar cabizbajo con el rabo entre las piernas como un perro apaleado. Me inclino a pensar que se agruparán en algún lugar del territorio navajo para preparar un nuevo ataque.

—¿Qué partida deja mejor rastro? —preguntó Diego al explorador indio.

—Todavía no lo sé. Espera a que recorramos un poco más de trecho. De momento, ceo que debemos seguir el rastro de la que parece seguir en línea recta hacia la montaña sagrada de los navajos.

—¿El lugar al que llaman la roca con alas[6]? —preguntó José.

—¡Esa misma! Para ellos es sagrada porque representa al pájaro gigante que creen fue el encargado de trasladarlos hasta sus territorios.

—¡Yo la he visto solo una vez! ¡Estaba nevada y realmente

me pareció impresionante! Es una gran roca que se encuentra muy elevada sobre el suelo por una meseta intermedia que hace las veces de escalón —exclamó José.

—Está en medio del desierto y se la puede ver desde mucha distancia. Pero lo más importante para los apaches es que desde allí ellos pueden divisar una extensión enorme de terreno —añadió Moki.

—Entonces, el problema será para nosotros —Diego hizo la observación.

—Es cierto, porque sabrán si los persigue un ejército o solamente tres hombres —indicó José.

—En ese caso, será más fácil que tres hombres pasen desapercibidos —añadió Moki.

Continuaron su marcha sin apenas exigir a los caballos pues su objetivo no era alcanzar a los perseguidos. Solamente tenían que descubrir el lugar donde tenían establecido su campamento principal.

Pero conforme transcurrieron las horas los tres hombres se dieron cuenta de que habían acertado en su elección, pues comenzaron a aparecer pequeñas tumbas hechas sobre la propia tierra dura y caliente de aquellas tierras, en las que habían depositado grandes piedras en forma de losas con el fin de tapar los cuerpos que allí reposaban.

Eran muy pequeñas excavaciones, quizás debido a la falta de tiempo, que se limitaban a medio esconder el cuerpo del guerrero para evitar que fuera descubierto o comido por las alimañas. Por eso, no les costó demasiado esfuerzo levantar un par de aquellas rocas lisas y comprobar la etnia de los que estaban enterrados.

—No hay duda; son miembros de la partida de indios apaches con los que nos hemos enfrentado —señaló Moki.

—Me gustaría comprobar si todos son apaches —solicitó Diego a sus acompañantes.

—Levantaremos algunas tumbas más, según aparezcan a lo largo del camino —contestó José.

No tuvieron que esperar mucho tiempo más pues cada vez localizaban con mayor rapidez pequeños túmulos que se levantaban del suelo de manera artificial. Al principio, los

indios que se encargaron de realizar las excavaciones se cuidaron de ocultar los cuerpos ya sin vida de sus muertos entre laderas empedradas de cualquier loma o camuflados entre riscos que tapaban con rocas.

Pero ahora que el terreno se había vuelto mucho más plano tenían menos lugares donde elegir y por consiguiente, eran menos escrupulosos a la hora de elegir los sitios más adecuados para albergarlos.

Después del último descubrimiento, Moki se dirigió a los dos dragones de cuera.

—Este que tenemos aquí es un indio navajo.

—¿Estás seguro? —preguntó José.

—Completamente.

—¡No puede ser! ¡Esto que dices es muy grave! Los navajos tienen un pacto con los españoles que no les permite intervenir fuera de su territorio en ataques contra nuestras tropas —exclamó Diego enfurecido.

—¡No lo niego! Pero este indio que yace muerto en este agujero es navajo. ¡Mírale bien! No hará más de dos días que ha muerto. No cabe ninguna duda de que es un miembro de la partida que perseguimos —insistió Moki.

—Esto cambia muchos las cosas. Si los navajos se unen a los apaches puede ser una verdadera masacre. Nadie estará seguro a lo largo de la frontera. ¡Debemos regresar de inmediato para avisar de lo que hemos descubierto! —les ordenó Diego.

—¡No adelantemos acontecimientos! ¡Vamos a seguirlos a ver si averiguamos el grado de implicación de los navajos! —sugirió José.

—¿Es que no tienes suficiente con esta prueba? —preguntó Diego.

—¿Y si solamente fuera un renegado que se ha unido a los apaches? ¿Eso no explicaría este hallazgo? —contestó José.

—El cabo dice la verdad. Debemos estar más seguros —apuntó Moki.

—¡Tenéis razón! Ahora, todavía es más importante localizar al grupo principal para comprobar si tiene relaciones guerreras con los navajos y sobre todo en contra de los intereses de los españoles.

Cuatro días transcurrieron y cada vez aparecían más cadáveres que mostraban signos de haber fallecido recientemente, señal evidente de que los heridos no conseguían superar las infecciones producidas. Pero durante la mañana del quinto día, cuando marchaban bajo un sol abrasador que apenas dejaba respirar, a la vuelta de un recodo bien protegido por unas grandes rocas los esperaba Moki sin hacer ruido ni apenas un solo movimiento. Los dos dragones enseguida supieron que aquella postura significaba peligro y prefirieron dejar las monturas bien escondidas y acercarse a pie hasta la posición que ocupaba el jefe de exploradores indios.

Por señas les indicó que cuatro apaches rezagados enterraban a otros compañeros, lo que significaba que el grupo al que perseguían se encontraba muy cerca. Ninguno de los tres hombres quiso entablar combate pues de sobra sabían que aquello solamente serviría para alertar al resto. Por eso, se mantuvieron a la espera de que se marcharan y les dejaran el camino libre.

—Creo que por hoy no debemos continuar. Es mejor dejarles que se alejen —señaló Diego con el beneplácito de los otros dos hombres.

—¿Os habéis dado cuenta de que no han hecho fuego ninguna noche, a pesar de llevar heridos? —José inició una conversación.

—Nosotros tampoco —contestó Diego.

—Para Moki, el apache es el más hábil de los indios a la hora de combatir y de escapar —les dio su opinión.

—Yo pienso que es el comanche —indicó José.

—El comanche es el más fiero y cruel; quizás, el que menos teme a la muerte. Es el que mejor monta a caballo, porque considera a ese animal como una parte esencial en su vida. Por eso ha aprendido a domarlos y a criarlos. Pero a la hora de preparar un combate todo es improvisación y rebeldía. Les cuesta mucho obedecer, incluso a sus propios jefes, y casi siempre llevan las cosas hasta el límite máximo, cuando ya no hay posibilidad de retroceso. En cambio, el apache sabe lo que quiere hacer antes de presentar batalla y casi siempre la lleva al terreno que más le conviene. No derrocha energías

innecesariamente y sabe sufrir cuando el momento así lo exige. En los rostros de esos cuatro indios de antes había dolor, posiblemente porque enterraban a amigos o a familiares muy queridos; pero no escuchamos un solo lamento. Es un pueblo que nace, vive, combate, llora y muere en silencio —explicó Moki.

—¿Y eso que significa? —preguntó José extrañado por esa facilidad de palabra.

—Que cuando todos hayamos muerto; cuando solamente queden unas pocas naciones indias en esta tierra que durante tantos años hemos ocupado, es seguro que la familia apache será una de las elegidas para sobrevivir al resto.

—Parece que les tienes mucha simpatía —replicó Diego.

—No es simpatía. ¡Es admiración! Combato contra ellos porque han atacado muchas veces a mi pueblo y han masacrado a muchos guerreros entre los que estaban mis hijos y otros que fueron amigos míos. Pero no dejo de reconocer su valía. Los odio desde lo más profundo de mi ser y mato a cuantos puedo de ellos por pura venganza. Sin embargo, los respeto como guerreros y como pueblo.

—Eso suena a contradicción. Quizás los conoces tan bien y estás tan influenciado por sus costumbres, que ha llegado un punto en que te gustan aunque no quieras reconocerlo —le contestó Diego.

—Créeme que no es eso. Es algo mucho más simple. Si pudiera nacer de nuevo y elegir a qué pueblo quiero pertenecer, entonces elegiría ser apache.

—No digas eso por ahí o te apresarán por traidor —le recomendó José.

—Quizás no me queden muchas más oportunidades de decírselo a nadie más.

—¿Hay algo que no nos han contado, Moki? —le preguntó Diego algo sobresaltado.

—Tú eres un hombre muy listo y muy observador.

—¿Qué ocurre, Moki? —insistió Diego.

—Desde que se alejaron los cuatro apaches que enterraban he dejado de oír ruidos.

—¿Qué quiere decir eso? —intervino esta vez José,

preocupado.

—Que puede que no estén tan lejos los apaches.

—¡Está bien! ¡Vamos a movernos de aquí, ahora que ya es de noche! —ordenó Diego.

—¡No! ¡Ahora es el peor momento! —exclamó Moki.

—¡No te entiendo! ¡Explícate mejor! —Diego comenzó a levantar la voz.

—Es mejor que mantengamos el mismo tono que hasta ahora —les aconsejó José.

—El cabo tiene razón. Estamos en un momento crítico y cualquier precipitación puede terminar en un enfrentamiento.

—¿Tan cerca están? —insistió José.

—Tan lejos como para no poder escucharnos, pero tan cerca como para oír el relincho de uno de nuestros caballos o el ruido de los cascos al galopar. La montaña tiene un efecto extraño de eco sobre los ruidos secos y agudos que hace que se puedan escuchar a mucha distancia. Por eso es mejor que nos quedemos donde estamos y esperar a que amanezca. Nosotros decimos que las montañas hablan con los espíritus para contarles sus secretos —les explicó Moki.

—Muy bien, Moki. ¿Pero sabes a qué distancia se encuentran ahora mismo? —Diego comenzaba a perder la paciencia con el explorador indio.

—Eso es lo que quiero explicaros. Que los sonidos son engañosos y puede que parezca que están al lado cuando en verdad están lejos. Lo mismo que nos ocurre a nosotros les ocurrirá a ellos. Por eso debemos estar quietos; para no darles ninguna pista. Si yo sé que están cerca, ellos también lo saben. Pero no tienen forma de saber cuántos somos en realidad. Es mejor dejar que pase la noche sin movernos.

—¿Y mañana no nos esperarán a que salgamos? —preguntó José.

—No.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —intervino Diego.

—Si sobrevivimos a esta noche, mañana no nos esperarán.

—Dame una razón que me convenza —insistió Diego.

—Porque no tiene sentido que dejen a nadie para que muera inútilmente. Si nos esperan quedarán descolgados del grupo

principal y no tardarán mucho tiempo en ser alcanzados por los temibles dragones de cuera. Saben que nunca llegarán a dar la información del número que somos en realidad, pues antes de morir solamente verán cómo los dragones se les echan encima. Ustedes prefieren perseguir, acosar y pelear; pero no entienden nada de camuflaje como lo ve un indio. Si no hay donde esconderse, acabarán por cogerlos. Pero les aseguro que si hay una posibilidad de escapar, aunque sea por una pequeña hendidura que haya entre las rocas, esa será utilizada por el indio antes de entablar combate contra los dragones.

—Pero si dejan un grupo numeroso, bien podrían acabar con nosotros —intervino José.

—Ellos han visto pelear como diablos a catorce dragones y desconocen cuántos hay aquí en este momento. Yo pregunto: ¿qué número de indios apaches son necesarios para acabar con catorce dragones? Quizás, después de las distintas separaciones no tengan ese contingente necesario de guerreros. Si eso es así, preferirán nuevamente la huida. De todos modos, si para mañana todavía estamos con vida, sabremos si estoy en lo cierto o me he equivocado.

Contestó Moki con mucha calma y tranquilidad mientras se envolvió con una manta para pasar la fría noche que se avecinaba.

A parte del hecho de que ninguno de los dos dragones quería ser sorprendido en mitad del sueño, porque ambos preferían recibir a la muerte en combate, aquella tremenda practicidad que les demostró poseer aquel hombre, unida a una filosofía de vida que jamás sospecharon que pudiera tener un indio, no permitió que ninguno de los dragones conciliara el sueño.

Aquel pequeño explorador de tez curtida claramente castigada por el sol, de largos cabellos morenos y enmarañados, de figura enjuta pero sumamente musculada, les acababa de dar una lección de estrategia que sería difícil que olvidaran. Era la primera vez que conocían a un indio al que se le entendía todo lo que quería decir.

No trataba de engañar y hablaba con el corazón en la mano sin importarle las futuras consecuencias de sus palabras; algo

que les supuso una experiencia diferente a lo que hasta ahora habían conocido por aquellas tierras. Pero sus pequeños y chispeantes ojos se anticipaban por sí mismos cuando el explorador se comunicaba; una mirada que no solía dejar lugar a ninguna duda sobre sus pensamientos e intenciones.

---

[6] El punto conocido como Shiprock, en territorio de Nuevo México.

Capítulo V

Antes de que amaneciera ya estaban despiertos los tres hombres, pero ninguno quiso hablar con los otros. Esperaban a que el sol levantara por el horizonte para reconocer los alrededores y asegurarse de que eran seguros, para después emprender nuevamente la persecución de aquel grupo de apaches.

—Podemos continuar cuando queráis. Hace tiempo que los apaches se marcharon y ya nos sacan suficiente ventaja para no descubrir que somos tan pocos —se dirigió Moki a sus compañeros de viaje.

—Me sorprende que estés tan seguro de lo que dices.

Le dijo Diego, mientras se atusaba su gran bigote, que ya comenzaba a igualarse con la cerrada barba que durante estos días le había crecido.

—Nadie mejor que un indio para entender la manera de actuar de otro —contestó Moki.

—¿Eso es válido aunque seas de diferente tribu? —le preguntó José intrigado.

—Es cierto que las costumbres son diferentes; pero en mi caso, llevo tanto tiempo en este trabajo de perseguirlos a todos ellos, que creo que he aprendido a reconocerlos con solo mirarlos de reojo.

—Si mi memoria no me falla, creo que en un par de días más podremos divisar la roca con alas sagrada de los navajos —indicó José.

—Así es. Ellos la consideran su montaña sagrada —exclamó Moki.

—Tendremos que ir con mucha precaución, pues seguro que vigilarán atentamente todos sus posibles accesos —señaló Diego.

—Eso, tenlo por seguro —contestó José.

—Tal vez sea más prudente acercarnos de noche. Aunque también es más peligroso, porque por aquella zona es fácil perderse ya que hay muchos caminos que no llevan a ninguna parte y suelen acabar en paredes verticales que los convierten en mortales ratoneras.

Lentamente progresaron en el recorrido que debían cubrir, y casi a punto de anochecer el segundo día desde que presintieron la presencia cercana de los apaches, pudieron ver muy diseminada a lo lejos del horizonte la inconfundible silueta del macizo rocoso que formaba la roca con alas. Incluso con cierta oscuridad impresionaba al viajero porque daba la impresión de adentrarse en un mundo mágico donde cualquier cosa por extraña que fuera podía suceder.

—¡No me extraña que el pueblo navajo lo considere un lugar sagrado! —exclamó Diego extasiado al verla por primera vez.

—¡Pues espera a verla con la luz del sol! ¡Impresiona aún mucho más! —añadió su amigo José.

—Acampemos aquí mismo, y mañana veremos qué ocurre —indicó Diego.

Aquella noche transcurrió muy plácidamente, pues los tres sabían que allí nada tenían que temer, ya que sus enemigos estaban apostados con toda seguridad a los pies de la gran montaña sagrada del pueblo navajo.

Pero a la mañana siguiente, cuando los primeros rayos comenzaron a incidir en la majestuosa roca, el panorama cambió radicalmente. Las paredes aparecieron combinadas entre luces y sombras que ayudaron a potenciar su colosal figura.

Aquellas zonas donde los rayos alumbraron parecían que estaban pintadas de oro; pero las sombras marcaban potenciales aberturas en la montaña, a modo de enormes cuevas, que luego cuando recibían la luz resultaban ser una mera ilusión óptica.

Sobre una meseta que estaba formada a modo de altiplano se levantaba una roca en forma de cubo cuadrado que parecía estar cortada a pico. Con aristas pronunciadas que decoraban los bordes de los altos picachos se elevaba del suelo igual que

lo harían las almenas de un castillo sobre sus correspondientes murallas. Aquel macizo rocoso, realmente parecía una fortaleza de las que abundaban en la península ibérica, y así lo apreciaron los dos dragones, quienes coincidieron en cuanto la tuvieron a la vista con nitidez.

Además, sobre uno de los costados de la gran roca se levantaba otra formación rocosa más pequeña que la servía de escolta, igual que lo haría el edificio correspondiente al cuerpo de guardia sobre el castillo principal que protege.

Por si no fuera suficiente en cuanto a las comparaciones, en el resto de los lados se podían apreciar pliegues de tierras que convergían en el macizo rocoso, que adoptaron formas de diques que se perdían a la vista, igual que si fueran gigantescos baluartes de protección de cualquier castillo medieval; estructura defensiva que ambos dragones conocían a la perfección.

—La caprichosa naturaleza ha debido permitir esta extrañeza, quizás como consecuencia de corrimientos. Pero a lo que ahora se asemeja es al espinazo de un animal prehistórico —indicó José.

—Ahora comprendo por qué los navajos lo consideran lugar sagrado. Parece como si las vértebras de los esqueletos de unos monstruos que estuvieran medio enterrados quisieran emerger de las profundidades de la tierra para recordarnos que aún permanecen expectantes y al acecho de nuestros actos.

Manifestó Diego impresionado cuando pudo contemplar en todo su conjunto la formación rocosa.

—Me parece imposible que se pueda subir por esas paredes verticales hasta las crestas más altas —señaló José.

—Las leyendas dicen que hay una ruta que ahora solamente conocen los jefes navajos. Hace muchos años vivían arriba para protegerse de sus enemigos y bajaban para recolectar o cazar. Pero ocurrieron cosas que los obligaron a establecerse en el desierto; algo o alguien, que los prohibió volver a subir —los informó Moki.

—¿Entonces, los apaches estarán apostados en la base de esa gran roca? —peguntó Diego.

—¡Eso es seguro! —contestó Moki muy convencido.

—Esta posición me parece buena para vigilarlos. Creo que lo más práctico es permanecer aquí unos cuantos días para controlar las tribus que se reúnen. Nos ayudaremos con este catalejo para distinguirlos mejor —propuso Diego.

Tres días con sus correspondientes noches estuvieron apostados a la espera de que aparecieran por el lugar algunas de las tribus que participaron en la batalla contra las tropas coloniales españolas. Sin embargo, no consiguieron divisar a ninguna.

Por el contrario, sí que pudieron escuchar por las noches los incesantes tambores, y por el día vieron las humaredas que producían las grandes hogueras encendidas al otro lado de la roca con alas. Hasta en dos ocasiones olieron con total nitidez la carne asada de algún animal que debieron cazar por los alrededores.

Durante el cuarto día al completo no escucharon nada ni vieron humo alguno, lo que les indujo a pensar que los apaches se habían marchado nuevamente. Pero no se atrevieron a descubrir su posición por si habían dejado centinelas de guardia. Ante semejante incertidumbre esperaron otro día más a que se produjera una novedad que les facilitara una toma de decisión. Pero para su desasosiego, nada diferente ocurrió a lo largo de esa jornada.

—Mañana me acercaré yo solo hasta la roca con alas —los informó Moki.

—Es muy arriesgado. Tal vez sea mejor esperar un día más —aconsejó José.

—Si se fueron cuando creo, al menos ya nos sacan de ventaja dos jornadas completas. No podemos esperar más o no conseguiremos alcanzarlos a tiempo —insistió Moki.

—Te recuerdo que a nuestro favor juega el hecho de que llevan heridos. Eso les retrasará y será más fácil seguir su rastro —intervino Diego.

—No tiene por qué ser así —le replicó Moki.

—¿A qué te refieres?

—Es muy posible que aquí hayan dejado a su suerte al resto de heridos; esos que ya no podían montar a caballo o correr con garantías de llegar en buenas condiciones físicas. Hay que

recordar que si este sitio es sagrado para los navajos, también le sirve a un apache. Por tanto, es el mejor lugar para morir. Mañana sabremos si han dejado a los moribundos. Si eso es así, tened por seguro que a partir de entonces irán mucho más rápido.

A la mañana siguiente, nada más después de despuntar el alba, Moki se preparó para salir al descubierto y cubrir la distancia que mediaba entre la atalaya de observación y la base de la meseta donde estaba ubicada la roca con alas. No quiso forzar a su cabalgadura, pues prefirió recorrer aquella llanura a paso lento por si tenía que emprender una rápida retirada. Arriba, los dos dragones le observaban a través del catalejo de Diego por si tenían que prestarle ayuda.

Poco a poco se alejó sin que nada extraño sucediera. De momento, nadie salió en su busca ni parecía que hubiera movimiento de indios en la base del macizo rocoso.

Tenía los cinco sentidos en estado de máxima atención. Los ojos clavados al frente porque buscaba descubrir el más leve movimiento que le revelara la posición del enemigo. El sudor motivado por la tensión extrema de aquella situación tan comprometida comenzó a recorrer su frente como si de una premonición se tratara.

Sin embargo, nada en absoluto sucedió. Aquel recorrido debió parecerle el más largo de toda su vida al indio explorador, que no cesaba de repetirse en su interior que aquel día era magnífico para morir. Estaba a punto de llegar y no tuvo que solventar ningún contratiempo, lo que le dio bastantes esperanzas de que no hubiera ningún enemigo a la espera de que llegara a ponerse a la distancia idónea para dispararle con su arco.

Después de espolear a su caballo consiguió subir la primera meseta. Allí no había nadie vivo. Tan solo quedaban las señales de las tumbas de los últimos apaches heridos que debieron fallecer durante los últimos días.

Mucho más aliviado, enseguida se volvió hacia los dragones para hacerles señales de que podían salir. Una vez que se reunieron los tres volvieron a repetir el proceso de identificación de los muertos.

—Este es un apache jicarilla, y este otro es un apache faraón[7] —los informó Moki.

—Eso quiere decir que tal como suponíamos, hay varias tribus que se han juntado para combatir a los españoles —señaló Diego.

—Sí; pero todavía no tenemos constancia de la participación de los navajos, que en principio es lo que más nos preocupa —recalcó José.

—Entonces, no nos queda más remedio que continuar —ordenó Diego.

—¿Hacia dónde han ido, Moki?

—Como sospechábamos, van mucho más rápido que antes porque en las huellas que dejan ya no se aprecian caballos cargados porque lleven encima a dos jinetes. Tampoco he podido descubrir que arrastren parihuelas para transportar a los heridos que no pueden ni cabalgar ni correr. Está claro que ahora todos van montados y parece que se dirigen hacia el interior de las tierras de los navajos. Lo más seguro es que vayan al valle de las Rocas[8].

—¿Has estado alguna vez allí? —le preguntó José al explorador indio.

—Sí, algunas veces. Pero preferiría no volver.

—¿Por qué?

—Porque es un lugar en el que uno se queda completamente al descubierto, ya que no hay sitio donde esconderse a excepción de las formaciones rocosas aisladas. El problema principal reside en que desde cualquier punto elevado se divisa a mucha distancia a la redonda, con lo que se pierde por completo la capacidad de sorpresa. Siempre que he tenido que recorrer aquellos parajes lo he hecho como amigo, y aun así me he sentido muy inseguro, ya que desde que se cruza la entrada del valle se tiene la sensación permanente de ser observado por mil ojos. Si al final se reúnen allí, creo que va a resultar una misión casi imposible descubrir su campamento principal sin ser vistos.

—Pero no tenemos otro remedio que arriesgarnos, aunque en ello nos vaya la vida —insistió Diego.

Moki miró fijamente a sus dos compañeros de viaje con esa

mirada de halcón que le caracterizaba, como si quisiera descubrir la pasta de la que estaban hechos para estar dispuestos a sacrificar su propia existencia por seguir un ideal.

De alguna manera, aquellos dos dragones comenzaban a influir sobre el explorador indio más de lo que ninguno de los tres podía suponer. Callaba, pero estudiaba con detenimiento todas las decisiones que tomaban los dos amigos, junto con ese inusual comportamiento, mitad arrojo, mitad valentía, y mucho de locura, que parecía acompañar a los dragones de cuera en los momentos más difíciles; algo que desde que los conoció le llamó poderosamente la atención, siempre bajo su personal manera de entender las relaciones humanas.

Sentía una especial admiración por aquellos dos dragones como jamás había desarrollado en ningún otro guerrero que hubiera conocido. A lo largo de sus muchos años de vida, que casi siempre estuvieron repletos de azarosas experiencias en distintos campos de batalla, unas veces contra los conquistadores y otras enfrentado a tribus enemigas, tenía que reconocer que jamás había conocido a nadie que se pareciera a aquellos dos amigos.

Las monturas estaban descansadas y no hacía falta esperar más tiempo para perseguir a la partida de apaches. Sin embargo, Diego quiso pararse un instante para hacer un ofrecimiento a Moki.

—Desde ayer no te encuentro cómodo con esta situación.

—Es que conforme nos adentramos en territorio navajo, el riesgo se hace cada vez mayor.

—Lo sabemos, y a nosotros no nos importa. Pero antes de continuar quiero saber si podemos contar con tu ayuda o prefieres regresar a Santa Fe para contar lo que hasta ahora hemos hecho.

—¿Es que acaso queréis que me vaya? —Moki se mostró ofendido.

—Verás. Te lo voy a explicar. Ahora somos un ejército de tres hombres y nos vamos a necesitar como si fuéramos hermanos de sangre. Sé que puedo ordenarte que nos acompañes, pero en estas circunstancias no me serviría de nada. Prefiero saber de antemano con lo que contamos para

que cuando llegue el momento más peligroso no nos llevemos ninguna sorpresa.

—¿A qué te refieres, hombre blanco? —Moki se puso muy tenso.

—Quiero decir que prefiero llevar a un compañero de armas convencido de lo que va a hacer y de lo que es muy posible que pueda ocurrir si seguimos adelante, que a un explorador obligado a cumplir una misión de la que ya no quiere participar por las razones que sean.

—¡Te has equivocado conmigo! ¡Moki nunca ha sido ni traidor ni cobarde!

—¡Y no digo que lo seas! Pero tienes que reconocer que desde ayer por la noche tienes dudas de continuar.

—¡Eso no es cierto!

—¿Entonces, que te ocurre?

—Que prefiero avisar de los peligros que pueden suceder si continuamos adelante, porque son muchos los que he conocido en diferentes misiones y casi siempre he tenido que informar a sus familias que han sido abatidos por el camino.

—¿No te gusta, verdad?

—Prefiero mil batallas antes que ver las caras de los hijos y de las esposas cuando regreso sin sus maridos. En estas tierras no existen las exploraciones fáciles y sin riesgos; si fueran así, sobraríamos los rastreadores indios.

—Por eso no te preocupes, que tanto nosotros como nuestras familias conocemos de sobra los riesgos que asumimos cuando aceptamos este trabajo. Te recuerdo que el cuerpo de lanceros de dragones de cuera está formado únicamente por voluntarios. Pero ahora quiero hacerte una oferta para que decidas por ti mismo.

—¿Cuál es?

—Te ordeno que elijas entre regresar a Santa Fe para contar nuestros planes, y te aseguro que nadie pensará nada malo de ti porque cumples una orden, o continuar con nosotros. Pero en caso de que sea esta segunda opción la que prefieras, solo puedo asegurarte que si somos descubiertos tendrás una muerte propia de un valiente.

—¡Tú decides, Moki! —añadió José.

—¡Moki ya decidió cuando se presentó voluntario al teniente! Sé que si seguimos no habrá descanso ni abandono hasta que descubramos el campamento principal y si participan los navajos, o hasta que seamos descubiertos.

—¡Así es!

—Nunca he abandonado ninguna misión y ya soy muy mayor para cambiar. Acabaré lo que he empezado, o en caso contrario nunca regresaré con los míos.

Fue en ese preciso instante cuando Diego comprendió que se había equivocado con el explorador indio. Por la comprometida respuesta que dio, enseguida se percató de que lo que en realidad le ocurría se parecía bastante a una mera lucha interna por cuestión de carácter.

Moki era un hombre reflexivo y de profundos pensamientos; algo muy parecido a lo que debía ser un chaman. Por su condición de jefe de tribu de su clan familiar y máximo responsable del cuerpo de exploradores indios, estaba muy acostumbrado a meditar sobre cuestiones que a los dragones de cuera les importaban más bien poco. Tal vez por ello, los dos lanceros confundieron su mística personalidad con la presencia de un miedo escénico insuperable.

Pero una vez aclarada su posición, ninguno de los tres quiso volver a hablar sobre este asunto. Continuaron adelante según el camino que les marcaron las huellas de un casi inapreciable rastro que los apaches dejaron en su desplazamiento. Con la esperanza de localizarlos en lo que podría ser su campamento principal, se dirigieron hacia el oeste; hacia el peligroso y poco explorado valle de las Rocas. Eran conscientes de que tenían que cubrir un recorrido de unas dos jornadas completas a caballo que deberían dosificar de la mejor manera posible para no cansar a los animales.

---

[7] Tribu creada por separación de una de las ramas de los apaches mescaleros.

[8] Monument Valley, Arizona.

Capítulo VI

Transcurrieron dos días completos cuando al atardecer consiguieron divisar a lo lejos las primeras columnas naturales que anunciaban la llegada a la entrada del valle de las Rocas.

Estaban situadas sobre importantes cerros aislados, todos ellos de color rojizo, que a lo largo de los siglos poco a poco se erosionaron fruto del efecto del viento y de las lluvias torrenciales, que actuaron magistralmente sobre las piedras de arenisca igual que lo haría el mejor de los artistas talladores. Cada una había adoptado una figura caprichosa a modo de gigantescos tiros de chimeneas, que aportaba al conjunto una configuración difícil de superar.

Los tres se quedaron durante algunos minutos extasiados por tanta acumulación de belleza sin igual; los tres pensaron que aquello era lo más bonito que jamás habían visto, hasta que anocheció por completo. Diego, por ser la primera vez que lo contemplaba; Moki y José, porque a pesar de que ya lo conocían, parecía que lo vieran por primera vez.

Cuando estuvieron a una distancia lo suficientemente cercana para contemplar aquel irrepetible paisaje, el sol estaba a punto de ocultarse tras una de las columnas naturales. El cielo presentaba algunas nubes y el color mitad rojizo, mitad anaranjado del atardecer ayudaba a presentar una mezcla extraordinaria de diversas tonalidades que combinaban a la perfección con los tierra y los ocres del desierto y del resto de las elevaciones.

Con las sombras de la noche, sus siluetas parecían vigías impasibles al paso del tiempo. Las imponentes atalayas daban la impresión de observar cualquier movimiento que se produjera en sus dominios por pequeño e insignificante que fuera.

—Ya hemos llegado. A partir de ahora el terreno es desierto,

completamente plano, excepto esas torres que se elevan sobre cerros completamente pelados que de vez en cuando se cubren de una pobre vegetación que casi siempre resulta insuficiente para esconder nada que se levante tres o cuatro palmos del suelo. Debemos estar atentos al máximo porque detrás de cualquier montículo, por pequeño que sea, puede esperarnos una partida de apaches —les dijo Moki.

—Esperaremos hasta que anochezca para adentrarnos. Antes de que amanezca debemos haber encontrado un lugar para escondernos. Actuaremos así hasta que los localicemos —apuntó Diego.

—Será difícil ocultar las monturas —señaló José.

—Las dejaremos aquí a buen recaudo —ordenó Diego.

—¿Iremos a pie?

—No hay más remedio. Llevaremos provisiones para un par de días. Si no localizamos su campamento, entonces regresaremos para coger comida y repetir la misma operación.

—No será necesario. Estoy seguro de que con dos o tres días tendremos suficiente. Lo más seguro es que se reúnan en los alrededores de las grandes mesetas porque es allí donde se sentirán más protegidos. El tamaño y número de las hogueras nos darán la pista de dónde se encuentran. Conozco algunas cuevas que nos pueden servir, pero el problema es que también las conocen los apaches —los informó Moki.

—Nos arriesgaremos de todos modos —contestó Diego.

No quisieron esperar ni un minuto porque sabían que el tiempo corría en su contra y que cuanto más permanecieran en el valle de las Rocas, más posibilidades tenían de ser localizados por los exploradores apaches que recorrían incansables la extensión de aquel árido valle.

Por eso, en cuanto las estrellas resplandecieron en las pequeñas partes de cielo que no permanecían cubiertas por las nubes, y dejaron de distinguir las siluetas de las grandes formaciones rocosas, se encaminaron hacia la que tenían más cercana a su posición.

Pero en cuanto comenzaron a encenderse hogueras por doquier comprendieron lo complicado de su situación. En la distancia parecían decenas, lo que significaba que por cada una

de ellas había bastantes apaches que se concentraban a su alrededor, aparte de los que estuvieran de vigilancia.

—No podemos bordear ninguna de las mesetas porque allí están establecidos otros campamentos más pequeños que hacen las veces de guardianes. Aunque corramos más riesgo, es mejor que vayamos por el centro del valle —señaló Diego.

—Entonces, tendremos que aprovechar mientras sea noche cerrada —aconsejó José.

—Me parece que es la única posibilidad que tenemos. Esperan que un destacamento de caballería irrumpa con toda su fuerza; pero nadie se imagina que tres hombres a pie se atrevan a cruzar este valle. Quizás esa sea nuestra mejor baza.

Muy lentamente, y con el máximo de precauciones, amparados por la oscuridad se dirigieron hacia las fogatas más grandes para comprobar la identidad de los que allí estaban reunidos. En aquella zona, el viento se levantaba con fuerza en cuanto anochecía. Y por el agudo silbido que emitía al rozar las cumbres más altas, parecía que quisiera arañarlas para dejar grabado el nombre de los espíritus de los que allí eternamente reposaban.

La operación fue repetida durante dos noches consecutivas, mientras que la mañana y la tarde que medió entre ambas las pasaron ocultos en una especie de gruta poco profunda donde los llevó Moki antes de que amaneciera.

Durante la primera, reconocieron nuevamente a miembros de las tribus de los apaches jicarillas y los lipanes que patrullaban por la zona, a los que se limitaron a perseguir a cierta distancia, sin intentar conseguir ningún resultado positivo.

Sin embargo, cuando accedieron a la cueva para descansar y dormir durante las horas de luz solar, tuvieron la visita de cuatro exploradores apaches mescaleros que también se adentraron, posiblemente para refrescarse del calor o comprobar si había agua en el interior.

Los dragones establecieron un turno de guardia que sirvió para velar el sueño de los otros dos y estar prevenidos por si se presentaba cualquier contratiempo, como así ocurrió en realidad.

Cuando los cuatro apaches quisieron acostumbrar sus ojos a la oscuridad, ya tenían encima a los lanceros españoles y a Moki, quienes no dudaron en acabar con ellos en breves segundos y en completo silencio. Se entabló un desigual combate por sorpresa donde no tuvieron nada que hacer los indios, que rápidamente sucumbieron bajo la letal efectividad de las armas blancas de los españoles y de su guía.

Después de esconder sus cuerpos en la parte más honda y esperar la llegada de la oscuridad, la segunda noche dio sus frutos, pues al perseguir en la distancia a una pequeña partida los llevaron directamente hacia lo que parecía una importante reunión.

Aquella acción sirvió para confirmar la presencia de un numeroso grupo de navajos que preparaba futuros ataques junto con los apaches antes mencionados, y además con la participación de miembros de los clanes trementina, gila y limita, a los que enseguida reconoció Moki por sus cánticos.

—Ya es suficiente. Tenemos lo que buscábamos. Es hora de salir de aquí —ordenó Diego.

Con el mayor de los sigilos retrocedieron por sus mismos pasos hasta que consiguieron alcanzar la entrada del valle. Pero cuando se disponían a coger sus caballos ya amanecía y pudieron divisar que una partida de ocho o diez componentes se acercaba hacia ellos a gran velocidad.

—¡Son navajos! ¡Nos han descubierto! —exclamó Moki.

—¡Hay que espolear a nuestros caballos para salir cuanto antes de aquí! —ordenó Diego.

—Nos alcanzarán porque los suyos están mucho más descansados que los nuestros, y además, van menos cargados. Ni siquiera si aliviáramos su peso podríamos escapar —replicó Moki.

—¿Habrán dado la señal de alarma? —preguntó José.

—¡De eso no tengas la menor duda! Tardarán un poco más en llegar hasta aquí, pero es seguro que vendrá un grupo mucho mayor para darnos caza —contestó Moki.

—¡Bien! Entonces no tenemos más opciones que salir de las inmediaciones del valle cuanto antes y hacer frente a esos que se aproximan para no tenerlos pegados a la espalda —ordenó

Diego.

—¡Pero por lo menos son diez! —insistió Moki.

—¡Es morir perseguido y acosado como una fiera, o hacerlo como un guerrero! ¡Elije qué prefieres!

Le replicó José mientras imitaba a Diego, quien sin decir una sola palabra cargaba su mosquete y un enorme pistolón que transportaba en unas alforjas preparadas para tal uso.

En ese preciso instante, Moki comprendió que nada de lo que dijera serviría para persuadirlos, pues ambos ya habían tomado una irrevocable decisión. Fuera acertada o no, en breves instantes se enfrentarían a un enemigo que les triplicaba en número y que tampoco parecía estar dispuesto a rehuir el combate.

Los dejaron acercarse hasta que estuvieron a tiro de sus armas de fuego mientras los navajos emitían aullidos como lobos que estaban a punto de devorar a su presa.

—Apunta por encima de sus caballos. Espera un poco más, un poco más, más, ¡ahora! ¡Dispara!

Diego dirigió la primera descarga con los mosquetes que tumbó a dos de los primeros jinetes que ya tenían preparada la lanza para embestirlos. La segunda andanada fue realizada con los pistolones a una distancia todavía más cercana que la anterior con el objeto de ser más precisos. Gracias a ella consiguieron eliminar a otros dos que iban en cabeza y que se acercaron peligrosamente.

Pensaron que quedaban seis para tres, pero dos de los navajos se quedaron más rezagados para poder utilizar sus arcos en la primera oportunidad que tuvieran. Sin embargo, solamente pudieron ser testigos de cómo sus compañeros no pudieron competir en habilidad con el manejo de la lanza contra los dos dragones que, en un abrir y cerrar de ojos, consiguieron desmontarlos y ensartarlos. Moki también eliminó al que le tocó en liza. El cuarto la emprendió a traición contra el explorador indio, posiblemente porque le consideró un traidor a su pueblo, y tal vez, porque también pensó que era el más débil de los tres.

Sin embargo, allí se encontraba José para salvarle la vida cuando ya estaba prácticamente sentenciado a muerte.

Milagrosamente, se pudo interponer entre ambos con la fuerza de su brazo y la ayuda del sable al que apenas ofreció resistencia el atacante. Los dos arqueros pudieron disparar una flecha cada uno pues enseguida emprendieron una precipitada huida que aprovecharon los dragones y su guía para poner tierra de por medio antes de que llegaran más refuerzos.

—¡Nunca ningún blanco puso en juego su vida por salvar a Moki de una muerte segura! ¡Jamás olvidaré esto!

—¡Olvídalo! ¡Hoy por ti y mañana por mí! —le contestó José.

—¡Estaré en deuda contigo y con los tuyos mientras viva!

—¡No te preocupes! ¡No ha sido nada! Cuando lleguemos al presidio lo festejaremos.

Pero había un importante detalle que José no quiso decir a ninguno de sus compañeros de viaje para no retrasarles. La puntería de los navajos había sido muy certera pues una flecha se clavó en la cuera de Diego sin ocasionarle ningún perjuicio debido a sus siete capas de duro cuero que hacían las veces de armadura.

Por otro lado, José recibió un flechazo que le rozó el cuello y le ocasionó una pequeña herida que rápidamente se apresuró a tapar con el pañuelo a fin de que no sangrara en exceso. Y efectivamente, en cuestión de minutos consiguió taponar la hemorragia, señal evidente de que no había revestido ninguna importancia. Sin embargo, conforme consumieron aquel peligroso recorrido por la exigencia a la que obligaron a sus animales, comenzó a encontrarse cada vez peor. Pero volvió a callar para no retrasar la marcha, hasta que al finalizar la tarde, después de casi diez largas horas de viaje, cayó desplomado de su caballo.

—¿Qué te ocurre, José? —le preguntó Diego, sin recibir respuesta.

—¡Tiene mucha fiebre! —Le palpó Moki la frente.

—¿Qué le ocurre?

—No lo sé.

—Mira su pañuelo; tiene rastro de sangre. Quítaselo y descúbrele el cuello.

—Tiene una herida infectada.

—¡El muy zopenco! ¡Se ha callado para no demorarnos!

—Tiene muy mala pinta —señaló Moki.

—Pero la herida es muy pequeña. José ha recibido como esta a cientos.

—No serían como esta.

—¿Por qué?

—Porque el color de la herida refleja que la punta de la flecha contenía veneno. Si se coge a tiempo se puede tratar de evitar su maligno efecto. Pero me temo que ha esperado demasiado.

—¿Tienes algo para darle?

—Tengo algunas hierbas, pero no tengo confianza en que sirvan para algo.

—Dáselas de todos modos.

—¿Por qué hemos parado? —preguntó José cuando recobró el conocimiento.

—¡Porque estás envenenado por la flecha que te acertó en el cuello, y te lo has callado! —contestó Diego muy molesto.

—¡No es momento de discutir! ¡Continuemos adelante! ¡No podemos perder más tiempo o acabarán por alcanzarnos! —contestó José.

—¡Pero si no puedes mantenerte sobre la silla! —replicó Diego.

—¡Sí que puedo! ¡Átame para que no me vuelva a caer!

Accedió a la petición de su amigo y de esa manera continuaron al galope hasta que se volvió a caer.

—¡Eres un cabezón! ¡Ya te dije que no podías continuar de esta manera! —le gritó Diego.

—¡Es inútil! ¡Ya no puede escuchar!

—¡Qué quieres decir!

—Que el cabo José se ha reunido con vuestro dios.

—¡Eso no puede ser! ¡Estás errado!

—No sabes cómo me gustaría estar equivocado. Pero por desgracia, ya nada se puede hacer por él.

—¡Cómo es posible! ¡Cómo puede haber sucedido una cosa semejante!

¡Mi mejor amigo, y no he podido hacer nada por evitarlo!

Por momentos parecía que Diego estaba a punto de

enloquecer, porque no podía creer lo que le había sucedido a José. La desesperación y la amargura hicieron acto de presencia en aquellos dolorosos instantes, y estuvieron a punto de hacer fracasar aquella importante misión, porque el sargento se vino abajo como nunca antes le había ocurrido.

—Debemos continuar o nos cogerán igual que a conejos.

—¡Ya nada me importa!

—¡No es eso lo que habría deseado el cabo José!

—¡Y tú qué puedes saber!

—¡Lo suficiente para reconocer que si fracasamos habrá sido inútil este tremendo sacrificio que ha hecho por nosotros! ¡No es lo que habría deseado tu amigo! ¡Ahora tenemos que terminarla para que su muerte no haya sido por nada!

—¡No puedo! ¡Me resulta materialmente imposible! ¡Vete que yo los retendré el tiempo que pueda!

—¡O salimos los dos, o ninguno!

—¡No es necesario que los dos nos sacrifiquemos! ¡Vete ahora que aún estás a tiempo!

—¿Y quién llevará el cuerpo de José a su mujer? —insistió Moki.

—¡Su mujer, Isabel! ¿Quién le dará la noticia? —comentó entre dientes.

—Tenemos una deuda de sangre muy importante que saldar con la esposa del cabo José. Es necesario que nos llevemos su cuerpo para que sea enterrado según vuestras creencias —insistió Moki.

Aquella nueva idea de servicio dio los ánimos suficientes al corazón abatido de Diego, quien supo reaccionar a tiempo para evitar que fueran apresados por sus perseguidores navajos y apaches. Depositaron boca abajo el cuerpo sin vida de José sobre el lomo de su caballo y lo ataron muy bien a la panza del equino para que se moviera lo menos posible.

—¡Tenemos que llegar al presidio más cercano! —le ordenó a Moki.

—Entonces, nos dirigiremos a Santa Fe.

Tenían por delante cinco jornadas completas de terreno inhóspito, siempre castigado por un sol implacable, con unos cambios de temperatura entre el día y la noche que

doblegaban la resistencia de los más fuertes, y unos guerreros rabiosos que deseaban cobrarse venganza por las muertes de sus hermanos, sin contar con la necesidad que también tenían de evitar a toda costa que facilitaran la información que habían obtenido.

Capítulo VII

Durante aquella intensa huida intentaron mantener el margen de distancia que llevaban de ventaja sobre sus perseguidores, pero cada vez veían más cercano el polvo que levantaban sus caballos mesteños[9]. Apenas descansaban por las noches pues estaban convencidos de que los apaches aprovecharían la oscuridad para cogerlos desprevenidos.

Por eso buscaban lugares que estuvieran algo elevados, a fin de poder protegerse mejor en caso de que se produjera el ataque que esperaban. Pero sus enemigos desconocían que uno de los dragones estaba muerto. Conscientes de que eran cuatro cabalgaduras las que llevaban delante, pensaron que por tanto se debían enfrentar a tres dragones y a un indio traidor.

La posibilidad de que repitieran la fiereza con que se batieron durante la última batalla, unida a la fama que acompañaba a los lanceros españoles de temerarios frente a la muerte e implacables contra sus adversarios, les hicieron desistir de esa maniobra, porque prefirieron acosarlos hasta que estuvieran extenuados por el titánico esfuerzo y por la falta de comida y agua.

Sabían que tarde o temprano los caballos cederían ante el esfuerzo al que estaban sometidos y sería mucho más fácil acabar con los dragones después de obligarlos a caminar durante una jornada bajo aquel sol abrasador. Solo era cuestión de esperar el momento oportuno para rematarlos sin apenas correr ningún riesgo.

Diego y Moki prepararon su particular plan de sobrevivencia con el total convencimiento de que saldrían airosos de aquella complicada situación. Por eso nunca hicieron fuego, para no revelar su posición, por lo que no se pudieron calentar durante las frías noches. En cambio, podían ver el resplandor, cada vez más cercano, de las hogueras que

encendían los apaches, posiblemente para minar su resistencia.

Agotadas las provisiones no quisieron entretenerse con la caza de algún animal que les sirviera de sustento, por lo que la debilidad cada vez hacía más presa sobre su fortaleza. Aun así no quisieron rebajar la intensidad de su marcha.

El rocío de la madrugada que quedaba depositado sobre las escasas plantas era la única agua que podían beber y suministrar a sus monturas durante todo el día, lo que no les dejaba muchas esperanzas de salir bien de aquella persecución.

Pero jamás se dieron por vencidos, porque su único objetivo era llegar hasta Santa Fe antes que sus perseguidores para cumplir una promesa que los dos se habían impuesto cuando decidieron devolver el cuerpo de José a su esposa. Una importante obligación que les dio una fuerza de espíritu que ninguno de los apaches poseía; una fe en la victoria que les podía salvar la vida.

La mula no aguantó y el cuarto día amaneció ya muerta en el mismo lugar donde la dejaron para pernoctar. Moki la abrió en canal y después de extraer sus vísceras dio de comer a su compañero de viaje, quien a pesar de ser la primera vez que probaba aquello, no dudó un solo segundo en aceptar de buen grado aquel regalo. Las tuvieron que ingerir crudas, pero lo importante era hacer acopio de fuerzas para aguantar al menos otro día más.

Cuando los apaches perseguidores vieron lo que habían hecho con el animal, quedaron muy impresionados por la fortaleza de carácter y por las agallas que demostraron tener los perseguidos. Por otro lado, recibieron con alegría la noticia de que realmente eran tres pues el material que la mula transportaba allí se quedó como prueba del número de efectivos que participaba en esa misión.

Para cuando atardeció se encontraban muy mermados y los caballos estaban a punto de desplomarse de un momento a otro. Afortunadamente, llegó la noche y pudieron darles un respiro. Pero tenían la completa seguridad de que no pasarían del siguiente mediodía.

—¿Cuánto crees que falta para llegar?

—Diría que la jornada de mañana. En circunstancias

normales llegaríamos mañana por la noche —contestó Moki.

—¡Un solo día! ¡Estamos tan cerca!

—¡Lo hemos intentado con todas nuestras fuerzas! Pero estos caballos no pasarán de mañana. Y nosotros apenas tenemos fuerzas para mantenemos sobre ellos.

—¡Todavía estamos vivos! ¡No pienso rendirme!

—Lo más seguro es que nos ataquen al amanecer —le informó Moki.

—¡Que lo hagan! ¡Los esperaremos con las armas preparadas! ¡Muchos apaches caerán antes de que nos maten!

—¡Es imposible vencerlos! ¿No lo comprendes?

—¡Lo único que entiendo es que debo regresar!

Moki le miró con admiración, pues reconoció que tenía delante a un superviviente nato; a un héroe anónimo que no estaba dispuesto a vender barata su más que posible derrota. Un hombre que por encima de todo quería cumplir su palabra dada.

—¡En verdad que sois raros! ¡Hacéis cosas que casi nadie consigue! ¡Al final acabaré por creer todo lo que me cuentes! —le contestó con admiración el explorador indio.

—Es que muchas veces no hay que pensar en lo que se hace. ¡Simplemente, hay que hacerlo!

Al igual que las noches anteriores, esta también resultó tranquila, aunque los tambores cada vez se escuchaban más cercanos y los fuegos parecían que casi se podían alcanzar con un par de buenas galopadas.

Antes de que amaneciera, Moki despertó a Diego.

—Si deciden atacarnos, será dentro de muy poco tiempo. Es mejor que nos vayamos ahora y al menos nos alejaremos un poco más.

—¿Y los caballos?

—Aguantarán lo mismo salgamos ahora o esperemos a que nos ataquen.

—¡Pues entonces, partamos ya!

Los apaches enseguida reaccionaron y salieron en su busca seguros de que en cuanto recorrieran un poco más de distancia los equinos caerían reventados. Y así habría sucedido si no llega a ser porque una patrulla compuesta por catorce dragones

de cuera merodeaba por la zona y divisó a lo lejos a tres cabalgaduras que eran acosadas por una partida importante de indios. Sin pensarlo dos veces, espolearon a sus monturas para acudir al lugar lo antes posible y averiguar qué sucedía.

Cuando los localizaron los caballos de los perseguidos estaban a punto de caer, y tanto Diego como Moki habían desmontado para parapetarse sobre una pequeña elevación rocosa. Sabían que era dilatar lo irremediable pero no querían acabar como animales cazados.

—¡No pueden hacernos prisioneros, porque nos torturarán hasta la muerte! —le avisó Moki.

—Por mí no te preocupes, porque nunca me cogerán con vida.

—¡Ya llegan!

Sin embargo, cuando estaban a la distancia idónea para recibir la primera descarga del mosquete de Diego, los primeros apaches que iban en cabeza avisaron al resto para que dieran media vuelta. Pronto, los incrédulos Diego y Moki comprendieron la razón de esa repentina huida, porque fueron rescatados por sus providenciales salvadores.

Enseguida, el sargento fue reconocido por sus compañeros de armas del presidio de Santa Fe con la consiguiente alegría, aunque no faltaron las condolencias y pesares al comprobar el fallecimiento del cabo José Mejía, el Criollo.

—¡Sargento! ¡Eres un hombre con mucha suerte! —le aseguró Moki.

—¡Hoy, los dos la hemos tenido de cara!

—Es preciso que nos escoltéis hasta el presidio pues tenemos información importante para el gobernador —les dijo a sus lanceros.

—Ahora el nuevo gobernador es el teniente Juan Páez Hurtado —le informó uno de los hombres.

—¿Qué ha pasado con el anterior gobernador, Diego de Vargas?

—Murió como consecuencia de las heridas que recibió en el enfrentamiento contra los apaches. Antes de morir nombró al teniente gobernador interino.

—Comprendo. De todas maneras es preciso que le

informemos cuanto antes, pues espera nuestro regreso.

La última etapa de su viaje se realizó de una manera tranquila y placentera, lo que no evitó que el sargento Diego Cortés no pudiera quitarse de la cabeza el reencuentro con Isabel, la mujer de su íntimo amigo recién fallecido.

Al llegar al presidio no quiso entrevistarse con el nuevo gobernador sin antes ordenar a sus hombres que prepararan el cuerpo de José para que estuviera presentable ante su esposa. Después, acudió en compañía de Moki, el jefe de exploradores indios, para relatar al teniente todo lo sucedido desde que se separaron del contingente principal de la expedición de castigo, allá por los alrededores de las montañas Manzano, situadas en las inmediaciones de la zona conocida como Bernalillo.

—Ha sido un golpe de mano imposible de olvidar. Lástima de la pérdida del cabo Mejía. Era un magnífico saldado. Quiero que sepan que he pensado condecorarles y ascenderles a los tres como reconocimiento a tanta valentía.

Les prometió el nuevo gobernador después de recibir los pormenores del intrépido viaje.

—¡Muchas gracias! Pero me gustaría que de alguna manera se pudieran agilizar los trámites para el ascenso póstumo del cabo Mejía, ya que al menos le quedará a su viuda la seguridad de una mejor paga que la permita vivir con algo más de holgura —solicitó Diego al gobernador.

—¡Por eso no se preocupe, porque daré las instrucciones pertinentes para que se pongan de inmediato con ello!

—Quedamos muy agradecidos por su generosidad.

—Vayan tranquilos, y tengan la completa seguridad de que organizaremos una expedición para eliminar el riesgo que supone esa alianza entre apaches y navajos.

Después, acudieron tanto Moki como Diego a la casa de Isabel para comunicarle la peor de las noticias. Por el camino, el sargento preparaba mentalmente cien formas distintas de contar semejante desgracia, pero no conseguía hilvanar dos frases consecutivas. Los nervios le atenazaron más que cuando entró por primera vez en combate.

De todas maneras, no hizo falta que dijera absolutamente

nada, pues cuando llamaron a su puerta, ella ya estaba al tanto de los tristes y dolorosos acontecimientos, quizás porque las malas noticias corren mucho más deprisa que las buenas y siempre hay gentes interesadas en ser las primeras en difundirlas.

En cuanto se vieron, ambos se abrazaron y ninguno de los dos pudo emitir una sola palabra. Durante un buen rato permanecieron en silencio hasta que los gemidos de Isabel acabaron por sustituir el mutismo de la casa.

—¿Quieres que vayamos a velar su cadáver? —preguntó Diego.

—¿Está en la capilla?

—Sí.

—¿Rodeado por sus compañeros de armas?

—Así es.

—La verdad es que prefiero mantener el recuerdo de cuando estaba en toda su plenitud. No quiero recordarle depositado sobre un féretro.

—Lo entiendo. Iremos solamente a los oficios.

—Pero antes he de contarte un secreto.

—¿De qué se trata?

—¡Espero un hijo suyo!

Diego, por su gusto, se habría quedado mudo si no fuera porque sabía que algo se le debía ocurrir para salir de aquel atolladero y animarla con sus mejores palabras en esos instantes tan delicados.

—Pues entonces, ahora debes cuidarte con más razón y procurar que no le afecte el disgusto al embarazo. Será el mejor recuerdo que puedes tener de José.

—Eso me parece a mí también —contestó Isabel.

—Te quiero presentar a un hombre que sin su ayuda no habríamos podido regresar ninguno.

—¿Quién es?

—Se llama Moki, y es el jefe de exploradores de los indios del pueblo.

—El cabo José ha sido un gran amigo para mí. Estoy en deuda con él porque ha salvado mi vida en dos ocasiones.

—Le agradezco mucho su visita —contestó Isabel muy

afligida, pero serena.

—Sabré honrar su memoria como dictan nuestras costumbres. Quiero que sepa que tanto yo como mi familia siempre estaremos dispuestos para ayudarla en lo que necesite.

—Muchas gracias.

Contestó Isabel pensativa, quizás porque no podía imaginar en qué cuestiones podrían asistirla el jefe de una tribu de indios, que según las conveniencias y las situaciones en que se desarrollaran las relaciones bilaterales, unas veces se comportaban como verdaderos amigos de los españoles y en otras ocasiones como sus más encarnizados enemigos.

De todos modos, no se encontraba en la mejor de las disposiciones para hacer demasiadas elucubraciones mentales y dejó correr el ofrecimiento sin darle mucha importancia, pues sus preocupaciones transitaban por un camino muy oscuro donde todavía no veía la puerta de salida. Acababa de perder al hombre de su vida, se encontraba sola en lo sentimental, porque no le servía de consuelo contar con la compañía de Diego, y dentro de poco nacería un hijo al que no podría compartir con su marido.

Apática, abatida y sumamente entristecida, no parecía que quisiera participar de los actos fúnebres preparados en memoria de su marido. Tanto fue así, que ni siquiera quiso personarse en la sala principal del cuartel donde se instaló la capilla ardiente.

Para ella, verle allí tumbado y velado por sus compañeros de armas era como aceptar su muerte; algo para lo que todavía no se sentía preparada. Tal vez por eso prefirió permanecer en su casa acompañada por Diego, Moki y algunas visitas que también se acercaron para consolarla y presentar sus condolencias.

Sin embargo, incluso en estas situaciones extremas, siempre surgen voces discordantes que critican el comportamiento de las personas afectadas por este tipo de desgracias, porque son incapaces de entender que los sentimientos del corazón muchas veces superan con creces las razones que mueven a la razón.

Por eso, mucha gente con mente sucia comentó que Isabel

no acudiera a los actos y que prefiriera permanecer en soledad al lado de Diego, el mejor amigo del difunto. Algunos, hasta quisieron ver que la afligida viuda pronto había encontrado la mejor solución a sus males y el mejor consuelo en los brazos del sargento.

Comoquiera que fuere, a los dos días José fue enterrado con honores, no sin antes ser debidamente condecorado y ascendido con carácter póstumo al grado de sargento.

Lo mismo les ocurrió algunas semanas después a Diego y a Moki, quienes además de las correspondientes condecoraciones alcanzaron la graduación de subteniente de presidio y sargento de exploradores respectivamente, aunque este último fue concedido de forma honorífica.

La amistad de Diego con Isabel se mantuvo como siempre, pese a que ambos conocían que las habladurías iban en aumento y que las otras mujeres se sentían cada vez más indignadas por lo que consideraban un pernicioso comportamiento y un pésimo ejemplo por parte de la viuda y del mejor amigo de su difunto marido.

Pero los dos implicados pensaron que no era el momento de dejarse intimidar por cotilleos. En cuanto al jefe de exploradores, Moki se trasladó con su familia a las puertas del presidio para esperar el nacimiento del hijo de José, por si de alguna manera era necesaria su intervención o la ayuda de su numerosa familia.

---

[9] Caballo salvaje origen del mustang, descendiente de los primeros que llevaron los españoles.

Capítulo VIII

A pesar de encontrarse muy acosada por las críticas de las vecinas del presidio, Isabel supo sobreponerse e incluso hacer frente a muchos comentarios de mal gusto de aquellas que se atrevían a imaginar situaciones que nunca se dieron entre Diego y ella.

Sin embargo, esa actitud de rebeldía le costó perder las amistades con más de una, y también ganarse el descrédito con otras con las que antes siempre había mantenido buenas relaciones de convivencia. Pero entre disgustos y frecuentes discusiones, el embarazo siguió su curso normal y por fin a primeros de septiembre de 1704 se produjo el parto.

Cuando Isabel rompió aguas se encontraba sola en su casa y reaccionó de la manera más natural. A pesar de ser primeriza se comportó con la misma serenidad de quien tiene bastante experiencia en esas cuestiones. Sabía que eso era lo que debía suceder para anunciar la llegada del bebé y se lo tomó con calma.

Aun se atrevió a acercarse por sus propios medios hasta la vivienda de una de sus vecinas para pedir ayuda. Pero por desgracia no encontró a nadie en la vivienda o, al menos, nadie acudió a abrir la puerta a pesar de sus insistentes llamadas.

Probó en la siguiente y obtuvo el mismo extraño resultado, lo que le hizo pensar en la existencia de un pacto entre todas para no prestarle la ayuda que tanto necesitaba. Era como si quisieran hacerle ver que ya no era bien recibida en casa de nadie y que lo mejor que podía hacer era abandonar el presidio cuanto antes.

Evidentemente, en sus condiciones físicas ya no podía dar un solo paso. Recorrió algunas viviendas más, pero en ninguna obtuvo lo que buscaba. Quizás, varias mujeres actuaron de esa

manera por miedo a las represalias de las cabecillas, o tal vez fuera una decisión común que implicaba a todas. Pero lo cierto fue que horas antes de nacer su hijo se encontraba completamente abandonada por el resto de las mujeres.

Al único que podía acudir era a su amigo Diego, y por Dios que no dudó un solo instante en acudir hasta los barracones que hacían las veces de casa cuartel. Aunque ya se sentía completamente agotada por el gran esfuerzo realizado, aún pudo sacar fuerzas de flaqueza e hizo acopio de la última energía que le quedaba hasta que consiguió encontrarle.

Todo lo ocurrido les dejó muy sorprendidos pero no era el momento de pedir explicaciones a nadie. Ahora debían encontrar una solución urgente para sacar a Isabel del duro trance en que se encontraba.

—Tenemos que conseguir que alguien venga a mi casa para ayudarme a dar a luz.

—¡Visto lo visto, nadie acudirá!

—¿Qué podemos hacer? ¡El tiempo se agota!

—Solo se me ocurre ir a un sitio donde con toda seguridad te atenderán lo mejor que sepan.

—¿Dónde?

—Al tipi de Moki. Su campamento está situado a las afueras del presidio.

—Pero ellos son…

—Son personas que tienen más descendencia que nosotros. Si de algo tienen experiencia, es de nacimientos de hijos.

—¡Está bien! ¡Llévame con ellos!

En unos pocos minutos las mujeres del campamento de Moki organizaron su humilde vivienda para que fuera lo más acogedora posible y se ofrecieron para prestar toda la ayuda que pudieran.

—¡No tengo ninguna experiencia en tener hijos! —las informó Isabel.

—Para nosotras también es la primera vez que atendemos a una parturienta blanca —contestó Pavati[10], la primera mujer de Moki.

—¿Es que tenéis costumbres distintas?

—Sí. Pero lo mejor es que hasta que llegue el momento

hablemos de otras cosas menos importantes.

—¿Por qué?

—Porque no hay necesidad de que te pongas más nerviosa de lo que ya estás.

—Comprendo. Me parece bien lo que dices.

—¿Qué te ha ocurrido para que vengas en tal estado?

—Si te lo cuento, seguro que no lo entenderías.

—No creas que las mujeres blancas se diferencian tanto de las indias. En todas partes son las que organizan la forma de vivir, las responsables de atender a la familia y las que se pelean con las vecinas por culpa de las lenguas afiladas.

—Ya veo que no somos tan diferentes como creía. Entonces, te diré que algo parecido es lo que me ha sucedido.

Contestó Isabel muy sorprendida por el amplio conocimiento y la clara intuición que demostró tener aquella mujer de la tribu de los pueblos, ya entrada en años.

—La experiencia me ha enseñado a lo largo del tiempo que lo mejor es hacer lo que uno cree que está bien y no hacer caso a las habladurías de los demás, porque casi siempre están movidas por envidias secretas que no se atreven a confesar.

—¡Ese parece un buen consejo!

—¡No lo dudes! De todos modos, no te preocupes por nada, porque entre nosotras estarás muy bien atendida.

—Muchas gracias, de todo corazón.

Aquella madrugada no se presentaba muy tranquila para Isabel. La futura madre se encontraba demasiado nerviosa ante la inminente llegada de semejante acontecimiento.

Tal vez fuera la pena que sentía por la reciente pérdida de su marido, o la mala fama que otras crearon en torno a su vida con el único objetivo de desprestigiarla, o quizá el motivo se debía a la incertidumbre que presentía sobre el futuro que le esperaba a su retoño cuando se vio acompañada únicamente por mujeres de otra raza que solícitas se prestaron a ayudarla en la medida de sus escasas posibilidades y conocimientos.

Por aquellas fechas todavía no había médico en el presidio de Santa Fe y su ausencia debía ser suplida mediante la buena voluntad y también con la experiencia en la cura de animales heridos que algunas mujeres y soldados poseían, y que no

dudaban en aplicar a sus compañeros cuando lo necesitaban. Pero esta vez fue diferente, pues nadie quiso acudir en ayuda de aquella mujer; nadie a excepción del sargento de los dragones de cuera Diego Cortés y de la familia al completo del jefe de exploradores de los indios pueblo, Moki.

Pronto, los quejidos lastimeros que anunciaban el principio de las contracciones comenzaron a oírse por toda la casa y sus alrededores, cada vez de una manera creciente y a intervalos más cortos. Pero ninguna vecina quiso socorrerla ni intervenir en aquel parto. Parecía que aquel recién nacido ya estuviera marcado de por vida con la indiferencia o, a lo peor, con el odio de quienes debían ser sus semejantes más próximos.

En el exterior de la casa, un nutrido grupo de familiares del jefe de exploradores hacían sonar sus pequeños tambores a un ritmo lento y cansino que poco a poco aceleraban su golpeo al mismo compás que se producían los gritos de la parturienta. No era esa su costumbre, pero tampoco se trataba de una mujer de su raza. Por lo tanto aplicaron una de las muchas técnicas que conocían para distraer en lo posible la atención de la que pronto iba a ser madre.

Mientras tanto, para vencer sus nervios, Diego no cesaba de conversar con Moki, quien sabedor de tal circunstancia no paraba de recordar las aventuras, que junto con el padre de la criatura, los tres compartieron mil veces en aquel peligroso y extenso territorio.

—¡Nunca imaginé que la llegada de un nacimiento me podría producir tanto desasosiego! —exclamó el sargento Diego.

—Si tuvieras siete hijos como tengo yo, ya estarías acostumbrado.

—¡No lo dudo! Pero no es ese mi caso, ya que no tengo mujer que me espere. ¡Y a fe mía que jamás olvidaré este mal trago! ¡Me siento como si fuera el verdadero padre!

—Para nosotros no existirá diferencia entre los nuestros y lo que nazca. Yo primero, y mi familia después, contrajimos una deuda de sangre con el cabo José cuando sacrificó su vida por salvar la mía. ¡Los indios pueblo sabemos cumplir las promesas que hacemos!

—¡Todavía me parece mentira que no esté entre nosotros!

—En el fortín se comenta que los dos eran muy buenos amigos.

—¡Los mejores! Todavía recuerdo la última vez que le vi enseñar a los recién llegados. Acababa de comenzar este año cuando en el patio de entrenamientos, varios miembros de la compañía hacían entre ellos diversos simulacros de lucha con armas blancas bajo su supervisión. En el despacho del gobernador se preparaba aquella operación de castigo contra los apaches por sus ataques contra colonos españoles, e hicimos un pequeño receso que aprovechamos para observar sus movimientos con el puñal. ¡Era un verdadero maestro!

—¡Tampoco tú lo haces nada mal! Recuerdo que les gritaba una y otra vez: «¡Muy mal! ¡Os he dicho muchas veces que el buen manejo del cuchillo es primordial para que podáis salvar la vida en caso de apuro!» —añadió Moki.

—¡Y no le faltaba razón! El propio teniente Juan Páez de Hurtado comentó entusiasmado: «¡En verdad es duro el Criollo!».

—Moki sabe que al cabo José Mejía todos le llamaban el Criollo.

—¡Así es! Pero a él no le importaba el mote, porque se lo puse yo mismo cuando éramos muy jóvenes. Nos conocíamos desde la infancia y siempre nos llevamos muy bien. A parte de ser vecinos y compañeros de travesuras, también fuimos aceptados en el cuerpo en el mismo día. Entramos como aprendices cadetes para ser soldados presidiales, pues los dos procedemos de buenas familias españolas asentadas en el Nuevo Mundo desde hace dos generaciones. Ambos soñábamos con participar en grandes batallas que jamás serían olvidadas. Pero enseguida yo tuve la suerte de destacar, ya que mis superiores consideraron que aparte de manejar con cierta destreza todo tipo de armamento utilizado habitualmente por los indios, también tenía buenas dotes de mando. Ascendí rápidamente a cabo y luego, por méritos propios en combate contra el enemigo, vino un nuevo reconocimiento a sargento. Algo parecido le debió haber ocurrido a José Mejía, ya que estaba considerado como el mejor jinete de la compañía. Sin

embargo, por razones que nunca nadie supo entender, solamente consiguió alcanzar el grado de cabo. Ahora, vistas las reacciones de los demás para con su viuda, pienso que el problema se encontraba en el excesivo color oscuro de su piel. Una traba que para mí nunca existió. Desde soldados rasos supimos cubrirnos las espaldas mutuamente en algunas situaciones comprometidas en las que creímos seriamente que nuestras vidas peligraban. Y aquella primera camaradería, y después fiel protección del otro, acabó por convertirnos en inseparables amigos. Nuestra amistad estaba estrechamente relacionada con el afán de supervivencia por encima de cualquier otra consideración, y ambos sabíamos que las cicatrices conseguidas y compartidas en combates unían más que nada en el mundo. Realmente, nuestra amistad podía decirse que estaba sellada con sangre; con mucha sangre derramada por los dos, y sobre todo, por aquellos contra los que nos enfrentamos a muerte en numerosas ocasiones.

—Sin embargo, para nosotros el cabo José era el soldado más cercano. Tal vez, nos daba mucha confianza estar cerca de él, ya que parecía que nos entendía mejor que nadie. Nos sentíamos como si estuviéramos con uno de los nuestros. Era al que primero le contábamos los partes de nuestras exploraciones —confesó Moki.

—¡Ya lo sé! La víspera de la última misión que llevamos a cabo los tres me dijo que tus hombres le contaron que habían notado un incremento de inestabilidad en el lugar donde se fundó la misión de San Xavier del Bac[11]. Sus informaciones aseguraban la existencia de incursiones peligrosas por parte de grupos de apaches que fueron desplazados por comanches de sus tierras hasta nuestras fronteras —señaló el sargento.

—¡Es cierto! Pero el gobernador se equivocó al juzgar a los apaches de débiles. No supo valorarlos como guerreros porque fueron expulsados de sus tierras por los comanches con demasiada facilidad. No supo ver que debía averiguar la verdadera razón de sus continuas derrotas, que no era otra que la posesión por parte de sus mortales enemigos de siempre de armas de fuego que les facilitaron los comerciantes franceses. Algo que los españoles también nos negáis a los pueblos

amigos.

—Los pueblos no son amigos ni enemigos; lo son las personas que en cada momento los dirigen y deciden sobre su futuro. Es cierto que el problema se agudizó cuando los españoles nos negamos a proporcionárselas, por lo que los apaches entendieron que fuimos nosotros los últimos responsables de sus desgracias. Tal vez fuera la extrema necesidad que padecían, o quizás los ataques se debían a la venganza por esa falta de protección; dos razones más que convincentes para que atacaran las posesiones españolas sin ningún tipo de miramientos. Pero créeme que hubiera sido peor haberles dado las armas que pedían, porque tarde o temprano nos habrían apuntado con ellas.

—¿Y nosotros?

—No puedo darte una razón convincente porque te considero un hermano. Pero sé que debes contentar a tu pueblo para que acepte la relación que actualmente mantiene con los españoles.

—Esa es una difícil tarea.

—¿Por qué?

—Porque vemos lo que consiguen otros mediante el empleo de la fuerza y lo que nosotros obtenemos con el mantenimiento de la paz y de la fidelidad a vuestras normas. Todavía tengo muy presente en la memoria lo que contaban las leyendas que nos trasmitieron de una generación a otra los hombres más viejos de mi tribu. Decían que hacía muchas lunas que nuestra vida transcurrió de una manera nómada y estaba marcada por los viajes que se repetían en las estaciones importantes del año, cuando las manadas de bisontes recorrían las grandes praderas. Desde mucho tiempo atrás, hasta que la memoria ya no es capaz de recordar, mis antepasados se refugiaban de los fríos del invierno entre los grandes bosques, y siempre a orillas de los ríos o de los grandes lagos del norte. Para ello, utilizaban como vivienda de caza el interior de los pequeños tipis[12] que levantaron para formar poblados familiares.

—¿El objetivo era resistir hasta la llegada de la primavera para después de localizar los rebaños abastecer sus futuras necesidades con sus pieles y con su carne?

—Sí. Pero más adelante, cuando comenzaron a escasear y otras tribus que fueron desplazadas por los más fuertes entraron en mortales disputas por conseguir nuevos territorios de caza, primero se vieron obligados a desplazar sus viviendas hacia el sur y luego a cambiar sus costumbres por casas agrupadas como las que ya conocéis. Por eso, nos llamáis indios pueblo; porque vivimos en casas de barro, organizadas igual que si se tratara de pueblos como los vuestros. Pero en cambio, hubo indios que buscaron el alimento mediante ataques a colonos a los que robaban caballos y ganado. Al fin y al cabo, pensaron que ellos también eran una de las causas culpables del cambio en nuestra forma de vida. Acciones de unos cuantos que contagiaron a muchos otros.

—Nuestro amigo José siempre supo que tarde o temprano algo ocurriría en la frontera que exigiría que nos desplazáramos fuera del control del entorno del presidio. Como si de una mala corazonada se tratara, sabía que la intensificación de los ataques de los indios hostiles nos llevaría a una misión de difícil cumplimiento.

La conversación fue súbitamente interrumpida por la llegada de una de las mujeres que acompañaba a Isabel, porque quiso anunciarles que el alumbramiento estaba a punto de producirse. Pero les anticipó que las cosas no marchaban bien; que algo raro le sucedía.

—¿Pero qué le ocurre? —preguntó preocupado Diego.

—¡No sabemos! Pero su parto no es normal —contestó la mujer india muy apurada.

—¿Acaso has visto alguna vez otro parecido?

—Sí.

—¿Y qué ha sucedido en esos casos?

—¡Que la madre y su hijo quedan a merced de la voluntad del Gran Espíritu!

—¡No te entiendo! ¡Explícame qué quiere decir esta mujer, Moki!

—¡Que unas veces se salvan los dos; otras uno de ellos, y las más de las ocasiones, ninguno!

—¡No puede ser! ¡Debe estar equivocada! —Diego enloqueció por un instante.

—¡Amigo! Ten paciencia y espera los acontecimientos, porque será muy larga la espera. Te aseguro que las mujeres de mi casa aplicarán todos sus conocimientos en salvar la vida de ambos. Pero piensa que su suerte ya está escrita en las estrellas y que serán las voluntades de los dioses las que decidirán si viven o mueren.

---

[10] «Agua clara» en dialecto hopi (hablado por las tribus de los indios pueblo).

[11] En donde luego sería levantada la ciudad de Tucson, Arizona.

[12] Tienda india de forma cónica.

Capítulo IX

Las horas se consumieron con demasiada lentitud y los dolores comenzaron a aparecer sin que Isabel reaccionara de la manera adecuada. Estaba muy cansada, ya no empujaba, y el bebé no terminaba de asomar ante la perplejidad y el desconocimiento de aquellas mujeres voluntariosas.

—No parece que la cosa venga bien —comunicó Pavati a los hombres que esperaban fuera de la tienda.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Diego preocupado.

—No lo sabemos, pero hay algo que está mal. Puede que no venga en buena postura y se tenga que colocar, pero ella está muy débil y no ayuda nada. El parto se demora demasiado tiempo y eso no es bueno.

—¿Podemos hacer algo?

—¡Nada que no sepamos hacer nosotras! Lo mejor es que esperéis a que os avisemos cuando todo haya terminado. De todos modos, será el lloro lo que os dará la primera noticia.

Ese llanto prometido no se terminaba de oír y, sin embargo, los gritos de dolor de Isabel se sucedían cada vez con menos intervalo de tiempo, lo que terminó por desquiciar a Diego, quien ya no podía soportar tanto quejido ni podía permanecer quieto en ningún sitio.

—¿Es que no hay manera de evitar ese sufrimiento?

—Se nota que no eres padre. Mis antepasados siempre decían que cuanto más cuesta el nacimiento, más importante es el personaje —contestó Moki para animarle.

De repente, en lo que parecía un receso que se tomaba la madre para descansar y recuperar fuerzas, por encima del tono del sonido que emitían aquellos incansables tambores, se pudo escuchar una especie de gran grito final de desesperación que más bien parecía el resultado de una tortura continuada. Tan contundente fue, que todos los allí reunidos callaron por la

sorpresa. Después, absoluto silencio.

—¡Qué ha ocurrido! —exclamó Diego con mucha inquietud.

—¡Espera a que salga unas de las mujeres! —le aconsejó Moki.

—¿Ha nacido ya?

—Su llanto no se ha oído.

—¿Entonces?

—Ten paciencia.

—¡Es un niño! ¡Es un precioso varón!

Salió Pavati con él en brazos, mientras lo mantenía envuelto con una piel de búfalo.

—¿Y la madre? —preguntó Diego.

—Ha perdido mucha sangre. Parece que se encuentra bien, pero está demasiado cansada. Debería reposar antes de regresar a su casa. Ha preguntado por ti.

—¿Puedo entrar a verla?

—Sí.

Diego entró en el interior del tipi algo sigiloso. Con movimientos muy lentos se acercó hasta el lugar donde reposaba Isabel; un lecho hecho con muchas pieles, donde a su alrededor todavía quedaban parte de los restos del parto que ya recogían sus ayudantes. Se sentía mucho más nervioso que en las horas previas al inicio de una batalla.

—¿Te encuentras bien? —preguntó en voz baja.

—Creo que sí. ¿Es guapo mi hijo?

—¡Mucho! ¡Y grande!

Mintió, pues con la preocupación por el estado de salud de Isabel, ni siquiera se acercó para mirar al bebé.

—Quiero pedirte un gran favor.

—Lo que quieras.

—Se trata del niño.

—¿Qué le ocurre?

—Verás. Si me pasara algo malo, me gustaría que te encargaras de él.

—¡No digas tonterías!

—No es un capricho. Es que me quedaría más tranquila si sé que cuento con tu apoyo y ayuda.

—Ya sabes que siempre estaré a tu lado. Sobra la pregunta.

—No te pido nada para mí. Pero me gustaría estar segura de que en caso de que yo faltara, el niño te tendría.

—¿Pero no comprendes que por mi trabajo es mucho más probable que yo me vaya antes que tú?

—Eso nunca se puede saber. Estas cosas solamente están en manos de Dios. Sería como contar con la seguridad de que mi hijo no carece de un padre que esté pendiente de sus necesidades en caso de que yo no pueda. ¿Lo comprendes?

—¡Claro! No tienes por qué preocuparte. Te prometo que mientras viva me ocuparé de él como si fuera su verdadero padre.

—Muchas gracias, Diego. No sabes lo feliz que me haces.

—Ahora solo debes pensar en recuperarte cuanto antes.

—Quiero que se llame José, igual que su padre.

—¡Por supuesto! No te preocupes por nada que yo me ocuparé de hablar con el misionero para que prepare la ceremonia en cuanto puedas moverte con normalidad. Serás tú misma quien lo lleve a la pila bautismal.

—Ahora llévame a casa.

—¿No es mejor que te repongas antes?

—Estaré mejor entre mis cosas.

—¡Está bien! Traeré una carreta e iremos muy despacio.

—Como quieras. Pero antes quiero agradecer sus atenciones a estas buenas mujeres y al jefe Moki. La verdad es que se han comportado conmigo como si fuera de su familia.

—Y es así como os consideran.

—Para nosotros, este niño forma parte de nuestra propia tribu. Le llamaremos Hoya Lengi[13], porque no quiso llorar al nacer. Debe ser una importante señal que nos envían los dioses a la que deberemos estar muy atentos en los años venideros —señaló Moki mientras despedía a ambos de su campamento.

—Nunca olvidaré lo que habéis hecho por mi hijo y por mí. En verdad os considero mi verdadera familia.

—La figura del cabo José siempre estará presente en nuestros corazones, y sabremos corresponder con su mujer e hijo —contestó Moki emocionado.

Las mujeres pueblo estaban muy contentas porque aquel niño era el primer blanco que nacía en su campamento. Sin

embargo, su alegría todavía se reforzaba mucho más porque para ellas no resultaba del todo blanco, ya que su color de piel era más bien mestizo. Los indios, muy dados a encontrar a través de leyendas un significado espiritual para los acontecimientos importantes que les ocurrían, quedaron convencidos de que ese niño suponía un antes y un después en las relaciones con los colonizadores españoles. Para ellos, ese varón podría ser el eslabón que les enviaban los espíritus para unir a ambas sociedades y que los indios pueblo resurgieran con la fuerza de antaño.

Sin embargo, la explicación que ofrecían los mentideros del presidio de Santa Fe, propiciados por las vecinas de Isabel, aseguraba que alguien conocía de muy buenas fuentes que uno de los antepasados del difunto José había sido un moro convertido al cristianismo y que su sangre oscura se había plasmado en la piel del recién nacido como una forma de castigo divino por el comportamiento de la madre.

Por eso, con o sin razón, muy dados los españoles a imponer motes y apodos para renombrar a los demás según ciertas características o cualidades que sobresaltaban a la luz, casi siempre en forma de defectos, aquel recién nacido pasó a ser conocido como José el Mestizo.

Se decía que había nacido con la tez demasiado oscura para tener unos progenitores con la piel bastante más clara, algo a lo que los más viejos del lugar no daban crédito, ni sabían explicar semejante incongruencia.

Dotado de unos ojos pequeños, redondos y también muy oscuros, pero sumamente expresivos, se podía decir que parecía más ser el hijo de un indígena que provenir de un matrimonio de españoles. Esa cara de mentón cuadrado, nariz achatada, si no cambiaba con los años, bien pudiera ser definida como la herencia de un indio apache de pura sangre. También nació con los cabellos muy toscos de color negro intenso y brillante, igual que el azabache.

Con esas especiales características su nacimiento levantó un excesivo interés por conocerlo, pero nadie quiso acercarse a la vivienda de Isabel para presentar sus respetos. Seguramente, pensaron que tarde o temprano lo verían de paseo por los

terrosos espacios del presidio que estaban destinados a la comunicación interior, a imagen y semejanza de las callejuelas de cualquier pueblo o villa de España.

Ante esa falta de interés demostrada por el resto de los vecinos, Isabel no quiso comunicar de manera oficial el nacimiento de su hijo, ni invitó a ningún vecino para que le conocieran. Las especulaciones se multiplicaron y a falta de otro entretenimiento la vida privada de Isabel y Diego pasó a formar parte de las conversaciones cotidianas de cuantos los conocían.

Sin embargo, pronto se acallaron los rumores relacionados con el nacimiento del niño porque fueron sustituidos por otro de mucha más importancia y trascendencia, pues a los cuatro días exactos de producirse el parto, Isabel comenzó a encontrarse físicamente muy mal. Presentaba una fiebre muy alta que estaba acompañada de frecuentes sudores.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Diego.

—No lo sé. Pero siento un terrible malestar por todo el cuerpo que impide que me pueda mover.

—¿Qué puedo hacer?

—Por favor, calienta agua y hazme una tisana a ver si se me pasa este dolor de tripa que me consume por dentro. También siento de vez en cuando como si el corazón se me fuera a salir del pecho.

—¡Voy a traer a Pavati!

—Sabes que no puedes dejarla entrar en el presidio sin el debido permiso.

—Pues lo pediré con carácter de urgencia.

—No hace falta. Ya me encuentro mejor.

—A falta de un médico, y de nadie que quiera o sepa ayudar, la única persona que se me ocurre es la mujer de Moki.

Diego acudió a instancias superiores y ante lo que parecía un caso serio de gravedad inminente, se autorizó la presencia de Moki y de Pavati en la casa de Isabel.

—No tiene buena pinta.

Comentó Pavati a los hombres cuando salió de la estancia donde se encontraba la reciente parturienta.

—¿Qué le ocurre?

—Nosotros lo llamamos el pago a los espíritus por un importante nacimiento.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que cuando los dioses entregan una gran vida por vivir, se suelen cobrar otra a cambio.

—¡Eso no puede ser! —gritó Diego.

—Calla, no sea que te escuche la madre —le reprendió Moki.

—Los dos próximos días serán cruciales para saber si vivirá o, por desgracia, no conseguirá superar la fiebre —señaló Pavati.

Diego intentó hablar con Isabel, pero la fiebre la hacía delirar mientras hablaba de cosas ininteligibles. Pero al día siguiente comenzaron a aparecer en la enferma signos de intenso dolor en el aparato genital, que más adelante fueron acompañados por hemorragias y por intensas supuraciones vaginales de un olor nauseabundo.

—Su estado se ha complicado aún más —avisó Pavati.

—¿Eso qué significa?

—Que no le queda mucho tiempo de vida.

—Nada más venir al mundo, este pequeño varón ha llevado consigo la polémica como parte integrante de su propia existencia. Es como si el Todopoderoso le hubiera marcado por medio de una señal imborrable que con toda seguridad le deberá acompañar durante el resto de su vida —añadió Diego muy compungido.

—Sé lo que pasa por tu cabeza, pero creo que debes saber que muchas veces los designios de los espíritus solamente cumplen una voluntad predestinada muy superior a la de los hombres —Moki intentó consolarle.

—Quizás todo eso sea cierto, pero te aseguro que tus explicaciones y creencias no me consuelan en absoluto.

—Entiendo que te sientas muy abatido por la triste noticia. Pero quiero que pienses que el destino de este niño ya está escrito, y nada podemos hacer para cambiarlo. Según nuestras costumbres será alguien muy importante. Alguien relevante de quien se hablará mucho, incluso después de su propia muerte. Nosotros solamente somos los ejecutores de unos planes que

desconocemos.

—¡Siempre es igual! ¡Las religiones de todos los sitios son enigmáticas y nunca explican nada! ¡Pregonan el conformismo como la base de la comunicación entre el hombre y su dios, independientemente del nombre por el que se le conozca! ¡No quiero ser conformista! ¡No quiero aceptar lo que venga como una prueba de fidelidad, sacrificio y obediencia!

Diego comenzó primero a gritar y luego a sollozar de una manera inconsolable, sin que nadie de los presentes fuera capaz de encontrar una razón que le calmara. De repente, el lloro del niño fue lo único que pudo sofocar aquel ataque de ira. Lo cogió entre sus brazos, lo miró, y solamente pudo escuchar sus ronroneos de gusto mientras le mecía a la vez que le suministraba un poco de leche que había preparado Pavati.

A los pocos días después se produjo el fatal desenlace y de la noche a la mañana aquel pequeño inocente, sin saberlo, se había quedado huérfano de ambos progenitores. Si bien, Diego estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario con tal de proteger la vida de aquel recién nacido, tal como prometió a su madre.

Además, para él era mucho más que una promesa que debía cumplir. Era una parte esencial de su minúscula familia; el motivo más importante que le daba fuerzas para continuar en aquel infierno hasta que al menos pudiera resolver el reenganche que le unía con su peligrosa profesión y así poder cambiar a otra actividad más segura en pos de ofrecer más seguridad al hijo de sus mejores amigos.

Pero cada vez le asaltaban con más ímpetu las dudas sobre la viabilidad de aquella empresa que deseaba acometer, ya que por mucho que buscó entre sus compañeros de armas, y mucho insistió a las mujeres del lugar para que alguna de ellas se hiciera cargo de la criatura, ninguna quiso acceder a su petición. Muchas lo hicieron por temor a las represalias de las que se encargaron de crear aquella mala fama en torno a la difunta. Otras, porque se dejaron llevar por la superstición y creyeron en aquellos augurios que anunciaban extremas calamidades para quienes se relacionaran con aquel niño, a quien hábilmente identificaron como el fruto del castigo divino

y la confirmación viva de que su madre había cometido un terrible pecado contra la moral, la ética y la religión. Al final, el miedo y el temor terminaron por detener a los pocos que habrían querido acoger en su casa al recién nacido.

---

[13] «Pequeña lengua» en dialecto hopi (hablado por las tribus de los indios pueblo).

Capítulo X

Sin embargo, el nuevo subteniente Cortés pronto compendió que cada cual es como es, y que solo sabemos ejecutar las cosas a la perfección en aquellos trabajos donde nos encontramos más hábiles. La verdad es que Diego era de la misma naturaleza del escorpión, y esa condición no la podía cambiar por mucho que quisiera.

Por lo tanto, era un dragón de cuera por verdadera vocación y eso no lo podía variar aunque lo intentara con todas sus fuerzas. Y a pesar de que procuró por todos los medios a su alcance encontrar una rápida solución, al final tuvo que volver a recurrir a la única familia que desde el principio le prestó su incondicional ayuda.

—Soy un hombre solitario que permanece soltero porque jamás he encontrado mujer alguna que se interesara por mí. No tengo ninguna experiencia en la educación de los hijos porque nunca he tenido uno. Este trabajo que realizo me gusta más que nada en el mundo, pero comprendo que no sirve para ser compartido con ninguna esposa. Mañana, puede que me destinen a cualquier lugar peligroso o que me encarguen una misión en la que pierda la vida, lo que significaría que dejaría sin protección a todos los seres queridos que me acompañaran. Por tanto, no tengo por quien preocuparme en caso de que me ocurriera una desgracia, pues a nadie importo y nadie me echará de menos. Otros, como fue el caso de nuestro amigo José, tuvieron mucha suerte y encontraron unas mujeres que se sacrificaron por seguirlos donde quiera que fueran. Pero te aseguro que eso no es lo normal —se sinceró con Moki.

—¿Y habitualmente, qué os suele suceder?

—Que morimos solos en cualquier apartado lugar. Lejos de la patria, de la familia, y de cualquier sitio que nos recuerde a nuestros antiguos pueblos donde nacimos y crecimos junto a

los amigos de siempre. Nos atacan sin piedad enfermedades que desconocemos o, en el mejor de los casos, alguna flecha que se nos clava en el corazón para que ese momento sea corto. Da lo mismo, porque siempre se llega a un resultado idéntico.

—No me parece que hables muy bien de tu trabajo.

—Me gusta mucho por la libertad de que se goza; porque es bonito tener el cielo por techo y las montañas por paredes. Pero no por ello dejo de reconocer los riesgos y los enormes inconvenientes. No es un oficio ideal para crear una familia o para pensar en la vejez, porque son muy pocos los que llegan a ella.

—Vienes hasta mi tienda porque no consigues ninguna ayuda para criar al hijo de José, ¿verdad?

—Estás en lo cierto.

—Ya sabes que puedes contar con mi familia para lo que quieras.

—Vengo a proponerte una posible alternativa.

—¿Cuál es?

—Que te acomodes con los tuyos en la antigua casa de José y de Isabel para cuidar a su hijo.

—Pero ya sabes que los indios tenemos prohibido convivir con los blancos.

—Este es un caso especial que ya he comentado con las autoridades del presidio. Ellos me han dado permiso para hacerte este ofrecimiento. Realmente, no vivirás en tu casa sino en la casa del hijo de José e Isabel que es criollo a todos los efectos. Sería como si él os acogiera de sirvientes en su casa.

—No sé; todo esto resulta muy confuso.

—Quizás, la mejor solución sería entregarlo a alguna familia que se estableciera lejos de aquí. Pero de momento, no se espera que nadie venga con esas pretensiones y tampoco hay posibilidad de llevar al niño a ninguna otra parte. Eso yo no lo quiero, porque le perdería para siempre. Además, creo que a vosotros no os gustaría que se lo llevaran unos desconocidos.

—Tienes razón. No lo queremos.

—Entonces, debes acceder para que el pequeño José

permanezca entre nosotros, porque si obligan a alguna de esas pécoras para que se haga cargo del niño, estoy convencido de que sufrirá un accidente en muy poco tiempo.

—Comprendo. Pero mi familia es muy grande y todos no caben en esa casa.

—Tendrías que elegir a unos cuantos y el resto permanecería en el exterior de los muros, en el campamento donde estáis ahora mismo instalados.

—¿Y los vecinos? ¿Qué dirán por nuestra presencia a su lado? Te recuerdo que todavía está muy presente en la memoria de los españoles la rebelión que hace unos años llevamos a cabo los indios pueblo contra vosotros.

—Eso ya está olvidado.

—Sabes que no es cierto. No ha pasado tanto tiempo.

—Pero lo importante es que al final llegamos a un pacto.

—Lo hicimos obligados por el miedo a los cañones. Los españoles sois gente extraña; por un lado, no enseñáis las doctrinas de vuestro dios, pero por otro, nos matáis si no las aceptamos y preferimos las nuestras.

—No quiero discutir contigo, pero hace veinticuatro años asesinasteis a cuatrocientos españoles, y eso, no podíamos permitirlo.

—Mucho antes permitimos que convivierais en nuestras tierras sin oponer ninguna resistencia. Os recibimos como a hermanos; compartimos nuestra comida, nuestros cultivos y nuestros campos y, sin embargo, al cabo de poco tiempo nos tratabais como a esclavos. Combatimos juntos contra las incursiones apaches y sufrimos de igual manera la hambruna que produjo la gran sequía. Pero vuestro rey nunca quiso enviar ayuda cuando apareció la necesidad.

—¡Ni a vosotros, ni a nosotros!

—Lo sé. Pero las tierras eran nuestras y no debíamos ninguna obediencia ni sumisión a vuestro soberano. Os permitimos vivir entre nosotros para que la paz permaneciera entre ambos pueblos. Pero él solo estaba interesado en que acogiéramos como propias sus leyes sin respetar las que desde hacía incontables lunas practicaban mis antepasados. Para mi pueblo, los curanderos y chamanes son muy importantes. Pero

no dudasteis en detener a cuarenta de ellos para castigar a unos y ahorcar a otros por cometer eso que llamáis hechicería. Solo por la fuerza nos devolvisteis a los que todavía estaban con vida.

—¡No quiero entrar en recordar este asunto, pues resulta demasiado peligroso y doloroso! ¡Muchos fuimos los que perdimos a buenos amigos!

—¡Moki tampoco! Pero nosotros también perdimos a familiares.

—Me doy cuenta de que solamente han pasado doce años desde que recuperamos Santa Fe, y de que aún quedan muchas heridas abiertas. También, que casi todos conocimos aquellos acontecimientos e incluso participamos en ellos. Pero no es de eso de lo que ahora se trata. Es el futuro del niño lo que debe importarnos.

—¡Quiero que sepas una cosa! Si me dejan al cuidado de Hoya Lengi, seré capaz de matar a quien intente hacerle daño sin importarme de la raza que sea. Y eso también vale para los españoles.

—Lo entiendo. Por eso no te preocupes, porque son órdenes y deberán acatarlas.

—No es bueno entrar en un sitio de invitados con imposiciones para los otros. Eso no facilita la convivencia.

—Es muy lógico lo que piensas, pero ante grandes males no queda otra alternativa que poner grandes remedios.

—¿Te encargarás de hablar en nuestro nombre si surge alguna discordia?

—¡Te doy mi palabra!

—¡Entonces, acepto el trato! ¡Pero quiero una condición a cambio!

—¿De qué se trata?

—Quiero poder educar al niño para que conozca las costumbres indias.

—¿Por qué?

—Porque es posible que el día de mañana le salven la vida. Este niño es especial para nosotros. Sabemos que tiene un cometido muy importante que realizar y creemos que cuanto más sepa será mucho mejor para él.

—Haremos una cosa. Yo me encargaré de facilitarle toda la educación que pueda al estilo español, y vosotros le enseñaréis el modo de vida indio. Así conocerá las dos culturas. Pero procurad que los demás colonos y militares del presidio no se enteren, pues no quiero tener que dar explicaciones de continuo.

—Te prometo que seremos muy discretos.

Aquella conversación se llevó a término en todas sus condiciones y por fin el subteniente Diego Cortés pudo ausentarse del presidio para cumplir sus siguientes misiones con la confianza de que nada malo le sucedería al recién nacido, porque contaba con la protección de la tribu de su amigo Moki, el jefe de exploradores de los indios pueblo, que ahora los suyos llamaban capitán en reconocimiento a tan alta distinción.

A los pocos días, un destacamento de castigo formado por catorce dragones de cuera asistidos por cerca de cien indios pueblo, nuevamente recorrieron el camino que los conducía hasta el valle de las Rocas, mas no encontraron absolutamente a nadie.

Parecía que la gran concentración de indios apaches había sido tragada por la tierra; tan solo pudieron reconocer los restos de las hogueras que conformaron los grandes campamentos y las tumbas que allí se quedaron. Sin embargo, las correrías a pequeña escala continuaron sobre las misiones y las haciendas más alejadas y desprotegidas de forma intermitente a lo largo de la frontera.

Ante la falta de noticias sobre el paradero del grueso de los indios hostiles, el gobernador del presidio de Santa Fe, Juan Páez Hurtado ordenó como medida preventiva un refuerzo de las guardias en previsión de que se produjera un ataque masivo. Sin embargo, pasaron las semanas y no hubo ninguna señal que apuntara esa posibilidad. Las patrullas se multiplicaron y todas regresaron sin noticias del enemigo.

—¿Qué puede haber ocurrido?

Preguntó el nuevo gobernador de Santa Fe, Francisco Cuervo y Valdés al subteniente Diego Cortés al regreso de su última expedición.

—Todos estamos muy sorprendidos. La verdad es que no somos capaces de encontrar señales de vida de los apaches.

—¿Y no le parece raro?

—¡A fe mía que sí!

—¿Se le ocurre algo?

—Adentrarnos aún más en territorio enemigo para ver si descubrimos qué preparan contra nosotros.

—No me gusta que abandonen la seguridad de nuestro radio de acción. Además, les llevará tanto tiempo que no podremos contar con ustedes en caso de que sea necesaria la defensa de la plaza.

—No obstante, creo necesario que averigüemos las intenciones reales de los indios hostiles.

—Está bien. Prepare una expedición bien pertrechada y parta cuanto antes. No quiero permanecer por más tiempo con tanta incertidumbre. No es bueno para la moral de los hombres.

Esta vez, Diego dispuso de veinticinco dragones de cuera y además se dejó acompañar por Moki y todos sus guerreros, pues decidió llegar hasta los límites del territorio de Colorado en busca de los apaches jicarillas, que parecían ser los instigadores junto con el pueblo navajo. Los resultados fueron idénticos a los obtenidos hasta ahora, pero por fin encontraron una prueba que los ayudó a aclarar lo que sucedía. Era el verano de 1707 y decidieron regresar al presidio para informar del contenido de sus averiguaciones.

—Excelencia, creo que hemos encontrado la explicación de lo sucedido durante estos meses —informó Diego al gobernador cuando regresó con sus hombres.

—Cuénteme lo que haya averiguado.

—En los confines del territorio de Colorado encontramos claras señales de una gran batalla entre distintas tribus indias. Muchos de los caídos eran apaches jicarillas y apaches chiricahuas; pero también encontramos algunos guerreros de un clan desconocido para nosotros.

—¿Y eso qué significa en su opinión?

—Que han entrado nuevos jugadores en el tablero de este vasto territorio. Ahora parece que los distintos grupos de

apaches están más preocupados por librarse de otro enemigo que no somos nosotros.

—¿De quién puede tratarse?

—Supongo que en los próximos meses lo sabremos. Deben de ser tribus del norte que por alguna razón se han desplazado hacia el sur. Pero además, hemos encontrado este moderno mosquete de fabricación francesa, lo que significa que los comerciantes franceses venden armas a los indios.

—Eso puede ser un gran problema para nuestras tropas.

—No cabe duda.

—No informen a nadie sobre este hallazgo. Lo pondré en conocimiento del virrey de Nueva España para que tome una decisión.

Efectivamente, Diego no se equivocaba, pues todavía no había terminado ese mismo año cuando un grupo de diezmados apaches aparecieron con bandera blanca a las puertas del presidio de Santa Fe.

—¿Qué queréis?

Les preguntó Moki en nombre de Diego, quien también le acompañaba.

—¡Protección!

—¡De quién!

—¡De los comanches!

—¿Comanches?

—Se han aliado con los utes y han ocupado nuestros territorios de caza y nuestras tierras. No tenemos donde ir más que hacia el sur.

—¡Eso es territorio de los españoles!

—Lo sabemos. Por eso les ofrecemos la paz y nuestra ayuda para acabar con la amenaza de los comanches.

—No la necesitamos.

—Puede que ahora no; pero tarde o temprano nos necesitarán.

—¿Qué ha ocurrido? ¿En qué ha cambiado el equilibrio para que os ataquen?

—Los comanches son nuestros peores enemigos. Son parientes de los shosones, y cuando estos fueron expulsados de sus tierras del norte por los pies negros, decidieron separarse

de la tribu principal para crear su propia raza de guerreros. Son implacables y los más sanguinarios. No conocen el miedo y carecen de sentimientos contra sus enemigos. Si no nos ayudamos mutuamente, pronto acabarán con todos nosotros.

—¿Los conoces bien, Moki? —le preguntó Diego.

—Nunca he tratado con ellos, pero sí los he visto cabalgar de lejos. También he oído hablar de sus sanguinarios métodos en los ataques. También se habla de que son más rápidos a caballo que el mismo viento.

—¿Qué más has oído?

—Que son los mejores jinetes y los únicos que saben criar y domesticar caballos para la guerra. Que tienen grandes manadas, pero nunca están satisfechos. Que son temibles en el combate y nadie quiere enfrentarse a su furia. Les gusta matar y robar por simple placer; que suelen hacer prisioneros para torturarlos hasta la muerte porque el sufrimiento de sus enemigos les hace disfrutar. Muchos indios dicen que es mejor morir que ser su prisionero.

—¡Interesante presentación! Pero si lo que cuentan estos apaches es cierto, de momento ha quedado conjurada la amenaza de su ataque contra el presidio.

—Es cierto. Pero quizás fuera prudente estar atentos por si son los comanches quienes deciden realizarlo.

El tiempo pasó con demasiada rapidez y las noticias sobre la presencia de comanches en el territorio en forma de asaltos selectivos a cualquiera que pudiera suponer una presa fácil se multiplicaron por valores hasta entonces desconocidos, lo que intensificó la frecuencia de las salidas de los dragones de cuera en su busca.

Luego, se tuvo noticias de que los comerciantes franceses estaban interesados en adquirir pieles de castor a algunos grupos de indios de los grandes lagos, tales como ottawas y hurones. Para lo cual, no dudaron en cambiarlos por armas de fuego sin con ello conseguían de paso crear un problema adicional a los colonos y a las tropas españolas en sus enfrentamientos con los nativos.

Por eso, se sospechaba que los franceses intentarían llegar a pactos con otras tribus situadas más al sur; concretamente, en

las grandes praderas y, por tanto, más próximas a los dominios españoles.

Mientras tanto, José Mejía, el Mestizo, también conocido a escondidas como Hoya Lengi, ya correteaba por el interior del presidio bajo la atenta mirada de su madre postiza, la india pueblo conocida con el nombre de Pavati. Muchos paseos se dieron juntos hasta llegar al cercano campamento de Moki para que el niño pudiera jugar con sus primos, pues los hijos de los demás colonos tenían prohibido relacionarse con quien consideraban el hijo del pecado.

Pero toda aquella incomprensión no parecía afectarle lo más mínimo, ya que los mayores se encargaban de que no percibiera absolutamente nada de la maldad concentrada que se respiraba en el interior del fortín. Además, los juegos con los indios eran mucho más divertidos que con los colonos españoles porque estaban relacionados directamente con todo lo que podía ofrecer la madre naturaleza, y al final resultaba que el pequeño José era el niño más envidiado del lugar.

Al principio se elevaron algunas duras quejas, que ante la contundencia de las respuestas por parte de las autoridades del presidio quedaron reducidas a simples comentarios que se diluyeron como arena de la playa entre el agua del mar, aunque bien era cierto que el odio contra José iba en aumento, aunque siempre a escondidas. Pero aquello no parecía importar demasiado a la tribu de Moki ni al subteniente Diego Cortés, quienes estaban empeñados en colaborar todo lo que pudieran en su formación.

Primeramente, comenzaron con todo lo relacionado con la cultura india, así como con sus técnicas de lucha y sobre todo con el rastreo. Porque si había alguna tribu que era una verdadera experta en el seguimiento de las huellas, esa era la de Moki.

Mientras tanto, y aunque todavía era muy pronto, Diego comenzó a hacer las oportunas gestiones para que se tuviera en cuenta al pequeño José a la hora de aceptar a los nuevos reclutas para dragones de cuera, cuando le llegara la edad. De sobra sabía que aquella hábil maniobra serviría para proteger al muchacho, pues si era admitido en el cuerpo de lanceros

coloniales, ya nadie se atrevería a atentar contra su persona pues a su lado estarían sus hermanos de armas. Por eso, mientras llegaba ese crucial momento, y antes que a cualquier otro aspirante, también Diego comenzó a escondidas a instruirle en todo lo que necesitaba saber para ser el mejor de los futuros dragones de cuera.

Los años se cumplieron, y eso de ser la imagen de sus dos padres adoptivos gustaba mucho a José, quizás porque lo consideraba un gran honor y a la vez un juego muy divertido. Sin embargo, para el resto del presidio no dejaba de ser el Mestizo. Pero a su favor contaba en gran medida que era el único criollo que estaba vinculado por fuertes lazos de sangre con los indios pueblo; una importante característica que nunca pasó desapercibida para los responsables del presidio.

En 1718, cuando contaba con catorce años de edad, se incorporó a las filas de los aspirantes a dragones de cuera. Pero en su caso, cuando lo hizo ya sabía todo lo que necesitaba para desenvolverse mejor que nadie en aquel ambiente. Lo que para otros resultaba ser un medio terriblemente hostil, para José el Mestizo significaba su verdadero hogar; el lugar que mejor dominada y donde se encontraba más cómodo.

Para entonces, toda ayuda que se pudiera facilitar en favor de la protección del presidio y de sus gentes era poca, pues la amenaza comanche se había convertido en toda una realidad que proporcionaba innumerables quebraderos de cabeza a las autoridades españolas.

Por lo tanto, y aunque quisieron camuflar por todos los medios sus destrezas, al final terminaron por salir a la luz sus nada despreciables habilidades, gracias a los conocimientos transmitidos por sus padres adoptivos. Quizás esa fuera la razón más importante para que se le aceptara en la prestación del servicio sin ningún tipo de impedimento.

Aquel día de la imposición del uniforme fue especialmente emotivo para Moki, su familia y el subteniente Diego Cortés. Acababan de ver hecho realidad un viejo sueño que ambos prometieron a los padres del joven José. Ahora quedaban por delante muchas horas de entrenamiento en el manejo de las diferentes armas, conocimiento de las ordenanzas, de las

galopadas a caballo, del terreno donde se iban a mover y sobre todo de la férrea disciplina que distinguía a los soldados presidiales.

Pero todo aquello ya lo conocía con creces el aspirante pues había crecido rodeado de maestros que le enseñaron los secretos más ocultos. Se hizo adolescente mientras limpiaba una y otra vez las armas de su padre o perseguía el más insignificante rastro que Moki le ponía en su camino para probar sus capacidades.

Todo con el único objetivo de conseguir que se convirtiera en un guerrero o en un dragón de cuera autosuficiente, según conviniera en cada momento.

Aquel día, cuando regresaron a la casa después de recibir su uniforme y el resto de credenciales, José se encontró con una sorpresa que impaciente le esperaba escondida bajo la cama y que jamás olvidaría. Se trataba de un cachorro de mastín leonés que Diego consiguió distraer de una camada nacida en la última carabela que arribó en el puerto de México, y que por tanto acababa de llegar de la vieja España.

El perro era de un color marrón intenso con un hocico negro como la noche y muy pegado al morro. Tal vez por eso, nada más verlo su futuro dueño le llamó Chato. En el interior de la caja que sirvió para portar al animal, también apareció una carranca[14] por la que a través de ella se introducía una y otra vez por completo el cachorro, tal vez porque interpretó que aquello era un simple juego preparado para distraerle durante la monotonía del viaje.

—En cuanto crezca un poco más no cabrá por ella —comentó Moki entre risas.

—No hará falta esperar mucho tiempo —contestó Diego.

—¿Tan grandes llegan a ser? —preguntó Moki.

—Para que te hagas una idea, esta carranca solamente le cabrá con dificultad en su cuello. Hasta es posible que haya que ensancharla.

—No conozco esta raza de perro —señaló el joven José.

—Solo se da en España. De alguna manera, será el mejor recordatorio de quien eres y de lo que se espera de ti —le señaló Diego.

—Espero no defraudaros.

—¡Eso nunca! —contestó Pavati emocionada.

—Te enseñaré a adiestrarlo para que te sirva como tu mejor amigo en el campo de batalla —le informó Diego.

—No me gustaría que este perro muriera por mi culpa —contestó José.

—Tu primera lección te la voy a dar ahora mismo. Debes pensar de otra forma —exclamó Diego.

—¿De cuál?

—Verás. Este perro está creado para morir por su amo; para dejar la vida con tal de que su amo no la pierda. Te seguirá donde vayas y siempre se pondrá delante de cualquier situación que considere arriesgada para ti. Si ocurre lo contrario, él mismo dejará de comer y se producirá voluntariamente su propia muerte. Le dejaras débil ante sus muchos enemigos que no dudarán en acabar con él sin ninguna misericordia y con el máximo sufrimiento. Para él será una muerte horrorosa. Si no permites que realice su trabajo, será lo mismo que matarle en vida.

—No es algo nuevo, porque eso mismo les ocurre a los perros de muchas tribus indias —corroboró Moki las indicaciones de Diego.

José los miró y quedó callado durante algunos segundos.

—Si eso es así, la verdad es que prefiero no encariñarme con él.

—Lo normal es que el amo sobreviva a muchas vidas de perros. Está bien cuidarlos, pero nunca los consideres familia o sufrirás mucho cuando se tengan que ir —añadió Moki.

—Si le sabes tratar y educar, te aseguro que te servirá como el mejor de los compañeros que puedas tener —concluyó Diego.

—Tendré que aprender muchas cosas. Es la primera vez que tengo un perro.

—Nosotros te ayudaremos —le animó Moki.

---

[14] Collar de pinchos hacia fuera para proteger el cuello del perro.

Capítulo XI

Los dos años siguientes fueron en todos los órdenes muy intensos para los hombres y mujeres del presidio de Santa Fe, pues se convirtieron en los artífices imprescindibles de las misiones encargadas del enclave más avanzado del imperio de la Corona de España.

Las informaciones de que se disponían abrieron muchos frentes e incógnitas, pues aseguraban que los comanches poseían una gran cantidad de caballos que utilizaban con increíble maestría para acosar a sus enemigos mortales, los apaches, quienes trataron de defenderse por todos los medios a su alcance, sin menospreciar ni dejar de solicitar la ayuda que los españoles les podrían suministrar para resolver su conflicto, aunque estos últimos nunca quisieron facilitarles armas de fuego pues temieron que luego las utilizaran contra ellos.

No obstante, como prueba de buena voluntad, los apaches cesaron durante algún tiempo sus ataques sobre las propiedades establecidas de colonos y misioneros españoles, aunque por su propia condición y naturaleza jamás fueron capaces de erradicar sus acciones de manera definitiva. Incluso sus necesidades los llevaron en muchas ocasiones a asaltar las rutas comerciales de suministros de mercancías.

Y en medio de ese peligroso juego de robos, asesinatos y raptos, los dragones de cuera jugaron un papel protagonista imprescindible para la resolución y castigo de esas violentas acciones. Eso hizo que fueran considerados de vital importancia para preservar la seguridad en las fronteras del imperio.

Por eso, los mandos siempre prestaron la máxima atención a la preparación de los soldados para que fueran diestros en el combate cuerpo a cuerpo, ya que sabían que esa era la modalidad que más iban a practicar en sus salidas. Por parte

de los efectivos suponía la realización de grandes esfuerzos en las diferentes técnicas de combate; pero esa era la única garantía de que la mayoría de ellos regresarían con vida a sus respectivos presidios cuando finalizaran sus arriesgadas misiones.

—¡A ver si os enteráis de una vez por todas! ¡El cuchillo es más eficaz cuando se empuja desde la empuñadura hacia el objetivo! ¡Da igual que sea de arriba hacia abajo, o al contrario! ¡No es un sable que sirva para realizar movimientos laterales! ¡Eso es perder el tiempo y posiblemente la vida! ¡No dejéis ninguna oportunidad al enemigo!

Aquella mañana el instructor no dejaba de gritar a los reclutas aspirantes, quienes repetían una y otra vez, hasta la saciedad, los mismos ejercicios. Llevaban mucho tiempo en el patio bajo un sol implacable y casi todos parecían cansados de tantas repeticiones, lo que les hacía que comenzaran a bajar la guardia. Justo lo que más exasperaba a quien en aquellos momentos dirigía la clase práctica.

—¡No! ¡Así no! ¡Si utilizas la hoja como si fuera de pergamino, ya habrías muerto a manos de tu enemigo! ¡Tenéis la misma fuerza que una vieja! ¡Continuad hasta que se os caiga el brazo al suelo! ¡Pensad que no vais a tener a nadie para que os ayude, porque vuestros compañeros estarán ocupados con otros!

Llegó un momento en que todos estaban agotados y apenas podían mantener en vilo el peso del arma que utilizaban para realizar aquellos movimientos. Todos menos José el Mestizo, quien parecía ser capaz de aguantar todo lo que le exigieran mientras esgrimía una amplia sonrisa en la boca, quizás porque disfrutaba mientras veía como sus compañeros se derrumbaban uno tras otro cuando perdían sus últimas energías.

Desde que se alistara, José comenzó a destacar sobre el resto y eso no pasó desapercibido para sus superiores. Había superado en habilidad tanto a Moki como a Diego, y eso le daba una importante ventaja sobre cualquier otro soldado del presidio, ya fuera veterano o novato.

—¡Quiero que me hagáis las preguntas que queráis!

Pidió el subteniente Diego a los aspirantes durante una clase

práctica.

—¿Por qué nos llaman dragones de cuera?

—Lo de dragones es porque somos un cuerpo de caballería al estilo de los lanceros franceses, que fueron los primeros en llamarse dragones. Cuera es porque las viejas armaduras de los primeros conquistadores fueron cambiadas por los abrigos largos que ahora llevamos. Sé que pesan mucho porque están confeccionadas con siete capas de cuero duro, lo mismo que nuestros sombreros de ala, pero es imprescindible que aprendáis a moveros con soltura cuando los lleváis puestos, porque os salvarán la vida en muchas ocasiones, ya que evitan que las flechas enemigas puedan penetrar en nuestro cuerpo. Pero recordad que llevamos los brazos y las piernas desprotegidos, por lo que los enemigos intentarán alcanzarnos en los puntos donde somos vulnerables como también lo son la cara, la nuca y las manos.

—¿Por qué nos son asignados seis caballos y una mula a cada uno?

—Son vuestro único medio de transporte y debéis cuidarlos como si fueran el mayor de los tesoros. Nuestro equipo de campaña es muy pesado, por lo que es necesario que lo lleve una mula para no utilizar un caballo en esa tarea. Tenéis la asignación de seis caballos al año porque es el número que reventaréis en vuestro trabajo. Pensad que perseguiréis durante mucha distancia a partidas de indios que se mueven con una rapidez como jamás habéis conocido. Ellos, si acaso, tendrán una montura por cabeza. Pero os aseguro que sabrán sacar el mejor provecho posible. Con toda seguridad, mucho mejor que vosotros a las vuestras. Exigimos tanto esfuerzo a los animales que lo normal es que aguanten tres o cuatro meses. Pero eso no debe importaros. Tenéis que centraros en cabalgar mejor y con mayor aguante que cualquier indio. Ahí radicará la preparación de la victoria sobre las tribus hostiles que nos acechan.

—¿No sería mejor aligerar nuestro equipo de campaña?

—En cuanto a nuestro material somos caballería pesada y siempre nos ha ido bien de esa manera. Los resultados irrefutables están bien claros a la vista. Las armas de fuego

pesan mucho pero nos sirven para una primera andanada, siempre que no tengamos que cargarlas, pues por la rapidez del enemigo no tenemos margen de maniobra para hacerlo una segunda vez. Pero el desconcierto que se genera entre sus filas nos da una importante ventaja. Si además tenemos en cuenta que nuestras cargas con lanza es una de las acciones que más temen, no debemos abandonar esta práctica, por lo que debemos ir siempre acompañados de ella. En cuanto al resto del material, excepto el sable, no se diferencia en mucho del que usan los indios, pues sabemos manejar el arco, el cuchillo y la adarga[15] mejor que casi todos ellos. Recordad que aunque somos de caballería, estamos adiestrados para salir victoriosos en el combate cuerpo a cuerpo. De ahí la importancia de la repetición de los variados ejercicios que tanto os incomoda.

—Pero se dice que los indios del norte están armados con mosquetes que les facilitan los franceses a cambio de pieles. Entonces, perderemos la ventaja del armamento si tenemos que enfrentarnos contra esas tribus.

—Primeramente, he de decir que esas informaciones no las tenemos aún contrastadas. En segundo lugar, que la ventaja del armamento no es lo único que nos mantiene con vida frente a un número muy superior de enemigos con los que nos tenemos que enfrentar casi siempre. Son nuestras técnicas de combate las que nos hacen superiores. Por último, os aconsejo que no penséis en las posibilidades que todavía no se han producido, pues no creo que las tribus del norte estén interesadas en desplazarse tan lejos de sus territorios y pelear contra clanes de los que son enemigos irreconciliables, salvo que sean expulsadas por otras tribus más poderosas. En ese caso, llegarán tan exhaustas y debilitadas a nuestros dominios, en cuanto a su número de efectivos, que no tendrán ninguna gana de entablar combate contra los temidos dragones de cuera.

El subteniente Cortés arrancó con sus palabras de exaltación una sonora demostración de patriotismo por parte de sus hombres, que entusiastas aplaudieron hasta que se retiró su jefe. Pero en el fondo sabía que si los indios estaban armados habrían perdido frente a ellos la ventaja del armamento y tendrían que cambiar sustancialmente la estrategia de

guerrear, pues los superaban en número en una proporción imposible de compensar.

Entretanto, Chato, el mastín leonés de José, se había convertido en un perro especialmente adiestrado para el combate. Pesaba más que un hombre corpulento, se movía con la agilidad y rapidez del más rápido de los pumas, y tenía una fuerza impresionante. Sin embargo, su instinto de protección hacia su rebaño le hacía comportarse con el muchacho y con su familia como el más mimoso de los pastores.

Ya llevaba puesta su carranca, pero conforme creció en tamaño debieron ampliarla en varias ocasiones para que le pudiera abrochar en aquel robusto cuello. Además, le hicieron a medida una especie de peto de cuero duro que le protegía el lomo, los costados y el pecho, lo que le hacía un temible adversario al que resultaba muy difícil de abatir.

En su adiestramiento colaboraron Moki y Diego y el resultado fue un perro preparado para la guerra de fronteras que todo el mundo quería llevar a su lado como aliado. Si bien era cierto que no tenía la velocidad de un galgo, en cambio, podía seguir incansable durante toda una jornada el trote de cualquier caballo.

Con el hocico aún mucho más ennegrecido, y dotado de aquella imponente cabeza, su aspecto se había tornado en lo más parecido a un perro de presa que no deseaba hacer amigos. Solo obedecía a Diego y a Moki, seguramente porque los tenía calificados como maestros. Y por supuesto a José el Mestizo, porque crecieron y jugaron juntos y debía ser algo parecido a su más valiosa prenda para custodiar hasta la muerte. Pero el resto de los humanos debían mantener cierta distancia de seguridad, si no querían soportar sus roncos gruñidos de advertencia.

Para probar el resultado de los entrenamientos, las primeras salidas las realizó con Diego y Moki en solitario y más adelante con un destacamento de dragones en algunas operaciones de castigo.

En todas ellas destacó por la habilidad para hacer caer a los caballos enemigos. Los interceptaba mediante ataque sobre sus flancos y rápidamente les mordía en los tendones de las patas

traseras, lo que inmediatamente les hacía desplomarse sobre la tierra con el consiguiente revolcón para el jinete.

Si el indio quedaba aturdido o no se incorporaba, Chato iba a por otra presa. En cambio, si pretendían continuar el combate, los inmovilizaba por los antebrazos mediante dentelladas que presionaban a la víctima con una fuerza imposible de resistir sin la adecuada protección. Chato estaba preparado para acompañar en cualquier expedición y, sobre todo, para proteger la vida de su amo cuando participara en las misiones que les encargaran.

Pero las noticias que llegaban de los territorios no conquistados por los españoles no resultaban nada tranquilizadoras para los colonos de Santa Fe, pues los ingleses, que ya estaban establecidos en el norte, desplazaban por la fuerza a los indios tuscarolas que vivían en las proximidades de la cuenca del río Misisipi. Estos, a su vez, se vieron obligados a enfrentarse con otras tribus lo que producía un efecto dominó de desplazados hacia el sur, y por tanto hacía aumentar el riesgo de nuevas confrontaciones armadas en contra de las muchas negociaciones de paz y pactos conseguidos por parte de los españoles con los indígenas.

Por otro lado, los comerciantes franceses incrementaron el número de transacciones comerciales de pieles a cambio de armas de fuego con los nativos de la zona de la Luisiana francesa, lo que dejaba muy amenazados los intereses de la Corona española. Su presencia quedará patente cuando se establezcan de forma permanente al fundar un fuerte junto al río Misisipi que dará origen a la ciudad de Baton Rouge, posterior capital de Luisiana.

Ante tanta incertidumbre, y sobre todo por la amenaza que suponía una posible alianza entre franceses e indios pawnees, el gobernador de Nuevo México, Antonio Valverde y Cosío, ordenó organizar una gran expedición hacia los territorios situados mucho más al norte del emplazamiento del presidio de Santa Fe para localizar la presencia francesa y actuar en consecuencia.

—Nos han informado de que debemos estar preparados para una importante expedición. Va a ser mi primera misión.

Comunicó exultante de alegría José a su familia cuando llegó a comer. Pero todos permanecieron callados sin dar una sola muestra de su mismo entusiasmo.

—¿Ocurre algo? —insistió el joven dragón.

—Que quizás seas seleccionado entre los que se deben quedar para proteger el presidio durante el tiempo que dure esa expedición —contestó Diego.

—¿Por qué?

—Porque la salida está prevista para realizarse en breve.

—¿Y qué significa eso?

—Que tienes dieciséis años.

—Sigo sin ver el problema.

—Pues que la comandancia prefiere que los más jóvenes se queden a defender el presidio por si es atacado cuando nos vayamos los veteranos.

—No parece lógico.

—Quizás. Pero te recuerdo que nos han enseñado a obedecer sin hacer preguntas.

—¿Tampoco te las puedo hacer a ti en casa?

—A mí, las que quieras. Pero no te garantizo que te gusten las respuestas.

—Porque piensas igual, ¿verdad?

—Así es.

—¿No me has dicho mil veces que soy el mejor preparado del presidio?

—Es cierto.

—Pues en justicia debía ser el primero en salir en esa exploración.

—Tal vez tengas mejor preparación que ninguno de nosotros porque has aunado mis enseñanzas con las de Moki, y eso te ha dado una ventaja que será muy difícil que alguien alcance jamás. Pero en mi opinión necesitas un poco más de madurez. La experiencia es algo que se adquiere con los años, y tú eres todavía muy joven. Quizás, en la próxima operación te seleccionen y tengas tu oportunidad.

—Es difícil de entender esta postura que mantienes.

—¿Por qué?

—Porque la experiencia solamente se puede adquirir con la

práctica. Ahora que surge la oportunidad te empeñas en negarme lo que en justicia merezco.

—No soy yo quien decide. Pero quiero que sepas que si me preguntan daré mi opinión aunque no te guste.

—No merece la pena discutir por un asunto que a ninguno de los dos compete. Dejémoslo así y ya veremos lo que ocurre cuando llegue el momento.

Les aconsejó Moki al presenciar la primera discusión que ambos mantuvieron y al entender que la crispación iba en aumento sin ninguna necesidad. El jefe de exploradores, dotado de una lógica práctica y natural, entendió que no merecía la pena mantener aquella situación por más tiempo, pues podría tener consecuencias negativas en un futuro cercano; algo que carecía de sentido entre ambos.

—Moki tiene razón. Es mejor que lo dejemos aquí, porque es algo que ninguno de los dos podemos arreglar —añadió Diego.

José calló. Pero aparte de dejar clara su posición, sintió que en su interior se acababa de abrir una brecha entre su maestro y él, por lo que consideró una injusticia que no merecía después de sus años de sacrificio y obediencia sin emitir la más mínima queja. Y ahora que llegaba el momento de demostrar lo que había aprendido, se le dejaba recluido tras la empalizada del presidio como si fuera un niño pequeño, o alguien incapacitado para cumplir una misión. Por ello, durante los siguientes días se distanció de Diego al señalarle como único responsable instigador de la decisión adoptada por la comandancia.

—No le achaques la culpa a Diego porque no hay antecedentes de dragones tan jóvenes que fueran seleccionados para una expedición tan peligrosa —le dijo Moki en un intento por mediar en su enfado.

—Ninguno estaba tan preparado.

—Diego, al igual que yo, es como si fuera tu padre. Queremos lo mejor para ti.

—¿Y lo mejor es dejarme recluido en el presidio? ¿Si vosotros que me habéis enseñado todo que sé no creéis en mis capacidades, quién lo hará?

—Tal vez no sea la mejor decisión, pero sí la más segura.

—No creo que me hayáis entrenado con tanta dedicación para luego dejarme escondido como una vieja temerosa.

—No es eso. Es que con unos años más de edad, es seguro que serás más cauto; una cualidad que tu juventud ahora te impide tener; una cualidad imprescindible para mantenerse con vida en estas tierras.

—No deseo discutir contigo también. Pero quiero que sepas que no comparto tu opinión. No puedo aceptar que alguien que me ha contado mil veces que se vio obligado a abrirse camino en una edad muy joven porque enseguida murieron sus padres; que ha combatido con cuantos han invadido su territorio y que después ha conseguido ser el mejor jefe de las tribus, ahora se arrugue porque puedo salir de exploración con dieciséis años.

—Yo tampoco busco ninguna pelea. Entiendo tu postura, pero quiero que hagas un esfuerzo por comprender los razonamientos de tus mayores. Solo nos mueve el interés que tenemos en que no te ocurra nada malo, precisamente porque después de soportar muchos sufrimientos conocemos los riesgos a los que hay que enfrentarse cuando se abandona la seguridad del presidio.

No parecía que hubiera posibilidad alguna de hacer entrar en razón al joven José, por lo que resultaron estériles los intentos de Moki. Sin embargo, algo ocurrió ajeno a las voluntades de las partes discordantes que hizo cambiar por completo el panorama.

—Como bien sabe usted, he sido designado por el gobernador de Nuevo México para dirigir una ofensiva hacia las grandes praderas, en pleno corazón del territorio pawnee, con el fin de localizar los asentamientos franceses y destruirlos —Pedro de Villasur llamó a Diego Cortés.

—Lo sé, mi general.

—Pues bien. Le he hecho llamar para pedirle un gran favor.

—Si está en mi mano, cuente con ello.

—No tan deprisa; primero quiero que conozca de qué se trata.

—Usted me dirá, mi general.

—Verá. He oído hablar en el presidio de las extraordinarias

habilidades de un joven dragón, del que me han dicho que es usted su preceptor.

—Se trata de José Mejía. Era hijo de mis mejores amigos y al quedar huérfano me encargué de su educación.

—Entiendo. Pero también me han informado de que tanto usted como el jefe de exploradores indios se han ocupado con mucho esmero de que el joven José conozca todas las técnicas de combate y de rastreo.

—Así es, mi general.

—Sin embargo, en la lista de los dragones que me acompañarán no le he visto seleccionado.

—Es que tiene tan solo dieciséis años. Necesita cierto tiempo de maduración para que no cometa imprudencias cuando se enfrente a los peligros de ahí afuera.

—Lo entiendo. Seguramente habrá que vigilarlo muy de cerca hasta que tenga algunos años más. Pero no obstante, estará conmigo en que no podemos prescindir de esas innatas habilidades que posee, sobre todo en la expedición más importante de las que han llevado a cabo los famosos dragones de cuera.

—Con todos mis respetos, mi general, sinceramente no creo que esté preparado para participar en esta ocasión, precisamente por la importancia que tiene.

—¿Y no será que le retiene conscientemente en el presidio por la peligrosidad que usted cree que conlleva esta misión?

—Habría tomado la misma decisión con cualquier otro de su misma edad. José es el más joven de toda la guarnición, y no es una incursión para llevar a un novato.

Contestó algo airado, pero por el tono de las palabras de Villasur en seguida interpretó que su deseo era llevarlo a pesar de la clara oposición que mostró su tutor.

—No quiero que me malinterprete. Solo constato que es una lástima dejar aquí a alguien con sus cualidades. Quizás, sería una buena idea que nos acompañara con el fin de que adquiriera esa experiencia que dice usted necesita. Lo pensaré detenidamente y mañana le daré a conocer mi decisión final.

—¡Como usted ordene, mi general!

Efectivamente, al día siguiente José fue nominado por el

teniente general Pedro de Villasur para que figurara en la lista con el resto de sus compañeros seleccionados. La sorpresa que se llevó José cuando vio su nombre entre los participantes solo fue superada por la alegría que sintió. Corrió hacia su casa para darle las gracias a Diego, porque interpretó que por alguna razón había reflexionado y después convenció a los mandos para que le incluyeran. Diego no quiso contradecirle, pues sabía que la decisión era inapelable y prefirió venderle el favor de la mejor manera posible a su propia conveniencia.

—¡Bien! Quiero que comprendas que te he dado una gran muestra de confianza que espero sepas corresponder como merece.

Le dijo después de recibir innumerables abrazos y muestras de cariño de un pupilo entregado.

—Haré lo que me digas en todo momento sin rechistar. ¡Seré el mejor dragón de toda la compañía!

—Eso espero.

—No te preocupes. Le vigilaremos en todo momento para que nada le ocurra.

Le dijo Moki a Diego para animarle, en un momento en que se quedaron a solas mientras José salió a jugar con su perro.

—Tendremos que hacerlo. Por si no tuviéramos pocos problemas donde nos dirigimos, también estaremos pendientes de los movimientos de José.

—Eso no me preocupa. Ya se nos ocurrirá alguna ocupación para él que le proteja sin que se entere.

—Creo que también nos vamos a llevar a Chato.

—Muy buena idea. Ya ha salido con nosotros en algunas exploraciones y ha respondido mejor de lo que se esperaba.

—Es verdad.

—Tal vez, al venir José se sienta aún más motivado y se supere a sí mismo.

—¡Ojala! Si hay un ser capaz de defender a José mejor que nadie, precisamente es ese mastín leonés.

---

15 Escudo de cuero con la enseña real en el centro.

Capítulo XII

Aquel día, 16 de junio de 1720, amaneció especialmente caluroso. Todos los preparativos ya se habían ultimado y solo restaba recibir la orden de partida del mismo Pedro de Villasur; un teniente general destinado como segundo del gobernador de Nuevo México que carecía de la suficiente experiencia militar en la guerra de fronteras para dirigir semejante expedición. Esa peculiaridad enseguida fue captada por Diego Cortés y por el propio jefe de exploradores, Moki, en cuanto le oyeron dar sus primeras órdenes.

Las tropas con que pudieron contar para ese viaje se distribuyeron en cuarenta y cinco dragones de cuera (casi toda la guarnición del presidio de Santa Fe), alrededor de setenta indios pueblo al mando de Moki y una docena de guías apaches carlanas[16] que dijeron estar muy interesados en participar por venganza a los ataques que llevaron a cabo los pawnees un año antes, y que infringieron una verdadera masacre para su tribu. Además, entre otros colonos, también los acompañaron un comerciante francés llamado Jean L'Archevêque, un fraile, un indio hopi zambo[17] que debía colaborar como guía por haber estado tres veces en las inmediaciones del río Platte (lugar donde suponían se encontraban los franceses), y un indio pawnee que haría las veces de intérprete y que años antes había sido capturado por los españoles y luego convertido en esclavo al que dieron en llamar Francisco Sistaca. Más adelante, en el lugar conocido como el Cuartelejo, se les unieron cerca de cincuenta apaches llaneros con las mismas intenciones que sus primos los carlanas.

De todos los medios y componentes con que contaba aquel pequeño ejército, el que más llamaba la atención era Chato, el mastín leonés de José el Mestizo.

Aquel animal no se separaba a más de cinco metros de su amo y a parte de a Diego y a Moki, no parecía reconocer a nadie más de la expedición. Siempre permanecía en estado de máxima alerta como si un instinto le indicara que se adentraban en terrenos peligrosos. También era cierto que con los indios no se mostraba nada cordial, lo que obligaba a José a reclamar su atención constantemente mediante silbidos cortos y agudos, pues en realidad, aquel perro tenía serias dificultades para distinguir a los indios amigos de los hostiles.

—Demasiados apaches de compañía para que Chato no se sienta tentado a atacarlos —indicó Moki a José.

—Ya me he dado cuenta de cómo los mira. Los huele y no se siente nada cómodo con su presencia. Como se ha peleado con ellos en otras ocasiones, parece que se acuerda y no entiende por qué ahora no puede lanzarse contra ellos. Se diría que en el primer descuido los fuera a atacar. Por si acaso se le ocurre, procuraré mantenerlo separado de ellos.

—Creo que es lo mejor.

—De lo que no estoy seguro es de cómo reaccionará si entramos en combate. Es posible que no distinga a unos y otros, lo que puede suponer que la emprenda con cualquiera que no lleve sombrero de ala ancha y que no huela a cuero curtido.

—La verdad es que corremos un riesgo muy grande de que los confunda y acabe enzarzado con los nuestros. Pero ya veremos lo que hacemos si acaso se presenta esa posibilidad. De momento, lo mejor es que permanezcamos muy atentos.

—Como digas. De todos modos, he observado que los apaches le miran con cierto temor y procuran no estar cerca de Chato —le informó José.

—También yo me he dado cuenta. A lo mejor alguno de ellos ha tenido un encontronazo y no quiere volver a repetir la experiencia —contestó Moki a la vez que sonreía.

Conforme traspasaron los límites de Nuevo México, se adentraron en territorio de Colorado (territorio de los navajos) y enseguida abandonaron las tierras arenosas, las lomas y los abruptos cerros para encontrar otra más compactada que debió ayudar en una época muy lejana a la formación de solitarias

elevaciones rocosas que se podían distinguir desde mucha distancia. Después, la vegetación se hizo más patente mediante extensas arboledas que se reunían al borde de los arroyos, posiblemente para marcar su curso, y cuyos pastos proliferaban para dejarse ver hasta lo más lejano de los valles.

Resultaba muy frecuente divisar montañas posicionadas a modo de pequeñas cordilleras, por cuyas faldas algunas veces solían discurrir insólitos ríos que para continuar con su cauce natural se veían obligados a bordear las bases de los montículos mediante increíbles meandros cargados de agua, que servían para refrescar a los sedientos exploradores y a sus animales. Momento que aprovecharon para hacer acopio del líquido elemento y descansar un buen rato.

Ante la presencia de aquellas formas escarpadas, cañones y gargantas, Moki no cesaba de ordenar a sus exploradores indios que ampliaran el perímetro de seguridad para evitar cualquier posible emboscada. Había visto demasiadas veces ataques por sorpresa mientras los hombres bebían y no quería que les ocurriera lo mismo a quienes debía proteger.

Por su parte, a los apaches los notaba excesivamente cautos y no parecía que quisieran participar de los distintos acontecimientos con el resto de la expedición. Tal vez, se sentían incómodos en exceso con la presencia de Chato, que no les quitaba la vista de encima o, a lo mejor, debieron pensar que esa guerra no les iba a reportar ningún beneficio.

—¿Qué les ocurre a esos, Moki? —le preguntó Diego.

—¡Quién lo sabe! Es muy difícil saber lo que pasa por la cabeza de un indio.

—¡Y eso lo dices tú!

Replicó sorprendido el subteniente de dragones por semejante contestación, mientras reía sin poder parar la carcajada.

—Es que llevo tanto tiempo enrolado en tu ejército, que algunas veces creo que reacciono como si fuera uno de vosotros.

—Ya lo veo. —Diego no podía contener la risa.

—Me parece un buen sitio para levantar el campamento y pasar aquí la noche.

Comunicó Villasur la orden a su segundo, que fue recibida con bastante alivio por parte de los hombres.

Aquella tarde ya estaba muy avanzada y pronto llegaría la noche, que según los planes del general debía discurrir muy plácida. Aunque José el Mestizo tenía que emplearse a fondo para conseguir que su mastín se tranquilizara.

—¿Qué le ocurre? —preguntó uno de los veteranos.

—No lo sé. Pero desde que salimos se comporta de una forma muy nerviosa, sobre todo cuando se acerca la noche.

—Dicen que estos bichos tienen mala vista con la oscuridad —replicó el compañero veterano.

—¡No es un bicho!

—¡Perdona! ¡No he querido ofender a tu amigo! —lo dijo con mucha sorna.

—¿Es que no estás cansado del viaje que todavía necesitas pelea? —contestó José.

—Precisamente porque estoy cansado y quiero descansar te recomiendo que mantengas a tu bicho alejado de mí, o lo acuchillaré hasta que muera.

—Me gustaría ver cómo lo haces, aunque para ello tendrías que matarme a mí primero, cosa que dudo bastante —contestó el Mestizo con los ojos llenos de ira.

—Dicen que eres muy bueno con cualquier tipo de arma; pero a mí me parece que todo son habladurías y exageraciones porque eres el protegido del subteniente. Debes saber que aquí nadie te quiere. Te soportamos porque no tenemos más remedio, ¿lo entiendes, Mestizo?

—¡Eso es muy fácil de comprobar!

A lo lejos en ese momento intentó intervenir Diego para calmar los ánimos, pero enseguida fue retenido por Moki.

—Si te inmiscuyes en la discusión, jamás respetarán a José —le dijo.

—Tienes razón. Pero no quiero que le haga daño.

—¿Quién?

—¡Por supuesto, José al otro!

—¡Ya me parecía!

—¡Déjame a mí! —solicitó permiso Moki para tomar parte en la posible pelea.

—¡Bien, soldados! Con el fin de que sirvan ambos de distracción al resto de la tropa, propongo un combate de exhibición que yo mismo controlaré para que no llegue a mayores. ¿Están ustedes conformes?

—¡Sí! —ambos contestaron como un solo hombre.

—Entonces, si no hay nadie que se oponga, comencemos con elegir el arma.

—¡Elige tú primero! —le dijo José al compañero retador.

—¡Sable!

—¡Sea pues!

Los dos desenvainaron sus armas, pero rápidamente fueron parados en seco por el árbitro, Moki.

—¡No! ¡No! ¡No! ¡Se equivocan ustedes!

—¿Cómo? —preguntaron los dos contendientes que creían se iban a batir en duelo.

—Primero deben permitir que prepare el escenario del combate y les explique lo que deben hacer con sus armas —les explicó Moki.

—¿De qué se trata? —preguntó José.

—¡Muy sencillo! Colocaré sobre aquella estaca que se mantiene en pie una prenda que ustedes deberán cortar en el máximo de rodajas cuando pasen a su altura, pero montados sobre sus caballos al galope.

—¡Pero eso no es un combate! —afirmó el rival de José el Mestizo.

—¡Efectivamente! Pero es una prueba de habilidad que les puede salvar la vida en una situación de riesgo —contestó muy hábilmente Moki.

—¡Quiero ver esa prueba de habilidad!

Gritó a lo lejos Pedro de Villasur, quien interesado por el cariz que tomaba aquella discusión, también se quiso reunir con los contrincantes para presenciarla más de cerca. Pero en realidad, lo que quería era comprobar con sus propios ojos esas habilidades del discípulo del subteniente Diego Cortés, de las que tanto había oído hablar en el presidio de Santa Fe.

Moki colocó una piña de buen tamaño que estaba caída bajo unos pinos y la sujetó en la parte más alta de la estaca, que debía medir cerca de dos metros de altura. Primero intervino el

retador quien espoleó a su cabalgadura y sable en mano ensartó la piña por su justo medio con la consiguiente ovación del público asistente.

En segundo lugar intervino José quien repitió los mismos movimientos. Pero cuando estaba a punto de llegar a la altura de la estaca, se inclinó todo lo que pudo sobre la cabeza de su caballo para golpear con fuerza la piña hacia adelante y hacia arriba con un primer sablazo, y aún tuvo tiempo suficiente para propinar un segundo golpe a la piña antes de que cayera al suelo, y así dejarla clavada sobre la punta de su sable, mediante un rápido deslizamiento que realizó sobre los cuartos traseros del animal.

—¡Increíble! ¡Nunca he presenciado algo parecido! —exclamó Villasur.

—¡Eso solo significa que sabe montar a caballo mejor que yo! ¡Esa cuestión no era la que se dilucidaba! —protestó el contrincante de José.

—¡Está bien! Podemos hacerlo de otra manera si los caballeros así lo prefieren. Lo haremos pie a tierra —propuso el árbitro Moki.

—¡Por mí no hay inconveniente! —exclamó José.

—¡Por mí, tampoco!

Moki buscó en el fondo de su morral dos aguacates similares en cuanto a su tamaño; se los enseñó a cada uno de los contendientes y les pidió que eligieran el que preferían para realizar la siguiente prueba. Una vez seleccionados, los colocó en medio de una explanada que cerraron entre los hombres que presenciaban el reto.

—Tiraré estos frutos al aire y cada uno deberá cortarlos antes de que caigan al suelo. Ganará aquel que los haya partido en más trozos. Comenzará el retador, igual que antes —les indicó en qué consistía la prueba.

El dragón veterano consiguió partirlo justo por la mitad de un certero sablazo que arrancó los aplausos de muchos entusiastas compañeros. Pero cuando le tocó el turno a José, demostró a los presentes que daba tiempo de sobra para dar dos golpes consecutivos, lo que hizo que el aguacate cayera al suelo partido en cuatro trozos.

—¡Esto solamente demuestra que el Mestizo es muy hábil en el manejo de la espada contra cosas sin vida; contra objetos que no pueden hacerle daño!

Exclamó el veterano verdaderamente indignado al ver el resultado de la segunda prueba.

—¿Qué es lo que realmente pretendes? —le preguntó Moki ante semejante reacción.

—¡Lo más justo es un combate singular! —contestó lleno de rabia.

—¿Acaso no has tenido bastantes pruebas de la pericia de tu oponente?

—¡Lo que ha hecho el Mestizo no significa que sepa combatir contra un enemigo que le pueda matar!

—¡Escúchame bien! ¡Creo que ya ha sido suficiente por hoy! ¡Es mejor que reserves tus fuerzas para cuando te encuentres delante de nuestros verdaderos enemigos! ¡No tiene sentido que nos matemos entre nosotros mismos, pues es posible que dentro de unos días nos necesitemos unos a los otros sin ningún tipo de restricción ni deuda pendiente!

Contestó Diego, que hasta ese momento había permanecido en silencio.

—¡Esto no demuestra otra cosa que la protección de que goza el Mestizo! —insistió el veterano.

—¡Mira atentamente, amigo! —llamó su atención Moki.

Lanzó de nuevo al aire las dos mitades del aguacate que había utilizado en la prueba para el lucimiento del veterano, y José tuvo tiempo de desenfundar sus dos cuchillos y lanzarlos con cada mano para acertar en el medio de cada parte y dejarlos clavados en el tronco del mismo árbol.

—¡Es mejor que lo dejes aquí y ahora! —Moki se dirigió de nuevo al retador.

—¡No pienso hacer caso a los consejos de un...!

—¡Soldados!

Gritó con voz enérgica el general Villasur desde la posición que ocupaba en esos instantes. Todos miraron hacia el lugar de donde provenía aquella llamada de atención, a la vez que se cuadraron al contemplar la actitud poco amistosa de su comandante en jefe.

—¡Quiero que cierren ahora mismo este capítulo como buenos compañeros de armas y den por zanjado el asunto! ¡Es una orden!

Los dos dragones se estrecharon las manos y cada uno se marchó hacia una esquina del campamento para evitar el más mínimo roce.

—¡Subteniente! ¡Acuda de inmediato a mi tienda! —le ordenó Villasur.

—¡A la orden, mi general!

—He asistido a esta demostración con sumo interés y quiero hacerle ver varias observaciones.

—¡Usted me dirá, mi general!

—Primeramente, quiero que felicite en mi nombre al jefe de exploradores indios. Pocas veces he visto tanta sensatez y sentido común en oficiales de las tropas coloniales españolas. Reconozco que me ha dejado impresionado. ¡Dígame! ¿Quién es ese hombre?

—Se llama Moki y es uno de los máximos jefes de los indios pueblo. Desde hace muchos años nos ayuda como guía porque conoce como nadie estos territorios y las costumbres de muchas de las tribus. Es un experto rastreador que nos ha sacado de bastantes problemas. Yo nunca salgo de exploración sin contar con él.

—Parece una sabia decisión por su parte. En cuanto a la demostración que nos acaba de ofrecer su pupilo, he de reconocer que jamás he visto tanta precisión con el sable y con los cuchillos. También quiero que le felicite en mi nombre.

—¡Muchas gracias! ¡Así haré!

—No obstante, reconozco que me ha dejado la duda de si sabrá hacer lo mismo delante de un enemigo.

—José nunca ha entrado en combate serio, por eso de la edad que tiene, como recordará ya le expliqué en Santa Fe. Tiene todavía que desarrollarse como hombre y adquirir esa fuerza que aún no tiene. Habilidad y precisión no le faltan.

—¡Sí, sí! ¡Lo recuerdo! Pero quisiera saber si ha peleado usted mismo con él en algún entrenamiento.

—¡Efectivamente!

—¿Y qué opinión sincera tiene?

—Es mucho más rápido que yo, y si él no quiere, me resulta casi imposible rozarle un solo pelo. Es cierto que le aventajo en fuerza; pero lo compensa muy bien con lo escurridizo que se muestra. La verdad es que desde hace algunos meses tengo la sospecha de que me deja ganar algunas veces para que no me sienta viejo.

—¡Un magnifico soldado que además está dotado con un gran corazón! ¡Qué buena combinación! —exclamó Villasur sorprendido.

—Le aseguro que el resto del armamento lo maneja con idéntica precisión; pero lo cierto es que nunca lo ha usado contra ningún enemigo.

—¡Lo sé! ¡Lo sé! Por eso de la falta de experiencia a la que con tanto énfasis recurrió la última vez que hablamos sobre el tema.

—¡Así es, mi general!

—No puedo por menos que también felicitarle a usted por el trabajo que ha realizado con ese joven. Cuando se producen estas cosas, son obra a partes iguales del instructor y el discípulo. Por tanto, ha quedado patente su capacidad como maestro.

—¡Muchas gracias!

—¡Bien! He decidido que semejante valor en alza no debemos exponerlo inútilmente y sin necesidad. Por ello, quiero que se ocupe personalmente de las funciones que deberá realizar José en esta expedición. Y tenga la completa seguridad de que sus decisiones no serán en ningún momento cuestionadas por nadie de esta unidad. ¡El joven Mejía entrará en combate solo cuando usted mismo lo decida! ¿Queda entendido?

—¡Muy claro! Le quedo muy agradecido, mi general.

—¡Nada! ¡Nada! ¡Márchese tranquilo! ¡Me ha dejado muy satisfecho lo que he podido ver esta tarde! ¡Le vuelvo a felicitar muy sinceramente!

---

16 Tribu que surgió por separación de una rama de los apaches llaneros.

17 Uno de los progenitores, negro y el otro, indio. En este caso, padre

negro y madre india hopi.

Capítulo XIII

Conforme se desplazaron más al norte, el paisaje comenzó a cambiar a tonos entre verdes y amarillos, debido a la abundancia de hierba que cubría aquellas extensas llanuras que se perdían en el horizonte, allá hasta donde alcanzaba la vista.

Aparecieron interminables praderas que los equinos parecían agradecer mediante cabriolas y pequeñas galopadas que sus jinetes debían refrenar para que no se agotaran más de lo imprescindible, ya que el camino que quedaba por recorrer todavía era muy largo y no estaba exento de peligros.

Tanto Villasur como sus hombres pensaron que tarde o temprano tendrían que entablar combate con alguna tribu india que se sintiera ofendida por traspasar sus territorios. Sin embargo nada de eso sucedió y continuaron con la expedición hasta que consiguieron penetrar en los dominios de los pawnees (Nebraska) sin disparar un solo tiro.

—No me gusta tanta tranquilidad —comentó Moki a Diego.

—A mí, tampoco. Se diría que nos dejan entrar sin oposición alguna porque nos preparan un solemne recibimiento.

—Eso mismo pienso yo. Es raro que no haya aparecido algún mensajero con peticiones o invitaciones para acudir a los poblados. Esto que nos ocurre no suele suceder con frecuencia. Me sentiría más cómodo si viera algún explorador enemigo en lo alto de aquellas lomas. Sin embargo, quieren que creamos que nadie vive en estas tierras —afirmó Moki.

—Quizás sea eso lo que realmente ocurre —opinó José.

—Te aseguro que no es así. Además, estoy convencido de que nos tienen perfectamente localizados —añadió Moki.

—Pues por más que miro, yo no veo a nadie —insistió José.

—Lo que ocurre es que somos una fuerza importante y no se

atreven a entrar en combate en terreno que no les beneficie. Si quieren hacer algo contra nosotros, lo más seguro es que esperen a la primera oportunidad que tengan, y si pueden nos atacarán. De todos modos, permaneced atentos a cualquier movimiento —concluyó Diego.

Esas mismas impresiones, Diego se las comunicó a Villasur, quien apenas concedió importancia por entender que los pawnees carecían de entidad suficiente para enfrentarse a las tropas coloniales.

Y así, con la misma monotonía, pasaron los días y las noches sin que nada nuevo ocurriera, mientras los dragones de cuera y sus acompañantes se introdujeron más y más en medio de aquellos extensos pastizales. Pero la conversación con el comerciante francés L'Archevêque resultaba muy interesante por la cantidad de anécdotas divertidas que contaba y mantenía entretenido al jefe máximo de la expedición.

En los primeros días de agosto llegaron hasta el río Platte sin haber encontrado ninguna oposición, ni tampoco rastro alguno de asentamientos franceses. Sin embargo, tanto insistió Diego Cortés sobre la conveniencia de localizar algún poblado pawnee antes de proseguir con la expedición, al menos por una simple cuestión de prudencia, que Villasur aceptó enviar a un grupo de exploradores río arriba para rastrear la zona, mientras el grueso del ejército acampó a la espera de recibir noticias.

Efectivamente, los exploradores localizaron un gran poblado a media jornada a caballo, pero cuando vieron que danzaban un baile de guerra regresaron de inmediato para avisar al resto de lo que presenciaron. Sin embargo aquello no pareció preocupar en absoluto a Villasur, quien ordenó levantar el campamento para dirigirse hacia el mencionado poblado.

—¡Mi general! Perdóneme, pero creo que nos precipitamos —Diego se atrevió a hacer una observación.

—¿Por qué?

—Porque puede ser una encerrona.

—¡No diga tonterías! Creo que usted peca de una excesiva prudencia que le atenaza con bastante frecuencia en todas sus decisiones.

—Le ruego me perdone, mi general, pero creo que no hemos valorado suficientemente la capacidad de ataque de los pawnees. ¿No piensa que sería bueno enviar a un grupo de reconocimiento para calibrar las fuerzas enemigas antes de adentrarnos tan cerca de su campamento?

—¡Subteniente Cortés! ¡No sea tan mojigato! ¡Esos indios no tienen capacidad para hacernos frente y ellos lo saben! ¡En cuanto nos vean pedirán una reunión para saber qué planes tenemos!

—Con todos mis respetos, me parece que subestima al enemigo.

—Primeramente, usted sabe como yo que nuestras órdenes no son atacar a los pawnees. Nuestra misión consiste en establecer alianzas con ellos; en ganarse su confianza para que nos indiquen dónde se encuentran situados los asentamientos franceses. Debemos convencerlos de que es mucho mejor negociar con nosotros que con ellos. No me parece una actitud muy amigable que aparezcamos desafiantes delante de su poblado. Esa acción no ayudaría a crear lazos de amistad.

—Los pawnees no se caracterizan por ser hospitalarios —insistió Diego.

—¡Por lo visto, con los franceses sí que lo son!

—Tendrán intereses comunes que desconocemos. Y hasta que no los sepamos, creo que es mejor permanecer en estado de máxima alerta y no darles ninguna facilidad al situarnos frente al poblado del enemigo.

—Pues a mí me parece que llamar enemigo a los componentes de unas cuantas familias de pawnees mal armados es demasiado honor para esos indígenas. Seguro que con el intercambio de regalos todo quedará solucionado. Lo primero que voy a hacer mientras llegamos es pedir a nuestro amigo el comerciante francés y a ese esclavo pawnee al que llaman Francisco Sistaca que me informen de todo lo que hay que saber sobre esta tribu. Seguro que cuando establezcamos contacto quedarán sorprendidos por nuestros conocimientos y todo resultará mucho más sencillo.

—Es un gran error concederles tantas facilidades para acabar con nosotros.

—¡No insista más! ¡Retírese y curse mis órdenes de marcha de inmediato!

—¡A la orden, mi general!

Siguieron el curso del río hacia el norte; el mismo recorrido que realizó el grupo de exploradores que previamente envió Villasur por insistencia de Diego.

—Esta vez hay muchos ojos que nos vigilan con demasiada intensidad —comunicó Moki a Diego.

—Ya me he dado cuenta. Además, los animales se muestran excesivamente nerviosos. Actúan como si no les gustara la presencia de pawnees a nuestro alrededor —contestó Diego.

—José, ¿cómo responde Chato? —preguntó Moki.

—De momento me obedece aunque debo reclamar su atención constantemente. Estoy seguro de que si le dejara los atacaría sin ninguna contemplación.

—Evita que ocurra semejante cosa, pues Diego ya tiene bastantes problemas de entendimiento con el general. No le demos ninguna razón de peso para que pueda regañarle.

—No te preocupes. Estaré muy atento para que no suceda ningún encontronazo.

—Bien. Me voy con Diego. Luego, por si me necesitas para algo, estaré con mis exploradores.

Cuando se encontraban a pocas leguas de distancia del gran poblado, los exploradores pawnees se dejaron ver tras los numerosos árboles que poblaban las orillas del río, sin ningún tipo de reparo, a sabiendas de que desde hacía varias jornadas su presencia había sido detectada por los exploradores pueblo y nada habían hecho al respecto.

—¿Qué pretenden? —preguntó José a Moki.

—Prueban nuestras intenciones. Saben que los hemos visto desde hace muchos días y no los hemos atacado. Quizás quieran saber hasta dónde estamos dispuestos a llegar.

—Parece como si hubieran perdido el miedo a los dragones de cuera.

Comentó José, muy molesto, cuando vio cómo recibían claras provocaciones que no eran contestadas.

—Las órdenes son de no entrar en combate contra ellos, y así seguiremos hasta que nos digan lo contrario.

Avisó Diego a todos sus hombres, que ya comenzaban a perder la paciencia y a ponerse nerviosos por la permisividad con que debían soportar aquellas burlas.

Entretanto, Villasur conversaba muy interesado con sus invitados sobre las costumbres y la cultura de los pawnees.

—Nos encontraremos con un poblado que se caracteriza, a diferencia de otros pueblos, porque las viviendas tienen diferentes formas porque están hechas con troncos de árboles y recubiertas de tierra. Unas pueden tener la forma circular, pero otras son alargadas, según convenga —señalaba Sistaca.

—¿Es que no utilizan los tipis? —preguntó Villasur.

—Solamente cuando se va a la caza del bisonte. Pero en los poblados estables no. Nosotros solemos excavar el futuro suelo de la casa para luego construir una especie de armazón que hacemos con ramas grandes de chopos. Después, lo recubrimos con pequeñas ramas de sauce y añadimos tierra, hierba y raíces con el fin de formar una pasta compacta que dé consistencia. Es nuestra forma de entender la vida, porque damos mucho valor a la convivencia con el resto de la comunidad. Tanto es así, que es muy frecuente que varias familias compartan la misma casa.

—¿Entonces, cuántas personas pueden vivir juntas? —se interesó Villasur.

— Es frecuente que se reúnan sobre cuarenta, más o menos. La casa es el lugar de reunión para conocer los acontecimientos de cada día, pero también para rezar a los espíritus protectores. Nosotros creemos en la fuerza de las estrellas y del cielo. Somos un pueblo místico que cree en seres superiores. También tenemos chamanes y hombres de medicina que ayudan a sanar a los enfermos y a los heridos. Por eso practicamos ritos y ceremonias que sirven para dar gracias por los dones recibidos y para pedir la llegada de la riqueza y de la buena suerte al poblado.

—¿Cómo se obtiene el reconocimiento de los demás?

—Mediante la caza o la guerra.

—Pero la información que tengo de vosotros es que fundamentalmente sois recolectores agrícolas.

—Esa es una manera muy importante de suministro de

comida. La siembra se realiza en mayo y la cosecha en septiembre. Por tanto, dentro de poco de deberá recoger el maíz, que es nuestra fuente más importante. De esta manera nos aseguramos una buena reserva en caso de que la caza del bisonte no sea buena, que iniciaremos en noviembre después de la recogida.

—Es muy interesante lo que me cuentas.

—Espero que sirva para aproximar posiciones en las negociaciones y se aceleren los pactos.

Parecía que el esclavo pawnee quería colaborar en todo lo que pudiera para facilitar un rápido acuerdo entre su pueblo y los españoles, pero omitió una información que seguramente habría resultado de vital importancia para la seguridad de los miembros de la expedición, en caso de que Villasur la hubiera conocido de antemano.

Por razones ocultas no quiso contarle que en las llanuras resultaba ser un signo de máximo prestigio y distinción la tenencia de caballos. Si bien su pueblo los utilizaba para la guerra, para la caza del bisonte o para los desplazamientos, no así cuando se iba a robar caballos a las tribus enemigas.

En este caso, el procedimiento siempre era el mismo. Se organizaba una partida de voluntarios que partía a pie con varios pares de mocasines de repuesto colgados del cinto de piel con el fin de aguantar las largas caminatas que debían soportar. En el interior del calzado llevaban comida consistente en maíz seco y en una mezcla de carne seca con bayas y sebo, que debía ser suficiente hasta que terminaran la misión y estuvieran de regreso, pues en los planes no entraba que pararan para cazar.

Lo normal era que viajaran de noche para evitar ser vistos por los exploradores enemigos, y que descansaran durante el día. Una vez localizada la manada se introducían de noche entre los animales para provocar su estampida y de esa manera robaban todos los ejemplares que podían mediante una única acción, porque sabían que no tendrían una segunda oportunidad para intentarlo de nuevo en caso de fracaso.

Los dueños, por su parte, tardaban unos valiosos segundos en reaccionar debido al desconcierto ocasionado por los

caballos al galope tendido sobre el campamento, y ese momento era utilizado por los ladrones para huir protegidos por la oscuridad, montados sobre los propios equinos que acaban de espantar, y que no dejarían descansar hasta que se encontraran lo suficientemente lejos como para sentirse seguros.

A mediados de agosto las tropas se situaron en la orilla contraria del río Platte donde estaba ubicado un gran campamento de indios pawnees.

—Es más grande de lo que había imaginado —comentó Villasur sorprendido.

—¿Qué quiere que hagamos ahora, mi general? —preguntó Diego con el rictus muy serio.

—Quiero que les envíen regalos en señal de buena voluntad y que trasladen el campamento río arriba, justo en la confluencia del río Platte con el río Lobo.

—¡Pero ese sitio está demasiado cerca! ¡No servirá de nada irnos a ese lugar!

—¡Lo que usted no comprende es que no quiero parecer un cobarde ni tampoco descortés con ellos!

—¿Descortés? ¡Está muy claro que a la primera oportunidad que tengan nos atacarán! He de hacerle ver que desde que penetramos en las cercanías de su poblado, estos indios se han mostrado agresivos y reacios a mantener ningún tipo de contacto con nosotros. Más bien parece que quisieran provocarnos con sus continuadas burlas.

—¿Qué quiere decir, subteniente?

—¡Que aquí no somos bien recibidos, mi general!

—¡Eso deberé decidirlo yo! ¡Usted, limítese a obedecer mis órdenes!

—¡Nos seguirán igualmente porque esa distancia de seguridad que establecemos no significa nada para ellos! ¡Es como ir de paseo para nosotros! ¡Establecerán un campamento móvil frente al nuestro, posiblemente en la otra orilla del río, y desde allí nos tendrán a su merced!

—¡Cállese de una vez! ¡No sea tan negativo! —intervino el segundo al mando del general.

Un silencio sepulcral se creó entre los militares y sus

acompañantes que solamente fue roto al cabo de unos instantes por el propio Diego Cortés.

—¿Qué tipo de regalos quiere enviarles? —volvió a preguntar el subteniente para cambiar de tema.

—¿A usted que le parece, señor L'Archevêque?

Villasur preguntó al comerciante francés para conocer su opinión, ya que tenía fama de haber negociado en otras ocasiones con los mismos indios.

—Creo que será suficiente con mandarles tabaco y algunos cuchillos para los jefes. Si le parece bien, mi general, sería muy valorado que vaya el esclavo pawnee llamado Francisco Sistaca para invitarlos a que vengan a conocernos. Eso les dará más confianza sobre nuestras intenciones.

—Me parece una idea brillante.

Al día siguiente los pawnees enviaron algunos emisarios que visitaron a los españoles y dijeron que había un hombre blanco en el poblado. Pero el que fuera esclavo ya no regresó con ellos, cosa que extrañó a todos menos al general Villasur.

Los indios llevaban puestas algunas ropas francesas, por lo que el comerciante francés escribió una carta en su idioma por interpretar que ese hombre blanco que convivía con ellos debía ser de su misma nacionalidad. Solicitaba la devolución de Sistaca y su ayuda para localizar los asentamientos franceses. Sin embargo, tampoco obtuvo respuesta alguna.

La siguiente jornada transcurrió muy movida entre idas y venidas de grupos de pawnees que parecían dispuestos a la agresión por no estar muy conformes con la presencia española en sus tierras. La mañana de aquel día se saldó con el rapto de un indio acompañante de las tropas coloniales mientras se bañaba en el río. Ante semejante hecho, Diego volvió a intentar convencer a Villasur para que abandonaran cuanto antes aquella ratonera, pero solamente consiguió hacerle decir unas pocas soflamas de valor mal entendido.

—¡Mi general! ¡Se han llevado a uno de los indios pueblo! ¡Tenemos que hacer algo para que nos sea devuelto!

—No voy a iniciar una guerra por ello. Ya conoce nuestras órdenes. Es preferible ignorar lo sucedido y esperar que no le suceda nada malo.

—¿Acaso no comprende que se enfrenta a un ejército nada convencional, a lo que usted no está acostumbrado? Aquí las cosas no son como las ha visto en otros lugares donde las normas de la guerra tradicional imperan por encima de todo y se cumplen a rajatabla, porque simbolizan la palabra dada por los caballeros. ¡Esto no sucede aquí!

—¡No me gustan sus insinuaciones, subteniente!

—¡Usted confunde prudencia con cobardía!

—¿Qué quiere decir?

—¡Que no podemos permitir que se lleven a ningún componente de nuestro ejército sin que reciban la respuesta adecuada, porque nos perderán el respeto y el miedo! ¡Le vuelvo a insistir en que es muy peligroso permanecer en este sitio por más tiempo! ¡Es preferible alejarse para preparar un plan de ataque! ¡No les dejemos a ellos la iniciativa o estaremos perdidos! ¡Estamos en su terreno; el que mejor conocen! ¡Si tienen alguna posibilidad de victoria sobre nosotros, es aquí y ahora! ¡Y el problema principal es que lo saben!

—¡Nunca he conocido ningún temor, y no va a ser ahora la primera vez! ¡Continuaremos con la misión! ¡Pero de momento, y en vista de sus manifiestas incompatibilidades conmigo, he decidido relevarle del mando hasta nueva orden! —le dijo, a la vez que le expulsó de su tienda.

Diego salió muy contrariado, convencido de que todo razonamiento resultaba inútil. Por lo que hizo llamar a Moki y a José.

—¡Escuchadme bien! ¡Tenemos que estar preparados para lo que pueda suceder! —les dijo.

—¿Qué ocurre, Diego? —preguntó José.

—Que nuestro general es un hombre muy confiado. Piensa que los pawnees son unos caballeros de la guerra, a imagen de los que está acostumbrado a tratar. Por tanto, no ve ningún peligro en permanecer aquí hasta que consiga convencerlos para que acepten nuestras peticiones.

—¿Qué quieres hacer?

—No puedo hacer nada de manera oficial, pues he sido relevado de todas mis funciones.

—Los pawnees tienen los ánimos muy alterados y por alguna razón se sienten fuertes. Huele en el aire a muerte. Presiento que algo va a ocurrir —afirmó Moki.

—Lo mismo me ocurre a mí. El problema es que si no pasa nada esta noche, será la siguiente o la próxima. Esto es lo que no entiende Villasur —les dijo Diego.

—Debemos estar preparados, al menos por nuestra cuenta —aconsejó Moki.

—Habla con tus hombres para que estén atentos.

—¿Y los apaches? —se interesó Moki.

—Tengo la sensación de que también lo saben. Desde que llegamos se han separado para mantener cierta distancia a la hora de acampar. Si algo ocurre, serán los primero en huir. Seguro que ya tienen pensada una forma de salir rápidamente de aquí en caso de que las cosas se pongan feas. Es mejor no esperar que nos ayuden —contestó Diego.

—¿Tan convencidos estáis de que atacarán? —les preguntó José.

—¡No tengo ninguna duda! —afirmó Diego.

—¡Yo tampoco! Pero además, te digo que lo harán de noche, porque son guerreros que se vuelven casi invisibles con la oscuridad. Es una habilidad que tienen, que sin duda aprovecharán —confirmó Moki.

—¿Y yo? ¿Dónde vais a situarme? La verdad es que me gustaría quedarme con vosotros —solicitó José.

—¡Eso no es posible! —contestó Diego.

—¿Por qué?

—Porque estaremos separados, ya que Moki estará al frente de sus hombres y mi obligación es proteger la vida del general.

—¡Pero si no se deja! —exclamó José muy contrariado.

—¡Esas no son cuentas para un dragón de cuera! Equivocado o no, mi deber es permanecer a su lado, pase lo que pase.

—Pero hay una cosa en la que te equivocas —le replicó Moki.

—¿En qué?

—Yo permaneceré a tu lado en cuanto comience la batalla. Ni se me ha pasado por la cabeza dejarte solo.

—Te agradezco el gesto, amigo. ¿Pero dejarás solos a tus exploradores?

—Saben perfectamente lo que tienen que hacer. No me necesitan para nada.

—¡Todavía no me has contestado! —José reclamó una respuesta concreta a Diego.

—¡Tengo para ti un trabajo muy importante! —le dijo.

—¿De qué se trata?

—Tendrás que ocuparte de proteger los caballos.

—Eso es un juego de niños comparado con la que se avecina, según vuestras propias apreciaciones. ¡Me quieres alejar de la batalla!

—¡Estás muy equivocado! ¡Diego tiene razón! Conozco a los pawnees y lo primero que harán será robar los caballos. Son mucho mejores que los que ellos tienen y si nos dejan sin monturas estaremos a su merced completamente indefensos. Si después de que inicien el ataque hay alguna posibilidad de salir con vida de aquí, es si logramos evitar que se hagan con nuestros animales —secundó Moki la propuesta de Diego.

—¡Escúchame bien, José! No debes permitir que caigan en su poder o estaremos perdidos. Tus órdenes son evitar que se hagan con ellos por encima de todo. Ahora mismo, hay tres dragones que vigilan la manada. Pero en cuanto comience la batalla, lo más seguro es que quieran unirse al resto de sus compañeros. Debes evitarlo y convencerlos para que te ayuden a controlar la yeguada o nada podremos hacer los demás.

—¡Está bien! ¡Haré todo lo que me has pedido!

—¡Excelente! Pero no creas que estarás exento de peligros, pues si lo consigues te perseguirán a donde quiera que te dirijas. Son expertos cazadores que no se cansan jamás de acosar a sus presas. Y te recuerdo que para los pawnees serás el mejor trofeo que pueden conseguir —le dijo Moki.

—Llévate a Chato contigo; seguro que te servirá de mucha ayuda —le aconsejó Diego.

—¿Y así hasta cuándo? —preguntó José.

—¡Así todas las noches, hasta que nos marchemos de este lugar o nos ataquen! Actuaremos a escondidas para que nadie sospeche, y así no le lleguen las noticias de nuestro plan al

general Villasur. Esto nos evitará dar muchas explicaciones que seguramente no serían bien entendidas y bien pudieran acabar en un consejo de guerra.

Capítulo XIV

Pero no hizo falta esperar mucho más tiempo, pues esa misma noche algunos indios pueblo, exploradores de las tropas coloniales españolas, aseguraron que desde que se ocultó el sol al atardecer escucharon ruidos sospechosos, posiblemente procedentes de movimientos de masas de enemigos en la orilla contraria de donde se encontraban acampados.

Aquella información puso en estado de alerta a los hombres de Moki y motivó que Diego solicitara de nuevo ser recibido por sus superiores. Le hicieron esperar durante largas horas, posiblemente porque estaban cansados de escuchar las mismas advertencias inútiles.

El subteniente tuvo la suficiente paciencia para aguardar una respuesta, pero su actitud solamente sirvió para enfurecer al segundo al mando del general Villasur, quien se negó a despertarle para comunicarle semejante tontería.

—¡No es algo nuevo! ¡Nos vigilan sin cesar desde que nos situamos frente a su poblado porque temen un ataque por nuestra parte! ¡Es usted un alarmista, subteniente! ¡Dudo mucho que haya participado en tantas operaciones contra los indios como dice en su hoja de servicios! ¡No cabe duda de que le falta mucho temple para dirigir a las topas! ¡Mañana haré un informe al general para que actúe en consecuencia! ¡Si por mí fuera, le mandaría ahora mismo de regreso a Santa Fe, porque tengo muy claro que solamente sirve como jinete solitario al que no le gusta acatar órdenes de sus superiores! ¡Y ahora retírese y déjeme descansar de una vez por todas! —le gritó el ayudante del general.

—¡Alerta a tus hombres a escondidas!

Le dijo Diego a Moki al ver el resultado de su espera.

—¿Aviso también a José?

—Lo haremos los dos juntos, porque creo que va a ser lo

más parecido a una despedida ¡Estamos solos en eso, amigo!

—¿Y qué hacemos con el resto de dragones?

—No podemos hacer nada. Tienen sus órdenes y saben que no deben acatar las mías. Además podrían detenerme por insubordinación.

—¿Y los apaches que nos acompañan?

—Esta no es su forma de combatir. No saben defender un punto fijo porque prefieren actuar mediante constantes correrías y largas cabalgadas. Seguro que a estas horas son los que están más preparados para aprovechar esos resquicios que se suelen producir en los primeros momentos y huir en cuanto comience el asalto masivo de los pawnees hacia nuestras posiciones. Debemos tener presente que en cuanto lo tengan claro los perderemos de vista.

Los dos juntos acudieron donde se encontraba José acompañado por su mastín leonés, Chato.

—¡Debes acudir de inmediato a proteger la caballada! —habló Diego el primero.

—¿Ha llegado el momento que esperabais?

—Creemos que será durante esta noche o al amanecer lo más tardar.

—He pensado sobre todo esto, y la verdad es que prefiero quedarme a vuestro lado. Para lo bueno o para lo malo, quiero compartir mi suerte con la vuestra.

—¡No es eso en lo que habíamos quedado! —exclamó Moki.

—He cambiado de opinión.

—¡Esto no es un juego! —añadió Diego.

—El resultado no va a variar por lo que yo haga.

—No consiste en que hoy cambie por tu actuación. Pero si se llevan todos nuestros caballos y también nuestras armas, nadie estará seguro a lo largo de la frontera, ni tampoco en muchos ranchos y colonias. Si no permites que nuestra yeguada caiga en manos pawnees salvarás muchas vidas. ¡Eso es lo verdaderamente importante!

—¿Qué queréis que haga?

—En los momentos previos a que se produzca el primer ataque intentarán robar los caballos. Para ello, mandarán a un grupo no muy numeroso para que no llame la atención y no

sean descubiertos antes de tiempo —le informó Moki.

—Hay que estar muy prevenidos para que no lo consigan. Para ello, estaremos a tu lado hasta que acabemos con todos los que envíen —le dijo Diego.

—Chato huele a los pawnees a distancia. No sé por qué, pero reconoce su olor mejor que el de ninguna otra tribu. Nos avisará cuando lleguen.

—Será el olor tan característico que tienen sus pinturas de guerra —intervino Moki.

—Después, nos dejarás unas pocas monturas por si las necesitamos durante la batalla y el resto te las llevarás. Te situarás en un punto alto desde donde puedas divisar lo que ocurre. Los pawnees creerán que son sus hombres quienes conducen la manada y no pondrán impedimentos para que te alejes. Ni siquiera te seguirán porque estarán más entretenidos con el inicio de la batalla. Si ganamos, regresas con los animales en nuestra busca y todos te estaremos muy agradecidos por tu magnífico acto de valor y decisión.

—¿Y si perdemos?

—¡Huye lo antes que puedas y llévate contigo a todos los caballos! En cuanto los pawnees descubran que los tienes en tu poder te seguirán sin descanso donde quiera que vayas —le indicó Moki.

—¡Regresaré a Santa Fe!

—¡Dudo que puedas! —continuó Moki con sus explicaciones.

—¿Por qué?

—Los pawnees son muy listos. Seguro que han previsto la posibilidad de que salga mal el robo de nuestros animales. Por eso, habrán cerrado todos los pasos que llevan hacia el sur; habrán puesto centinelas para evitar que nadie escape del cerco que ya han debido de establecer.

—¿Entonces, qué hago?

—Tendrás que ir hacia el norte y buscar una solución.

—¡Me lo pones muy difícil!

—Nunca dijimos que sería fácil lo que te pedimos —le dijo Diego.

—Casi nadie lo conseguiría. Pero si hay alguien que lo

puede hacer, ese eres tú —concluyó Moki.

—Ahora, vayamos donde están los caballos y preparémonos para rechazar a los pawnees que vengan —ordenó Diego.

Durante las siguientes horas, ya bastante avanzada la noche, Moki no hacía otra cosa que gesticular para indicar el lugar y el número de enemigos que creía oír por las inmediaciones donde se encontraban resguardados los animales.

Se arrastraban unos pocos metros y se mantenían muy en silencio durante largo tiempo para no delatar su posición y así dejar que sus compañeros también se situaran en el lugar apropiado. Mientras tanto, José calmaba a su mastín para que no ladrara, porque su instinto de perro pastor le hacía saltar hacia los ruidos para proteger lo que consideraba era su rebaño.

Poco antes de que comenzara a amanecer, varias flechas silbaron por el aire y fueron a clavarse sobre la espalda de unos espantapájaros que llevaban puesta una camisola parecida a las que solían usar los indios pueblo. A continuación, una docena de pawnees se lanzaron como lobos hacia el resto de los guardianes. Llevaban largos cuchillos para hacer el menor ruido, pero también se encontraron con señuelos rellenos de paja. No tuvieron tiempo para reaccionar, pues enseguida fueron neutralizados por los verdaderos defensores que acabaron con todos ellos en un santiamén.

Por su parte, Chato parecía estar deseoso de entrar en combate, pues con tres rápidos movimientos de cuello acabó con sendos enemigos, casi simultáneamente, a los que clavó los dientes en la nuca sin dejarles ninguna opción a hacer el menor gesto de aviso para los vigías que se mantenían atentos en la otra orilla. Veían cierto revuelo de alguna pelea aislada, pero no eran capaces de distinguir lo que realmente ocurría. Por eso, debían esperar a que los caballos comenzaran a correr para dar la señal del comienzo del ataque masivo.

Entretanto, José, Diego y Moki se abrazaban emocionados porque eran conscientes de que posiblemente podría ser la última vez que estuvieran juntos.

—¡Acabad con todos esos malos bichos! —les dijo José para animar la despedida.

—Si nos ves perder, dirige la manada hacia el norte. No te detengas a descansar hasta que no te encuentres muy lejos y nunca pierdas de vista tu espalda, porque de seguro que te acosarán sin descanso. Eres una pieza demasiado valiosa como para que se olviden de ti —le aconsejó Moki.

—¡Recuerda que siempre te hemos querido como si fueras nuestro hijo! —exclamó Diego.

—¡Es así como os considero, igual que a Pavati y al resto de la tribu! ¡Para mí, sois mi única familia!

—¡Esconde a los animales! ¡Procura que estén bien protegidos por alguna hondonada detrás de una loma y permanece atento hasta que todo haya acabado! —insistió Diego.

—¡No te preocupes! ¡Sé lo que tengo que hacer!

—¡Pase lo que pase; veas lo que veas, debes actuar en todo momento como un militar; con la cabeza fría y los nervios bien templados!

Se abrazaron por última vez y dejaron que José saliera de la explanada donde tenían acorralados a los equinos. Iba acompañado por su perro Chato y por los tres jóvenes dragones que habían sido designados aquella noche para cuidar a los animales, ya que quedaron convencidos de las inmediatas intenciones de los pawnees, máxime después de presenciar la intentona fallida.

Sin embargo, en cuanto los indios hostiles vieron desbocarse la manada de su posición, pensaron que era la mejor señal para iniciar el ataque que ya tenían bien preparado. Creyeron que eran sus hombres quienes los conducían y los jefes pawnees aprovecharon las primeras luces del amanecer para iniciar un violento asalto.

Durante toda la noche se había arrastrado con el mismo sigilo que serpientes bajo la espesa y alta hierba que en aquella época del año predominaba en las praderas cercanas al poblado.

Diego intentó avisar a sus compañeros de armas, pero no pudo hacer nada para evitar que la primera embestida cogiera a la mayoría todavía dormidos. Sin embargo, a pesar de la superioridad numérica de los pawnees, consiguieron repelerla.

Fue en ese preciso instante cuando Villasur y su segundo al mando comprendieron el gran error que habían cometido, pero ya era demasiado tarde para replegar las fuerzas.

Salían por doquier con sus características cabezas rapadas en las que sobresalía una llamativa cresta de cabellos engrasados que se mantenían tiesos y bellamente adornados con plumas de colores.

Las caras estaban casi todas pintadas de rojo, seguramente para dar un aspecto de mayor fiereza. Muchos de ellos lucían una franja de color negro que cubría en uno casos los ojos hasta la altura de las cejas, en otros la boca por debajo de la nariz hasta la terminación del cuello, mientras que los más numerosos llevaban tres líneas negras en cada mejilla que llegaban hasta la altura del mentón.

El color blanco también aparecía con bastante frecuencia en sus pinturas, tal vez para aparentar más dureza en el rostro. Desnudos de cintura para arriba mostraban sin recato sus músculos y sus cicatrices de guerra. Aparecieron ataviados con una especie de pantalones muy ajustados y mocasines altos hasta casi la rodilla, ambos confeccionados con piel de ciervo, lo que en su conjunto les hacía parecer unos guerreros muy belicosos, como así eran en realidad.

La sorpresa se produjo en la segunda oleada, pues los dragones fueron objeto de un intenso tiroteo cruzado producido por armas de fuego.

—¡Cuidado! ¡Tienen mosquetes!

Gritó Diego al escuchar los estruendos y el gran humo que produjo la pólvora después de la deflagración.

—¡Han sido los franceses quienes se los han suministrado! —exclamó Villasur muy contrariado.

—¡Los pawnees están acompañados por franceses que también los ayudan contra nosotros!

Avisó Moki a sus compañeros al percatarse de semejante circunstancia.

Los dragones de cuera respondieron de la misma manera y contundencia por lo que consiguieron abatir a muchos enemigos que ya se les echaban materialmente encima.

En los primeros compases cayeron heridos de muerte

algunos dragones, el general Villasur, su segundo, el comerciante francés, el indio hopi zambo y el fraile. Pese a ello, consiguieron frenar la segunda oleada. Pero estaban rodeados completamente por una cantidad ingente de enemigos y no se apreciaba ninguna salida por donde se pudieran escapar. Fue entonces cuando Diego ordenó a los suyos que formaran un círculo y que se defendieran hasta el final.

Por su parte, los tres jóvenes dragones que acompañaban a José, también pudieron presenciar desde la atalaya que eligieron aquella terrible escena. Guiados por su afán de ayuda, con menosprecio a su propia vida y sin hacer caso a las recomendaciones del Mestizo, se llevaron unos cuantos caballos y se lanzaron hacia la posición de sus compañeros con la esperanza de abrir una brecha por donde pudieran salvarlos de aquella masacre.

Evidentemente no lo consiguieron, pues aunque llegaron a reunirse con ellos, el cerco se cerró de nuevo y los mosquetes hicieron el resto para hacer imposible que pudieran volver a salir. No obstante, sirvieron en bandeja a los pawnees la información necesaria para que pudieran localizar al resto de la manada. Solo que ahora, se había quedado José con su perro Chato para intentar cumplir la palabra dada a Moki y a Diego.

Los combates ya se producían cuerpo a cuerpo porque los pawnees consiguieron romper las defensas de los dragones que junto con unos pocos indios pueblo intentaron hacerse fuertes en medio de unas condiciones imposibles de defender.

Y aunque cayeron muchos enemigos, era tal el empuje de los hostiles, gracias a su elevado número de combatientes, que tardaron poco tiempo en acabar con casi todos aquellos que se resistieron. Al menos, Diego y Moki decidieron aplicar todo el fuego de sus armas sobre un mismo sitio y de esa manera consiguieron que algunos pocos pudieran escapar con vida de aquella carnicería, ayudados por los escasos caballos que aún se mantenían en pie. Pero el precio que pagaron fue demasiado alto, pues la mayoría se debió sacrificar.

José solamente tuvo tiempo de ver morir a sus amigos en medio de aquella encerrona. Sin embargo, los apaches se

habían salido hábilmente del cerco mucho antes de que se iniciaran los combates y ninguno de ellos pereció.

También pudo apreciar cómo los pawnees no prestaron atención alguna a los pocos que consiguieron salir al galope, porque estaban más interesados en seguir las huellas de la manada principal. Después de observar que alrededor de diez dragones consiguieron escapar, algunos de los cuales iban muy malheridos, e iban acompañados por la mitad del contingente de los indios pueblo que también presentaba el mismo deplorable aspecto, al darse cuenta de que los exploradores enemigos habían localizado su rastro decidió hacerse cargo de aquellos magníficos ejemplares y no facilitar a los pawnees que se pudieran hacer con ellos.

Esperó lo máximo que pudo para ver si podía reconocer a sus compañeros porque le quedaba alguna pequeña esperanza de que alguno de esos dragones que consiguieron salvar la vida fuera uno de sus amigos. Tuvo muy claro que entre ellos no estaban ni Diego ni Moki.

Sus perseguidores ya estaban demasiado cerca y no debía permanecer más tiempo sin moverse. Con lágrimas en los ojos, y con la ayuda de su inseparable Chato, reunió a los caballos y emprendió una rápida huida hacia los territorios del norte. Se encaminó hacia ningún lugar en concreto, porque para él todos resultaban extraños y desconocía las sorpresas que le deparaba el futuro. Pero tenía muy claro que ante todo debía cumplir con su palabra dada.

«Al menos que las muertes de Diego y de Moki sirvan para algo bueno. Que su sacrificio no haya sido en balde» pensó mientras los conducía.

Capítulo XV

Era una gran manada que en principio no parecía fácil de conducir por un solo jinete, aunque tuviera las habilidades de José y la inestimable ayuda del incansable Chato que los controlaba como si fueran un rebaño de ovejas.

Sin embargo, los ejemplares ayudaban en la tarea de ser conducidos porque estaban muy bien adiestrados. Se mostraban dóciles, obedientes, y sobre todo perfectamente acostumbrados al ruido del látigo cuando cortaba el aire o golpeaba contra el suelo. José colocó en cabeza a varios de los que le parecieron más fuertes y resistentes a la espera de que se produjera una selección natural entre ellos mismos.

Enseguida uno de los elegidos sobresalió como líder y el resto se limitó a seguirlo. Después, el resto se alineó con el compañero más próximo de la yeguada lo que facilitó que marcharan agrupados en su desplazamiento.

Por su parte, los pawnees prepararon dos partidas de persecución. Una estaba compuesta por una docena de guerreros montados sobre sus pequeños caballos mesteños que tenía como misión localizar la gran manada que conducían José y Chato. Después de eliminar a sus conductores debía esperar la llegada de una segunda partida mucho más numerosa, que marchaba a pie, con el fin de regresar montados sobre los ejemplares capturados.

Los jinetes pawnees tardaron dos días en divisar la gran manada y se mantuvieron a cierta distancia para observar cómo aquel joven dragón manejaba a su antojo a los equinos. También les llamó la atención el trabajo que desarrollaba aquel perro gigante; algo que jamás habían visto. Pero en su ánimo estaba la sed de venganza por encima de cualquier otra consideración, ya que no olvidaron las muertes que infringieron los soldados a muchos de sus guerreros.

—Esta noche prepararemos en el campamento un plan para matarlos mañana y quedarnos con los caballos. Este es un buen sitio para esperar a que lleguen los otros. No quiero continuar muchos días en dirección hacia el norte porque corremos el riesgo de cruzarnos con otras tribus y eso nos perjudicaría si tenemos que entrar en combate —les dijo el jefe de la partida.

—¡Somos un número importante! ¡Nadie se atreverá a atacarnos! —exclamó uno de los más exaltados.

—¡En tierras ajenas nunca se tiene suficiente! ¡Aprende del ejemplo de lo que les ha ocurrido a los españoles con nosotros! —contestó el jefe.

—Es uno solo y un perro. No tendremos ningún problema —añadió otro pawnee.

—¿Lo tenéis bien vigilado? —preguntó el jefe.

—Se han quedado dos hombres para controlar sus movimientos. Parece que está muy confiado.

—Eso es bueno. Esa tranquilidad será su perdición. Mañana al amanecer sus caballos serán nuestros.

No muy lejos del campamento pawnee se encontraba José quien también hizo varios fuegos en varios lugares diferentes para establecer claramente los límites de su ubicación. Sentado frente a la que parecía la fogata principal hablaba con Chato y este le miraba con suma atención, como si entendiera absolutamente todo lo que le contaba.

—Esta noche vamos a tener mucho trabajo —le decía.

—Sé que los puedes oler. Esto significa que están demasiado cerca. Si no hacemos nada, lo más seguro es que mañana nos ataquen antes del amanecer. Encima de esa loma creo que han dejado de vigilancia a dos de ellos. Sería bueno eliminarlos para que no den la voz de alarma y después nos encargaremos de sus caballos. Lo mejor es que hagamos una operación de asalto en conjunto. ¡Haremos una cosa! Mientras tú muerdes los tendones de las patas traseras a todos los que puedas, yo espantaré al resto. Esto les retrasará unos cuantos días que aprovecharemos para poner tierra de por medio. Ahora, aléjate de las hogueras para que no puedan verte y acaba con esos centinelas. Cuando termines avísame con un solo ladrido.

De igual manera que si se lo hubiera ordenado a un

compañero de armas, Chato obedeció como si tuviera claro lo que le había pedido su amo, reacción extraordinaria que resultaba impensable de entender para un indio. Era como si aquel enorme perro tuviera un instinto especial que le hacía entender la peligrosa situación en que se encontraban.

José se quedó arrimado junto al fuego para que pudieran verle bien sus guardianes, y esperó pacientemente a recibir el aviso de su fiel compañero de viaje. Efectivamente, no habían transcurrido apenas cinco minutos cuando percibió claramente el sonido de un único ladrido seco y ronco. Se levantó del improvisado asiento en que había convertido su silla de montar, ensilló su caballo y se dirigió hacia el lugar donde debían estar los cuerpos sin vida de los centinelas pawnees. Iba tranquilo y completamente confiado porque sabía que Chato había cumplido su encargo a la perfección.

Cuando llegó hasta la atalaya de observación que ocupaban los dos indios pawnees comprobó que ambos tenían el cuello roto por una certera dentellada que recibieron sin apenas darse cuenta. Un charco de abundante sangre empapaba la tierra donde quedaron inertes. A José no le sorprendió pues había podido comprobar muchas veces la fuerza de las mandíbulas de Chato y que sus enérgicos movimientos eran capaces de destrozar todo lo que apresara entre sus dientes.

—Ahora nos queda la parte más peligrosa. Nos acercaremos con sigilo; no te resultará difícil colocarte debajo de sus panzas porque ninguno de los centinelas espera un ataque a su estilo y mucho menos por parte de un perro, aunque sea tan grande como tú. Morderás las patas a todos los que puedas y en cuanto comiencen a relinchar saldrás a la carrera para protegerte entre la hierba alta. Seguro que te seguirán y ese momento lo aprovecharé para provocar una estampida.

Se lo dijo todo de corrido como si se tratara de una persona con la que hablaba. Y es que José estaba convencido de que su mastín le entendía y esa fe ciega le daba los ánimos que necesitaba para atreverse a realizar semejante golpe de mano; tan audaz y arriesgado, que por imposible nadie lo esperaba.

Quizás fuera el tono de su voz, o tal vez el movimiento de sus gestos. A lo mejor, se trataba simplemente de una especie

de instinto natural. Pero lo cierto fue que aquel enorme perro mastín cumplió sobradamente con su parte del trabajo, tal y como se lo acababa de pedir su dueño. Porque no solamente inutilizó a cuatro monturas; también supo esperar agazapado entre la hierba a sus perseguidores para acabar con tres de ellos, mientras el resto huyó despavorido ante lo que pensaron se trataba de un demonio maligno que iba a devorarlos.

Entretanto, José espantó a los caballos que aún podían mantenerse en pie, para acto seguido desaparecer rápidamente entre la oscuridad de la noche sin que ninguno de los pawnees se atreviera a perseguirle.

Pero la situación cambió sustancialmente, porque aquella acción supuso un durísimo golpe para la arrogancia de aquellos indios, que sin duda tratarían de solucionar su problema antes de regresar a su poblado con las manos vacías y con el consiguiente deshonor que deberían afrontar ante el resto de la comunidad, que en caso de enterarse tardaría mucho tiempo en olvidar.

Por lo tanto, no se podían conformar con ese desastroso resultado porque estaba en juego su propio orgullo de guerreros. La acción humillante que le acababa de infringir un solo hombre los obligaba a corresponder con una cumplida venganza, así como con la captura de todos los ejemplares que dirigía. Eso lo sabían sin excepción todos y cada uno de los componentes de la partida y no hizo falta hacer el más mínimo comentario al respecto. Si no lo conseguían, estarían señalados por la desgracia y la mala suerte caería sobre ellos y sobre sus familias.

Por eso, debían recuperar cuanto antes los caballos desperdigados e iniciar una implacable persecución que solo habría de finalizar cuando el dragón de cuera, junto con su perro, estuviera muerto, la cabellera de José colgada de un cinto, la cabeza de Chato prendida de la punta de una lanza, y las monturas en su poder.

José no lo sabía todavía, porque estaba muy contento por haberse librado de esos indeseables asesinos de sus amigos Diego y Moki, aunque todavía le rondaba por la cabeza el disgusto que se iba a llevar su madre adoptiva Pavati cuando

se enterara de lo sucedido, y además, sin que él pudiera estar allí para consolarla. Pensar en la terrible situación en que quedaría le rompía el corazón en mil pedazos.

Pero la realidad era que sin haberlo buscado, acababa de desatar toda la furia que se puede concentrar en una partida de caza pawnee. Algo que ni el peor enemigo desearía para nadie, porque suponía una promesa india que no se podía incumplir; que estaría vigente hasta que se consiguiera el objetivo deseado o mientras permaneciera un solo miembro de la partida con vida.

El joven dragón había sellado con sangre y fuego una enemistad que resultaba ser más fuerte que cualquier otra cosa. Había nacido en las entrañas de un enemigo temible un odio visceral que le acecharía por donde quiera que fuere, mucho más intensamente de lo que él mismo podía imaginar.

Sin embargo, de momento se sentía libre para manejar a su antojo aquella impresionante yeguada, por lo que decidió continuar hacia el norte por aquellas grandes praderas donde no faltaban los buenos pastos y la abundante agua para los animales; algo a lo que no estaba acostumbrado en los territorios de donde procedía.

Los pawnees tardaron tres días en volver a reunir las monturas que todavía eran válidas y en estar situados en el mismo punto donde fueron atacados por José y Chato. Tres días que sirvieron para que el resto del grupo que iba a pie pudiera alcanzarlos. Así se juramentaron contra el enemigo común, pues todos los miembros, fueran a caballo o a la carrera, estaban implicados en aquella operación y mantenían las mismas responsabilidades en caso de fracaso. Ninguno de ellos podía regresar al poblado con la derrota como única prenda entre las manos.

José el Mestizo, ajeno a lo que ocurría a sus espaldas, conducía látigo en mano sin ninguna prisa desde la cabeza y procuraba que en todo momento los animales adoptaran una formación en forma de punta de flecha, mientras que Chato los controlaba por la retaguardia para evitar que ningún ejemplar se alejara excesivamente de un grupo que debía ir lo más compacto posible.

Para ello, se movía sin descanso de un lado a otro y tan solo le bastaba con un ladrido para que obedecieran los más despistados. Pese a su gran tamaño, resultada todo un espectáculo ver su destreza en el manejo de la manada. Pareciera que se tratara de un simple juego de pastoreo al que se prestaba con inusitada alegría, quizás porque en el fondo Chato sabía que ese trabajo era el que mejor sabía realizar y más le gustaba.

—El dragón de cuera estará confiado mientras no sepa que le perseguimos —comentó el jefe de los jinetes pawnees.

—¿Qué quieres hacer?

—No quiero seguir más al norte tras el rastro que dejan. Tenemos que interceptarle lo antes que podamos. Esta vez le atacaremos en cuanto le tengamos a la vista.

—Por el rastro deben estar a una jornada completa de distancia.

—Hoy acortaremos toda la distancia que nos sea posible para que podamos tenerle a nuestro alcance al mediodía de mañana.

—Pero entonces nuestros caballos no estarán descansados.

—¡Lo sé! Pero no quiero que nos vuelvan a atacar mientras estamos acampados.

—Montaremos doble guardia para que no nos sorprendan.

—Ese perro que le acompaña por la noche parece una sombra. No quiero arriesgarme otra vez a que nos deje sin caballos.

—Está bien. Tú mandas.

Al día siguiente, a eso de media mañana, el viento cambió de dirección y comenzó a soplar desde su espalda. Eso facilitó que Chato pudiera comenzar a percibir olores extraños. Unos los conocía y en verdad no le resultaban nada gratos. En cambio, otros le fueron completamente desconocidos lo que le hizo reaccionar de una manera algo más nerviosa de lo habitual.

José no hizo mucho caso a su cambio de comportamiento, pues lo interpretó como consecuencia directa de la variación tan drástica del paisaje, de la humedad y sobre todo del intenso olor que desprendían los herbazales junto con la gran

variedad de flores silvestres que encontraban a su paso.

Pero lo cierto era que los pawnees se encontraban mucho más cerca de lo que José podía suponer y si no lo remediaba un milagro, en muy poco tiempo los tendría a punto de conectar con los animales más rezagados de la manada. Para no ser detectados iban en paralelo por detrás de unas lomas que hacían las veces de pequeños montículos que se levantaban a ambos lados, capaces de esconder a un grupo de ocho componentes sin levantar ninguna sospecha.

Mientras tanto, José conducía la manada a través de un corredor central formado por las faldas de las mencionadas colinas, que bien hubiera podido parecer un valle fértil de haber estado bordeado por montañas. Aquel terreno por el que transitaban en esos momentos era lo más parecido a una suave hondonada, ya que resultaba ser mucho más amplia que un desfiladero en cuanto al espacio de anchura disponible. Además, se podía distinguir el final de los obstáculos laterales a unos cientos de metros más adelante, para desembocar en un lugar donde se ensanchaba considerablemente el terreno.

Conforme se acercaron pudo distinguir una enorme explanada de color verde intenso porque estaba completamente cubierta de hierba alta. El sol también incidía sobre el caudal de un riachuelo cristalino que la cruzaba de parte a parte y dejaba que los rayos se reflejaran como si de un espejo se tratara. Aquel parecía un sitio ideal para dar descanso a los caballos que ya parecían oler el frescor del agua, por lo que aceleraron su trote sin que nadie los estimulara para ello.

En cuanto llegaron, José se acercó a la orilla para permitir que todos los ejemplares saciaran la sed y pudieran refrescar los cascos. Sin embargo, poco les duró la tranquilidad, pues aparecieron de improviso cuatro guerreros pawnees por cada lado. José descargó su mosquete antes de que lo pudieran hacer sus enemigos e hizo blanco sobre el que iba en cabeza que cayó desplomado sobre la hierba como si fuera un pesado fardo.

De seguido, se escabulló entre los equinos de la manada para reaparecer armado con sendos pistolones, uno en cada

mano, y repetir la misma operación contra dos de los que aún le buscaban.

El último que quedaba de ese bando quiso emprender la huida, quizás porque no contaba con arma de fuego alguna que pudiera utilizar en la distancia contra aquel joven dragón de cuera. José le persiguió armado con su lanza y en pocos segundos lo ensartó desde la espalda hasta el pecho, igual que si fuera un trozo de carne dispuesta para el secadero.

En cuanto a Chato, protegió su lado con la misma efectividad que si fuera un soldado presidial. Se lanzó como un loco hacia los tendones de los cuartos traseros de dos de los caballos enemigos hasta que consiguió derribarlos.

Mientras tanto, tuvo la habilidad suficiente para esquivar dos lanzazos de los jinetes de los equinos mordidos, así como también dos flechazos de los otros compañeros que cabalgaban juntos. Posiblemente, ahí estuvo el error más grande que cometieron los pawnees; en pensar que no necesitaban la potencia de fuego de los mosquetes para abatir a un simple perro por muy grande que fuera.

Chato olvidó a los guerreros que quedaron tumbados para perseguir a los otros que aún permanecían sobre sus monturas. Uno de ellos se detuvo para hacerle frente y pagó su osadía con la vida pues no solo le mordió en una pierna, sino que simultáneamente, lo asustó e hizo que su caballo se levantara de manos y le tirara para luego arrastrarle durante muchos metros hasta que le provocó la muerte.

Cuando José acabó con sus cuatro enemigos, solamente le dio tiempo a ver como el último guerrero pawnee desaparecía en el horizonte, mientras que Chato terminaba con los dos que cayeron. Ambos se quisieron enfrentar con sus escudos y hachas, pero no tuvieron ninguna oportunidad frente a la coraza del mastín y a su poderío físico. Igual que si fuera un gran lobo, primero les destrozó los antebrazos para después descoyuntarles el cuello de un golpe seco. Aquella parecía ser su mejor especialidad, y la utilizaba con verdadera maestría.

—Sé que no puedes competir a la carrera contra un caballo. Pero ha escapado uno con vida y eso significa que pronto vendrán otros.

Le dijo José a la vez que le acariciaba aquella enorme cabeza.

—Te han acertado con una flecha que ha dado en el peto. Por suerte, es tan fuerte como mi cuera y no ha conseguido penetrar. ¡Hoy hemos tenido mucha suerte, amigo!

Continuó con la conversación mientras arrancaba el proyectil.

—Creo que por unos cuantos días podremos estar tranquilos. Veo que Moki tenía toda la razón; no nos podemos fiar de los pawnees porque cuando persiguen a una presa son tenaces e incansables. Los caballos que han quedado cojos los mataremos para que no sufran. Para los otros he pensado un mejor destino; los incorporaremos al resto de la manada. Sé que no tienen la misma calidad de pureza de sangre que los que llevamos, pero mientras los tengamos en nuestro poder no los podrán utilizar contra nosotros. ¿Qué te parece?

Chato contestó con un solo ladrido que se repitió por el efecto del eco varias veces en toda la gran explanada, y que a José le pareció la mejor señal de conformidad total con su propuesta.

Pero en aquel lugar no estaban solos. Los vivaces ojos de algunos exploradores indios que permanecieron protegidos por un bosque de abetos formado al borde de una de las orillas se quedaron muy sorprendidos ante lo que acababan de presenciar. Era la primera vez que veían a un animal tan grande protegido por esa especie de armadura, que además se parecía bastante a un perro, y que acabó de esa manera tan rápida con tres peligrosos enemigos.

En cuanto a su amo, ya conocían por habladurías de la existencia de unos guerreros formidables conocidos con el nombre de dragones de cuera que iban ataviados de igual forma, aunque todavía no los habían visto pelear, y cuya contundencia en el combate pudieron certificar en persona al comprobar los resultados sobre sus mortales enemigos.

—¿Adónde irá ese joven soldado dragón de cuera?

Preguntó uno de los exploradores indios al que parecía ser el jefe de aquel grupo de caza, que conocían por el nombre de Chaska[18].

—¡A ninguna parte! ¡Se ha perdido! ¡Todos los extranjeros son tontos! —contestó su hermana, Mahpee Yahto[19].

—Alguien que pelea como él no se pierde nunca —razonó Chaska.

—Entonces, será porque quiere conocer al pueblo siux. Sabrá que somos los mejores guerreros y viene a medir sus fuerzas con nosotros —insistió su hermana.

—¿Y por eso viene solo? —preguntó irónicamente Chaska.

—¡Ese soldado no está solo!

—¡Ya! Le acompaña ese Sunka Tanka Akicita[20] —así llamó Chaska por primera vez a Chato.

—¡Ese es un buen nombre!

—Los vigilaremos a distancia. Estoy intrigado sobre sus intenciones. Además, llevan unos caballos como jamás hemos visto.

—Los pawnees han intentado robarlos y mira las consecuencias —intervino otro explorador de la partida de caza.

—En verdad son bravos a la hora de pelear.

—¡Nosotros somos mejores guerreros! —la hermana parecía querer provocar a sus compañeros de caza.

—No quiero tomar ninguna decisión sin consultar antes con padre.

—Te recuerdo que la dirección que llevan es hacia el río de los misuri[21]. Después, se encontrarán con nuestro poblado.

—Sí, pero van muy tranquilos. Todavía les faltan muchas lunas para llegar. Tú misma te adelantarás para contar al consejo lo que hemos visto, y procura no omitir ningún detalle importante. Diles que vengan con más guerreros, pues donde hay un pawnee hay muchos más.

—Me parece que no te desagradan esos extraños —Mahpee Yahto continuaba con su labor de incitación a su hermano.

—¡Los he visto luchar y te digo que los prefiero a los pawnees! La verdad es que me interesan todos aquellos que sean efectivos contra nuestros enemigos. Además, nunca he visto manejar una manada tan grande con esa habilidad ¡Llévate mi caballo y galopa como el viento para que puedas regresar pronto!

Mahpee Yahto se encogió de hombros y, aunque se quedó callada, con su mirada fue capaz de trasmitir a su hermano todo lo que pensaba sobre su decisión en aquella situación, que claramente reprobaba de principio a fin.

La joven india era un caso excepcional entre las tribus siux, pues a su innegable belleza había que añadir su extraordinaria habilidad en el manejo del arco. Eso ayudó de manera definitiva a que se ganara el respeto de su pueblo, ya que sus éxitos en combate se contaban por número de participaciones, lo que hizo que fuera considerada uno de los guerreros más letales y peligrosos.

---

[18] «Primogénito» en lengua siux.

[19] «Cielo azul» en lengua siux.

[20] «Pequeño caballo guerrero» en lengua siux.

[21] El nombre proviene de la tribu misuri, que significa «gentes con canoas de madera».

Capítulo XVI

Mahpee Yahto obedeció al instante, y junto con otro miembro de su partida abandonó el grupo a toda prisa. Caminaron junto a las monturas para que nadie los pudiera escuchar y cuando ya se encontraban a una distancia más que prudencial, se montaron sobre sus lomos para emprender una carrera de resistencia y velocidad que finalizaría cuando tuvieran delante las primeras tiendas que formaban su campamento.

Seguidamente, Chaska también envió a otro de sus exploradores en uno de los mejores caballos que poseían para que siguiera al sobreviviente pawnee, pues era buen conocedor de sus tácticas y de seguro que no muy lejos los seguía el grueso de la partida de caza. Por eso, quiso saber con exactitud a qué distancia se encontraban y las fuerzas contra las que tendrían que combatir.

José y su fiel amigo llevaban a su cargo un tesoro demasiado importante al que muy pocos indios podrían resistirse, independientemente de la tribu a la que pertenecieran. Pero muchas menos posibilidades tenían de salir con vida de esa aventura si eran los temidos pawnees quienes estaban decididos a arrebatarles esa valiosa mercancía que tantas vidas ya les había costado.

El jefe de aquel pequeño grupo siux presenció una humillante derrota y sabía que para sus ancestrales enemigos aquello se había convertido en una cuestión muy personal a la que no podían renunciar aunque así lo quisieran.

Después de haber puesto en fuga al último de los jinetes pawnees, José calculó el tiempo que habían tardado en volverle a localizar y supuso que al menos tendría un margen parecido hasta que se presentaran de nuevo.

Por tanto, confiado de que en la próxima ocasión se lo

pensarían dos veces antes de arriesgarse, decidió hacer noche en aquella especie de vergel, que por otra parte le pareció el sitio más bonito que jamás había conocido. Con suma tranquilidad, y sin tener una idea clara de la dirección que debía tomar, prefirió esperar a la mañana siguiente para dejar en manos del destino su futuro más inmediato. Sin otra compañía que Chato, comenzó a hablarle como si fuera su mejor amigo hasta que el sueño acabó por vencer su resistencia.

—Estamos metidos en un buen lío, amigo. Hemos llegado más lejos que cualquier otra expedición española que se haya organizado por las tierras de las grandes praderas. No tengo ni idea de las tribus que habitan por estos lugares; si serán hostiles o querrán negociar a cambio de dejarnos cruzar sus tierras. Sé que en este mismo momento, seguramente nos vigilan enemigos peligrosos que acechan nuestro sueño. Aunque parezca que estamos en una completa soledad, presiento que sus ojos se clavan como flechas en mi espalda. Lo único que tenemos muy seguro es que por detrás nos persiguen unos cuantos pawnees que nos pisan los talones. Por el contrario, por delante tenemos un porvenir incierto. ¡No sé qué hacer! Quizás lo mejor sea decidirlo cuando estemos descansados. Me siento agotado, pero creo que es una cuestión mental más que física. Estoy raro porque soy consciente de que he matado por primera vez y no me ha gustado la experiencia. No ha ocurrido como yo pensaba. No he tenido la sensación que esperaba. Estoy mucho más triste que cuando vi morir a Diego y a Moki. Me ha movido la necesidad de salvar nuestras vidas, más que la obligación sagrada de un militar por cumplir con el deber de eliminar un objetivo. Creo que este viaje no lo olvidaré jamás.

Chato le miraba con sus ojos redondos medio caídos de color marrón oscuro, como si entendiera todo lo que le decía. Con una bajada de hocico parecía que también a él le entristecía el estado anímico de su amo. Enseguida acabó por recostar su pesada cabezota sobre las rodillas de José para permitir que le acariciara el tupido pelo. Esa era su forma de decirle que permanecería siempre a su lado.

Mientras tanto, los guerreros siux no daban crédito a lo que veían y se hacían señales de admiración contenida.

—Creo que me voy a dormir un rato. Avísame si me necesitas para algo.

José se quedó profundamente dormido gracias a la confianza que le proporcionaba el fino olfato de Chato, capaz de detectar la presencia de extraños a mucha distancia. En cuanto cerró los ojos su amo, el mastín se incorporó para recorrer a paso lento los extremos que configuraban el perímetro de seguridad que habían establecido para evitar que ninguno de los equinos se alejara demasiado del resto.

Se volvía a recostar en otro lugar para que su enorme figura se disipara entre la oscuridad; se dormía un poco aquí, y otro poco allá. Así solía permanecer en alerta mientras el joven dragón descansaba. Pero aquella noche se presentaba muy tranquila y no parecía que nadie quisiera hacerles una visita, pues ya habría sido descubierto con bastante anterioridad por el fino olfato de mastín leonés.

Poco antes del amanecer ya estaban los indios siux pendientes de todos los movimientos que pudieran hacer aquellos dos intrusos. Sin embargo, Chaska se sentía intrigado por saber cómo ese soldado solitario había conseguido domesticar de esa manera a su perro fiel, y la extraña raza a la que pertenecía aquel ejemplar gigante desconocido. Por un momento, incluso llegó a temer que tuviera que matarlo antes de conocer su secreto.

Pronto la manada retomó el camino hacia el río Misuri, en una decisión rápida y posiblemente aleatoria de José, quien en aquel instante, y a falta de cualquier otra premisa que le ayudara a decidir se dejó llevar por el primer pálpito que sintió, lo que le indujo a la continuidad por el sendero que consideró más cómodo para él y para los animales. Pero Chato olía cada vez con más intensidad la presencia de extraños, aunque fuera algo lejana, y no dudaba en mostrarse muy incómodo.

—¡Lo sé! ¡Lo sé! ¡Yo también los presiento! Pero mientras se mantengan a esa distancia, creo que estaremos seguros. Nos vigilan desde hace días pero no nos han atacado. Quizás solo

quieran vigilar nuestros movimientos porque nos temen más que nosotros a ellos. De todos modos, avísame si se acercan mucho. Estamos en tierras extrañas y no conocemos a ninguno de los clanes que controlan estos territorios. Está claro que tarde o temprano nos vencerán porque todos pretenden los caballos y matarán por conseguirlos; justo lo mismo que nosotros por evitar que se los lleven. Aguantaremos lo que podamos y nos alejaremos todo lo posible de Santa Fe para eliminar la posibilidad de que estos ejemplares puedan ser utilizados contra españoles. Esa es la única idea que tengo en mente. ¡Se lo debo a Diego, a Moki y a toda mi familia de los indios pueblo! —José le dijo a Chato, que pareció entender el mensaje.

A los tres días, el explorador que envió Chaska tras el fugado regresó con malas noticias.

—¡Tenías razón! ¡Un numeroso grupo de pawnees se dirige hacia aquí!

—¿Cuánto tardarán en dar alcance al soldado?

—Es difícil saberlo porque vienen a pie. Han parado a una jornada a caballo porque quieren conseguir más monturas. Creo que no quieren arriesgarse porque temen la fuerza de Sunka Tanka Akicita y la habilidad del soldado.

—Espero que los refuerzos que tiene que enviar mi padre lleguen antes de que se presenten los pawnees. Esperaremos y mientras tanto no perderemos de vista al joven dragón —contestó Chaska.

—¿Y si no es así?

—Decidiré sobre la marcha si le ayudamos o permanecemos al margen.

—Si no le ayudamos le mataran y se llevarán sus caballos. Es imposible que pueda resistir a tantos.

—No quiero ahora pensar en ello. Cuando llegue el momento tomaré mi decisión.

Tres días más transcurrieron sin que nada ocurriera. José continuaba su viaje hacia el norte mientras los exploradores siux le seguían a cierta distancia bajo las órdenes de Chaska.

Sin embargo, al cuarto amanecer aparecieron en el horizonte las inconfundibles señales de un nutrido grupo de

jinetes pawnees que se acercaban al galope dispuestos a frenar el avance del joven dragón de cuera para que diera tiempo a llegar al resto de los guerreros que marchaban a pie, y que debían hacerse cargo de los ejemplares.

—Estarán al mediodía sobre el soldado —señaló Chaska cuando su vigía le dio la noticia.

—¡Son más que nosotros!

—Ya.

—¡Nos quedan dos caballos y ellos deben de tener al menos diez!

—¡Me da igual! ¡Nos prepararemos para luchar! —ordenó Chaska.

Pero durante aquella jornada no atacaron, cosa que extrañó mucho a Chaska. Por eso, volvió a enviar de nuevo a otro explorador para que le aclarara ese misterio.

—No te lo vas a creer, pero a los jinetes se les han añadido cerca de cincuenta guerreros que marchan a la carrera. Además, todos llevan mosquetes.

—¡No es posible! —exclamó Chaska muy contrariado.

—Eso pensé yo, pero lo cierto es que se encuentran demasiado próximos a nosotros y vienen bien armados.

—¡Han debido correr durante toda la noche! ¡En cuanto a lo de las armas, los responsables son los comerciantes franceses!

—¿Pero si han corrido toda la noche, no tendrán que descansar?

—No lo creo.

—¿Por qué?

—Porque si permiten que el soldado se aleje otra vez les costará mucho esfuerzo volverle a alcanzar; algo que seguro no pueden repetir —le aleccionó Chaska.

—¿Entonces?

—¡Atacarán ahora mismo! Primero los jinetes y en cuanto puedan se incorporarán al combate los guerreros que marchan a pie. Esta vez no dejarán que escape. Si es necesario se sacrificarán los jinetes para tener entretenido al soldado y a Sunka Tanka Akicita para dar tiempo a que aparezca el resto —explicó Chaska.

—¡Y nosotros en medio!

—¡No voy a permitir que los pawnees se lleven esos caballos delante de nuestras narices! Si los consiguen y con esas armas en su poder, nadie estará a salvo. Enseguida nos atacarán y acabarán por masacrarnos a todos. Nuestros ejemplares no pueden competir contra los del joven soldado, igual que nuestras flechas no lo pueden hacer contra sus mosquetes.

—¡Pero somos tan solo cuatro!

—¿Tienes una idea mejor para proteger a nuestro pueblo?

El silencio contesto por el explorador siux.

—¡Hay que prepararse para morir! —Chaska arengó a sus hombres.

Para entonces, José ya sabía del inminente ataque de los pawnees por su retaguardia y se preparaba para ponerles las cosas lo más difícil que pudiera. Delante, marchaban los jinetes que espoleaban todo lo que podían a sus monturas. Tras ellos corrían los guerreros a pie, que aunque muy cansados por el esfuerzo que habían realizado durante toda la noche, no querían quedar rezagados ni dejar pasar la oportunidad de matar a su enemigo y quedarse con sus equinos.

Parecía que aquella enorme pradera donde se encontraban estaba especialmente decorada con una tupida alfombra multicolor con tonalidades preponderantes en verdes, amarillos y ocres.

En muchas zonas todavía quedaban grandes charcos procedentes de las últimas lluvias y el riachuelo cuyo curso seguían daba la impresión de que se había apartado hacia un extremo para dejar libre el máximo espacio de terreno.

Saciados de pastar durante la noche, los ejemplares se dejaron colocar de la manera que más interesó a José y rápidamente se prestaron para realizar una alocada galopada a semejanza de las cargas militares a las que tanto estaban acostumbrados.

En cuanto oyeron la atronadora señal se produjo una estampida que conforme se consumieron los metros adquirió una velocidad más que respetable en dirección hacia los jinetes pawnees. Los enemigos buscaron entre los animales el cuerpo de José para abatirlo de un certero disparo, pero no fueron capaces de distinguirlo pues daba la impresión de que se les

echaban materialmente encima si nadie que los guiara. Quizás debieron pensar que se trataba de una carrera fortuita que se había producido en contra de la voluntad del soldado.

—¡Esta es nuestra mejor oportunidad para hacernos con los caballos! ¡Dejad que se acerquen hasta nosotros y luego los frenaremos! ¡Seguro que tras ellos viene el dragón y su perro!

Gritó el jefe de la partida de caza a sus hombres.

Sin embargo, no sucedió como suponía el guerrero. Durante todo el recorrido José permaneció reclinado en el costado de su montura y solamente se incorporó sobre la silla de montar cuando estuvo muy cerca de los primeros jinetes enemigos.

En ese preciso instante les disparó para hacer blanco con sus dos pistolas en sendos pechos de dos pawnees. Los gritos de rabia no se hicieron esperar, pero no podían parar en seco pues debían dejar pasar primero la yeguada para luego perseguirlos y detenerlos desde atrás. Aunque ya había pasado a su altura y tampoco se podía detener, ese instante de vacilación lo empleó José para apuntar con su mosquete y volver a hacer diana en medio de la espalda de un tercero.

Ahora quedaba el trabajo más difícil; conducir la manada por el mejor camino sin que perdiera velocidad para que les costara más tiempo alcanzarlos. Pero la sorpresa se la llevó José cuando se encontró de bruces con el grupo perseguidor de pawnees que se aproximaban a la carrera. Todavía pudo distinguir en la distancia que se colocaban rodilla en tierra y apuntaban con sus mosquetes hacia su posición.

—¡Este es el final! ¡Hasta aquí hemos llegado! ¡Moriremos sin rendirnos!

José gritó a su amigo Chato en señal de despedida a la vez que desenfundó su sable e hizo que brillara como la plata al agitarlo de un lado para otro.

Sin embargo, cuando ya todo parecía perdido, casi a punto de recibir la primera y mortal andanada, los pawnees reaccionaron de una manera muy extraña. Se giraron hacia sus costados para intentar repeler un ataque que empezó a causarles importantes bajas entre sus filas.

El momento lo aprovechó José para dirigir los caballos hacia ellos y pasarles por encima como una exhalación. Las

pérdidas en efectivos fueron brutales. Los equinos de José originaron un tremendo caos y dividieron a los pocos sobrevivientes en dos mitades que enseguida fueron eliminados por los indios siux, a pesar de carecer de armas de fuego. De los siete jinetes que se cruzaron con la estampida, cuatro quedaron a merced del grupo de Chaska. Pero por desgracia tres consiguieron escapar, lo que significaba nuevas escaramuzas por parte de los pawnees en venganza por tan desastrosa expedición.

Muchos jinetes siux colaboraron con José y Chato hasta que consiguieron tranquilizar y detener a los alocados caballos que corrían sin ningún control a lo largo de las praderas.

Cuando se consiguió estabilizar la situación, José se apresuró a sujetar a Chato que no era capaz de reconocer a esos indios como amigos. Eso era a lo que olía desde los últimos días, y por fin sabía de dónde procedía. No obstante, por prudencia, los que participaron en la ayuda a José mantuvieron las distancias con Chato y esperaron a que llegara su jefe para que se procediera a las correspondientes presentaciones.

No parecía que quisieran ser agresivos con ellos, pero sí que estaban muy asombrados tanto con la manera de combatir de José como con las habilidades de Chato, y también con la extraordinaria calidad de los caballos.

Pronto se juntó al grupo Chaska, que en cuanto se enteró de que su propio padre había acudido hasta el lugar, esperó que fuera él mismo quien iniciara un intento de conversación con el joven dragón de cuera.

Capítulo XVII

Después de unos minutos de tensa espera en los que ninguna de las partes se atrevía a dirigirse al otro si no era mediante gestos de complacencia y poco más, apareció montado sobre un hermoso caballo blanco un hombre que a simple vista parecía ser más alto que cualquiera de los que allí estaban.

Iba rodeado de otros jefes menores que se esforzaban por permanecer lo más pegados posible a su lado. Un tocado de bellas plumas de águila cubría su cabeza y se extendía a lo largo de la espalda hasta llegar casi a la altura de las corvas. Ataviado con una casaca y pantalones de piel muy fina, posiblemente de cervatillo, y unos mocasines que hacían juego con el resto del conjunto, aquel hombre tenía un porte como jamás había visto el joven dragón en ningún otro.

No era un hombre joven, pues tenía el pelo muy largo y casi blanco. Pero a juzgar por su aspecto físico, tampoco lo podía considerar un viejo, pues todavía mantenía una corpulencia y musculatura envidiables. De prominente nariz aguileña, mentón cuadrado con hoyuelo en la barbilla, ojos rasgados y mirada profunda, no parecía temer nada ni a nadie, aunque parte de las pruebas de sus numerosas batallas estaban reflejadas sobre su rostro a modo de cicatrices que le otorgaban un aspecto entre fiero y reflexivo.

Quizás esa actitud altiva se debiera a que aún mantenía una importante seguridad en sí mismo; esa que solo tienen los que se sienten poderosos y en posesión de la fuerza de la razón.

Se dirigió hacia el joven dragón sin demasiadas prisas; con mucha calma, como siempre solía hacer las cosas importantes, para hacerle ver que tenían todo el tiempo del mundo para intentar entenderse y conocerse mejor.

Después de varias intentonas en diferentes dialectos, sucedió

que por razones de cercanía y posiblemente de comercio, aquel gigante entendía con bastante fluidez la lengua de los navajos y de los shoshones, justo las dos que le enseñaron a José su familia adoptiva de los indios pueblo, porque ya desde el siglo XIII esas tribus mantuvieron contactos con cierta frecuencia para conseguir beneficios mutuos. Por tanto, acababan de encontrar el mejor vehículo de comunicación.

—Soy Enapay. El jefe de la tribu de los perros cazadores, perteneciente a la etnia siux.

—Yo me llamo José para los españoles. Pero mi segunda familia, una de las tribus de los indios pueblo, me conoce por el nombre de Hoya Lengi.

—¡Interesante que tengas dos familias tan dispares!

—Creo que he tenido mucha suerte.

—¿Eres uno de esos dragones de cuera de los que tanto se habla?

—Sí.

—Eres el primero que conocemos. Me sorprende que con tu juventud hables tan bien algunos dialectos indios.

—Me lo enseñaron mis padres adoptivos. Una tribu de indios pueblo; me educaron como si fuera uno de ellos.

—¿Es que no eres soldado?

—Sí que lo soy. Mi otro padre adoptivo era un valiente dragón de cuera que también me enseñó todo lo que sabía e hizo lo necesario para que me aceptaran en el cuerpo.

—Comprendo. Ven; sentémonos y cuéntame tu historia. No te preocupes por nada que con nosotros estáis a salvo.

Durante mucho tiempo José relató lo mejor que pudo su corta vida a Enapay, quien pareció mostrarse sumamente interesado.

—Una vez que fallecieron mis dos padres adoptivos a manos de los pawnees, los dos hombres a quienes más he querido, solo me quedaba proteger la manada para cumplir sus últimas voluntades.

—En el cumplimiento de las promesas es donde reside la lealtad del corazón del hombre. Llegar hasta aquí ha sido toda una proeza, pero evitar que los pawnees te los robaran parece más bien un verdadero milagro. La única explicación que se

me ocurre es que llevas contigo la protección de Manitú[22]. Además, hemos interpretado señales que así lo corroboran.

—¿Qué señales?

—Para nosotros es algo místico la relación que tienes con Sunka Tanka Akicita.

—¿Quién es?

—Tu gigante perro guerrero. Es así como lo llamamos.

—Se llama Chato.

—Mi tribu ya le ha puesto nombre y va a ser muy difícil que se lo cambien.

—No creo que le importe mucho a Chato que le llamen de otra manera —los dos sonrieron por la ocurrencia de José.

—El término «sunka» lo utilizamos para reconocer al hombre y también al perro porque creemos que ambos están unidos por un mismo destino. Somos hermanos en la naturaleza y los dos participamos de características muy similares. Es la primera vez que vemos a un gigante como el que te acompaña y nos ha impresionado tanto su fuerza como su destreza. Somos la tribu de los perros cazadores y veneramos todo lo que procede de este animal. Esa es la razón fundamental por la que cuando mis guerreros vieron el grado de implicación que tienes con Sunka Tanka Akicita decidieron seguirte. Para nosotros significas un mensaje vivo del Gran Espíritu que debemos desvelar.

—¿Y tú? ¿Qué piensas?

—Al principio tuve muchas dudas porque creí que la información que nos trajo el explorador era demasiado exagerada, fruto de su desbordada imaginación. Por otro lado, la presencia de los pawnees me hizo pensar en su gran interés por hacerse con tus caballos, lo que supone una seria amenaza para la seguridad de mi pueblo. Pero ahora que he visto con mis propios ojos la manera tan hábil que has tenido para enfrentarte con nuestros enemigos comunes, estoy convencido de que nuestros caminos se han cruzado por alguna razón superior a nosotros. Por otro lado, creo que se dan muchas coincidencias entre tu historia y la de mi pueblo.

—No entiendo qué puede haber de común.

—Al igual que para nosotros están unidos los destinos de los

lobos con los de los hombres, en tu caso también se dan dos caminos diferentes que se convierten en uno solo. Por lo que me has contado tú has sido educado por soldados y por una tribu de indios pueblo.

—Así es.

—Pues quiero que sepas que eso es una rareza que se produce muy pocas veces, porque no hay cultura más diferente a la de un indio que la practicada por el hombre blanco. Por fuerza, nuestro encuentro no debe ser casual. Seguro que tiene que significar algo importante que tarde o temprano descubriremos. En vuestro caso han ocurrido muchas circunstancias que no hemos podido pasar por alto.

—¿Cuáles?

—¡Varias! Aunque vas vestido como un soldado, sin embargo, piensas, te mueves y te comportas como un indio. Te has enfrentado a nuestros mortales enemigos con una valentía admirable; ninguno de nosotros lo abría hecho mejor. Pero cuando mis guerreros vieron tu unión con Sunka Tanka Akicita supieron que había algo mágico entre vosotros. Por eso, cuando te vimos en peligro no dudamos en protegerte contra los pawnees.

—Lamento que vuestra ayuda os haya podido comprometer con los pawnees.

—Por eso no debes preocuparte. Desde hace muchas generaciones somos enemigos irreconciliables. Solamente la fuerza de la guerra los ha podido mantener alejados de nuestro campamento. Pero de un tiempo atrás hemos notado que las incursiones en nuestros territorios de caza son cada vez más frecuentes, lo que significa que reciben la ayuda de alguien, posiblemente de los comerciantes franceses. Esto ya lo veíamos venir con bastante antelación.

—Lo siento.

—Son las cosas de la rivalidad que nunca cesa.

—Me apena saber que pronto os atacarán.

—Por eso debes estar tranquilo, pues desde hace muchas lunas sabemos defendernos de ellos. Y ahora con mayor motivo, pues nos hemos hecho con los mosquetes que llevaban. Gracias a ti ha sido una gran victoria que debemos celebrar

como se merece. Ya soy mayor, y ni mi padre ni mi abuelo me contaron jamás que los derrotásemos de esta manera tan estrepitosa, como hoy ha sucedido. Es una hazaña que los pawnees jamás olvidarán.

—Pero buscarán venganza.

—Eso es seguro, y lo sabemos. Pero ellos también saben que tenemos las armas y se lo pensarán dos veces.

—Me gusta lo claras que tienes las cosas. Me recuerdas mucho a mi padre adoptivo Moki.

—Tendremos tiempo para hablar de él. Pero ahora quiero que aceptes mi invitación y vengas a nuestro campamento. Allí estaréis seguros tanto tú como Sunka Tanka Akicita y vuestros caballos. Podréis descansar y cuando quieras te marcharás. Mis guerreros te ayudarán a conducir la manada hasta los límites de nuestros territorios y yo mismo te informaré sobre las tribus vecinas. Tienes mi palabra.

—Será un honor acompañarte y aceptar tu hospitalidad.

Contestó José convencido de la bondad del corazón del jefe Enapay.

—Ponte a mi lado que tenemos que hablar de muchas cosas. Deja que mis guerreros conduzcan la manada y, sobre todo, mantén tranquilo a Sunka Tanka Akicita que no quiero que se equivoque de guerrero enemigo con mis hombres y tengamos un ataque innecesario —le invitó el jefe siux.

—¿Estamos muy lejos de tu campamento?

—A algo más de diez jornadas completas al paso que llevamos ahora mismo. Pero te aseguro que cuando me enteré de lo que ocurría lo cubrimos en bastante menos tiempo.

—¿Tan seguro estabas de que tendrías que intervenir con tus bravos?

—Cuando los pawnees están implicados, debes esperar lo peor. Pero además, mi hijo Chaska es un guerrero al que no le gusta pedir ayuda. Si te envía un emisario es porque prevé que algo malo va a suceder, y la verdad es que no suele equivocarse en sus apreciaciones.

Aquella fue la mejor oportunidad que pudo aprovechar Enapay para presentar su hijo primogénito a José.

El jefe indio se caracterizaba por su sabiduría y paciencia.

Pensaba que cada cosa tenía su instante idóneo y que siempre se presentaba el momento más adecuado para hacer las cosas bien sin que parecieran forzadas. Algo mayor en edad, Chaska se mostró muy afable con el dragón de cuera, a la vez que muy interesado por conocer más habilidades de Chato, aunque no se atrevió a acercarse hasta contar con la seguridad de que no sería atacado.

—A mi hijo le ha impresionado mucho tu ayudante. Le gustaría hacerse su amigo. ¿Lo crees posible?

—Con Chato nunca se sabe porque actúa según le caiga quien tenga al lado. Normalmente, no suele fiarse de los extraños. Quizás sea porque le hemos enseñado a calificar a los hombres según el olor del sudor de sus intenciones y eso le mantiene prevenido, ya que casi siempre las experiencias han sido negativas. Tiene mucha memoria y recuerda todo lo que le ha sucedido.

—Pero mi hijo solo quiere ser su amigo, porque piensa que es la reencarnación del padre de todos los lobos. Nosotros tenemos un culto especial por los lobos; de ahí proviene nuestro nombre de guerra.

—Lo entiendo perfectamente. Pero créeme cuando te digo que eso lo decide solamente Chato. Yo puedo evitar que ataque a alguien; pero no le puedo obligar a que acepte a quien no quiera.

—Entonces, es un espíritu libre como el viento.

—Así es. Por eso, mi consejo es que no lo intente hasta que no coja suficiente confianza. Por ahora, es mejor no molestarle.

—Me parece una buena recomendación. ¿Pero cuándo lo sabremos?

—Él mismo nos lo dirá cuando llegue el momento, si es que alguna vez se presenta.

—¿Cómo?

—A lo mejor con un gesto; tal vez con un pequeño detalle; quizás con una actitud; es posible que con una respuesta concreta a un estímulo previo. ¡Habrá que estar atentos para darnos cuenta de que se produce!

—¡Muy interesante! —exclamó Enapay.

—De donde yo vengo se les conoce con el nombre de mastín

y se utilizan para el combate, la protección y el cuidado de rebaños.

—¡Ya nos ha dado sobradas muestras de que está bien adiestrado para hacer esos trabajos!

—En realidad, es mi mejor compañero.

—Eso mismo es lo que mi hijo me ha dicho. Chaska es un guerrero muy bravo y además gran observador de las cosas. Si con los años le acompañan la sabiduría y la prudencia, seguro que será un buen jefe.

—Te felicito por tener un descendiente y a la vez un futuro sucesor tan valioso.

—¡Te agradezco el cumplido! Eso es lo que todos esperamos. Tenemos muchas esperanzas depositadas en él.

—Entiendo muy bien lo que me dices. Por eso, me gustaría que disiparas una duda.

—Pregunta lo que quieras.

—¿Este territorio donde estamos ahora es vuestro?

—Un pawnee te dirá que no. En cambio, un siux no dudará en decir que sí.

—¿Cómo habéis solucionado el conflicto?

—De ninguna manera. Desde tiempos que ya ninguno de los que estamos vivos recordamos, ambas tribus permanecen en constante pelea por conseguir dominar estas tierras.

—¿Son tan ricas?

—Para nosotros lo son.

—¿Y para los pawnees?

—También.

—¿Por qué?

—Porque son las mejores reservas de caza. Por aquí pasan tarde o temprano todas las manadas de bisontes. Precisamente su caza es lo que nos permite vivir el resto del año sin tenernos que preocupar por la escasez de carne ni de pieles. La estación que conseguimos buenas capturas es garantía de que no pasaremos ni hambre ni frío en invierno. Por eso, para nosotros es muy importante controlar este territorio; porque es nuestra forma de sustento y lo que garantiza la supervivencia de mi tribu.

—¿Nunca habéis podido llegar a un acuerdo con los

pawnees?

—Son muy contadas las ocasiones en que las diferentes tribus han conseguido pactar algo duradero con otras de etnias diferentes. Es algo que se produce muy raramente. Esta es la razón principal por la que vosotros habéis conseguido penetrar tan rápidamente en los territorios. Porque nunca hemos estado unidos contra el invasor común, ya que siempre nos ha preocupado más el mal del vecino que la desgracia general para todos. Desde siempre nos hemos ocupado más de debilitarnos entre nosotros mismos con peleas tribales que de protegernos de una invasión. Ni siquiera ahora mismo, que ya conocemos sin lugar a dudas los planes de españoles y franceses, somos capaces de ponernos de acuerdo. ¿Comprendes lo que quiero decirte?

—Lo entiendo perfectamente —contestó serio José.

—No creas que os culpo a vosotros, pues nosotros hemos hecho lo mismo con nuestros vecinos desde que así lo explican las leyendas de los antepasados de nuestros abuelos. A lo mejor, el problema reside precisamente en que entre las distintas tribus hay demasiados recuerdos pendientes de satisfacción, muchas heridas sin cerrar y una infinidad de deseos de venganza que, vista la experiencia que tengo acumulada de muchas campañas de guerra, se sofocan de mala manera. Este es el juego de la vida y de la muerte al que estamos condenados y en el que las oportunidades se presentan de cara para los que vienen de muy lejos a conquistarnos. Serán los españoles, los franceses u otros que todavía no conocemos. Dará lo mismo, porque nuestro destino ya está marcado por la extinción de nuestras costumbres y de nuestra manera de vivir. Ahora, solamente nos queda por averiguar el tiempo que resistiremos a vuestro empuje.

José se quedó pensativo; algo avergonzado por tener que reconocer en su fuero interno que en gran parte de las palabras del jefe Enapay brillaba la verdad. Y él figuraba entre aquellas reflexiones como una pequeña parte implicada; ínfima, pero al fin y al cabo corresponsable de lo que sucediera en adelante con el futuro de sus nuevos amigos siux.

El viaje duró el tiempo que inicialmente se había calculado

y transcurrió sin mayores contratiempos, que tanto José como sus anfitriones emplearon en conocerse mejor.

Vadearon pequeños ríos, avanzaron por lomas de anchas colinas que parecían enormes alfombras decoradas con fondos verdes sobre las que destacaban miles de flores de variados colores. Al fondo, delante de las montañas, siempre aparecían grandes formaciones de árboles que se ocupaban de frenar los vientos. Aquel paisaje tan bucólicamente característico anunciaba que se aproximaban a los límites de los territorios controlados por la tribu de los perros cazadores.

Pronto las primeras patrullas de exploradores hicieron su aparición para saludar a los recién llegados, señal inequívoca de que en el poblado los esperaban con inusitada expectación.

Por su parte, cada vez que se acercaban nuevos indios a cumplimentar al jefe Enapay, Chato emitía un ladrido en señal de aviso de desconfianza porque se había dado cuenta de que esos no estaban con ellos desde el principio del viaje, lo que motivaba la admiración por parte de Chaska, quien no le quitaba la vista de encima sorprendido por su fuerte carácter y fiel comportamiento de protección hacia su amo.

Era entonces cuando José emitía un leve pero agudo silbido que servía para tranquilizar al mastín porque le acababa de decir que había recibido su mensaje y que estaba al corriente de lo que sucedía a su alrededor.

En los saludos de aquellos que se acercaban se notaba un sincero respeto hacia la figura de su jefe, cosa que también llamó la atención de José porque se palpaba que Enapay era muy querido por su pueblo. Pero ninguno de ellos evitó mirar con curiosidad hacia Chato. Parecía que aquellos indios siux tenían mucho interés en conocer al extraño soldado, y sobre todo a su imponente protector Sunka Tanka Akicita, como ya todos le conocían en el poblado, aunque esperaban impacientes para verlo.

Los incansables emisarios que Enapay enviaba al gran campamento donde le esperaba la mayoría de su pueblo, filtraban toda la información de que disponían según se producían los diferentes acontecimientos.

Primero, anunciaron que la peligrosa batalla contra sus

mortales enemigos estaba a punto de producirse. Después, las buenas noticias sobre el resultado tan positivo de aquel gran combate librado contra los pawnees y la captura de muchos mosquetes que los protegerían de su más que seguro intento de venganza y también contra otros rivales. Por último, la inminente llegada del grupo principal con los invitados y la gran manada de caballos españoles que los acompañaba; unos magníficos ejemplares como jamás habían visto por aquellas tierras.

Por eso, desde que se conoció que se encontraban a poca distancia y que por tanto podrían aparecer en cualquier momento durante los próximos días, de una manera frenética se iniciaron en el interior del poblado los preparativos pertinentes para recibirlos como verdaderos héroes salvadores.

Todos colaboraron en la medida de sus posibilidades y a nadie le importó compartir con la comunidad lo poco que tuviera con tal de agasajar como se merecían los huéspedes del jefe Enapay. Aquella bendición que nacía de la desgracia de la tribu enemiga resultaba un motivo de alegría para el pueblo de los perros cazadores, pues todos debían celebrar la buena suerte que les había concedido el Gran Espíritu.

Y en verdad que todos estaban contentos de corazón, ya que en caso de no poder mantener sus posesiones, la única alternativa que les quedaba para salvar sus vidas era la emigración hacia territorios que ya estaban ocupados por otras etnias, que igual que ellos lucharían por mantenerlos en su poder. Una guerra cruel que no parecía tener fin y en la que el único premio era la supervivencia del grupo más fuerte.

Pero aquellos indios eran educados desde niños para estar preparados para soportar los duros envites de la arriesgada aventura que suponía nacer en medio de una comunidad siux. Eso significaba la lucha permanente por acaparar los mejores territorios de caza que otros enemigos también deseaban para sí. Sabían de su obligación de protegerlos para la siguiente generación y que debían estar dispuestos a ofrecer sus propias vidas a cambio de garantizar la continuidad de la familia aunque un día faltaran los mejores guerreros de cada casa.

Todos ellos morían contentos en combate porque reconocían

que tarde o temprano debían ser sustituidos por otros combatientes mejores, más fuertes y más jóvenes. Además, siempre les quedaba la convicción de que como recompensa por su sacrificio acabarían por reunirse con sus familiares cuando adquirieran la forma que les designaran los buenos espíritus.

---

[22] Dios supremo en la religión siux.

Capítulo XVIII

Cuando el grupo llegó a la orilla del gran río de los misuri, Enapay decidió vadearlo por un camino que era bien conocido por sus rastreadores. Aquella fue una operación delicada y arriesgada, no solo debido a la importante corriente que en aquellos momentos mostraba su poderoso caudal, sino también por el elevado número de animales que debían pasar al otro lado, lo que sin duda debilitaría el fondo del cauce de tanto ser pisado por los cascos de los caballos.

La maniobra propuesta les llevó mucho tiempo y tuvieron que emplearse con bastante habilidad y destreza en el manejo de las monturas para evitar que ninguna se ahogara o fuera arrastrada, lo mismo que les podría suceder a sus respectivos jinetes. Nada más pasar el último de los ejemplares todos respiraron tranquilos, lo que llevó a decidir al jefe Enapay a acampar sin esperar a que avanzara más la tarde. Fue un esfuerzo importante, que una vez finalizado no aconsejaba continuar camino para no cansar indebidamente a las ya agotadas cabalgaduras.

Después de organizar un provisional campamento para pasar la noche encendieron una gran hoguera a cuyo alrededor se acomodaron los guerreros con el fin de entablar conversaciones acerca de las incidencias de la jornada.

—Veo que has ordenado levantar el campamento a una distancia prudencial con el fin de controlar el paso que hemos utilizado para cruzar este río —le dijo José.

—En efecto. Ya soy viejo y no me gustan las sorpresas.

—Me parece que eres más sabio y cauto que viejo.

—Verás. De aquí en adelante mis guerreros controlan todo el territorio que puedas alcanzar con la vista. Sin embargo, desde este río hacia el sur cualquier cosa podría suceder a nuestras espaldas.

—Entiendo. ¿Entonces significa que ahora mismo estamos en los límites de las tierras de los perros cazadores?

—Diferentes tribus de indios siux son los dueños de todo lo que hay desde aquí hasta los grandes lagos del norte.

—¿También combatís contra ellos?

—Nunca lo hemos hecho. Todos somos descendientes de las etnias de los dakotas, de los nakotas y de los lakotas. Somos hermanos de sangre y nos ayudamos en lo que podemos. Entre todos formamos la gran nación siux.

—Me gustaría que me contaras más sobre tu pueblo.

—Todo a su debido tiempo, mi joven amigo. Ahora descansa que todavía nos queda un buen trecho que recorrer.

—Como quieras. Chato y yo nos retiramos.

—Descansa tranquilo que mis guerreros velarán vuestro sueño.

—¡Tus bravos y mi mastín!

—¡Por supuesto! No creas que me olvido.

Una vez que José y Chato se apartaron, Chaska se acercó a su padre para hacerle una pregunta.

—Padre, te noto muy interesado en el forastero —le dijo algo celoso.

—Sí que lo estoy.

—¿No te parece peligroso contarle tantas cosas sobre nosotros?

—Solamente le cuento lo que quiero que sepa. Prefiero que se entere por nuestros labios que no por las lenguas de serpientes venenosas que nos odian.

—¿Qué quieres decir, padre?

—Que no debes preocuparte, porque no me he vuelto loco. Sé muy bien lo que hago.

—Sigo sin entenderte.

—Piensa un poco, hijo mío. ¿Acaso me crees tan inocente de aceptar lo primero que me cuenta un desconocido?

—¿Entonces, padre? ¿Qué vas a hacer?

—Qué voy a hacer, no. Di mejor qué has hecho.

—¿Puedo saberlo?

—Escucha con atención. Es cierto que esos caballos tan buenos que lleva a su cargo son propios de un gran jefe. Que

muchos candidatos a serlo jamás los verán juntos ni por separados a lo largo de su vida, y que bien podrían ser la envidia de todas las tribus que conocemos, ya sean amigas o rivales. También reconozco que el grupo que los posea se convertirá en el más poderoso de la zona y que con su ayuda le será mucho más fácil dominar al resto. Pero por esas mismas razones se me hace muy difícil entender que sus superiores le hayan dejado solo en una misión tan peligrosa y al cargo de una mercancía tan valiosa.

—¿Crees que nos ha mentido?

—No me da esa sensación. Pero quiero estar seguro antes de tomar una decisión. A simple vista, el joven dragón de cuera no me parece mala persona. Además, no me cabe duda de que cuenta con la protección del espíritu del gran lobo, a través de su inseparable Sunka Tanka Akicita. Ya sabes que para nosotros esas cosas son sagradas y las valoramos mucho. Esa es una de las razones importantes por las que he permitido que nos acompañe hasta nuestro poblado.

—¿Piensas que habría sido mejor acabar con él y quedarnos con los caballos y con su mastín?

—Tuviste un gran acierto en no hacer nada y esperar a que yo llegara con más guerreros. Eso denota que tienes prudencia y sabiduría. Me siento orgulloso de tu buen juicio. ¿Por qué entonces estropear tu acertada decisión?

—¿Y si esconde algo que nos puede perjudicar? ¿No será peligroso llevarle donde vivimos con nuestras familias?

—Eso es lo que quiero comprobar. Y para ello, es necesario que se sienta confiado y nos abra su corazón.

—¿Qué es lo que realmente temes, padre?

—A lo largo de mi larga vida he sentido temor por pocas cosas. Pero lo cierto es que las que me han interesado siempre han sido importantes para los perros cazadores. Espero que ahora ocurra lo mismo.

—¿Qué has decidido?

—Cuando José nos contó la matanza de sus compañeros a manos de los pawnees envié a dos exploradores para que confirmaran su historia, y otros dos para que viajaran hasta ese lugar al que llaman Santa Fe, porque quiero conocer los

movimientos de los dragones de cuera después de que se enteren de lo sucedido con sus compañeros.

—Los has enviado a una misión muy peligrosa. Es posible que no regresen jamás.

—Lo sé; pero para conocer la verdad no tenemos más remedio que arriesgar algunas vidas. Son buenos rastreadores y sabrán hacerse invisibles para nuestros enemigos. Además, dos hombres pueden pasar desapercibidos mejor que un grupo numeroso de guerreros.

—Te conozco, padre y sé que tienes más dudas.

—Claro que las tengo.

—¿Cuáles?

—¿Has visto alguna vez que un blanco viaje solo con tantos caballos?

—¡Nunca! Pero no va solo.

—Eso es lo que le ha salvado la vida hasta el momento. De todos modos, no está de más ser prudentes y esperar a que lleguen las informaciones. También he apostado a vigilantes en todos los pasos más allá de los límites de nuestros dominios, para que den la alarma si vinieran tras él otros dragones.

—¿Entonces sería como si José actuara por delante de sus compañeros a modo de trampa; de señuelo? —preguntó intrigado Chaska.

—Algo parecido. Si eso fuera cierto, tendríamos que prepararnos para lo peor. Esos dragones tienen fama de ser muy buenos soldados y nos superan en armamento. He oído a otros indios decir que están acostumbrados a soportar las peores condiciones posibles y que son combativos hasta la muerte. Que son tenaces perseguidores y que jamás se rinden.

—¿Será de esa manera José?

—¡No lo dudes! Siempre pensé que las leyendas de los dragones estaban basadas en las exageraciones de la fantasía de unos cuantos jefes aburridos y cansados. Pero ahora que hemos conocido al joven dragón, pienso que bien pudiera ser todo cierto. Aunque nos engañara y todo fuera una misión que realiza para cumplir sus órdenes, no puedo dejar de admirar su valentía y su coraje.

—Yo le noto algo raro —aseguró Chaska.

—¿No sabes lo que es?

—No. Quizá es que no me gusta que tenga dos nombres tan distintos; uno el de soldado y otro el de indio.

—No creo que sea eso. Yo te lo voy a decir. José se comporta en el campo de batalla como lo haría un soldado forastero. Pero en su caso, la eficiencia es muy superior a la que tienen los mercenarios franceses que conocemos; esos con los que hemos hecho comercio alguna vez. Utiliza sus armas como no hemos visto hacer a nadie, aparte de que si le interesa sabe manejar las nuestras como si fuera un indio muy habilidoso. Todo su misterio y lo que le rodea es desconcertante. Pero lo más importante, esa incertidumbre que tanto te llama la atención y no eres capaz de reconocer, es que sabe pensar, moverse y comportarse igual que lo haría un indio. ¡Eso es lo que le hace diferente a los demás extranjeros! Esa cualidad es la que le convierte en un enemigo muy peligroso.

—¡Tienes razón! Sabía que tenía algo que me resultaba familiar pero no era capaz de verlo, precisamente por tenerlo tan cerca. ¿Qué quieres que hagamos con él?

—Hay que esperar a tener noticias de nuestros guerreros. Hasta entonces, debes hacerte su amigo. Sois de edad parecida y he visto que congeniáis bien. Enséñale nuestra lengua; te resultará sencillo porque conoce varios dialectos y tiene facilidad para recordar muchas palabras. Cuéntale cosas acerca de nuestras costumbres, y sobre todo déjale hablar sin que se note que quieres recabar información.

—¿Y si al final todo ha sido un engaño?

—Habrá que tomar una decisión final.

—¿Y si nos ha contado la verdad?

—Cumpliremos la palabra dada. Se marchará cuando quiera con sus caballos y con su Sunka Tanka Akicita. Aunque reconozco que me gustaría tenerle como aliado. Tienes una tarea muy importante porque está en juego la seguridad de nuestra tribu.

—Descuida, padre. Lo haré bien.

Chaska contestó mucho más aliviado, pues por un momento pensó que había perdido el favor de su padre con la llegada de

un desconocido que parecía tener una vida mucho más interesante que la suya, y que gracias a sus historias había conseguido impresionar al gran jefe Enapay.

—No tengo ninguna duda, hijo mío. No temas que no hay hombre en la tierra capaz de alejarme de los míos.

Contestó el viejo jefe, quien a la vez le volvió a dar a su hijo una muestra de su enorme intuición.

A la mañana siguiente reanudaron el viaje sin mayores problemas. Se lo tomaron con mucha calma, pues ya no parecía que hubiera ninguna prisa por avanzar.

Ahora parecía más bien lo contrario, cosa que extrañó bastante a José, quien rápidamente pensó que aquellos eran los dominios de los perros cazadores, y que por tanto, era donde se encontraban más seguros. Lo que ignoraba el joven dragón fue que Enapay y los suyos retrasaban adrede el viaje con el fin de dar tiempo a sus exploradores para que los avisaran en caso de que los persiguieran más dragones de cuera.

Conforme ascendieron por las tierras hacia el norte se encontraron en su camino con algunos ríos menores, posiblemente afluentes del gran río caudaloso de los misuri que acababan de franquear.

Durante aquel recorrido la superficie comenzó a aparecer mucho más esponjosa, cosa que enseguida apreciaron los cascos de los caballos, más acostumbrados a las tierras áridas de Nuevo México.

—¡Aquí el ruido lo hacen las ramas cuando se quiebran al paso de las cabalgaduras! ¡En las tierras del sur son los cascos los que suenan y los que revelan la posición de los caballos! —exclamó José con sorpresa.

—¡Es cierto! Aquí es más difícil oír cuando llega un enemigo. Para evitarlo, debemos escuchar los sonidos de la naturaleza —contestó Enapay.

—Me gusta ver tanta vegetación. Diría que los animales se sienten contentos por estar aquí. Tenéis mucha suerte de vivir en un sitio tan rico.

—Me alegro de que te guste.

Efectivamente, desde que cruzaron el gran río, los bosques se mostraban plagados de árboles de muchas variedades

porque se multiplicaban alrededor de los cauces de los ríos, de las suaves colinas, aquellos verdosos valles o conformando las formas de los barrancos.

Bajo sus sombras, infinidad de arbustos cubrían las partes más bajas lo que daba una sensación de frondosidad como nunca había conocido José. Hasta Chato parecía disfrutar con toda aquella vegetación que daba la impresión de querer jugar y saludar a los nuevos visitantes. Conforme cruzaban las distintas formaciones, se podía apreciar que muchos troncos secos todavía se resistían a caer. Para lo cual, se apoyaban sobre los árboles jóvenes en un intento por mantenerse en equilibrio vertical.

Más adelante, se vieron obligados a bordear algunos lagos que conforme ascendieron se convirtieron en grandes reservas de agua, gracias a la intervención de familias de castores, que laboriosos ayudaban a su creación mediante la construcción de efectivas presas de contención.

José no dejaba de beber en todas ellas porque afirmaba que tenía un sabor dulce muy especial; diferente a la que se podía saborear en Santa Fe. Posiblemente, la razón se debía a que procedía del deshielo de glaciares que se podían ver en las partes más altas de las montañas cercanas.

Trascurrieron doce días desde que vencieron a los pawnees. El paisaje aparecía rico en vegetación y plantas de todo tipo, pero el clima se había vuelto algo más frío, cosa que Chato agradecía infinito.

Después de dirigir a la manada por encima de una loma de pendiente muy suave, cuando la coronaron, pudieron observar desde lo más alto una gran pradera con abundante hierba que finalizaba en un río de aguas cristalinas y pequeños saltos que facilitaban la creación de llamativas cataratas, donde el agua jugaba a dibujar diversas formas a la par que emitía un sonido inconfundible al golpear las piedras.

En la otra orilla, por encima de los abedules cuyas hojas todavía no se habían tornado amarillas, se podían distinguir las terminaciones más altas de los tipis indios mientras el humo de pequeñas hogueras les indicó que la tranquilidad imperaba en su interior, y que por tanto, la vida seguía su curso habitual.

—¡Ya hemos llegado! —exclamó Enapay con orgullo.

—¡Qué lugar más hermoso! —añadió José con sorpresa.

—Ese es nuestro campamento de verano —le informó Chaska.

No hicieron nada más que posicionarse en la parte más alta de la colina para divisar el campamento cuando casi de inmediato escucharon voces lejanas que los aclamaban.

—Me da mucha satisfacción que nuestros vigilantes hagan bien su cometido —indicó Enapay.

—¿Esos gritos significan que ya saben que estamos aquí? —preguntó José.

—¡Claro! La clave de la supervivencia consiste en evitar que el enemigo te sorprenda. Nadie puede avanzar en grupo numeroso por nuestras tierras sin que nos enteremos en cuanto penetren. Tal vez, pudiera darse el caso de que tres o cuatro jinetes esquivaran a nuestros guerreros que apostados permanecen vigilantes a cualquier señal de presencia extraña; pero nunca pasarían por alto a un grupo lo suficientemente grande como para hacernos daño mediante un ataque.

—Comprendo lo que dices, Enapay.

José supo interpretar correctamente el significado final de las palabras del jefe de los perros cazadores. Pero lejos de enfadarse, le llamó la atención la curiosidad de aquel hombre por conocer más sobre los dragones de cuera. Parecía que tenía muy claro que había muchas posibilidades de que tarde o temprano acabaría por enfrentarse contra ellos en combate, aunque no fuera esa su voluntad por lo que podría suponer para su pueblo.

Sin embargo, quería saber más cosas de aquellos hombres blancos que cabalgaban incansables porque en el fondo presuponía que bien a manos de los españoles, de los franceses o de cualquier otro, llegaría un día en que alguno de sus descendientes no tendría más remedio que ceder los territorios de caza a los más fuertes.

Pero hasta entonces, su deseo era aprender lo máximo que pudiera sobre los nuevos conquistadores para trasmitir esos conocimientos a los que le sustituyeran el día de mañana. Por eso, como si de un cortejo se tratara, bajó al frente de sus

hombres con mucha solemnidad por la ladera de la colina para encaminarse a través de la gran pradera hacia un campamento que visiblemente se mostraba muy contento, donde ya los esperaban con júbilo sus habitantes.

Todos querían celebrar tan buenos acontecimientos y en especial conocer a los recién llegados; un extraño soldado al que acompañaba un espíritu libre. Para ambos personajes se desbordaron las informaciones de todo tipo que enseguida dejaron paso a las imaginaciones, sobre todo las referentes al gran Sunka Tanka Akicita.

Capítulo XIX

Enapay se colocó sobre la cabeza su llamativo tocado de plumas de las grandes ocasiones y ordenó a sus guerreros que avanzarán con solemnidad agrupados en dos filas. A su lado cabalgaba José quien no perdía ni un solo detalle. Inmediatamente tras él, Chaska iba acompañado por otro jefe menor para franquearlos por la espalda.

Mientras avanzaban lentamente por la pradera numerosos guerreros se aproximaron para saludarlos. Salían de muchos sitios, posiblemente posiciones de vigilancia que quisieron abandonar momentáneamente para presentar sus respetos, y tal vez movidos por la curiosidad de conocer al soldado y a su acompañante. Se acercaban, les daban la bienvenida con sonoros gritos y sin detener sus monturas regresaban a ocupar nuevamente sus puestos.

—Parece que tu pueblo te quiere mucho.

—Un día mi abuelo me dijo que un buen jefe debía velar por su gente. Que lo importante era anteponer los intereses del colectivo a los suyos propios. Siempre he intentado cumplir sus consejos y con los años he comprendido que estos gestos son pasados por alto cuando la abundancia nos regala sus frutos, pero muy recordados cuando las cosas se ponen feas, casi siempre debido a la escasez, la guerra, el frío o las enfermedades que nos atenazan con su furia. Yo he añadido una cosa más que intento inculcar a quien debe ser mi lógico sucesor, mi hijo Chaska. Desde pequeño le he enseñado que quien quiera ser un jefe querido por todos, primero debe aprender a sacrificarse por el resto. Porque mandar sobre una tribu significa que se debe conducir hacia los mejores pastos y procurar que tenga buena caza. Los guerreros, sus mujeres y sus hijos, siempre confían en que todas las decisiones están encaminadas a conseguir esas cosas, para luego demostrarlo

fácilmente con hechos que se puedan comprobar. De nada valen las intenciones no ejecutadas ni los buenos deseos incumplidos. Es mejor prometer poco, pero cumplirlo, que querer abarcar muchas cosas para luego dejar casi todas en el olvido.

—¡Sabias son tus palabras! Las tendré presentes porque creo que sirven para cualquiera.

—Eso mismo he pensado yo a lo largo de toda mi vida.

Mientras se acercaban, José comenzó a distinguir muchos tipis bellamente decorados que llamaron su atención. Casi todos mostraban motivos relacionados con bisontes y caballos, la fuente fundamental que garantizaba la subsistencia de la tribu de los perros cazadores. Eran motivos de caza pintados sobre pieles con pinturas vegetales.

También observó que había muchos niños en aquel campamento, lo que significaba la existencia de parejas jóvenes que garantizaban la continuidad de la tribu.

Ya estaban situados a muy pocos metros de la orilla; dispuestos a cruzarla, para acto seguido avanzar no más de cincuenta metros y estar a la altura de los primeros tipis más cercanos al curso del agua, cuando José frenó en seco a su caballo.

Miraba a toda aquella gente que se arremolinaba para ser los primeros en saludarlos. Gritaban y se les veía disfrutar como niños con la llegada de su jefe y de sus invitados. Pero Chato estaba cada vez más nervioso con tantos indios a su alrededor.

—¿Qué te ocurre, joven amigo? —le preguntó Enapay.

—No creo que sea buena idea que entremos con Chato en el campamento.

—¿Por qué? Mi pueblo lleva muchos días a la espera de que se produzca este importante acontecimiento. Para todos nosotros, Sunka Tanka Akicita es la representación viva del espíritu del gran lobo; nuestro mejor protector. No podemos decepcionarles de esta manera.

—¿No puede haber alguna solución intermedia? Temo que la reacción de Chato no sea la adecuada.

—Si hace algo inapropiado será por voluntad de los

espíritus. Por eso no te preocupes.

—¿No lo entiendes, verdad?

—¿Qué debo entender?

—Que Chato es solamente un perro bien adiestrado para el combate. Pero no está acostumbrado a tener a su alrededor tantos…

—¿Tantos salvajes?

Enapay le interrumpió para que no pronunciara una palabra de la que podría arrepentirse más adelante.

—¡No es eso lo que iba a decir!

—¿Qué, entonces?

—El problema es que no distingue entre indios amigos o enemigos a simple vista. Necesita tiempo para reconocer a los miembros de tu tribu y coger confianza. No es que sea malo con vosotros porque quiera; es que ha sido entrenado para no fiarse de los extraños.

—Comprendo lo que dices, pero no se me ocurre nada para evitarlo. Nosotros consideramos que su espíritu nos reconocerá como hermanos y no habrá ningún accidente. Es un acontecimiento único que nos invita a compartirlo porque creemos que es el Gran Espíritu quien nos lo envía para hacernos más fuertes. ¿Acaso tienes tú alguna idea mejor?

— Sí que la tengo.

—Dímela.

—Si me dejas con él al otro lado del río, creerá que estamos acampados para cuidar nuestros caballos. Ya conoce vuestro olor y no creo que lo rechace porque debe pensar que sois algo parecido a los aliados que tenemos en santa Fe, los indios pueblo. Mientras tanto, los que quieran conocerle se podrán acercar en pequeños grupos de no más de cuatro.

—Así tardarán mucho tiempo en verlo todos.

—¿Tienes prisa por algún motivo en especial?

Enapay se quedó durante unos instantes pensativo.

—Buena respuesta, joven dragón. Seguiremos tus recomendaciones. Pero tienes que prometerme que harás todo lo que puedas para que antes de que nos marchemos a los territorios de invierno se haya acostumbrado a la tribu de los perros cazadores.

—Te lo prometo. Por cierto. ¿Para cuándo esperas partir?

—¿Para qué quieres saberlo?

—Para hacerme una idea del plazo que tenemos.

—Eso lo decide el clima. En cuanto comiencen los vientos fríos recogeremos nuestras cosas y nos marcharemos hacia el norte.

—¿Al norte? ¡Allí hará todavía más frío!

—Conocemos un lugar muy bien resguardado que nos parece mucho mejor para pasar el invierno. Hace menos viento que aquí, hay abundante caza, y la sensación que tenemos es que resulta más llevadero que este sitio. Mi pueblo lo utiliza desde que su existencia se pierde en la memoria colectiva. Para entonces, habrás tenido que decidir sobre tu futuro entre nosotros.

—Me parece bien ese plazo.

—Ordenaré que levanten varios tipis en este lado del río. Uno para ti y el resto para que algunos guerreros te puedan acompañar. Así, apenas sentirás la soledad.

—Pero yo nunca me siento solo. No es necesario que haya guerreros que se sacrifiquen por mi culpa. Seguro que querrán estar con sus familias.

—Por eso no te preocupes, pues sabrán turnarse. ¡Ah! Y otro consejo te voy a dar.

—¿Cuál?

—No contradigas nunca a un siux delante de su familia o de su pueblo, ni rechaces una invitación de hospitalidad. Ninguna de las dos cosas están bien vistas, porque ambas se consideran una ofensa.

—¡Perdona! No era mi intención ofenderte. Solo quería hacerte saber mi preocupación por el comportamiento de Chato con tu pueblo.

—Es así como lo he interpretado. Ahora, puedes permanecer en este lado del río hasta que vengan las primeras visitas.

—Tendré controlado a mi mastín para que no se produzca altercado alguno con ninguno de los tuyos.

—Agradezco tus desvelos por la seguridad de mi gente. Pero también me gustaría contar esta noche con tu presencia en la tienda grande. Es allí donde nos reunimos para conversar y

tomar decisiones importantes.

—Lo haré encantado en cuanto consiga tranquilizar a Chato.

Desde que José acampó al otro lado del río no cesaron de acudir curiosos que los querían conocer. El enorme mastín se mostraba más tranquilo con la presencia de niños que con los adultos, a pesar de lo pesados y juguetones que algunos pequeños se mostraron cuando le tuvieron delante. Observaban con atención sus movimientos a la vez que admiraban su tamaño; algo que jamás habían conocido en un lobo por grande que hubiera sido. Sin embargo, todos fueron obedientes y ninguno intentó acariciarle por muchas ganas que tuvieran.

A simple vista, y por el número de tipis existentes, el dragón calculó que en aquel campamento debía haber de cuatrocientas a quinientas personas, de las cuales alrededor de un tercio eran guerreros bien musculados, feroces en el combate y muy bien preparados para soportar cualquier situación, tanto a pie como a caballo.

Las mujeres, junto con sus hijas, se ocupaban de las labores de mantenimiento del campamento, mientras los niños jugaban incansables para aprender a ser verdaderos siux, y que así su pueblo se pudiera sentir orgulloso de ellos cuando tuvieran que cumplir con sus obligaciones. Porque los jóvenes aspirantes a guerreros, a una edad temprana acompañaban a sus mayores en las partidas de caza, preludio de lo que más adelante se convertirían en grupos de combate contra otras tribus enemigas, y en especial contra los odiados pawnees.

Aquella primera noche José dejó a Chato encargado del cuidado de los caballos y convenció a los guerreros seleccionados para acompañarle que era mucho mejor que se alejaran a unos cientos de metros. Obedecieron sin objeciones y así José pudo acudir a la invitación del jefe Enapay, no sin antes tener que escuchar algunos ladridos de disconformidad conforme se alejaba.

Al llegar, encontró a muchos hombres sentados alrededor del fuego que rápidamente le hicieron un sitio de preferencia, entre Chaska y su padre.

—Estamos contentos de que asistas a esta reunión —le dio la bienvenida Enapay.

—Es un honor para mí.

—¿Has pensado qué quieres hacer con tu futuro?

—Todavía no. Sí que tengo claro lo que no quiero hacer.

—¿Qué es?

—Que mis caballos caigan en poder de quienes mataron a la única familia que he conocido. Tampoco regresaría aunque pudiera, pues no quiero ver la desesperación de mi madre adoptiva Pavati cuando se encuentre sin la presencia de Moki. No encuentro ninguna razón para volver al presidio de Santa Fe una vez que falta mi otro padre adoptivo Diego. Allí nunca sentí que fuera querido por los otros dragones. Creo que más bien me soportaban obligados por la presencia de mi protector. Pero ahora que estoy solo, seguro que si apareciera me tildarían de traidor o de cualquier otra cosa que se les ocurriera. La verdad es que nunca me fie de ellos. Pero más allá, no me he parado a pensar en otra cosa. Han sido muchos los acontecimientos que me han ocurrido y no he tenido tiempo para reflexionar.

—Has hablado con sinceridad, y eso me gusta. Nosotros somos una tribu nómada que hemos ajustado nuestra forma de vivir a la emigración de los bisontes. Solemos cambiar de campamento según el movimiento de las manadas, porque a lo que estamos realmente apegados es al conjunto de la madre naturaleza. Ella es nuestra verdadera propiedad. El resto de cosas las consideramos superfluas. Sin embargo, la tierra siempre permanecerá y su posesión será lo que determine la continuidad de la raza. Nunca hemos acogido a un extranjero como lo hemos hecho contigo, y eso tiene que ser una señal divina. Por eso, he decido que el tiempo que permanezcas entre nosotros lo emplearemos para conocernos mejor. Te enseñaremos nuestra lengua y nuestras costumbres. Te servirán como maestros mis dos hijos. A Chaska ya le conoces y se ocupará de las costumbres, sobre todo las guerreras, mientras que Mahpee Yahto, que conoce mejor que yo muchas de las lenguas más importantes, incluido algo del idioma hopi, se ocupará en lo referente al idioma. Seguro que con su ayuda no tendrás ningún problema en aprender muy rápidamente.

—Agradezco tu ofrecimiento.

—No quiero engañarte. Por eso, he de decir que los enemigos nos acechan desde hace mucho tiempo porque pretenden ocupar nuestras tierras. No es fácil la vida para un siux, pues en muchas ocasiones cada vez que regresamos a uno de nuestros campamentos tenemos que luchar contra otras tribus que los han ocupado antes de que lleguemos. Muchas veces han sido los pawnees los responsables de las importantes bajas que sufrimos. Pero también hemos combatido a los pies negros, crees, ojibwas, crows y muchos más.

—Pero ahora que tenéis mosquetes os defenderéis mejor.

—Es cierto. Pero si las hemos conseguido de nuestros enemigos ha sido porque ellos ya las tenían. Estamos contentos porque hemos conseguido equilibrar las fuerzas. Si no los hubiéramos vencido, es muy posible que a estas horas mi gente estuviera muerta o esclavizada.

—Yo os puedo enseñar a cargarlas con mayor rapidez. Así podréis hacer un disparo más que vuestros enemigos.

—Eso sería muy importante.

—Lo haré a cambio de vuestra hospitalidad.

—Así será.

La reunión continuó por sus habituales derroteros, mientras Enapay hacía de intérprete para José, quien no quería perder un solo detalle de las conversaciones.

Después de comer wasna[23] hasta saciarse, le dieron a fumar de la pipa comunitaria, mientras las historias de cada uno se sucedieron una tras otra, entremezcladas con las risotadas y los comentarios graciosos de los asistentes.

Casi todas las anécdotas que se contaban hacían referencia a las experiencias y sentimientos personales de cada cual. Hablaban de esos pálpitos que sintieron durante ese extraño viaje que compartieron y que pasaría a la memoria de la tribu de los perros cazadores como una de las más grandes hazañas jamás conseguidas; el inolvidable día en que vencieron a una gran partida de pawnees y les robaron sus mosquetes, gracias a la intervención del joven dragón y de su mastín.

De alguna manera solo entendible para un indio, aquel personaje y su perro pasaron a ocupar un puesto de relevancia en el escalafón social de aquella comunidad siux; algo que

ocurría en contadas ocasiones en la vida, pues lo normal habría sido que le cortaran la cabellera y que algún bravo guerrero la colgara de su tipi como un trofeo de guerra.

Pero sin embargo, por designios del caprichoso destino, allí estaba sentado al lado de los dos hombres más influyentes dispuesto a participar de una manera activa en la salvación de aquellos nuevos amigos que le acogieron en su casa y quizás muchos de ellos también en sus corazones.

Lo que nunca llegaría a saber el dragón de cuera fue que mientras creía que podía descansar con la absoluta tranquilidad del que está protegido y arropado entre buenos amigos, sin saberlo, siempre estaba estrechamente vigilado a escondidas por la discreta mirada de sus anfitriones y de sus guerreros.

Porque lejos, muy lejos de allí, las patrullas de exploradores enviadas por Enapay recababan toda la información que podían. Por un lado, la necesaria para contrastar la sinceridad del invitado, y por otro, aquella que les sirviera para anticiparse a los movimientos de los enemigos y proporcionar la mayor seguridad al grupo de los perros cazadores.

---

[23] Carne de bisonte prensada con cerezas.

Capítulo XX

A la mañana siguiente Chato metió su enorme cabeza en el tipi de José para despertarle con varios estruendosos ladridos.

—¿Qué ocurre, amigo? Me parece que todavía es muy temprano para meter tanto ruido.

Pero el gran perro continuó con su particular serenata lo que obligó al dragón a levantarse, ya que fuera le esperaban cuatro pequeños que no hacían más que canturrear con una música pegadiza y repetitiva, a modo de estribillo, el nombre del mastín porque querían conocerlo.

—¡Sunka Tanka Akicita! ¡Sunka Tanka Akicita!

—¡Ah! Ya. Se me había olvidado el pacto con Enapay —murmuró entre dientes medio adormilado.

—¡Sunka Tanka Akicita! ¡Sunka Tanka Akicita! —continuaron los niños sin parar.

—¡Está bien! ¡Está bien! ¡Veréis! En realidad se llama Chato y no es muy dado a tener amigos.

Pero los niños no le entendieron nada y continuaron con la misma cantinela sin hacerle el menor caso. Sin embargo, se abstuvieron de tocarlo por expresa indicación de sus mayores.

—Veo que vuestros padres os han advertido. Me parece muy bien que les hagáis caso.

Aunque todavía le faltaba mucho por aprender de la lengua siux, ayudado por gestos, que es el idioma universal, y por palabras afines que conocían las dos partes, al final consiguieron entenderse y que los pequeños disfrutaran de la presencia de Chato sin correr el más mínimo riesgo. La misma operación se repitió muchas veces durante los siguientes días, y en verdad que el mastín leonés parecía adaptarse bastante mejor de lo que supuso su amo.

Pero durante la mañana del séptimo día recibieron una visita que cambiaría la vida del dragón de cuera a partir de

aquel momento. Ocurrió que aparecieron tres muchachas jovencitas de una edad muy parecida a la que tenía José. De las cuales, una le dejó completamente embobado debido a su espectacular belleza. Era esbelta y fina; educada, silenciosa y tímida, a juzgar por las constantes caídas de ojos hacia el suelo y el rubor que reflejaba su rostro mientras se tornaba en color rojo cuando el soldado la miraba fijamente.

De pelo liso y negro como la noche, se adornaba con una larga trenza que dejaba caer sobre uno de sus hombros, a la vez que servía para potenciar sus grandes ojos verdes de puma. Sin embargo, esa mirada penetrante, al estar acompañada por un arco de dimensiones importantes que portaba tenso a la espalda le hacía sospechar al dragón que tras ese rostro se escondía la verdadera crueldad del combate a muerte por sobrevivir en aquella tierra.

No era precisamente ternura lo que emanaba del interior de aquella bella figura. Más bien, le parecía una mujer resolutiva con seguridad en sí misma, sin ningún tipo de remilgos.

José se quedó boquiabierto cuando la vio por primera vez. No supo qué decir; tan solo podía mirarla como si hubiera llegado hasta el mismísimo cielo.

—Hemos venido a coger agua del río, y de paso conocer a tu amigo —le dijo.

—¡Pero hablas en hopi!

—Conozco un poco de esta lengua.

—Yo también. Me la enseñaron mis padres adoptivos.

—A mí, un esclavo hopi que vivió con nuestra tribu hasta que murió.

—Comprendo.

—Enapay me ha dicho que uno de sus hijos me va a enseñar vuestra lengua, pero le voy a decir que prefiero que seas tú quien me enseñe.

—Yo soy hija suya. Me llamo Mahpee Yahto. Significa en tu lengua «cielo azul».

—Magnífico nombre. Qué bien puesto.

—¿Qué quieres decir?

—No, nada. Que eres tú —contestó con balbuceos.

— ¿Quién?

—La que me enseñará hablar en siux.

—Ese es el encargo que tengo de mi padre.

—¿Entonces, cuando comenzamos?

—Ya hemos empezado, ¿no crees?

—¡Claro! ¡Claro! ¡Por supuesto! He comenzado por tu nombre. ¿Qué mejor inicio puede haber?

—He de regresar a mis tareas. Cuando termine volveremos a visitarte.

—¿Las tres?

—Sí.

—Pero todavía no os he enseñado a…

—Luego. Ahora no podemos quedarnos por más tiempo.

—Aquí os esperaré.

El joven dragón las acompañó con la mirada, y también con cierta envidia, para ver cómo cruzaban el río por la parte menos profunda y después de recoger el agua en odres de piel se alejaban desenfadadas. Alegres cuchicheaban entre las tres a la vez que dejaban escapar pícaras sonrisas de complicidad.

Cuando desaparecieron de su vista José se quedó pensativo por unos instantes. Acto seguido comenzó a hablar con Chato, quien se sentó sobre sus patas traseras para prestarle toda su atención como si comprendiera perfectamente lo que su amo le contaba. Aquella escena extrañó bastante a los guerreros que le vigilaban a cierta distancia, pues les pareció que el soldado le contaba cosas interesantes a su amigo, y que además, aguardaba a conocer sus respuestas.

—Me ha dado un vuelco el corazón. ¿Has visto qué guapa es? ¿Crees que estará prometida con algún guerrero? ¡Se lo tengo que preguntar! No me importaría que nos quedáramos por más tiempo con tal de verla todos los días. Además, ya sabes que soy algo torpe para los idiomas. Seguro que necesito clases intensivas de refuerzo.

Las visitas de los interesados en conocerlos continuaron durante toda la jornada, pero aquella tarde no apareció la guapa muchacha de ojos verdes. Sin embargo, al día siguiente recibió el encargo de reunirse con Chaska en el poblado. Pero cuando llegó, también le acompañaba su hermana para hacer de intérprete.

—¿Qué se te ofrece? —le preguntó.

—Quiero pedirte consejo.

—¿Sobre qué?

—Tenemos cuarenta mosquetones que hemos recogido de los pawnees. Pero apenas nos queda munición y pólvora.

—¿Cuántos tenéis en total en el campamento?

—Sesenta. Estos son más nuevos y mejores. Los otros son viejos y funcionan cuando quieren.

—¿Me puedes enseñar uno de los viejos?

—Aquí tienes uno.

—¡Está muy sucio! Tiene polvo por todos sitios. No me extraña que falle.

—¿Tiene arreglo?

—Se puede intentar.

—¿Qué debemos hacer?

—Limpiarlo con un trapo húmedo, secarlo y después engrasarlo.

—¿Por todos los sitios?

—Yo lo haré con el primero para que aprendáis y después vosotros continuaréis con los demás.

—Bien.

—Es necesario que los guerreros aprendan a limpiar sus armas, o de lo contrario no les servirán para nada.

—Lo entiendo.

—En cuanto al asunto de la pólvora y de las municiones, será necesario comprar en más abundancia para tenerla de reserva.

—Eso lo hemos hecho algunos años pero se estropea. Muchas veces debemos cazar con lanzas y flechas ya que los mosquetes no funcionan.

—Porque no sabéis guardarla. Tiene que estar guardada en sitios secos donde no entre el agua, la lluvia o la humedad. La pólvora mojada no sirve.

—¿Nos enseñarás?

—Cuenta con ello.

Desde aquel día la confianza imperó en la relación entre José y Chaska. Aquella explicación sirvió al hijo del jefe no solo para aumentar sus conocimientos acerca de las armas que

les podían salvar la vida; además, fue fundamental para que cambiara radicalmente su opinión acerca del dragón de cuera.

A partir de entonces se hicieron magníficos amigos hasta tal punto, que todas las noches pedía al Gran Espíritu que las informaciones que debían recibir de las patrullas fueran propicias para la continuidad de aquella buena amistad. Por su parte, el soldado sintió lo mismo hacia su nuevo amigo. Pero la verdad es que solamente tenía ojos para contemplar la belleza de Mahpee Yahto.

Simultáneamente a que todos los componentes del campamento tuvieron la oportunidad de ver de cerca a Chato, el mastín leonés parecía que se había acostumbrado bastante bien a tolerar la presencia cercana de aquellos indios como si fueran sus antiguos compañeros de expediciones, los pueblo.

Para José pasaron los días entre enseñanzas y entrenamientos militares por parte del dragón de cuera, y en justa correspondencia divertidas partidas de caza organizadas por Chaska. También hubo mucho tiempo dedicado a clases del idioma siux que simultanearon con largos paseos a caballo por lugares muy bonitos que conocía la muchacha india y que quería compartir con su nuevo amigo.

—Conforme os conozco mejor, más me gusta vuestra forma de entender la naturaleza.

Le dijo José a Mahpee Yahto en una de esas tardes que salieron junto a sus dos inseparables amigas para dar un paseo por los alrededores del campamento.

—Vivimos en tierras salvajes que siempre se cobran un tributo por permitirnos que obtengamos sus frutos.

—Pronto comenzará el invierno y creo que para entonces habré aprendido mucho de vuestra lengua. ¿No te parece?

—Sí.

—¿Cuándo os marcharéis de aquí?

—Es mi padre quien lo decide.

—¿Qué encontraréis más al norte?

—Nuestro verdadero hogar.

—¿Y cómo es?

—Igual que este, pero con más árboles cuyas hojas cambian con la llegada del invierno a un color rojizo intenso y las

nieves cubren por completo la tierra. Los bosques llegan hasta las orillas de los ríos y de los lagos para crear arenales que se mezclan con piedras redondeadas que utilizamos para meter en el fuego de la hoguera y luego calentar la ropa o para dejarla secar al sol cuando no hace viento. En los lagos suelen flotar muchos troncos secos que los niños utilizan para jugar a hacer equilibrio sobre ellos. Son los desechos pelados de los que utilizan los castores para hacer sus presas, de los osos para rascarse la espalda o que han sido abatidos por la fuerza de los rayos de la tormenta. Cuando ya no sirven son arrastrados por las corrientes hasta que llegan a las orillas. Es todo tan denso de vegetación que solamente el rastro que deja el humo que se cuela entre las ramas sirve para avisar de la existencia de vida humana en la zona. A diferencia de aquí, las montañas son más grandes; tienen los picos nevados eternamente y protegen las entradas de los valles.

—Nunca he visto la nieve de cerca.

—Eso es algo que nunca se olvida.

—¿Sabes cosas de vuestra historia?

—Lo que nos han contado los viejos de la tribu.

—¿Y qué os han dicho?

—Que tenemos el alma viajera porque provenimos de un lugar situado mucho más al norte, donde los ríos y las nieves permanentes se funden en grandes lagos que cubren casi todo lo que la vista puede abarcar. Dicen que es un sitio donde existen largos ríos que van cargados de salmones que sirven de sustento a los osos y a miles de gaviotas que siempre los acompañan. Que son tan numerosos que sus cadáveres quedan desperdigados mientras esperan a pudrirse porque todos los depredadores son incapaces de consumirlos al quedar hartos de su carne. Pero para nuestra desgracia nos expulsaron los crees unidos a los ojibwas gracias a la ayuda que recibieron de extranjeros, y por eso nos vimos obligados a abandonar aquellos territorios de caza; la tierra donde descansan nuestros antepasados.

—Lo explicas como si fuera un relato bien aprendido.

—Es así como nos lo han explicado. Pero lo realmente triste es que para nosotros, regresar a aquel lugar es algo

inalcanzable.

Aquel paseo fue bruscamente interrumpido por lo que parecía el llanto de un niño pequeño; quizás de un recién nacido. Pronto el sonido llevó a José a descubrir lo que inicialmente había pensado que era.

Se trataba de una especie de capazo muy rudimentario que estaba confeccionado con mimbres y forrado con una bolsa de piel que claramente era un saco amniótico, que estaba acompañado de su correspondiente placenta. Colgaba de la rama más fuerte de un árbol y en su interior había una criatura que no tendría más de quince o veinte minutos de vida.

—¿Qué es lo que ocurre aquí?

Se preguntó en voz alta el joven dragón de cuera mientras intentaba acudir en su auxilio.

—¡Déjale! ¡No lo toques! —le gritó Mahpee Yahto.

—¿Es que quieres dejarle así?

—Sí.

—¿Le conoces?

—¡Claro! Es el último miembro que ha llegado a nuestra tribu. ¿No ves que se trata de un recién nacido?

—¿Por qué ha sido abandonado por su familia?

—¡No ha sido abandonado por nadie!

—¿Entonces, cómo está tan solo?

—¡Su madre no andará lejos! ¡Estará escondida porque la has asustado!

—¿Pero qué significa todo esto?

—¡El recién nacido debe aprender!

—¿A qué?

—¡A reprimir el lloro! Por eso se le deja solo hasta que comprenda que no debe hacerlo, porque en caso contrario nadie le hará caso.

—¿Y no te parece que es una forma muy cruel de enseñar las cosas?

—Hay otra manera de enseñarle. Consiste en taparle con la palma de la mano su boca y su nariz para dificultarle la respiración. Eso se repite las veces necesarias hasta que comprenda que no debe llorar.

—¡No me gustan ninguna de las dos!

—¡Todavía no conoces nada de nuestras costumbres y ya te permites opinar sobre ellas y criticarlas!

—¿Es que acaso lo apruebas?

—¡El pueblo siux de los perros cazadores quiere a sus hijos como el que más! ¡No concebimos el maltrato para los niños! ¡Para nosotros, hacer daño a uno de nuestros pequeños es una gran ofensa que exige una inmediata reparación!

—¡No veo qué tiene que ver todo eso con el llanto de un recién nacido!

—¡Mucho! ¡Ya te he dicho que vivimos en una tierra salvaje que nos exige realizar importantes sacrificios!

—Por favor. Explícamelo para que pueda entenderlo.

—La subsistencia de la tribu al completo puede depender en muchos momentos del silencio de todos sus componentes, independientemente de la edad que tengan. Estamos rodeados de enemigos por todas partes y el llanto de un niño, por inocente que ahora te parezca, puede comprometer la seguridad de todo el grupo. Para nosotros el camuflaje es vital a la hora de pasar desapercibidos frente a sanguinarios enemigos que nos acechan tras los frondosos bosques que nos rodean. No podemos permitir que ninguno de los nuestros delate nuestra posición en un momento comprometido. Ya resulta muy difícil de por sí defendernos, como para tolerar que sean los niños quienes faciliten la localización de los campamentos.

—¿Y qué opina el padre?

—No es misión del padre opinar en estos asuntos. Pero te aseguro que todos están de acuerdo. Somos las mujeres quienes nos encargamos de tomar las decisiones que se refieren a las cosas de la organización familiar. Los hombres se encargan de la caza y de la protección; pero nosotras hacemos el resto.

—En eso, nuestros mundos se parecen bastante.

—Pues entonces, deberías entender que sea la madre quien se encargue de todo lo relacionado con el recién nacido.

—Y así es. Pero para nosotros, cuando la vida del niño corre peligro, creo que es el padre quien debe decir algo.

—¡Nada que decir! ¡Solo la madre decide!

—Sin embargo, cuando te veo tan aguerrida, con ese arco

como mejor acompañante, se diría que te gusta la pelea.

—No me complace matar. Pero he aprendido a defender a los míos y a protegerme sin la ayuda de ningún hombre.

—Y no lo dudo. Pero reconozco que se me hace extraño, porque no estoy acostumbrado a ver a una mujer dispuesta para la guerra.

—He sido educada como si fuera un guerrero y te puedo asegurar que nadie tiene tanta precisión con las flechas. Además, por simple lógica, en mi tribu, y creo que ocurre lo mismo en todas, pensamos que es mejor que un miembro pueda tener algún percance antes de que se ponga en serio riesgo al colectivo. De todos modos, te diré que nunca hemos perdido a un pequeño por culpa de utilizar estos métodos de enseñanza. Siempre que han muerto nuestros niños ha sido por culpa de las enfermedades que nos han traído los extranjeros o por los ataques de los enemigos.

—¡Dejémoslo así! He venido a aprender vuestra lengua y costumbres, y no para discutir contigo sobre la conveniencia de aplicar diversos métodos de aprendizaje que no entiendo.

—¡En esto, los dos estamos de acuerdo!

Pese a que continuaron con el paseo a caballo, ambos mantuvieron un estricto silencio y no quisieron comentar nada acerca del maravilloso paisaje que tenían frente a ellos.

Quizás, debido a esa última conversación, no tuvieron ganas de fijarse con atención en que muchas hojas comenzaban a desprenderse de los árboles para alfombrar el terreno que los rodeaba. Otras, las menos, aunque todavía permanecían firmes sobre las ramas de los árboles, aún mantenían una diversidad de tonalidades que pasaba desde intensos rojizos hasta combinaciones de ocres terrosos con toques amarillentos.

Capítulo XXI

José regresó cabizbajo a su tipi para reunirse con Chato; el único compañero que parecía entenderle a las mil maravillas. Era consciente de que aquellos indios tenían costumbres muy distintas a las que había conocido antes, posiblemente porque tenían otra manera de entender la vida, o quizás porque sus necesidades eran diferentes a las de los indios pueblo que tan bien había aprendido desde su niñez.

Comoquiera que fuere, sin saber exactamente la razón, cada vez que se peleaba dialécticamente con Mahpee Yahto se sentía abatido y triste.

Con el transcurrir de las semanas perdió la noción en la exactitud de las fechas y comenzó a fijarse solamente en el clima de las diferentes estaciones del año, al igual que hacían los indios siux. Solamente se hacía una pregunta que no conseguía responder: ¿Por qué todavía seguían en el campamento de verano, si ya habían llegado los fríos?

La respuesta la obtuvo al cabo de dos semanas, cuando ya dominaba bastante bien muchas palabras de la lengua siux. Por simples comentarios que escuchó de pasada, por boca de varios guerreros, comprendió que Enapay no quería partir sin que antes llegaran las patrullas de exploradores. No logró entender dónde se encontraban, pero supuso que vigilaban los movimientos de sus eternos enemigos, los pawnees, para evitar un posible ataque por sorpresa en venganza por la última humillación que recibieron.

Mientras tanto, ajeno a las noticias negativas que podrían traer los rastreadores, el joven soldado continuó con las conversaciones en compañía de la hija del jefe y sus dos inseparables amigas.

En otro orden de cosas, también continuaron los entrenamientos con todo tipo de armas, así como en las

diferentes formas de combates simulados cuerpo a cuerpo contra Chaska y sus bravos guerreros. Al principio, fueron muy suaves esos enfrentamientos por aquello del respeto y el sentido de la hospitalidad con el invitado.

Pero conforme los participantes cogieron más confianza y apreciaron en él una habilidad desconocida, se recrudecieron algo más porque en parte se dejaron influenciar por los ánimos de los espectadores que lógicamente tenían sus favoritos entre los combatientes. Y es que en realidad, eran los que más divertían a la tribu por lo que casi siempre los presenciaban la mayoría, incluido el propio jefe Enapay, quien tenía un interés especial en observar los movimientos de José.

Pero aquella mañana fue la primera vez que asistió Mahpee Yahto a una de aquellas demostraciones de fuerza y habilidad que casi siempre se saldaban con heridas de carácter muy leve y alguna que otra magulladura sin importancia.

Se comenzó con las prácticas de tiro con arco, carga de mosquetes, lanzamiento de cuchillos, hachas y lanzas, para concluir el calentamiento con habilidades a caballo. En todas parecía que José se desenvolvía muy bien; al mismo ritmo y nivel que el resto de sus compañeros de pruebas.

Pero en la participación relativa al tiro con arco fue su maestra del idioma siux quien ganó el premio, aunque José quedó finalista. La verdad fue que el dragón no quiso destacar en ninguna prueba, por lo que no se empleó a fondo intencionadamente para no sobresalir sobre ninguno de sus anfitriones.

Sin embargo, en el caso del tiro con arco, sí que intentó vencer, aunque lo único que consiguió fue ponérselo un poco más difícil a la joven india. En aquel amistoso pique que surgió entre el dragón de cuera y la hija del jefe, muchos creyeron apreciar la existencia de una cierta atracción especial entre ambos jóvenes.

Bien podría ser afán de competición, o tal vez, un deseo ferviente por demostrar al extranjero que había alguien en el campamento capaz de ganarle en algo. Sea como fuere, José aceptó su derrota y felicitó a Mahpee Yahto de igual manera que lo habría hecho con cualquiera de los otros guerreros

participantes.

Cuando comenzaron los enfrentamientos cuerpo a cuerpo todo se desarrollaba en perfecta armonía hasta que le tocó intervenir a José. En ese preciso instante, Mahpee Yahto se decantó claramente hacia su oponente, el campeón del clan, con el beneplácito del resto de la tribu que gritó de alegría al presentir una pugna interesante.

Aquella reacción molestó significativamente al joven dragón de cuera porque consideró que hasta ese momento había actuado con extrema nobleza y no merecía ese trato por parte de la muchacha. Aquello supuso un elogio público hacia el bravo guerrero que le obligó a esmerarse al máximo para vencer al extranjero, cosa que no parecía estar dispuesto a permitir el otro contendiente.

Quizás, lo más prudente e inteligente habría sido dejar que el combate terminara en tablas. Pero José también tenía su orgullo, y de alguna manera quiso desquitarse de lo que consideró una provocación por parte de la persona que más le importaba del campamento.

Tal vez, le molestó que aquella muchacha no fuera de su parte o que demostrara ante todos que le aborrecía lo suficiente como para estar en su contra hasta en un simple combate de exhibición. A su parecer, dio a entender a todos que le enseñaba obligada la lengua siux porque era una imposición por parte de su padre; pero bajo ningún concepto se sentía cómoda ni orgullosa con aquel encargo.

Lo cierto fue que Enapay, al ver el reto que había provocado su propia hija, y en prevención de que algo malo pudiera suceder, solicitó que los cuchillos con los que debían enfrentarse fueran cambiados por palos que acababan coronados por uno de los extremos en una especie de bola o nudo redondo más grueso, también de madera, igual que si fueran unas simples mazas. Con ello evitó que el combate pudiera ser a muerte, por si las cosas se ponían feas. De alguna manera, quiso mantener con vida a su invitado, al menos hasta que llegaran las informaciones de sus exploradores.

El combate comenzó, y aunque para José era la primera vez que utilizaba semejante instrumento, no pareció molestarle lo

más mínimo pues lo manejó como un verdadero maestro, algo que sorprendió a todos los presentes.

Los primeros compases sirvieron de tanteo entre ataques y paradas; pero enseguida el joven dragón de cuera comenzó a colocar certeros golpes sobre el cuerpo de su oponente que por su lado se mostró incapaz de señalarle lo más mínimo.

Durante unos instantes solamente recibió mazazos sin que tan siquiera pudiera conectar unos tibios golpes, ya que únicamente sus movimientos describían arcos en el aire, porque el habilidoso dragón los esquivaba con una rapidez que nadie había visto jamás. José se sentía demasiado cómodo y la gran diferencia existente entre ambos enseguida se decantó a su favor con una importante humillación hacia el otro, lo que enfureció enormemente al hermano de su contrincante que sin pensarlo dos veces saltó provisto de otra maza para ayudarle.

Enapay hizo una intentona por reprender al nuevo contrincante y quiso terminar con aquella paliza. Pero José no lo permitió y aceptó pelear contra los dos hermanos. Estaba muy enfurecido por el comportamiento de Mahpee Yahto.

Fuera de sí y deseoso de una contundente victoria, cada vez que golpeaba a su circunstancial enemigo era como si golpeara con la misma fuerza a la altanería de aquella irrespetuosa muchacha que quiso dejarle en ridículo delante de su tribu. Repitió su destreza con la misma contundencia y esta vez tampoco pudieron tocarle ni una sola vez, mientras ambos acabaron retorcidos por la tierra cuando comenzaron a recibir imparables golpes en las costillas.

Esta vez fue Chaska quien no podía permitir que dos de sus mejores guerreros cayeran humillados de semejante manera, por lo que decidió enviar a un tercero, a lo que tampoco puso reparos quien hasta el momento ganaba la prueba.

Cada vez que José los golpeaba miraba a la bella Mahpee Yahto en señal de desafío, porque intuía que a ella le dolían más los mazazos que a los propios luchadores. Tampoco pudieron con él los tres juntos, lo que provocó que fuera el mismo Chaska quien sin pedir permiso salió al círculo para solventar el problema.

En realidad, el dragón de cuera era lo que esperaba, pues

pensó que los golpes al hermano de la retadora serían los que más daño le debían de hacer. Y no se equivocó, ya que a la tercera vez que cayó al suelo el bravo guerrero, fue su hermana quien se echó las manos a la cara y quien cerró los ojos a la vez que soltó un inevitable grito de lamento.

En ese preciso instante Enapay se puso en pie y gritó para que el combate parara definitivamente. Los cinco se quedaron inmóviles. Hasta ese preciso momento, ninguno de los cuatro había conseguido tocar al joven dragón con la maza ni una sola vez. Ya había visto suficiente de lo que quería. Gracias a la virilidad mal entendida de José y a su falta de experiencia por ocultar sus habilidades para el combate, el jefe siux comprendió que mantenía de invitado en su campamento a un extraordinario luchador.

Algo que le dejó muy preocupado por si era un simple ejemplo de lo que les esperaba para el caso de que sus compañeros de armas fueran unos enemigos en potencia para su pueblo.

Para cuando quiso reaccionar José ya era demasiado tarde y todos se alejaron sin felicitarle por la victoria, porque la consideraron demasiado aplastante y sin ninguna necesidad de practicarla con tanta burla. Poco a poco, todos se fueron del lugar hasta que Hoya Lengi se quedó a solas con el viejo jefe de la tribu.

—Hoy he conocido a un guerrero diferente.

—Te pido perdón. No he debido comportarme así.

—Nunca te arrepientas de ganar en buena pugna. Has ganado sin hacer trampas. Nadie te puede recriminar nada.

—Eso no es del todo cierto.

—¿A qué te refieres?

—Yo conocía la enorme diferencia que había entre ellos y yo y, sin embargo, me he dejado llevar por la ira.

—¿Quién te enseñó a combatir de esta manera?

—Mis padres adoptivos me iniciaron. Pero el resto sale de mi interior como si fuera algo natural en mí.

—Comprendo muy bien lo que quieres decir. También sé por qué has reaccionado de esa manera. No olvides que los viejos alguna vez también fuimos jóvenes, aunque ahora

solamente nos queda la memoria de los recuerdos.

—¿Por qué cambiaste los cuchillos por mazas de madera?

—No quería que nadie terminara herido. Cuando los cuchillos se emplean en combates simulados contra amigos, y hay retos de por medio, la experiencia me dice que se convierten en armas de doble filo porque hieren a los dos contrincantes por igual, independientemente del resultado final.

—No te entiendo.

—Quiero decir que aunque consigas ganar la pelea, a la larga, todas las cicatrices que dejes en el cuerpo de tu adversario se reproducirán dentro de tu ser cada vez que las veas.

—Realmente, eres sabio. Tu pueblo tiene mucha suerte por contar contigo como jefe.

—Ahora retírate a descansar a tu tipi que pronto acudirá mi hija para que continúes con las lecciones sobre nuestra lengua. He de felicitarte por los grandes progresos pues ya puedes mantener una conversación sin mayores problemas.

—Muchas gracias.

Cuando Enapay se quedó solo hizo llamar a su hijo a su presencia.

—Te he visto luchar con mucha valentía —le dijo.

—No ha sido suficiente.

—Me ha impresionado que no fuerais capaces de tocarle una sola vez.

—Se mueve con una rapidez que jamás habíamos visto en nadie.

—Me preocupa que existan muchos soldados así.

—A mí también.

—Debes averiguar si todos los dragones de cuera combaten de esa misma forma.

—¿Cómo?

—Pregúntaselo abiertamente. Procura que te cuente en qué posición estaba entre los suyos.

—Lo haré.

—Sobre todo, no levantes sospechas sobre nuestras dudas.

—No te preocupes. En este tiempo de convivencia con él,

me he dado cuenta de que por encima de todo, José tiene palabra y es amigo de sus amigos.

—Eso mismo pienso yo. Pero me gustaría saber qué podría hacer en caso de recibir la orden de atacarnos.

—Estoy seguro de que no la cumpliría.

—¿No acabas de decir que tiene palabra? Te recuerdo que ha jurado obediencia a sus superiores hasta la muerte. Mejor que no tenga que decidir.

—¿Cómo conseguir eso, padre?

—¿No te has dado cuenta?

—¿De qué?

—Está enamorado de tu hermana.

—¡Imposible!

—¿Acaso ves fea a Mahpee Yahto?

—Claro que no.

—¿Entonces?

—José es extranjero y a ellos no les gustan las indias.

—Pues ha reaccionado de esa manera precisamente porque tu hermana le ha retado al tomar partido por el guerrero.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro.

—Pues entonces, además tenemos otro motivo de preocupación.

—¿Cuál?

—Que hay un guerrero que está interesado en ella.

—Conmigo no ha hablado nadie.

—No se atreve. Me lo ha contado en confidencia para saber mi parecer.

—¿Qué has contestado?

—Que eso es cosa tuya y de mi hermana. Que yo solo puedo informarte de sus pretensiones, pero nada más.

—Has hecho bien.

—¿Pero qué siente mi hermana?

—No lo sé. El corazón de una mujer es un misterio para mí.

—¿Qué vas a hacer?

—Hablaré con tu madre, a ver si me puede aclarar algo.

—A Mahpee Yahto no le gusta hablar de estas cosas con nadie.

—Ni de estas cosas ni de nada. ¡No he conocido a muchacha más reservada!

—Es muy joven.

—Ya está en edad casadera. Pronto comenzaran muchos guerreros a pedir su mocasín.

—¿Te gustaría que uno de los candidatos fuera José?

—Eso dependerá de tu hermana. Pero reconozco que no me importaría. No conocemos a ningún otro hombre con tanta dote. Sus caballos le vendrían muy bien a nuestro pueblo.

—Pues habrá que ir con mucho tacto con ella, pues cuanto más le hablemos de José, menos caso le hará.

—Entonces, dejemos que las cosas sigan su curso normal. Si ambos se gustan, harán lo que sea necesario para que acabemos por enterarnos de su amor. De momento, informaré a tu madre de lo sucedido esta mañana para que ande con tiento y esté atenta a cualquier cambio.

Aquella tarde, Mahpee Yahto, acompañada por sus inseparables amigas, apareció en el tipi de José como si nada hubiera sucedido. Mientras tanto, los guerreros que le acompañaban le observaban con la máxima admiración. Se ejercía en movimientos con el sable contra un enemigo de cabeza de madera y cuerpo de arena prensada en un saco, que él mismo se había preparado para tales efectos.

José tampoco quiso hablar sobre lo sucedido, pero el rencor todavía anidaba en su corazón. En cierto modo, pensaba que por culpa de aquella bella mujer se había dejado llevar por la soberbia, lo que le colocó en una posición de descubierto sin ninguna necesidad. Ahora, todos conocían sus habilidades y le temían más que le querían. Algo que le podría pasar un pago demasiado elevado. En realidad, tenía ganas de discutir con ella pero no quería que notara que estaba disgustado por la burda encerrona en que cayó como si fuera un inocente corderillo.

Por su parte, la joven india siux se sentía avergonzada y sobre todo muy dolida por los duros golpes que recibieron los guerreros, en especial su hermano. Nada más terminar la prueba comprendió que los había puesto en evidencia, aunque ninguno quiso admitir la derrota. Corrió todo lo que le

permitieron sus piernas para ocultarse en el tipi familiar hasta que llegó su hermano a curar las heridas. Para entonces ya lo tenía todo preparado.

—No te preocupes que los moratones sanarán pronto —le dijo su hermano.

—No me ha gustado que os haya ganado de esa manera tan fácil.

—Es mucho mejor que nosotros. Eso hay que reconocerlo. Pero nos ha venido muy bien tu juego porque hemos descubierto una cualidad que ni siquiera sospechábamos que tuviera.

—¿Y eso qué significa?

—Que hoy hemos recibido una buena lección, pero a cambio hemos aprendido una cosa muy importante.

—¿De qué se trata?

—Que si tuviera que matarle tendría que hacerlo a distancia o con bastantes más de cuatro bravos guerreros. Algo que hasta hace unos instantes no se me habría ocurrido ni por asomo.

—¿Vas a matarle?

—Esa pregunta no me corresponde a mí responderla.

Mahpee Yahto salió preocupada por el futuro de José, pues pensó que algo tenía que ver el resultado del juego con la decisión que tomara su padre. Pero era consciente de que no podía hacer absolutamente nada. Debía mantener la boca cerrada y aguardar a que se produjeran los próximos acontecimientos; una tensa espera que sabía la consumiría por los nervios si aquella situación se prolongaba durante mucho tiempo. Por eso, y a modo de escusa, optó por acercarse hasta el tipi del soldado para intentar arreglar el entuerto que ella misma había provocado.

Pero José no estaba de buen humor como para iniciar otra nueva discusión con su profesora de idioma, y prefirió permanecer callado sin apenas atender a sus requerimientos para hablar sobre cualquier cosa que le interesara conocer.

—¿Quieres que te explique algo sobre nuestras costumbres?

—Mejor no.

—¿No te interesa conocer algo en concreto?

—La verdad es que no me interesa nada.

—Pero ayer parecía todo lo contrario.

—Pero hoy he decidido seguir mi camino por otro sitio.

—Pero con nosotros estás seguro.

—¿Eso crees?

—¿Es que acaso quieres marcharte?

—Sí. Lo antes que pueda. La próxima vez que me reúna con tu padre le pediré permiso para irme.

—¿Dónde irás?

—Hacia los territorios del norte.

—Allí, solamente hay enemigos que te robarán. Nos necesitas para protegerte.

—Creo que prefiero correr ese riesgo.

Mahpee Yahto se marchó muy disgustada. No sabía qué hacer; si contar la información a su padre o mantener silencio hasta que José se lo planteara. Ninguna de las dos opciones era buena hasta que no regresaran las patrullas con las noticias que tanto esperaban. Sabía que su padre no le dejaría marchar hasta que estuviera completamente convencido de que no le había mentido. ¿Pero qué sucedería si no regresaban nunca? Después de mucho meditar, prefirió ser fiel a los suyos y decidió contar lo que José le acababa de decir.

—Son malas noticias. No podemos dejar suelto a un hombre tan peligroso sin saber de qué parte está, o qué misión debe cumplir —contestó Enapay cuando se enteró de la noticia.

—¡Padre! ¡Él es bueno! ¡Tiene buen corazón! ¡Es incapaz de engañar!

—No podemos esperar mucho más tiempo, o las nieves se nos echarán encima y ya no podremos viajar.

—No tomes ninguna decisión hasta que decidas el momento de levantar el campamento —añadió Chaska.

—Veo que mis dos hijos están muy interesados por mantener con vida al soldado. Esperaremos el regreso de los guerreros hasta la primera nevada como máximo; luego, nos marcharemos. Mientras tanto, procurad mantenerle entretenido con actividades para que retrase su petición. Yo tardaré en recibirle todo lo que pueda y así ganaremos algo de tiempo.

Efectivamente, Chaska organizó algunas cacerías, así como

diversas danzas guerreras cuya simbología quiso que fueran conocidas por su invitado. La primera que presenció le llamó poderosamente la atención y no pudo reprimir saciar su curiosidad con múltiples preguntas.

—¿Qué significa? —preguntó José intrigado.

—Es la danza en honor al espíritu del búfalo —contestó Chaska.

—¿Pará qué sirve?

—Para pedir la llegada de las lluvias. Nosotros pensamos que la riqueza de la tierra está determinada por la lluvia.

—Veo que sois muy religiosos. Nunca lo habría imaginado.

—Lo somos. Ya veo que te falta mucho conocimiento acerca de nuestra religión. Creemos en la fuerza de los espíritus y en su ayuda. Para nosotros, las danzas son la mejor expresión de toda relación con el mundo espiritual. Siempre están presentes en los momentos importantes de nuestras vidas. Lo están en los nacimientos, muertes, casamientos, para iluminar al consejo de ancianos en la elección del jefe supremo, para la caza e incluso en la guerra. En la naturaleza están representadas todas las fuerzas espirituales en las que creemos. Pero por encima de todas, está el gran espíritu de Wakan Tanka; nuestro dios supremo.

Aquello de que los indios siux también tuvieran dioses a los que rezar dejó muy impresionado al joven dragón de cuera, y de eso se percató enseguida Chaska.

Quizás por ello, durante los días siguientes le enseñó con detenimiento la gran cabaña donde se reunía el consejo y donde los hombres y mujeres que se dedicaban a la medicina enseñaban el manejo de raíces y plantas curativas para sanar las enfermedades.

Los candidatos que estaban llamados a sustituirlos previamente habían sido seleccionados y debían permanecer dos estaciones completas a prueba para ganarse el favor de los más sabios de la tribu. Sin embargo, la pregunta que hizo José a su anfitrión le dejó un poco descolocado.

—¿Qué hay que hacer para ser jefe siux?

—Demostrar que se tienen cualidades suficientes para ser elegido por el consejo.

—¿Y cuáles son?

—Fuerza y valentía demostradas en la guerra, afán protector hacia todos los miembros de la tribu, honradez y ser el más fiel hacia los espíritus.

—Todo lo entiendo menos eso de la fidelidad.

—Se debe demostrar mediante la ceremonia en la que se mira al sol. Todos los candidatos a ser jefes deben bailar con flechas clavadas en la espalda. El que más aguante será el más fiel. Solo a través del dolor se puede purificar el alma, porque equivale al arrepentimiento por las cosas mal hechas. Es el mayor sacrificio que un hombre puede llevar a cabo, y por eso siempre es bien recibido por los espíritus, que son los que deciden quién debe ocupar ese puesto tan importante. Ellos le darán las fuerzas necesarias para aguantar el dolor mejor que los otros. Quien sea el ganador recibirá una pipa especialmente tallada para la ocasión que utilizará en los grandes momentos y una camisa coloreada que estará cosida con cabellos de todos los miembros de la tribu, a los que a partir de ese momento defenderá como si fueran de su propia familia. Esta es nuestra ley.

Por su parte Mahpee Yahto también colaboraba en todo lo que podía para mantener entretenido al joven dragón de cuera. Unas veces le hablaba de la organización interna del campamento, labor que realizaban en exclusiva las mujeres, aunque notaba que esos asuntos le importaban más bien poco. Sin embargo, en lo relativo a las cuestiones de peticiones de esposas a las familias, de dotes y emparejamientos se sentía bastante más atraído.

—¿Cómo funcionan vuestros emparejamientos?

—Cada hombre puede pedir a las mujeres que considere está capacitado para mantener en todas las facetas de la vida. Pero debe ser aceptado primero por la mujer y luego también por su familia. Para ello, tiene que entregar una dote que demuestre su capacidad para hacerse merecedor de tan distinguido honor. En realidad, todas las cosas que existen en el tipi familiar son propiedad de la mujer, quien no abandona su condición de pertenecer a su clan original, al igual que ocurre con los hijos que tenga con su hombre.

—¿Existe entre vosotros el repudio?

—¿Qué significa eso?

—Que una mujer pueda ser abandonada por su hombre.

—Nuestras alianzas familiares no se quebrantan nunca, salvo que exista alguna causa muy justificada, como puede ser la infidelidad en la mujer. En el hombre no suele existir porque puede tener tantas mujeres como pueda mantener, por lo que no tiene sentido que engañe a nadie, y menos a otro guerrero de la tribu. Son muy pocos casos los que se han dado, porque nuestras mujeres son muy fieles. Están educadas bajo estrictas normas de sencillez y equilibrio. Además, los castigos en caso de que se produzcan son terribles. Se puede condenar a los culpables con la deformación o la amputación de órganos.

—Ya veo que tenéis normas para casi todo.

—Es la única manera de controlar un campamento compuesto por muchas familias. Esas normas las hacen los viejos del consejo y son aceptadas por todos. Las conocemos desde niños y así nadie se lleva a engaños. Hay muchos clanes diferentes pero jamás hemos peleado entre nosotros porque nos reconocemos como la gran nación de las tribus siux y mantenemos las mismas reglas.

—Reconozco que tenéis en vuestra cultura muchas cosas que me gustan, porque no difieren en tanto de las costumbres de donde vengo.

—Me alegra que coincidamos en eso.

—¡Por cierto! He intentado hablar con tu padre pero me han dicho que se encuentra en retiro. Pero no he entendido de qué se trata.

—Está en oración con el Gran Espíritu. La responsabilidad de un gran jefe es muy importante y necesita de la ayuda de los dioses. Por eso, acude a pedir fuerza y sabiduría. Permanece durante varias noches en soledad porque creemos que la relación entre el hombre y los espíritus es algo íntimo que no puede ser compartido con nadie.

—¿Entonces, las distintas danzas?

—Son manifestaciones colectivas para pedir cosas en común o para dar gracias por haberlas conseguido. Pero el rezo es siempre personal.

—Bien; no importa. Tengo todo el tiempo del mundo para esperar su regreso. Además, estos últimos días aprendo muchas cosas interesantes.

—Cuando mi padre regrese habrá que dejarle durante unos días sin hablarle hasta que él mismo se dirija al pueblo. Eso lo llamamos el obligado periodo de purificación. Es el paso entre lo espiritual y lo mundano. Viene de hablar con el dios supremo y necesita volver a equilibrar su cuerpo con la madre tierra.

Capítulo XXII

Ya había regresado Enapay al campamento, aunque todavía permanecía sin hablar a nadie. Aquella mañana se presentó especialmente fría, lo que significaba que ya no podían esperar por más tiempo el regreso de las patrullas de exploradores. Afortunadamente, aún no había nevado y las temperaturas se podían soportar con relativa facilidad, sobre todo en las horas centrales del día.

Al mediodía, José estaba ocupado con el cuidado de algunos ejemplares de su manada cuando de repente notó que Chato se comportaba de una manera muy extraña; como si hubiera olfateado algún peligro. Comenzó a ladrar de una manera tan desesperada, que llamó la atención de cuantos se encontraban por las cercanías.

El dragón de cuera montó sobre su caballo porque sabía que su mastín pronto reaccionaría de una forma imprevista. Se quedó a la espera mientras oteaba el horizonte por si alguien se acercaba con malas intenciones, que fue lo primero que se le pasó por la cabeza.

Los otros perros del campamento también se pusieron muy nerviosos, lo que terminó por alertar a toda la tribu, que con las armas en la mano esperaban a que se produjera alguna situación de peligro para intervenir de inmediato.

Transcurrieron unos tensos instantes hasta que por fin se conoció la causa del nerviosismo de Chato y del resto de los perros. Un gran oso pardo apareció a la carrera por la orilla del río donde se encontraban dos niñas que recogían agua para su familia y que también se quedaron paralizadas cuando percibieron que algo no marchaba bien. Claramente, estaba hambriento y se dirigía hacia ellas. Pero lo peor era que a ninguno de los guerreros le daba tiempo para llegar antes de que se produjera el inminente ataque.

Sin embargo, para entonces ya estaba allí Chato dispuesto a hacer frente al gran oso ante la mirada atónita de los padres de las niñas. Se situó en medio para llamar la atención del plantígrado hasta que consiguió que le persiguiera y olvidara a las dos débiles presas que permanecían abrazadas a la espera de un fatal desenlace.

Un combate a muerte se produjo entre los dos colosos, aunque en esta ocasión Chato no llevaba puesta su particular armadura de cuero. Los bruscos movimientos de los contrincantes levantaron miles de hojas que permanecían caídas sobre el terreno, a la vez que también partían las ramas de los árboles que encontraron en su camino con la misma facilidad que si fueran de barro. Los distintos amagos de golpes mortales hicieron que se desprendieran aún más hojas, para que juntas flotaran en el aire y así crearan pequeñas nubes de hojarascas que ayudaron a dar mayor intensidad a la durísima pelea.

Pese a que el gran oso intentó por todos los medios alcanzar a su oponente, este fue lo suficientemente hábil para esquivar los terribles zarpazos de la bestia de los bosques, a la vez que conseguía morderle en las patas cuando se enderezaba para causar más daño.

El mastín leonés aguantó el tipo durante varios minutos hasta que recibió la ayuda de su amo, quien armado con su lanza espoleó a su cabalgadura para que embistiera al intruso y pudiera conseguir a la primera intentona atravesar el corazón del oso que cayó desplomado como si fuera un saco terrero.

Para entonces, las niñas ya estaban acompañadas por sus familias. Se encontraban tan impresionadas por aquella experiencia que apenas pudieron articular palabra cuando se dejaron de escuchar aquellos terribles rugidos de la fiera que unos instantes antes retumbaron en el valle como si fueran anuncios de tormenta.

El gran oso yacía sin vida cubierto por un montón de hojas secas que parecían quererle servir de mortaja. La misma reacción tuvo el resto de los miembros del campamento, que con la garganta encogida no podían emitir el más mínimo ruido, aunque fuera para dar gracias por la suerte de no haber

perdido a aquellas dos inocentes pequeñas.

Un silencio sepulcral se adueñó del lugar como si se tratara de un poblado fantasma, mientras no podían apartar la mirada de una estampa que ninguno de ellos jamás olvidaría. Se trataba de la inconfundible figura del joven dragón de cuera que en aquellos momentos permanecía a la expectativa montado sobre su caballo, con la lanza todavía ensangrentada y cuya afilada punta señalaba hacia el cielo. A su lado, se situó el fiel mastín leonés que en señal de victoria colocó sus dos patas delanteras sobre el lomo de la bestia abatida.

José los miró con un rictus en la cara mezcla de impaciencia y curiosidad, pues en contra de lo que inicialmente pensó acerca de la gran alegría que les debía suponer que interviniera eficazmente para salvar la vida de aquellas dos niñas, de repente, no tuvo nada claro cuál iba a ser el siguiente paso que darían unos indios tan vinculados espiritualmente con las fuerzas de la naturaleza y con los animales que forman parte de ella.

Fue el propio Enapay quien rompió el hielo al dar por finalizado su periodo de purificación para ordenar a varios de sus cazadores que se acercaran hasta el lugar donde quedó tumbado el gran oso pardo, con el fin de que comprobaran que realmente estaba muerto.

Se acercaron con mucho sigilo, incrédulos de que con un solo lanzazo y en tan poco tiempo, el dragón hubiera acabado con la vida de un rival tan fuerte. Sin embargo, pronto pudieron asegurar la eficacia de la maniobra de José con evidentes signos de que la fiera ya no suponía ninguna amenaza.

Dirigidos por su jefe máximo, con los brazos en alto por la hazaña que acababan de presenciar, irrumpieron con gritos de agradecimiento y alegría. Enseguida los secundaron Chaska y Mahpee Yahto, quienes terminaron por despertar el corazón encogido de los restantes miembros de la tribu, que al parecer todavía no se habían repuesto del susto.

Cuando José los vio reaccionar de esa forma tan positiva, le pareció increíble que cualquier motivo que supusiera un beneficio para el grupo fuera recibido como una gran fiesta

que era necesario celebrar en honor de los dioses por la concesión de semejantes obsequios. No había conocido nunca a un pueblo más agradecido, en comparación con los pocos dones que recibía.

Los familiares de las niñas cruzaron el pequeño río a la carrera para tocar al lancero como si de un tótem se tratara, lo mismo que pretendían hacer con Chato sin atender las advertencias de José, que preocupado por la seguridad de quienes se acercaban hasta ellos no medían el riesgo que suponía que el mastín reaccionara de una manera violenta por simple protección. Pero ante la sorpresa de su amo, el coloso perro pastor se dejó acariciar por aquellos indios sin oponer la más mínima resistencia.

—¡Jamás lo habría imaginado! —exclamó José entre dientes.

Al otro lado, Enapay movía las manos y los brazos con claros gestos que le invitaban a que se acercara hasta su vera en compañía del mastín, mientras cinco cazadores cargaron con el pesado cuerpo del gran oso, pues quisieron exponerlo en el centro del campamento como si fuera un trofeo de caza. Visto el comportamiento tan amigable que derrochó Chato con sus nuevos amigos, José no pudo poner ninguna excusa para no hacerlo.

—El Gran Espíritu ha permitido que continuaras entre nosotros para regalarnos las vidas de estas pequeñas.

Le dijo Enapay en cuando los tuvo a su lado, mientras no cesaba de acariciar la enorme cabezota del perro.

—Hoy hemos tenido mucha suerte.

—También la suerte es un regalo de los dioses. Si no fuera así, ¿cómo puedes explicar que Sunka Tanka Akicita se comporte así de dócil con nosotros?

—No te puedo contestar a eso. Yo soy el primer sorprendido.

—La única explicación es que se siente rodeado de hermanos. Nos reconoce y por eso nos ha ayudado contra la amenaza que suponía el gran oso pardo; ese al que llamamos el dueño de los bosques. Esta ha sido la señal que esperábamos desde hace mucho tiempo.

—¿Qué señal?

—Desde hace muchas generaciones nuestros antepasados nos relataron que vendría un extraño desde tierras lejanas para hacer grande a la tribu de los perros cazadores. Que seríamos testigos de una proeza sin igual que sería recordada a lo largo de las generaciones venideras. Estos días que he permanecido en oración he sido avisado por el Gran Espíritu de que pronto sucedería lo que desde hace tanto tiempo esperamos. Por eso, decidí permanecer en silencio hasta que se produjera.

—¿Y tú crees que ha sido esto?

—La reacción de Sunka Tanka Akicita ha sido providencial para que te diera tiempo a llegar. Creo firmemente que ha sido dirigida por Wakan Tanka, al igual que tu certero lanzazo.

José no quiso contradecirle porque no era cuestión de discutir sobre religión en aquellos momentos, y porque fue la primera vez que se sintió realmente acogido por aquellas gentes. En cuestión de minutos pasó de ser un invitado sospechoso del jefe al que había que respetar por cortesía, a ser un miembro más de la tribu. Cada cual se le acercó para felicitarle y para ofrecerle un obsequio de bienvenida, mientras no cesaban de tocar a Chato, quizás porque entendieron que el favor de los dioses residía en aquel coloso de cuatro patas al que le atribuían la misma sabiduría de un humano.

—Ya no hay motivos para que acampes al otro lado del río. Quiero que esta noche te traslades junto con tu inseparable amigo a convivir con todos nosotros, porque te consideramos nuestro verdadero hermano de clan.

—Es un gran honor, pero no quiero molestar.

—Nos sentiremos muy ofendidos si no aceptas.

—Entonces, acudiré encantado.

Los regalos quedaron amontonados alrededor de la posición que ocupaba José, quien no daba abasto para agradecer tanta generosidad. Aquella tarde, los más hábiles cazadores clavaron al gran oso pardo en dos postes colocados en forma de aspa para despellejarlo cuidadosamente. Todo de él sería aprovechado por la tribu, sobre todo su maravilloso pelaje. Los tambores comenzaron a sonar a un compás lento y repetitivo, señal inconfundible de que la fiesta iba a comenzar de

inmediato.

—¿Ya no es enemigo el soldado? —preguntó discretamente Chaska a su padre.

—¿Quién se jugaría la vida por salvar a dos niñas, si mañana fuera a atacar a su pueblo?

—Me alegra saber que no tenemos que luchar contra José.

—A mí también. Prefiero tenerle de aliado que como enemigo.

—Ordenaré a mis guerreros que dejen de vigilarle.

—Haz que se encuentre a gusto. No quiero que se vaya. Tengo la premonición de que mientras permanezca con nosotros nada malo nos puede suceder. Estoy seguro de que el espíritu protector que lleva consigo Sunka Tanka Akicita nos ayudará en todas las necesidades.

—¿Qué hacemos con las patrullas de exploradores?

—Esperaremos todo lo que podamos, pero les queda muy poco margen para regresar.

Aquella noche, todos bailaron, comieron, rieron, contaron viejas historias, rememoraron cien veces lo que cada uno sintió cuando el gran oso pardo atacó, juntaron sus almas a través de la sangre como si fueran una sola persona y se hicieron muchas promesas inquebrantables. Por fin, el joven dragón de cuera sintió de nuevo que volvía a tener una familia a la que pertenecía porque le aceptaban tal como era.

Capítulo XXIII

Los siguientes días Enapay se mostró muy preocupado por el destino que podían haber tenido los exploradores, ya que sabía que aunque no le gustaba la idea, en breve tenía que dar la orden de levantar el campamento pues la seguridad del grupo primaba sobre las individualidades.

Sin embargo, un día antes de que el gran jefe diera la fatídica orden, los vigilantes dieron la voz de alarma porque se acercaban jinetes. No se escondían y parecía que conocían muy bien el terreno. En cuanto se hicieron visibles los reconocieron como siux del grupo de los perros cazadores, lo que significaba que eran los miembros que faltaban por llegar. Los gritos de alegría no se hicieron esperar lo que supuso un nuevo motivo para pensar en la suerte que les proporcionaba el espíritu del mastín de José.

—¿Cómo habéis tardado tanto? —les preguntó Enapay cuando los tuvo delante.

—El regreso ha sido muy complicado, pues hemos tenido que escondernos durante mucho tiempo para evitar las numerosas patrullas de pawnees que incansables peinaban su territorio. Además, los que fueron hacia Santa Fe tardaron más de lo que supusieron y los hemos aguardado durante muchas lunas.

—¿Qué noticias traéis?

—Lo que ha contado el soldado es cierto. Cerca del poblado pawnee todavía quedan restos de una gran masacre. Además, los trofeos y los cuerpos de los dragones de cuera muertos todavía se pudren al aire para que todos puedan verlos y disfrutar de la victoria. Nunca he visto juntos a tantos soldados despellejados. También hay algunos indios pueblo entre los caídos que han sido tratados de la misma manera.

—¿Hicieron prisioneros?

—Ninguno.

—¿Conocen lo sucedido con los caballos y la derrota del grupo de perseguidores?

—Sí. Saben que fuimos nosotros y han jurado venganza. Tienen muchas armas de los franceses y bastantes caballos.

—Sin embargo, no nos han atacado.

—Creen que nos hemos quedado con los ejemplares de la manada que llevaba el soldado y con los mosquetes que les robamos. No sería una victoria fácil y prefieren conocer nuestras fuerzas antes de atacarnos. Quieren estar seguros de que acabarán para siempre con nuestro pueblo. Para ello, enviaron a algunos exploradores en nuestra busca. Matamos a los que pudimos, pero otros escaparon.

—¿Es posible que nos hayan localizado?

—Bien pudiera ser.

—¿Y de los que fueron a Santa Fe, qué podéis contar?

—Llegaron con vida muy pocos soldados, algunos indios pueblo y todos los apaches que los acompañaron en aquella expedición.

—¡Muy propio de los apaches! ¡Siempre saben salir ilesos de las batallas que implican ataques directos! ¡A ellos les gusta más la emboscada y la huida rápida! —exclamó Enapay, gran conocedor de sus costumbres de guerra.

—En Santa Fe, alguien muy importante para los indios pueblo debió morir, pues los duelos se prolongaron por algunas lunas.

—Debió ser en memoria del jefe de exploradores Moki; uno de los padres adoptivos de José, del que tanto habla.

—Hubo un gran revuelo en el interior del presido cuando llegaron los heridos, pero no se organizó ninguna expedición. Esperamos ocultos durante días, pero nadie salió hacia las tierras de los pawnees.

—Eso quiere decir que no tienen suficientes soldados —comentó Mahpee Yahto.

—¡Ahora los pawnees son más peligrosos que nunca! Son muchos, tienen caballos, mosquetes y la ayuda de sus hermanos los franceses —dijeron los exploradores.

—Es cuestión de tiempo que acaben por encontrarnos. —

añadió Enapay.

—¡Pues combatiremos contra ellos y los mataremos a todos! —gritó Chaska, enardecido por el dulce sabor de la victoria.

—¡No te engañes! ¡No tenemos ninguna posibilidad! ¡Te dejas llevar por el fragor de la juventud! Pero lo importante es pensar en la supervivencia del grupo —le reprendió su padre.

—¿Entonces, qué quieres hacer? —intervino la hija.

—Huir. Escapar y escondernos. Agotar a los que vengan a nuestras tierras y atacarlos cuando estén cansados, para luego volver a ocultarnos.

—No es muy guerrero, ni valiente —se resistió Chaska a ese plan.

—Pero muy práctico. ¿Acaso quieres ver muertos a los tuyos?

—¡Claro que no!

—No hay nadie que conozca mejor este territorio que los perros cazadores. Debemos aprovechar nuestras ventajas para vencer al enemigo ¡No saldremos a combatir a campo abierto para que los pawnees nos arrasen!

—Como quieras, padre —contestó Chaska.

—Ahora, manda llamar a José. Tengo que contarle que no habrá venganza por parte de los suyos.

Cuando se enteró el dragón de cuera de las malas noticias, enseguida comprendió que se había quedado sin la ayuda de los soldados del presidio. Que nadie le echaría de menos a él, a Chato y a los magníficos ejemplares de caballos españoles que con tanto esmero se esforzó por cuidar.

Ya no le quedaba ningún motivo para intentar regresar, amén del elevado riesgo que suponía cruzar por medio del territorio pawnee con todas las tribus en pie de guerra.

—Mañana levantaremos el campamento. Te ofrezco nuestra compañía o la ayuda para que puedas ir donde quieras. ¡Tú decides! —le dijo Enapay.

—Voy a meditarlo durante la noche y mañana te daré una contestación.

—Me parece una razonable petición. Mañana hablaremos.

Con todos los miembros de la tribu de los perros cazadores al completo, desde primeras horas se comenzaron a levantar

los tipis con una rapidez y orden que dejó bien a las claras que hasta los más pequeños sabían que se jugaban la vida en salir de aquel lugar lo antes posible.

Muchas y muy poderosas eran las amenazas que se cernían sobre el futuro del clan, que realmente lo convertían en una realidad incierta. Pero a nadie parecía importar lo que pudiera suceder mañana, con tal de que cada cual cumpliera hoy con su cometido de la misma manera que ayer se lo enseñaron, y así sucesivamente desde hacía muchas generaciones.

—He pensado en tu ofrecimiento y he decido acompañaros.

—Me alegra mucho. Mis guerreros se ocuparán de manejar la manada de tus caballos. No temas, que ninguno se perderá.

—¿En qué puedo ayudar?

—Me gustaría que junto con Chaska y Mahpee Yahto veléis por la seguridad del grupo mientras avanzamos hacia otro lugar más seguro —le dijo.

—Como quieras.

—Cualquier cosa que necesites o presientas coméntala con cualquiera de mis hijos, pues ellos sabrán lo que hay que hacer.

—Así haré. De todos modos, nos llevaremos a Chato con nosotros. Me siento más tranquilo cuando lo tengo cerca.

—Lo entiendo.

Los hijos de Enapay junto con algunos de sus mejores guerreros se quedaron en retaguardia para dejar que el resto del clan se alejara una buena franja de terreno de seguridad. Los flancos estaban muy bien protegidos por montañas, lo que dejaba como única parte débil la espalda del grupo.

—¿Hemos aprendido bien a manejar más rápidamente los mosquetes? —preguntó Chaska a José.

—Sí. Habéis sido buenos alumnos.

—Es una lástima que no podamos usarlos, ahora que tanto los necesitamos —añadió la hermana.

—La falta de pólvora y de proyectiles complicarían una batalla contra los pawnees.

—Mi padre lo sabe muy bien. Por eso ha preferido escapar.

—Yo tengo municiones de sobra para satisfacer mis necesidades. Pero no son suficientes para abastecer todos los

fusiles que tenemos.

—No te preocupes. Lo sabemos y te estamos agradecidos por tu ayuda.

—Deberíamos hacer algo por remediarlo.

—No se nos ha ocurrido nada. Si tienes alguna idea, ya has escuchado a mi padre; estamos abiertos a cualquier sugerencia.

—Estoy seguro de que algo surgirá.

Los tres jóvenes prestaron el máximo interés en controlar que ningún enemigo pudiera seguir sus pasos, por lo que frecuentemente se internaban entre los frondosos bosques que los acompañaban en busca de algún indio oculto que espiara su posición.

—Me gustaría hacerte una pregunta personal —le dijo José a Chaska en un momento en que se encontraron a solas.

—¿De qué se trata?

—Es sobre tu hermana.

—¿Te gusta?

—¿Me guardarás el secreto?

—¡Tienes mi palabra!

—Pues la verdad es que sí.

—¿Y qué quieres saber?

—Si tiene a alguien que la pretenda.

—¿Ella no te ha contado nada, después de tantas conversaciones?

—La verdad es que sobre ese tema nunca le he preguntado.

—¿Por qué?

—Quizás por si me decía que tenía novio o algo similar. No me habría gustado enterarme de esa manera. Sería como haber hecho el ridículo delante de ella. ¿No te parece?

—Vosotros los blancos tenéis muchas rarezas. Para los indios todo eso es mucho más sencillo.

—¿Cómo lo hacéis vosotros?

—Preguntamos directamente a algún familiar allegado. Si la respuesta es buena, luego tanteamos a la interesada.

—¿Y si su padre no acepta la dote?

—Esa es otra cuestión que nada tiene que ver con los sentimientos de la chica. Lo primero es conocer si la novia acepta al hombre. Después, ya se llegará a un acuerdo con el

padre.

—¿Suele haber mucha negociación?

—Eso depende de la riqueza del novio y de su generosidad con la familia de ella.

—¿Y si no se ponen de acuerdo?

—Nadie quiere tener en su tipi a una novia llorona que desea casarse. Ese es el peor de los tormentos.

Los dos comenzaron a reír por la ocurrencia de Chaska.

—Pero dime una cosa. ¿Tiene pretendiente tu hermana?

—Hay un guerrero que la persigue constantemente con la mirada, pero nunca se ha atrevido a decir nada. Solamente a mí me ha confesado sus sentimientos.

—¿Y eso lo sabe tu hermana?

—No.

—¿Y qué pensaría si un extranjero la pretendiera?

—Eso se lo tendrás que preguntar a ella.

—¿Me ayudarás?

—No.

—¿Por qué?

—Porque si sale mal, no quiero que mi hermana me haga responsable de sus desdichas.

—¡Te prometo que mis sentimientos son sinceros!

—¡Y yo no lo dudo! Pero lo que hoy se ve de un color mañana puede cambiar de tonalidad, igual que las hojas y las plantas cuando se pasa de una estación del año a otra. La información que necesitas saber ya te la he dado. Ahora, tendrás que actuar por tu cuenta.

—¿Si tu hermana me aceptara, tú también lo harías?

—En cosas relacionadas con el corazón, nunca iré en contra de la voluntad de Mahpee Yahto.

—¿Y tu padre?

—¡También tendrás que preguntárselo a él!

—¿Tampoco me ayudarás?

—No debo.

—¿Ni puedes darme un simple consejo?

—Si de verdad te gusta mi hermana, no pienses en otra cosa que no sea entrar en su corazón. Olvídate del resto de su familia, que ya se encargará ella de que te acepten.

—¿Entonces, no te parece mal que la hable de amor?

—No sé cómo decirte las cosas más claras. En verdad que eres un extraordinario guerrero, pero muy torpe para las cuestiones del corazón.

—Es que no tengo ninguna experiencia.

—¿A qué edad os juntáis vosotros con vuestras mujeres?

—Casi todos a partir de los veinte años. Aunque hay muchos que eligen permanecer solteros.

—A esa edad, casi todos los indios siux ya tienen varios hijos. ¡Ahora entiendo tus preguntas! Tendrás mucho tiempo para hablar con mi hermana cuando lleguemos al campamento de invierno. Hasta entonces, prepara lo que le vas a decir.

—Ese es un buen consejo para seguir.

La conversación fue interrumpida por Chato, ya que algo debió olfatear que le causó la misma intranquilidad que cuando apareció el gran oso pardo en el río.

—¡Todos atentos! ¡Hay un extraño cerca!

—¡Están tras aquellos árboles del fondo! —indicó Mahpee Yahto a sus compañeros de viaje.

—¿Qué hacemos? —preguntó Chaska.

—Continuad como si no los hubiéramos descubierto. Pasaremos de largo y en cuanto nos pierdan de vista nos introduciremos en el bosque para atacarlos por la espalda. Los cogeremos confiados.

Hicieron lo que propuso José y en cuestión de media hora se encontraron detrás de tres cazadores franceses que ocultos esperaban pasar aquella valiosa información a sus aliados los pawnees.

—¡No los matéis! ¡Los necesitamos vivos! —les indicó José.

Enseguida fueron desarmados por los guerreros de Chaska y puestos en presencia del dragón de cuera. Sin embargo, lo que desconocían era la existencia de otro grupo de tres cazadores franceses que estaba situado algo más adentro del bosque, y que fue drásticamente eliminado por las certeras flechas de la hermana de Chaska.

—¿Quiénes sois? —les preguntó sin obtener respuesta alguna.

—Yo soy un dragón de cuera y hablo varias lenguas indias,

pero solo español —siguió sin recibir contestación.

—Es posible que no me entendáis. Lo intentaré con los dialectos que conozco.

Obtuvo idéntico resultado. Pero algo le dijo en su interior que le habían entendido perfectamente. Por eso, quiso hacer una última intentona mediante el uso del español más básico que se le ocurrió. Primero les tapó la boca con un trapo para dar mayor dramatismo a la escena, y después, con mucha lentitud les habló pausadamente.

—Veréis. Necesito comunicarme con vosotros. Si no podemos obtener ninguna información no me servís para nada y dejaré que mi perro os devore poco a poco. Lleva sin comer desde hace varios días y seguro que se sacia con vuestra carne. Os lo voy a preguntar de nuevo, y en vuestra respuesta está que podáis salir con vida de aquí o sirváis de comida al mastín. ¿Me habéis entendido?

Los tres contestaron afirmativamente con la cabeza, lo que terminó por darle la razón al dragón de cuera con su intuición. Solamente destapó la boca a uno de ellos y le volvió a preguntar.

—¿Quiénes sois?

—Somos cazadores franceses.

Contestó en español con un marcado acento francés.

—¿Qué hacéis tan lejos de vuestros cuarteles?

—La caza escasea y nos hemos visto obligados a buscarla más allá de nuestros territorios.

—¿Vuestros territorios? ¡Vosotros no tenéis territorios por aquí!

Exclamó Mahpee Yahto, quien regresó con pruebas de su última hazaña entre las manos, que rápidamente reconocieron los prisioneros, lo que sirvió como prueba contundente para soltarles la lengua.

—La información que tenemos es que son de nuestros aliados los pawnees. Nos dejan cazar a cambio de caballos y de comida.

—¡Y de mosquetes! —la bella india continuó con sus réplicas.

—¡Nosotros no comerciamos con armas de fuego!

¡Solamente llevamos las que necesitamos para nuestro uso! ¡Lo podéis comprobar!

—Es verdad que solo lleváis dos mosquetes por cada uno. Pero quiero saber dónde tenéis guardado el resto del material —les recriminó José.

Para escuchar la contestación a esa pregunta cerró la boca del francés con el que hablaba y se la destapó a otro de ellos.

—¡No hay resto! Nuestro campamento está relativamente cerca y puedes comprobarlo por ti mismo.

—¿Cuántos hombres lo protegen?

—¡Ninguno! Somos seis y aquí estamos los que quedamos con vida.

Fue cuando José sacó su cuchillo y se lo enseñó a quien hablaba.

—¿Estás seguro?

—Tú eres español, ¿verdad?

—¡Bien lo sabes!

—¿Serías capaz de matar a un europeo igual que tú, delante de estos salvajes?

—¿Acaso se te olvida que somos enemigos?

—La paz y la guerra entre españoles y franceses es una cuestión que varía de un año para otro.

—¡No es así entre vuestros aliados los pawnees y mis amigos los siux!

—¡Pero esa es una cuestión que no debe importarnos a nosotros! Eres un soldado muy joven que todavía no entiende de estas cuestiones de diplomacia.

—¡Esa es la peor contestación que me podías haber dado!

—¿Por qué?

—¡Porque la guerra y la muerte no entiende de edades!

Sin mediar ninguna otra palabra le tapó nuevamente la boca. El prisionero se quedó tranquilo pensó que iba a interrogar al que quedaba por hablar. Sin embargo, le clavó el cuchillo en medio del muslo, lo que le hizo emitir un grito sordo de dolor tan fuerte que se mordió la propia lengua, ante el asombro de los indios y el temor de los otros dos franceses. Destapó la boca al tercero y le volvió a preguntar.

—¿Cuántos vigilantes franceses hay en vuestro

campamento?

—¡Otros tres! Además, hay algunos indios pawnees que han localizado a la tribu siux de los perros cazadores y llevan días que los observan para descubrir dónde se oculta su campamento de invierno.

—¿Cuántos son los pawnees?

—¡Son diez en total! Pero van en parejas para evitar que sean localizados por el enemigo. Ahora no sé cuántos estarán en nuestro campamento. Te juro que no miento.

—¿Qué te parece, José? —preguntó Chaska.

—Creo que debemos contárselo a tu padre.

—Los retendremos hasta que decidamos qué hacer con ellos.

—Si tardan mucho en regresar se darán cuenta de que les ha ocurrido algo, y con toda seguridad los exploradores pawnees se esconderán —indicó Enapay cuando se enteró de la noticia.

—Si queremos que el factor sorpresa juegue a nuestro favor deberíamos sorprenderlos en el campamento de los franceses —recomendó José.

—¿Cuántos guerreros necesitáis?

—Ellos son tres franceses y diez pawnees —recordó Chaska.

—Entonces iremos nosotros dos, Chato y dos guerreros más —propuso José.

—¿No quieres más ayuda? —preguntó Enapay algo sorprendido.

—¡Yo los acompañaré! —exclamó Mahpee Yahto.

—Cuantos más seamos, será más fácil localizarnos cuando nos acerquemos —contestó José.

—¡Iré, también! —insistió la hija del jefe.

—Pero alguien debe proteger al grupo más numeroso. Nadie mejor que tú, hermana —intervino Chaska

—Está bien. Mahpee Yahto se quedará conmigo —concluyó Enapay la discusión.

—¡Una cosa más! Avanzad muy atentos porque es posible que algunos de los pawnees estén mucho más cerca de lo que pensamos —señaló Chaska.

—Si nos vigilan, intentaremos descubrirlos y nos ocuparemos de ellos —señaló la joven india.

—Creo que no se atreverán a atacar, porque solo quieren

conocer nuestra ubicación. Pero tu hermana dará buena cuenta de ellos —contestó Enapay.

Los cuatro hombres, junto con Chato, se dirigieron hacia donde fueron informados por los prisioneros franceses, que quedaron retenidos en poder de los perros cazadores. Según sus revelaciones, se encontraban acampados a un día de distancia, en condiciones normales, y siempre en dirección al nacimiento del río de las grandes aguas[24].

José envió a Chato por delante para que los localizara sin que fueran vistos, lo que surtió el efecto deseado en el plazo que les indicaron. Cuando el mastín los localizó en la distancia, regresó sobre sus pasos para avisar a su amo sin levantar ninguna sospecha.

Se acercaron con sigilo hasta que alcanzaron una distancia lo suficientemente cercana como para observar la situación del campamento y elaborar el mejor plan de ataque de los posibles.

Se trataba de una formación en semicírculo de tres carromatos que estaban completamente atiborrados de mercancías a juzgar por el volumen que mostraba la carga que transportaban, ya que permanecía tapada bajo una lona resistente que la ocultaba a la vista. Situados a espaldas de uno de los numerosos vados de un río que llevaba suficiente agua para garantizar que no se producirían posibles ataques a través de la otra orilla, sus defensores solo tenían que preocuparse por las inesperadas visitas que les pudieran venir de frente.

En aquel momento, los franceses se encontraban en plena conversación con algunos de los indios pawnees, a la vez que compartían el contenido de una misma garrafa barriguda que se pasaban por estrictos turnos de unos a otros.

Era tal su capacidad, que debido a su excesivo peso tenían que soportarla colocada encima del antebrazo doblado, que levantaban a la altura de la cara, mientras se la aproximaban a la boca con un leve giro de muñeca ejercitado sobre el cuello del recipiente. Las risas y bromas se sucedían como algo natural, lo que revelaba que estaban en plena reunión de buenos amigos que seguramente se conocían desde hacía bastante tiempo, a juzgar por la confianza que se demostraban

tener.

—Veo dos franceses —señaló José.

—Yo he contado seis pawnees —dijo Chaska.

—Entonces nos faltan cuatro indios y un trampero.

—¿Qué sugieres?

—¡Que los ataquemos ahora mismo! Con suerte, el blanco que falta intentará huir y será cazado por mi mastín.

—¿Y si permanece escondido?

—Rastrearemos la zona lo mejor que podamos. Chato tiene muy buen olfato y nos ayudará.

—¿Y los pawnees?

—Seguramente estarán al acecho de nuestra tribu. No creo que se encuentren por aquí cerca.

—¡Pues adelante entonces!

Fue un ataque por sorpresa, a pie, silencioso y muy rápido. Apenas les dieron tiempo para reaccionar, pues cuando quisieron echar mano a sus armas se los encontraron encima.

Los primeros en caer bajo el fuego de los pistolones del dragón de cuera fueron los franceses, más un indio que entabló una desigual pelea con su lanza, que perdió en cuanto cruzó el primer desafío. Del resto de los enemigos se encargaron Chaska y sus guerreros, que tampoco tuvieron problemas para acabar con ellos mediante el uso certero de sus arcos y luego con el hábil manejo de sus cuchillos.

Pero a pesar de la contundencia empleada, capaz de aturdir al más sereno, nadie se descubrió para huir a la carrera. Por su parte, Chato permaneció atento a cualquier movimiento que se produjera entre la maleza, y tampoco consiguió descubrir a ninguno de los que faltaban.

—¡Aquí no hay nadie más! —exclamó Chaska.

—¡Puede que estén tras alguna pieza de caza para comer! —contestó José.

—¡Demasiados hombres para cazar! —le contradijo Chaska.

—Entonces no queda más que una alternativa.

—Que vigilan en la distancia a mi pueblo, ¿verdad?

—Eso creo.

—¡Tenemos que regresar de inmediato!

—¡Espera! Primero vamos a inspeccionar qué llevan dentro

de estos carromatos.

Cuando descubrieron que la mercancía que transportaban era pólvora, munición y mosquetes franceses nuevos, la decisión de José cambió sobre la marcha.

—¡No podemos dejar este tesoro aquí! ¡Estas armas pueden ser la salvación de los perros cazadores!

—¡Es verdad! ¡Entonces, nos llevaremos los carros! —apuntó Chaska.

—Fíjate en el rastro que dejan las ruedas —le hizo ver José.

—Si nos los llevamos, dejarán una pista tan clara que hasta un niño pawnee nos localizaría sin ningún problema —comprendió Chaska el mensaje.

—¿Cómo es que están tan lejos de las tierras de los pawnees? —preguntó José.

—No te he querido decir nada, pero hace rato que estamos fuera de nuestros dominios. Este territorio lo controlan los ojibwas, que mantienen muy buenas relaciones con los franceses. Tanto es así, que las armas que ya no necesitan dejan que se las vendan a los pawnees a cambio de recibir una parte en caballos.

—¿Es que los pawnees y los ojibwas son amigos?

—¡Los pawnees no son amigos de nadie! Solamente soportan a quienes les pueden interesar. En este caso, se llevan bien con los franceses y dejan en paz a los ojibwas, mientras les permitan pasar por sus tierras sin presentarles ningún problema. Cuando llegaron los franceses, los primeros que comerciaron con ellos fueron los ojibwas. Ahora son sus protegidos y por eso no los atacan; no quieren quedarse sin sus suministros de armas.

—Entiendo. Entonces, los pawnees que faltan no nos persiguen. Simplemente, hacen de escolta para que los tres carromatos pasen por las tierras de los ojibwas y lleguen sin percances a su destino.

—¡Exacto! Ellos saben que nosotros nunca nos hemos atrevido a cruzar más lejos de nuestros dominios, por lo que no esperaban un ataque. Me temo que ahora hayamos despertado a la fiera de la guerra —explicó Chaska pesaroso.

—Míralo de otra manera.

—¿Cómo quieres que lo vea?

—Sin armas estamos a merced de los pawnees. Si nos quedamos con este cargamento, no solo nos abastecemos nosotros, sino que también les dejamos a nuestros enemigos sin la posibilidad de atacarnos. Nos temerán porque saben que tenemos las armas que les quitamos a la partida de cincuenta pawnees, y además, estas con todas las municiones.

—¿Y los ojibwas?

—¿Se atreverán a atacarnos, ellos solos contra nosotros?

—No. Pero podrían aliarse con los pawnees. Ya lo han hecho en otras ocasiones.

—Ese es el riesgo que debemos correr. De cualquier modo, no podemos dejar esto aquí, pues es seguro que lo utilizarán en nuestra contra —insistió José.

—¿Qué propones, entonces?

—Envía a uno de tus guerreros para que comunique a Enapay lo sucedido y que vengan todos los que puedan montar a caballo. Que utilicen todos los ejemplares que tenemos; incluso los míos.

—¿Qué es lo que quieres hacer?

—Descargar estos carromatos para llevarnos su contenido. Pero antes de que lleguen los hombres de tu padre, lo más seguro es que se presenten los pawnees y el francés que falta. Los esperaremos y evitaremos que den la voz de alarma. Será fácil acabar con ellos, pues no esperan semejante recibimiento.

—Tenemos que esconder los cadáveres antes de que lleguen los otros —indicó Chaska.

—Pues entonces, no perdamos tiempo.

Al cabo de un par de horas, Chato olfateó el inconfundible olor que emitían los pawnees, y avisó a su amo con un leve movimiento de cabeza.

—¡Ya están aquí! Recordad que son seis y nosotros tres, más el mastín. Pero el factor sorpresa juega a nuestro favor.

Se acercaron los seis en sendos caballos mesteños como si regresaran de una cacería, que a juzgar por las risas parecía les había ido bastante bien. Situados a unos cincuenta metros hicieron la llamada convenida, un silbido parecido al aullido de un coyote, que enseguida fue respondido de la misma

manera por el propio Chaska, lo que dejó gratamente sorprendido al dragón de cuera cuando escuchó la respuesta desde su posición. Confiados se acercaron hasta apenas quince metros, pero comenzaron a inquietarse cuando todavía nadie había salido a recibirlos.

—¡¿Qué os ocurre? ¿Dónde estáis?! —gritaba el francés.

—¡¿Es que habéis vuelto a beber?! —continuó con el interrogatorio.

—¡¿Dónde están todos?! —preguntó uno de los pawnees.

—¡No sé! ¡Aquí no veo a nadie! —contestó el francés sin dar muestras de estar todavía preocupado.

—¡Pero han contestado a nuestra llamada! —insistió el pawnee.

—Seguro que están borrachos en el río. Bajemos o se ahogarán —exclamó el francés ante las risas de sus acompañantes.

Ya estaban a punto de tocar los carromatos cuando José destapó una de las lonas y desde su interior disparó al francés y al pawnee que marchaba a su lado.

Chato, que estaba oculto con José en el interior del carromato, en cuanto vio vía libre se lanzó al cuello de otro indio que cayó al suelo por el propio empuje de los cien kilos del mastín y allí mismo quedó herido de muerte al recibir su firme dentellada.

Por su parte, dos de los otros tres restantes no supusieron ningún problema para Chaska y su bravo guerrero, quienes nada más oír la primera detonación dispararon sus armas con idéntico resultado. En cuanto al último indio, apenas pudo reaccionar pues cuando quiso intervenir en el combate se encontró con el sable de José que le había atravesado el estómago y la punta ya le salía por la espalda.

Tres días tardaron en aparecer los refuerzos. Para entonces ya habían descargado los carromatos y los habían vuelto a cargar con los cadáveres y con pesadas piedras, todo para crear un rastro falso.

Como si fueran un solo hombre, los jinetes de la tribu de los perros cazadores portaron como pudieron sobre sus monturas toda la carga que les fue posible, en forma de mosquetes,

barriles de pólvora y cajas de proyectiles. Al frente, el propio Enapay los dirigía pues no quiso perderse aquella inolvidable hazaña; algo digno de recordar durante toda la vida, según sus propias palabras.

José, acompañado por Chaska y otros cuatro guerreros más, se encargaron de dirigir los carromatos hacia el sur a fin de alejar el falso rastro todo lo que pudieran del lugar donde se produjo el ataque. La única esperanza que les quedaba era que los pawnees los encontraran en territorio de los ojibwas y les echaran la culpa de lo sucedido o se tuvieran que callar para no perder las amistades con los franceses, aunque uno de ellos también fuera víctima del ataque y del robo de tan preciada mercancía.

—¿Qué hacemos con los franceses que tenemos prisioneros? —preguntó Enapay antes de partir.

—Mantenlos con vida. Ya pensaremos qué hacer con ellos. Si no regresan, lo más seguro es que les echen la culpa de lo sucedido. Pensarán que robaron la mercancía para venderla por su cuenta a otras tribus. Además, es posible que los tengamos que utilizar para comprar más municiones a otros franceses —contestó José.

—Buena idea. Así haremos —contestó Enapay.

Cuatro días más a paso de carreta continuaron los seis hombres con el único objetivo de alejarlas todo lo que pudieran. Tres de ellos las manejaban por turnos, mientras los otros tres recorrían sin cesar los alrededores montados sobre sus cabalgaduras para evitar cualquier emboscada.

—Ya es muy peligroso continuar; estamos a riesgo de que nos descubra en cualquier momento un grupo enemigo —avisó Chaska.

—Busquemos un barranco para tirar los carromatos. Así será más difícil que los localicen —indicó José.

—Por aquí no conozco que haya barrancos. Perderemos un tiempo muy valioso en encontrarlos.

—¿Y un lago o un río profundo?

—Eso es más fácil.

—Pues ahí nos desprenderemos de los carros. Como los cuerpos están debajo de las piedras, no podrán salir a flote y

eso nos dará una buena ventaja.

Pronto encontraron un pequeño lago que desembocaba en una cascada de fuerte pendiente que sirvió para sus propósitos. Ayudados por los seis caballos arrimaron los carromatos todo lo que pudieron hasta el borde de la caída de agua, donde después de desenganchar los animales fueron empujados a mano para provocar que se despeñaran hacia la devastadora corriente. El impacto fue tremendo, pero apenas se pudo escuchar debido al estruendo que generaba el agua al chocar contra las rocas del fondo que acallaba cualquier otro sonido cercano.

Esperaron durante algunos minutos para cerciorarse del resultado de la maniobra. Primero, las cajas de las carretas quedaron totalmente cubiertas por el agua. Pero luego, comenzaron a flotar desperdigadas a lo largo del cauce del río cientos de tablas de madera que pugnaban por librarse de la presión que ejercía el agua sobre ellas y les impedía salir a la superficie.

Parte de las ruedas con sus correspondientes radios también se pudieron apreciar entre los restos del siniestro provocado. De los cadáveres, que era lo que más les importaba, parecía que habían quedado sepultados bajo el peso de las piedras que transportaban, pues no pudieron apreciar que alguno fuera arrastrado río abajo por la corriente.

—¡Misión cumplida! —exclamó José.

—¡Regresemos cuanto antes con los nuestros! —ordenó Chaska.

—Me gustaría esperar un rato más para asegurarme de que no aparecerá ningún cadáver —sugirió José.

—No podemos. Todavía tenemos por delante un largo camino que no está exento de peligros. Cuanto más tiempo permanezcamos quietos en un lugar, más fácil será que nos localicen. Estamos en pleno territorio ojibwa y es posible que nos vean. Aunque no nos ataquen, se lo contarán a los pawnees y todo se descubrirá. Una vez que nos hemos desprendido de los carros, no podemos dejar ningún rastro que puedan seguir, o estaremos perdidos.

—Amigo, me parece que sobrevaloras demasiado a los

pawnees y a los ojibwas.

—Tú no sabes los daños que nos han infringido entre ambos.

—Es verdad. Pero sí que sé que ahora tenéis armas poderosas para defenderos de cualquier agresión. Aunque descubran la verdad, no creo que se atrevan por miedo a recibir otra importante derrota. Yo os enseñaré a manejar los mosquetes mejor que cualquier otra tribu de las praderas.

—¿Te quedarás tanto tiempo en nuestra compañía?

—Quizás. Dependerá de que pueda resolver cosas importantes.

—¿Es mi hermana una de ellas?

—Pudiera ser. ¿Es que le has dicho algo sobre mis sentimientos?

—Ya te dije que no diría nada. Pero sí que reconozco que me gustaría tenerte como hermano. Pero eso no tiene nada que ver con lo que pueda decidir Mahpee Yahto cuando se lo digas, si es que algún día reúnes el valor suficiente.

—¡Calla! ¡No te rías de mí!

—Eres un hombre curioso.

—¿Por qué?

—Porque tienes el corazón de un blanco; pero tu aspecto, tu manera de luchar y tus pensamientos son de un indio.

José se quedó pensativo por el último comentario de Chaska. Mientras tanto, el grueso de la tribu que transportaba los enseres del campamento y la importante mercancía recién obtenida de sus mortales enemigos, se había vuelto a reunir para continuar su camino a buen ritmo, con la esperanza de que los seis hombres que faltaban los alcanzaran mucho antes de que llegaran a su destino final.

Aquellas tierras se encontraban más al norte y estaban habitadas por tribus siux hermanadas con dakotas y lakotas que no suponían ningún peligro para los perros cazadores.

Pero la preocupación por el regreso de los ausentes pesaba en el corazón de todos, aunque nadie dijera nada. Y, en especial, en el ánimo de una muchacha que añoraba la presencia de aquel indómito extranjero que tanto la enfadaba con sus comentarios y opiniones.

Sin embargo, sus sentimientos no le impidieron realizar su cometido mejor que cualquiera de los más fieros guerreros de la tribu. Efectivamente, un grupo no muy numerosos de exploradores pawnees, distribuidos entre los frondosos bosques, controlaban los movimientos del gran colectivo de los perros cazadores, compuesto en su mayoría por ancianos, mujeres y niños.

Todos caminaban lo más rápido que podían, pero eran sabedores de que sus enemigos no dudarían en hacer todo lo necesario por descubrir el lugar exacto donde pasarían el invierno.

Las patrullas de vigilancia no cesaban de recorrer de un lado para otro el camino que debían transitar, en prevención de algún ataque o por si resultaba necesaria su intervención.

Era más importante localizar a los observadores y eliminarlos que buscar alguna partida numerosa para entablar una lucha sin cuartel, que seguramente serviría de distracción para camuflar el verdadero objetivo de su presencia en la zona; proteger a los ojeadores para que pasaran desapercibidos y que consiguieran así su objetivo. Los guerreros siux de los perros cazadores se esmeraron al máximo por localizarlos, y en verdad que en algunas ocasiones consiguieron descubrirlos y acabar con su amenaza.

No obstante, la más eficaz siempre resultaba ser Mahpee Yahto, quien poseía una intuición natural para la caza de presas que la llevaba a destapar sus escondites con una facilidad extraordinaria, por difíciles y complicados que los ubicaran en lugares de imposible acceso.

Sus flechas no solían fallar nunca los objetivos elegidos, y el número de sus víctimas crecía sin moderación conforme avanzaban a través de aquellas extensas praderas que permanecían flanqueadas por frondosas arboledas que podían hacer desaparecer de la vista a cualquier enemigo que quisiera vigilarlos en la distancia. Se adelantaba al grupo, e igual que si se tratara de un francotirador, la gustaba apostarse en recónditas madrigueras y huecos donde solo cabía un animal pequeño. Quedaba inmóvil a la espera de descubrir cualquier signo que los delatara, para a continuación aplicar sin piedad

su descarga mortal.

[24] Río Misisipi.

Capítulo XXIV

La hierba por aquellos parajes todavía estaba alta y dificultaba el paso de las cabalgaduras. Pero a José no le importó en exceso pues tenía en la cabeza otras cosas en qué pensar. Tal vez, la tensión anterior por hacer desaparecer cuanto antes los carros no le permitió relajarse lo suficiente para recrear la mirada en el paisaje que le rodeaba. Ahora tampoco lo podía hacer, pues la amenaza de la presencia de tribus enemigas era bien cierta.

Pero el estado de avanzada melancolía por la añoranza hacia quien sentía era el amor de su vida, le hizo perder cualquier temor a que se produjera una emboscada y también que olvidara esos conceptos básicos de precaución que con tanto interés le enseñaron sus padres adoptivos desde que se empeñaron en que fuera el mejor dragón de cuera del presidio de Santa Fe.

Afortunadamente, durante los días que duró el viaje de regreso tuvo permanentemente a su lado como fiel guardián no solo a su mastín Chato, sino que también actuó como tal Chaska, quien ya le consideraba su mejor amigo; lo más parecido al hermano que siempre había deseado tener.

Una de las mayores alegrías que sintió el primogénito de Enapay ocurrió cuando le resultaron familiares los primeros parajes por donde transitaban. Eso quería decir que habían regresado a los dominios de las tribus amigas y ya no tenían motivos para preocuparse por que les tuvieran preparada una emboscada. Sin poder contener la emoción se lo comunicó a José, quien se abalanzó para abrazarle, pues fueron muchos pensamientos los que le hicieron sopesar la posibilidad de que ya no volvería a ver nunca más a la bella india siux.

Por el camino, mientras intentaban alcanzar al grueso de la tribu, se cruzaron con varias partidas de lakotas que se

acercaron para saludarlos y compartir algo de comida. Las conversaciones le parecieron eternas a José pues se sentía impaciente por reunirse con su profesora del idioma. Pero supo parecer interesado en su contenido, sobre todo para no agraviar a ninguno de los visitantes. Una de esas partidas estuvo dirigida por un guerrero que a pesar del frío marchaba con el torso desnudo, quizás porque quería lucir su formidable aspecto físico. Y era cierto, pues José reconoció para sus adentros que nunca había visto tan excelente musculatura en nadie.

—Este es nuestro hermano de sangre Shappa[25]. Gracias a su protección nos sentimos seguros en sus territorios. Eso nos permite pasar el invierno entre nuestros primos.

—Hemos oído hablar de tus hazañas. Algunos de mi tribu te conocen con el nombre de Skah Otaktay[26].

—Es un honor conocerte. No sabía que fuera conocido más allá de los dominios de los perros cazadores, y mucho menos que me hubiesen cambiado el nombre —contestó José.

—A los lakotas nos gusta llamar a las personas por cualidades en las que destacan, para bien o para mal. Somos muy observadores y enseguida nos damos cuenta de estas cosas.

—Eso ya lo he podido comprobar con mi perro.

—¡Sunka Tanka Akicita! ¡Qué ganas tenía de verle!

Hizo ademán de acariciar su cabeza, pero recibió una seria advertencia en forma de gruñido seco que le frenó cualquier intención de proseguir.

—Veo que también es desconfiado.

—No es culpa suya. Está así educado desde cachorro.

—Me parece bien que no se fíe de los extraños. Es la mejor manera de no perder la vida —contestó Shappa.

—Me alegra que lo comprendas. Algunas veces resulta algo complicado explicar estas reacciones.

—No solo lo comprendo, sino que también lo comparto. Sunka Tanka Akicita y yo nos parecemos mucho más de lo que había imaginado, y eso me complace mucho.

—¿A cuánto está mi pueblo de distancia? —preguntó Chaska.

—A medio día, si os dais prisa. Me he quedado por aquí para esperar vuestro regreso y comprobar que nadie os persigue.

—Agradecemos tu ayuda. ¿Nos acompañarás hasta el campamento?

—Hoy no puedo. Estamos de cacería pues no nos quedan muchas reservas. Preferimos cazar antes de que las nieves cubran todos los bosques y las presas se escondan. Pero quiero que le digas a tu padre que pronto os haré una visita; tengo la intención de veros con más frecuencia que en años anteriores.

—Serás bien recibido —contestó Chaska.

Después de las consabidas despedidas, cuando se quedaron a solas, Chaska se dirigió a José con voz solemne.

—¿Sabes quién es?

—He creído entender que es uno de los jefes de una tribu siux con la que os lleváis muy bien.

—Eso es cierto. También es un gran guerrero que ha cortado muchas cabelleras. Es respetado por su pueblo y temido por tribus enemigas que conocen de sus combates. A cualquier indio le gustaría parecerse a él. Es generoso y comparte todo lo que tiene con sus amigos. Siempre ha velado por nuestra seguridad, y por ello le estamos muy agradecidos. Pero además, es quien pretende ser el hombre de mi hermana.

—¿Shappa?

—Efectivamente.

—¿Y lo sabe ella?

—Conoce sus intenciones porque ya quiso el invierno pasado entregar una dote a mi padre.

—¿Y qué pasó?

—Que mi padre consideró que todavía era muy joven, y que mi hermana no quiso comprometerse de momento con él.

—¿Y qué ocurrirá este año?

—No conozco sus intenciones. Nosotros no hablamos de estas cosas.

—¿Sabes que me dejas muy preocupado?

—Solamente te aviso para que no te confíes.

—Si el corazón de tu hermana está puesto en otro hombre no tengo nada más que decir.

—Eso no lo sabrás hasta que no se lo preguntes a ella.

—¡Lo haré!

Pero José no volvió a hablar, porque se encontraba medio molesto, medio preocupado con el cambio drástico que habían sufridos sus pretensiones con respecto a Mahpee Yahto. No se le había pasado por la cabeza que una muchacha de su misma edad ya tuviera un pretendiente.

En su fuero interno estaba enfadado consigo mismo porque reconoció que había olvidado que por lo general, las mujeres indias se casan mucho antes que las españolas o las criollas; una circunstancia que debía haber previsto para no dejar ninguna oportunidad de éxito a su rival.

Conforme se desplazaron más al norte, los pequeños lagos que salpicaban el terreno se hicieron cada vez más grandes para cubrir con sus aguas cristalinas gran parte de la superficie. Chaska comentaba sin parar las bondades de aquella zona pero no recibía respuesta alguna de José que en aquellos momentos se encontraba apático de conversación.

—No te sientas tan preocupado. Estoy seguro de que mi hermana siente algo por ti —le dijo.

—Lo dices para animarme. ¿Acaso te lo ha dicho?

—No es a mí a quien debe decírselo. Pero te aseguro que no miento. Lo he notado en el brillo de sus ojos cuando te mira.

—¡Si eso fuera cierto!

—Tú mismo lo podrás comprobar. Pero te voy a dar un buen consejo.

—Cuál.

—Si te muestras demasiado deseoso de complacerla en todo, hará siempre lo que quiera sin consultarte nada.

—No tengo experiencia en estas cosas. Por cierto. No te he preguntado qué condición tienes.

—¿Qué es eso?

—Si tienes mujer e hijos.

—¡Ya! Pues sí tengo mujer, pero todavía no tenemos hijos.

—¿A qué edad te casaste?

—A los diecisiete años.

—¿Y cuántos tenía tu mujer?

—Dieciséis. La misma edad que tiene ahora mi hermana.

—Está en el momento idóneo. ¿Verdad?

—Eso parece. Mi mujer es una de esas amigas que la acompañan cuando está contigo. Son inseparables.

—Y seguro que la aconseja.

—No tengas ninguna duda, amigo.

—¿Y aún mantienes que no puedes hacer nada por mi?

—Dice un proverbio siux, que si no quieres que las mujeres se inmiscuyan en asuntos de hombres, no intervengas en asuntos de mujeres.

—Veo que tienes respuestas para todo lo que te propongo.

—Y yo veo que necesitas muchos consejos en estas cuestiones.

—Al menos, en algo estamos de acuerdo.

Chaska estimuló a su cabalgadura para que acelerara el paso, en clara alusión a que debían llegar cuanto antes para que todos se quedaran tranquilos cuando los vieran. Las familias porque por fin se volvían a reunir con sus seres queridos; su padre porque recuperaba a quien podía garantizar la continuidad en el mando de la tribu; su hermana y José porque volverían a protagonizar numerosas y airadas discusiones a la vez que se miraban a los ojos en busca de una debilidad del otro que diera la mejor pista acerca de sus verdaderos sentimientos.

Las informaciones que recibieron fueron correctas y en media jornada consiguieron alcanzar a la tribu de los perros cazadores que marchaba tranquila y confiada. Sus miembros se sentían más seguros, aunque sabían que los enemigos eran muchos y podían estar al acecho, por lo que resultaba recomendable mantener siempre el mismo sistema defensivo de vigilancia por los alrededores, mediante el envío de infatigables partidas de tres o cuatro guerreros dispuestos a anticiparse a cualquier acción hostil, amén de las siempre magníficas intervenciones de Mahpee Yahto.

Una de ellas fue la primera en localizar a los rezagados cuando apenas les faltaban un par de leguas para contactar. Por eso, cuando se confirmó la noticia de que se acercaban como flechas disparadas al viento, los rumores corrieron a la velocidad de la pólvora hasta que llegaron a oídos de Enapay,

quien satisfecho ordenó acampar para organizar una gran fiesta de recibimiento.

Todo se realizó de la manera más rápida, provisional y efectiva, pues todavía les quedaban dos largas jornadas para llegar a su destino final. Pero aquel magnífico acontecimiento, en opinión del máximo responsable, no merecía esperar a estar debidamente acomodados para celebrarlo. Los seis hombres fueron recibidos como verdaderos héroes, lo que indicó a José el grado de compromiso y reconocimiento que tenía aquel pueblo con aquellos que se sacrificaban por el bien común.

En un simple instante, al comprobar tanto alborozo por las acciones conseguidas, fue cuando comprendió la íntima razón por la que aquellos hombres y mujeres estaban dispuestos a entregar todo lo que poseían, incluso la propia vida, a cambio de conseguir la continuidad del grupo. No era otra cosa más que la existencia de una solidaridad compartida entre los componentes de la tribu.

Enapay los recibió montado sobre su caballo y ataviado con sus mejores galas, con la misma solemnidad de las grandes ocasiones. Se podía notar un clamor popular entre los que le acompañaban.

—Habéis traído seguridad y riqueza a nuestro pueblo. Esta hazaña será recordada por los hijos de vuestros nietos y así continuará para siempre —les dijo.

Entonces, los prolongados abrazos se fundieron con los gritos de júbilo y con las voces de merecidas aclamaciones, que ensordecieron de una manera natural el remanso de paz y el silencio del sitio que eligieron para detenerse. Fueron extraños ruidos que movilizaron a muchos de los pequeños animales de los bosques cercanos que salieron de sus madrigueras como si quisieran participar de la fiesta.

El gran oso pardo, ajeno a tanta algarabía, todavía aprovechaba los últimos días para alimentarse de panales de abejas antes de invernar en el interior de la osera elegida, mientras que el león americano, poco amigo de los ruidos, prefirió retirarse a la zona más solitaria y tenebrosa de las montañas.

Ante unos seguidores entregados, los jefes de las distintas

familias convencieron a José para que hablara por primera vez en público y además en lengua siux. Toda la templanza que el joven dragón de cuera demostró tener frente a los enemigos se convirtió en nerviosismo a la hora de dirigirse a una masa enfervorizada por su sola presencia. Pero supo salir bien parado de aquella nueva experiencia, ya que sus palabras se pudieron entender perfectamente con el consiguiente agradecimiento por el esfuerzo realizado.

—¡Reconozco que sois un pueblo único; una raza a la que merece la pena pertenecer!

Exclamó José, ante el regocijo general que hombres, mujeres y niños supieron agradecer por sus elogios.

—Me gusta la paz y prefiero soñar antes que combatir. Pero si eso no es posible, que no sea por culpa de los perros cazadores; que sean otras las tribus que quebranten la posibilidad de convivir todas juntas. Sin embargo, no consentiremos que nadie nos tache de cobardes, sino de prudentes. Ahora que estamos bien armados, que nuestros enemigos sepan que estaremos en pie de guerra contra quienes nos quieran atacar —concluyó.

Aquellas reflexiones sirvieron para que los más jóvenes guerreros vieran en José un gran líder que podría llevar a su pueblo a las más altas cotas de poderío, aunque callaron para no hacer de menos a Chaska, quien fue el primero en vitorear su nombre en señal de complacencia con lo que acababa de decir.

Pero el dragón no hacía otra cosa que no fuera buscar con la mirada a Mahpee Yahto, quien parecía que había sido tragada por la madre tierra, pues no la encontraba por ningún sitio.

—Ya tienes abiertas las puertas de nuestros corazones, que es lo realmente difícil para un pueblo tan celoso de su intimidad como es el nuestro. Ahora, lo más fácil es abrir los tipis para quedarte entre nosotros.

Contestó muy satisfecho Enapay en nombre de los presentes. Tras él, por fin pudo localizar a su hija, que visiblemente emocionada no paraba de reír y de abrazarse con su hermano y su cuñada.

Sin embargo, no pudo acercarse para saludarla ya que su

padre estaba más interesado en retenerle a su lado para iniciar una conversación privada entre ambos que consideró necesaria en aquellos momentos.

—¿Sabes por qué nuestros guerreros son tan desprendidos en favor del colectivo? —le preguntó.

—La verdad es que no lo sé —reconoció José con humildad.

—Creo que es el mejor momento para decírtelo.

—Te escucho.

—La razón está fundamentada en que cada cual conoce el objetivo primordial de la vida y ninguno teme a la muerte. Esto es debido a que según nuestras creencias, morir resulta una liberación y la posibilidad de una eterna reunión con todos los miembros de nuestra tribu, ya sean pasados, presentes o futuros. Nosotros pensamos que después de la muerte adoptamos una de las muchas formas de espíritus libres que existen en cualquiera de las criaturas de la naturaleza; que pasamos a un estado de permanente cambio, pero siempre cerca de los nuestros para guiarlos y protegerlos.

—Vuestras creencias no difieren tanto de las mías.

—Nunca nadie tan solo hizo tanto por mi pueblo. Gracias a ti tenemos un arsenal con el que jamás pudimos soñar. Te estamos muy agradecidos por ello.

—Consideraré terminada esta misión cuando vea que todos tus guerreros saben utilizar el mosquete con rapidez y precisión.

—¿Te quedarás entonces?

—Al menos por un tiempo.

—¿Crees que podrías vivir entre nosotros?

—¡Lo creo!

—Me alegraré mucho si así lo decides. Pero en caso de que te marches, estés donde estés, quiero que nos consideres como tu nueva familia.

—¡Muchas gracias, Enapay! Es así como me he sentido desde que os conozco.

—¡Bien! Ahora ve a hablar con alguien que te espera impaciente.

Le aconsejó en clara alusión a su hija, quien a pocos metros aguardaba que se acercara José, a la vez que continuaba las

bromas con su hermano y con su esposa.

—Tenía muchas ganas de verte —dijo José a Mahpee Yahto.

—Yo también a ti.

—De regreso he conocido a Shappa.

—¿Qué te ha parecido?

—Parece valiente y poderoso. Pero lo que me importa es saber qué piensas tú sobre él.

—¿En qué sentido?

—Chaska me ha contado que es tu pretendiente.

—Es cierto.

—¿Y bien?

—Es un gran guerrero que todos respetan.

—Eso ya me lo ha dicho tu hermano.

—Mi pueblo le debe mucho.

—También lo sé. Pero tú ¿qué le debes?

—Nada; yo no le debo nada, salvo obediencia a la voluntad de mi padre.

—¿Qué sentimientos tienes hacia él?

—¿Por qué quieres conocer esas cosas tan íntimas?

—Porque quiero saber si tengo alguna posibilidad de que te fijes en mí como tu hombre. Me gustas mucho y si no hay otro en tu corazón me gustaría ocupar ese lugar.

—¿Lucharías por mi amor?

—Si eso está permitido en vuestras costumbres, no dudes que lo haría. Pero de donde vengo está mal visto que alguien se interponga entre una pareja que se quiere, aunque suele ocurrir en ocasiones.

—¿Y entonces qué pasa si son descubiertos?

—Que se producen castigos.

—Igual que entre nosotros.

—Sé que te quiero, porque durante estos días no he hecho otra cosa más que pensar en ti. Pero me apartaré de tu camino si así lo deseas.

—Tienes mi permiso para hablar con mi padre. Si él acepta tu dote, yo también lo haré.

—¿Pero no me vas a contar tus intenciones conmigo?

—Ya te las he dicho. Vosotros los blancos necesitáis demasiadas pistas para enteraros de las cosas. Debéis aplicar

más imaginación en vuestras vidas. Lo bonito de las parejas es descubrir algo nuevo todos los días; una confidencia nueva al día que haga que cada vez se deseen con mayor intensidad.

—No tengo muy claro cómo debo dirigirme a tu padre.

—¡Pues como siempre lo has hecho! ¡Tan valiente para unas cosas, y tan parado para otras! ¡Qué hombre más contradictorio! Pero de todas maneras, me gustas mucho, ¿te sirve así?

—Al menos, ahora tengo más claras mis posibilidades frente a Shappa.

—No quieras controlarlo todo. Deja algo para que lo puedas descubrir con la magia del amor.

—¿Conoce tu padre tus sentimientos?

—Dile que hemos hablado y que ya te he dado mi permiso para que puedas hablar con él. Seguro que lo entiende.

—¿Y cuándo es el mejor momento para contarle mis deseos?

—¡Eso lo sabrás tú mismo! Quizás, será el corazón quien te lo indique. Todo dependerá de las ganas que tengas de estar conmigo. Eso ya lo decidirás tú mismo.

—¡Por mí, sería ahora!

—Pero al igual que vosotros, también nosotros debemos cumplir con algunas formalidades. Si no fuera así, estaríamos en boca de todos y nunca podríamos ser felices.

—Te prometo que respetaré todas vuestras costumbres. Solo quiero tu felicidad.

—Mejor di la de los dos, porque estas cosas son responsabilidad de la pareja. No es posible ser feliz uno solo.

—Tienes razón.

Mahpee Yahto desvió la mirada hacia la hierba fresca de la tierra que pisaban en señal de agradecimiento.

En cuanto a José, claramente se dio cuenta de que la ocasión no resultaba ser la más apropiada para hablar con Enapay sobre el deseo que tenía de desposar a su hija, con tanto revuelo y celebraciones.

Pero aquella declaración tan sincera, exenta de cualquier interés que no fuera el meramente amoroso, les sirvió para que se sintieran cómplices de un secreto personal e íntimo que acababa de nacer entre ambos. Aquella fue la primera vez que

pasearon a solas por los alrededores del campamento, y en algunas ocasiones puntuales, hasta se permitieron cogerse de las manos.

Cuando ya avanzada la noche José regresó a su tipi para descansar, tenía afianzado su irrevocable deseo de plantear sus planes de familia a su futuro suegro. Pero vista la agitación suscitada con su regreso, optó por esperar a que estuvieran bien asentados en el refugio de invierno.

---

[25] «Trueno» en lengua siux.

[26] «Blanco que mata a muchos» en lengua siux.

Capítulo XXV

Al amanecer del día siguiente reanudaron la marcha con la misma alegría con que terminaron la fiesta para dirigirse hacia las partes más elevadas del territorio. La hierba todavía estaba mojada por el rocío de la mañana. Pero tal circunstancia no supuso ningún problema para el movimiento de la tribu porque según la forma de pensar de los indios, aquello solamente significaba riqueza en su estado más puro.

A los niños les hacía mucha gracia la existencia de un alto grado de humedad en el aire del ambiente cuando se hacía cada vez más patente con solo respirar. Quizás por eso, conforme avanzaban se entretenían con inocentes juegos de hacer figuras con el vaho de su propia respiración.

Enseguida aparecieron grandes concentraciones de árboles de hojas perennes que se agrupaban alrededor de las orillas de numerosos y pequeños lagos desperdigados por todo aquel territorio. Permanecían comunicados entre sí por estrechos canales naturales que aprovechaban la pendiente del terreno para realizar el trasvase de agua, desde el que se encontraba en la posición más elevada hasta el último que la recibía por estar en la posición más baja.

Eran riachuelos de agua cristalina que serpenteaban en busca de la mejor salida y tenían como sagrada misión comunicar entre sí todas las reservas de agua de la zona.

Conforme ascendieron de cota, cada vez se hicieron más presentes algunos restos de las primeras nevadas que ya se habían producido en la zona y servían para anunciar que seguramente en pocas semanas se dejaría de ver la manera siempre atrayente en que se produce la permanente filtración del deshielo. También, la tierra encharcada que alimenta el crecimiento de la hierba dejaría paso a la nieve endurecida para cubrirlo todo con su velo blanco.

Durante ese pequeño viaje de dos días de duración coincidieron en muchas ocasiones Mahpee Yahto y José, que quisieron pasear algunos tramos juntos sobre sus caballos. Según sus tradiciones, los hombres eran los primeros que debían utilizar las cabalgaduras porque eran guerreros y cazadores que velaban por la seguridad del grupo y los encargados de suministrar la carne necesaria para la alimentación, mientras que las mujeres debían caminar salvo que sobraran ejemplares.

Pero la joven guerrera no entraba dentro de ese cupo, ya que gracias a sus méritos en combate se había ganado por derecho propio el uso del caballo. De todas formas, no resultaba ser el caso, ya que gracias al préstamo de la yeguada de José sobraban caballos para que pudieran utilizarlos casi todos.

—¿Qué significa Chato? —le preguntó la bella india.

José no contestó, pero se aplastó la nariz con la palma de su mano mediante un gesto inequívoco que provocó su carcajada.

—Pensé que el motivo era por otra razón más elevada.

—¿¡Como cuál!?

—Una hazaña especial, una cualidad única; no sé, algo parecido.

—Nació tan chato que apenas se le veía la nariz. Esa es la única razón.

—Me gusta más el nombre que le ha dado mi tribu porque resalta sus cualidades.

—Puede que tengas razón, pero no creo que pueda acostumbrarme a llamarle de esa manera. Tampoco tengo claro que él reconozca ese nombre tan largo como propio.

Contestó José mientras a su lado el mastín correteaba a paso pausado en permanente estado de alerta.

En el tiempo señalado llegaron a un paraje de grandes dimensiones que estaba rodeado de altas montañas cuyas cumbres se encontraban cubiertas de nieves permanentes. Todas ellas en su conjunto formaban un circo en cuyo centro existía un lago abastecido por el deshielo y las lluvias.

—¡Ya hemos llegado! —exclamó Enapay.

José quedó muy sorprendido del lugar, pues a pesar de no

contar con experiencia dilatada en acampadas no consideró que aquella ubicación fuera la más idónea para levantar los tipis. Demasiado abierto por todos los lados, lo que dificultaba una buena defensa, y demasiado colocado a la intemperie, con muy poca protección contra los impetuosos vientos.

Sin embargo, ninguno de los miembros de la tribu paró para descansar. Continuaron hacia el extremo más cercano, al abrigo de una de las faldas de las montañas, pero con una superficie excesivamente pequeña para albergarlos a todos.

El dragón de cuera no entendía nada de lo que ocurría pero prefirió guardar silencio hasta averiguar el destino final que llevaban aquellos decididos viajeros. Como un solo hombre, Chaska y algunos de sus guerreros se colocaron en cabeza para abrir un estrecho paso a través de la maleza que había crecido durante el último verano alrededor de los troncos de los abetos que indicaban el inicio de un frondoso bosque.

Los primeros continuaron lentamente durante media hora en una perfecta hilera que formaron en línea de a dos, que poco a poco se introdujo por la brecha para comenzar a girar por varios recovecos hasta que se encontraron de frente con una subida de considerable pendiente.

En cuestión de una hora más subieron hasta la parte más alta de una meseta localizada en una zona intermedia de una gran montaña que disponía de una superficie plana lo suficientemente grande como para acoger los tipis del campamento de los perros cazadores.

Orientada al sur y con la espalda protegida por las paredes verticales de una gran roca cuya base se alzaba desde esa misma posición para perderse en una considerable altura inaccesible desde otro lugar, aquella zona complementaba su protección con una importante acumulación de filas de árboles gigantes en sus costados, en forma de semicírculo, que se arrimaban entre sí y junto a ambas orillas de un inagotable riachuelo de agua dulce.

Tras ellos, solo barrancos y abismos que se precipitaban al vacío. Enseguida, José se percató de que posiblemente, aquella abundancia de vegetación se debía a las ventajosas condiciones del lugar, que unidas a la riqueza que proporcionaba el fruto

del deshielo, ayudaban a favorecer la existencia de un muro de contención natural que hacía mucho más benigno el clima en invierno.

Aquel sitio era como vivir en medio de un coto de caza, pues los animales de todo tamaño acudían con frecuencia a comer y a beber, ya que allí nunca se helaban las reservas de la madre naturaleza. Por uno de los bordes, el caudal se desbordaba para caer en forma de cola de caballo muchos metros más abajo sobre las tierras inferiores, que según una vieja leyenda siux las erosionaba desde la creación del mundo.

—Una sola entrada muy estrecha en la que solo caben dos guerreros juntos, que también hace las veces de única salida.

Enapay se dirigió a José por el lugar tan soberbio que le mostraba con tanto orgullo.

—¡Magnífico! Y muy fácil de defender —contestó el dragón sorprendido gratamente.

—Desde aquí arriba divisamos todo el circo, y además, en caso de necesidad, es posible permanecer durante el invierno sin tener que descender para nada.

—No podrías haber encontrado un sitio mejor. Te felicito.

—No es descubrimiento mío. Ya en tiempos remotos lo conocía mi pueblo. Yo solo soy el guía temporal de algo que nos han trasmitido de generación en generación. El único problema serio que existe en este lugar es la vigilancia que los hermanos mayores deben tener por la seguridad de los pequeños —explicó Enapay a José.

—¿Por qué?

—En más de una ocasión se dejaron llevar por la emoción de los juegos y alguno cayó por los barrancos.

—¿Esta explanada no la utilizan vuestros primos?

—Acampan en otra muy similar pero más grande; al otro lado de aquellas montañas. Allí, incluso tienen mejores condiciones. —Las señaló con el dedo índice.

—Comprendo.

—Pero este sitio tiene un tesoro muy especial para nosotros del que carecen nuestros primos. Quizá esa sea la razón por la que nos gusta tanto regresar aquí en invierno.

—¿Cuál es?

—Acompáñame y míralo por ti mismo.

José no supo de qué le hablaba pues no notó que hubiera nada extraño por los alrededores, aparte de la grandeza del lugar y la espectacularidad de sus vistas. Pero a unos cuantos metros, detrás de un recodo, comenzó a percibir la existencia de una fumarola que desde lejos se confundía con la humedad que desprende el agua al caer en forma de cascada.

—Pensé que se trataba de una caída de agua y, sin embargo, de cerca, parece que las entrañas de la tierra envían humo blanco a la superficie de la tierra —exclamó José.

—Y así es —contestó Enapay orgulloso.

—¿Qué es?

—Un manantial de aguas calientes que el Gran Espíritu entregó a nuestros antepasados para protegernos de los fríos. Mi pueblo ha aprendido a utilizarlo en su propio beneficio, y ahora, no entenderíamos el invierno sin su permanente presencia en nuestras vidas. Para nosotros es de vital importancia porque desde siempre hemos convivido con su fuerza y sus propiedades.

—¡Nunca hubiera imaginado que pudiera existir algo así!

Exclamó José muy sorprendido, pues era la primera vez que veía algo semejante.

Mientras tanto, no pudo evitar quedarse absorto a la vez que contemplaba atónito el jugar de varios niños a los que nada más llegar al lugar les faltó tiempo para introducirse en algunas pozas para chapotear con el agua caliente.

—Por cierto. He oído que quieres hablar conmigo de algo importante.

Enapay cambió radicalmente el tema de la conversación. Era una afición que le gustaba practicar con bastante frecuencia y que dejaba descolocado al otro participante a quien se dirigía.

—Bueno. Es verdad. Pero no te quiero molestar. Prefiero esperar a que estemos más descansados.

—Para hablar no hace falta estar tumbado. Será mañana cuando caiga el sol.

—Me parece muy bien.

Aquel día José se mostró muy intranquilo. Tanto, que

apenas quiso salir de su tienda. Se encontraba muy nervioso porque no le salieran bien las palabras justas y precisas para pedir en matrimonio a Mahpee Yahto, y temía que sonaran a insulto o petulancia por su parte.

No quería equivocarse ni que pensaran que era un hombre débil en esas cuestiones relacionadas con los sentimientos, en las que evidentemente carecía de toda experiencia. Cuando se acercó la hora convenida, se armó de valor y con decisión se aproximó al tipi del jefe Enapay.

—¡Seas bienvenido! ¡Estás entre amigos! Habla lo que tengas que decir con total confianza, que ninguno de los presentes te enjuiciará —le recibió el jefe con solemnes palabras.

En el interior estaban junto a Enapay su esposa y sus dos hijos, los miembros del consejo de ancianos y el hombre medicina. José se quedo muy sorprendido por tanta presencia pero continuó adelante con su misma idea.

—He venido a solicitar formalmente a Mahpee Yahto como esposa.

—¿Cuánto vale para ti? —le preguntó el padre.

—Mucho.

—Pues entonces, en esa misma proporción tendrás que dotarla.

—No hay hombre por estas tierras, ni en otras más lejanas, que tenga tantos caballos como yo.

—Eso es cierto. Hablas con verdad en la boca y así lo aceptamos —contestó el hombre medicina.

—Pues ofrezco la mitad de mi manada como dote.

—¿Por qué la mitad? —volvió a preguntar Enapay.

—Porque creo que es justo, aunque tu hija valga mucho más para mí.

—Explícate, soldado dragón —intervino uno de los ancianos.

—Considero que con la entrega de la mitad de mi yeguada queda garantizada la supremacía de la tribu sobre las enemigas. Pero además, como mi intención es quedarme entre vosotros al menos durante un tiempo largo, eso dará la oportunidad de que nazcan otros potros que incrementaran el

número de ejemplares. Yo personalmente me encargaré de seleccionar a los mejores sementales y también a las mejores yeguas para la cría. También elegiré a varios guerreros a los que enseñaré debidamente para que aprendan a conocer el trabajo y a realizar los cruces sin mi ayuda. Por otro lado, la mitad que me quedo servirá para tener la oportunidad de independizarme de los perros cazadores, si así lo estimo conveniente. Es una manera de garantizar que ambas partes seremos libres para decidir caminos diferentes, porque bien pudiera llegar el día que ya no me quisierais entre vosotros, o que yo mismo decidiera marcharme si no me encontrara a gusto con vuestra compañía. Mis padres adoptivos me repitieron muchas veces que la vida cambia como la noche y el día, ya que nadie tiene asegurado su futuro. No quiero ser desgraciado ni hacer a nadie infeliz por mis decisiones.

—Para nosotros es muy importante contar con la presencia permanente de Sunka Tanka Akicita. Desde que apareció en nuestras vidas, solo nos han ocurrido cosas buenas —señaló el hombre medicina.

—Él es un espíritu libre que puede y debe ir con quien quiera. Desde que me lo entregaron, casi recién nacido, ha sido mi fiel compañero de aventuras. Pero prometo que no me interpondré si decide quedarse entre vosotros, como de igual manera espero que respetéis su voluntad si quisiera venirse conmigo.

—Has hablado con sabiduría y equilibrio. Puedes estar orgulloso de tus palabras. Sal y espera nuestra decisión —le contestó Enapay.

En apenas unos pocos minutos, que al soldado le parecieron eternos, todos salieron con el rictus muy serio a excepción de Mahpee Yahto que no podía ocultar su alegría. Aquella fue la mejor señal de que su oferta había sido aceptada.

—Entraste en mi tipi como el extranjero con más caballos y más valiente que conocíamos. Te hemos tratado como a un hermano. Hemos respetado tus costumbres y creencias al igual que tú has hecho con las nuestras. Hemos sabido valorar tu destreza y rapidez con las armas, así como admirar tu fortaleza de pensamiento, de decisión y de valor. Pero a pesar de todas

esas buenas cualidades, que sin duda posees, la mayor felicidad la sentimos porque pronto te habrás convertido en un verdadero guerrero siux. Te has ganado merecidamente el derecho a casarte con mi hija. Desde ese mismo instante, serás un hijo para mí.

—Agradezco de veras tu permiso. Prometo que intentaré comportarme como tal para hacerme merecedor de tan alta distinción.

El siguiente en felicitarle fue Chaska, quien le abrazó fuertemente ya que no pudo contener la emoción por contar al fin con un hermano con quien poder compartir confidencias y aventuras de bravos guerreros.

—¿Y ahora, cuál es el siguiente paso? —le preguntó José intrigado.

—Enseguida lo comunicará mi padre al resto de la tribu —contestó su nuevo hermano.

—¡He aceptado la dote que ha ofrecido José por Mahpee Yahto! ¡En primavera habrá boda!

Todos vitorearon los nombres de los próximos contrayentes, mientras José no cesaba de preguntar a Chaska por los prolegómenos de la boda.

—¿Por qué en primavera?

—Trae buena suerte.

—¿Y qué haremos durante este invierno?

—Cazar, pescar, recorrer distancias a caballo, galopar por las praderas y conocernos mejor. Vosotros dos como pareja y tú a la futura familia.

No era eso a lo que se refería José, pero se tuvo que contentar con la respuesta.

—Pero no sé si sabré hacer las cosas según vuestras costumbres. Si no practicamos, cuando llegue el momento me equivocaré.

—Nuestras ceremonias son muy sencillas. Te ayudaremos entre mi hermana y yo. Por eso no te preocupes.

—Tampoco tengo claro cómo debo tratar a Mahpee Yahto. Es mucho tiempo de espera. No sé si te das cuentas de que el invierno es muy largo.

José intentó exponerle más claramente sus deseos hacia su

hermana.

—Enseguida sabrás lo que está permitido y lo prohibido. En cuanto te propases lo más mínimo, ella te lo hará saber. —Se fue entre carcajadas.

Aquel invierno sirvió para que José conociera más a fondo las costumbres de los perros cazadores, y también para que se relacionara intensamente con la familia de su prometida.

Todo parecía que marchaba a las mil maravillas, y así debía transcurrir hasta la llegada de la primavera. Chaska cumplió sus promesas y siempre estuvo dispuesto para organizar múltiples actividades que sirvieron para unirlos aún mucho más como amigos. Pero una tarde, cuando se acababa de ocultar el sol, apareció Shappa por el campamento, acompañado de un grupo de guerreros siux de su tribu.

—¡Vengo a visitaros, primos! —dijo en voz alta nada más llegar.

—Siempre eres bienvenido.

Contestó Enapay, quien ya había salido a recibirle momentos antes, nada más que supo por los centinelas de su inminente llegada.

—¿Os encontráis bien?

—Perfectamente. Gracias por tu interés. Como siempre, eres un magnífico anfitrión.

—Todo es poco para la familia. Por cierto. También he venido a visitar a tu hija.

—Tenemos que hablar.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Alguna desgracia?

—No; nada de eso. Pero tengo que contarte una cosa muy importante. Ven; pasa a mi tienda.

Enapay le contó la decisión que había tomado junto con el consejo de ancianos y el hombre medicina sobre el futuro de Mahpee Yahto y el dragón de cuera, lo que no sentó nada bien al importante visitante.

—El invierno pasado me rechazaste por la juventud de tu hija. Pero ahora, nada más llegar se la entregas a un extranjero que ni siquiera sabes si es amigo o enemigo. ¿Valgo tan poco para ti?

—José ha demostrado sobradamente que es un hombre de

palabra.

—¿Acaso yo no tengo palabra? ¿Esa es la opinión que te merezco?

—¡Claro que no! Pero debes entender que ha habido otras cuestiones que han vencido la balanza hacia su lado.

—¿Cuáles?

—La dote que nos ha ofrecido es insuperable. Hace que seamos una tribu muy rica en caballos. Ha ofrecido la mitad de su manada. Además, nos ayudará con el manejo de los mosquetes y nos enseñará sus técnicas de combate.

—¿Tan bueno es?

—El mejor que he visto. Está enamorado de mi hija y ha prometido respetarla y hacerla feliz.

—¡Yo también!

—Lo sé. Quiero decir que no alberga mentiras en su corazón y le creo. Pero lo más importante es que Mahpee Yahto siente lo mismo por él.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te lo ha dicho ella?

—Así es. Me lo ha dicho ella. ¿Es que acaso quieres arrastrar el resto de vuestras vidas hacia la desgracia de la infelicidad? ¿Es que estás dispuesto a casarte con ella a sabiendas de que sus deseos están con otro hombre? No te considero tan insensato. ¿No consideras mejor que sea yo quien te lo diga a solas y evitar así que seas rechazado públicamente? Como padre quiero la felicidad de mi hija. Pero como jefe tengo que velar por la seguridad de mi pueblo. Como familiar y amigo tuyo, debo intentar que nuestras relaciones nunca sufran el más mínimo quebranto. Sinceramente, creo que esta es la mejor opción de todas las posibles. Tú eres un gran guerrero amado por tu tribu y respetado por los enemigos. Sabes que no tendrás ningún problema en encontrar compañera. Permite que ellos inicien una vida en pareja, y no te interpongas.

—¿Por qué he de hacerlo?

—Porque tu prima le quiere como no te ama a ti. Si se lo niegas, jamás podrá estar a tu lado.

Shappa no quiso contestar y salió de inmediato del tipi para regresar a su poblado. Prefirió cabalgar durante toda la noche con tal de no permanecer un instante más entre aquellos que

consideraba le habían engañado.

Los gritos se pudieron escuchar en las tiendas cercanas, pero nadie quiso darse por enterado. El único que se atrevió a acercarse fue Chaska.

—Se ha ido muy enfadado, padre.

—Lo sé.

—¿Se le pasará?

—Quizás cuando recapacite.

—No me gustaría tenerle por enemigo.

—A mí tampoco; pero he hecho lo que tenía que hacer.

—¿Le digo algo a José?

—No merece la pena. Mejor no digas nada a nadie; ni a tu hermana.

—Como quieras, padre.

Y los días se sucedieron, mientras las nieves cubrieron los pastos de los valles y las faldas de las montañas cercanas. Para entonces, el uniforme de José se había deteriorado de tal manera que tuvo que aprender a combinar su abrigo de cuero con las ropas que habitualmente usaban los indios siux de los perros cazadores.

Capítulo XXVI

Ocurrió que una mañana amaneció muy fría, aunque con sorpresa de todos salió completamente despejada y dotada con un sol radiante, lo que posibilitó que Chaska decidiera salir a cazar. Pensó que algún venado sería pesa fácil si se encontraba perdido en medio de aquellas extensas estepas en que quedaron convertidas las grandes praderas de pastos como consecuencia de los últimos temporales.

Aunque solamente invitó a José, al final también se apuntaron Enapay, Mahpee Yahto y un grupo reducido de guerreros que tenían ganas de algo de acción, ya que las últimas semanas se vieron obligados a permanecer en el interior de sus refugios por la intensa bajada de las temperaturas y por la fuerza de unos vientos que parecían polares.

Bajaron hasta el circo que daba paso a la reducida entrada para la subida al campamento y desde allí se dirigieron hacia los valles cercanos, más por pasear y montar a los caballos que por intentar cazar algo de provecho. Pero a medio camino, en cuanto perdieron de vista la meseta inexpugnable, se cruzaron con una numerosa partida de indios siux que dirigía el propio Shappa. Después de los saludos de rigor, el musculoso jefe miró desafiante a José.

—Me han dicho que eres un extraordinario guerrero.

—Me defiendo lo mejor que puedo.

—¿Tanto como para proteger a tu futura esposa?

—De eso no tengas ninguna duda —contestó malhumorado.

—Creo que no es buen momento ni el mejor lugar para tratar estas cosas. Creí que todo quedó claro la última vez que hablamos.

Intervino Enapay en un intento por evitar un enfrentamiento entre ambos que seguramente resultaría mortal

para el perdedor.

—Sí que quedó muy claro. Pero yo necesito saber si he sido rechazado en favor de alguien que realmente merece la pena. Si eso es así, me quedaré tranquilo y reconoceré mi derrota.

—¡¿Qué propones?! —preguntó José.

—¡Un combate singular!

—¿Y aceptarás el resultado sin que por ello se resientan las relaciones entre vuestras tribus?

—¡Lo juro por todos los espíritus! —contestó Shappa.

—¡Por mi parte no hay inconveniente! —exclamó José.

—¡Elije el arma que quieras!

—¡Me da igual una que otra!

—¡Cogeremos entonces el hacha india!

—¡Me parece bien!

Chaska se acercó a José para avisarle.

—Te cuidado. Es el arma que mejor domina Shappa.

—¡Gracias, hermano!

—No hace falta que ninguno de los dos muera. Son muchos nuestros enemigos y necesitamos de todos los hombres para defendernos. Perderá quien antes suelte el hacha de la mano. ¿Os parece bien?

Los dos combatientes aceptaron con un movimiento de cabeza la regla propuesta por Enapay.

—Tengo curiosidad por saber de qué pasta estás hecho, soldado.

—Ahora lo podrás comprobar.

La diferencia en corpulencia y musculatura estaba muy a favor de Shappa, quien movía el arma de un lado para otro, y también en círculos, como si se tratara de una pluma.

Se encontraban a cinco escasos metros de distancia y, sin embargo, José le esperaba quieto sin hacer nada para defenderse. Mantenía el hacha más baja de la cintura a la vez que el filo miraba hacia el suelo como si ya estuviera rendida. Aquella actitud envalentonó al fornido jefe indio por entender que su oponente tomaba excesivas precauciones temerosas, lo que le animó a llevar a cabo un ataque frontal sin esperar mayores pausas para estudiar el comportamiento de su enemigo.

Estaba tan deseoso de lucirse delante de Mahpee Yahto; deseaba tanto demostrar su coraje, así como el error tan grande que había cometido al elegir a ese endeble extranjero, que corrió hacia José con el hacha en alto para asestar lo que parecía un golpe definitivo. Pero cuando ya comenzó a bajar la temible arma, José simplemente hizo un quiebro de cadera para dejar que el hacha se deslizara a su lado pero sin rozarle siquiera. Fue tanta la violencia que empleó Shappa que el filo quedó clavado sobre la hierba nevada, lo que le dejó completamente a merced del dragón de cuera, que no quiso hacer ademán de rematarle para no humillar su orgullo.

—¡Creo que ha quedado claro quién ha ganado!

Señaló José mientras se dio la vuelta para regresar junto a Mahpee Yahto.

—¡Yo todavía no he perdido mi arma! —contestó Shappa visiblemente molesto.

—Está bien, como quieras.

—La suerte cuenta mucho en un combate, y eso es lo que te ha sucedido.

Le increpó el corpulento jefe indio mientras intentó golpearle repetidamente con sendos movimientos de izquierda a derecha y de arriba abajo. Pero todos los esquivó con la misma facilidad que el primero, lo que irritó a su oponente quien solamente pretendía asestarle un hachazo definitivo.

—¡Te mueves como una lagartija! —le dijo.

José no contestó y siguió con sus esquivas para cansar el potente brazo de Shappa, que cada vez se empleaba más a fondo para conseguir hacer blanco en el cuerpo de su escurridizo adversario.

Conforme transcurrían los minutos el fornido jefe siux se encontraba cada vez más confiado, pues aunque no había conseguido ni siquiera tocarle, bien era cierto que él tampoco había recibido un solo golpe, porque José todavía no había levantado su arma. Así continuó hasta que llegó el momento que el dragón de cuera consideró oportuno, y ante el asombro de todos los presente cogió su arma por el fijo para dejar libre el mango.

Aquel inusual gesto le pareció a su oponente lo más

parecido a una chulería que merecía incluso la muerte. Por eso, decidió emplearse a fondo con los mismos movimientos hasta que consiguiera su objetivo. En el último trance, José dejó que el hacha de Shappa le pasara por debajo de su cintura y antes de que pudiera volver a levantarla le asestó con el mango un durísimo y certero golpe en la mano que hizo que perdiera el arma irremisiblemente.

—¡Ya está! ¡Combate terminado! —gritó Enapay en cuanto vio el arma de su primo sobre la nieve.

—¡Me has vencido con solo el mango del hacha! —repitió en varias ocasiones el perdedor.

—Eso no es lo más importante. Que los dos estemos vivos es lo mejor que nos podía haber sucedido —le dijo José en una demostración de generosidad.

—Es verdad lo que me han contado de ti. Reconozco que nunca hemos conocido a un guerrero así. ¡Me has ganado sin utilizar la fuerza!

El bravo Shappa se masajeaba la mano que recibió el impacto pero a la vez no podía dejar de admirar a su adversario por la habilidad demostrada en el combate.

—Si todos supiéramos luchar de esa manera, creo que seríamos invencibles. ¿Nos puedes enseñar?

—Lo intentaré. Pero antes prefiero advertiros de que esto que yo hago es una habilidad con la que he nacido. Como ocurre en casi todas las facetas de la vida del hombre, hay destrezas que no se pueden aprender porque son las que nos hacen diferentes a los demás. No es que nos hagan mejores o peores; simplemente, nos hacen distintos.

—Por fuerza tienen que haber sido los espíritus los que te han enviado a nosotros por alguna razón que desconocemos. ¡Hasta que llegue la primavera practicaremos juntos! —exclamó Shappa.

—Será un gran honor —contestó José.

Se despidieron con un hasta pronto y así fue como quedó zanjada para siempre la disputa por Mahpee Yahto sin que se quebrantaran las relaciones que desde tiempo inmemorial mantuvieron ambas tribus de primos lejanos.

Capítulo XXVII

El invierno se consumió en el mismo tiempo que tardó en llegar la primavera, y con ella volvieron a aparecer los esperados brotes verdes de las plantas que enseguida sirvieron de alimento a los animales de los bosques. Era un ciclo de vida que conocían muy bien los indios de las praderas porque se repetía invariablemente desde que allá por tiempos remotos el sol penetrara en el interior de la tierra para fecundarla e iniciara así el origen de la creación. Mientras tanto, y a pesar de su más que reconocible juventud, José se había consolidado como alguien de mucho peso dentro de la tribu. La admiración que los guerreros sentían por él, solo era comparable con el respeto que profesaban a Enapay.

Aquella estación también sirvió para que se conocieran más intensamente los futuros esposos y para que algunos bravos seleccionados, con Shappa a la cabeza, acudieran frecuentemente a recibir entrenamiento en técnicas de combate que desconocían por completo. Con todo, el joven dragón de cuera se convirtió, en lo que dura una sola estación, en alguien que había sido capaz de llevar la seguridad y la fuerza al clan de los perros cazadores.

Y esas condiciones tan favorables les bastaron durante aquel invierno para que recuperaran la casta, el orgullo y la confianza ante el combate que antaño les significaron porque supieron mantener largo tiempo en su poder; características recobradas que a ninguno de los miembros de la tribu pasaron desapercibidas.

Por otro lado, las mujeres estaban muy ocupadas con la preparación de la próxima boda, pues el tiempo se les echaba encima y para entonces debían estar preparados los vestidos, el tipi nupcial y los regalos. Todo en el poblado eran parabienes y frases cargadas de buenos sentimientos, excepto para uno.

Chaska comenzó a percatarse de que poco a poco su futuro hermano le arrebataba irremediablemente su protagonismo ante su gente, ya que la opinión generalizada comenzaba a otorgarle una buena posición para optar a sucesor del gran jefe Enapay.

Por eso, los recelos y las envidias comenzaron a anidar en su corazón. Una buena parte de sus celos fueron motivados por las informaciones que le facilitaba su mujer que ya comenzaba a escuchar comentarios entre las otras mujeres sobre la conveniencia de que fuera José quien dirigiera el futuro de la tribu cuando llegara el momento. También fueron potenciados por las alabanzas hacia el soldado que permanentemente realizaban sus propios guerreros.

Aquella mañana amaneció muy lluviosa y no parecía propicia para organizar ninguna partida de caza. Además, las reservas de carne eran copiosas y nadie sintió ninguna urgencia por abastecer la despensa. Pero las tribulaciones acosaban la mente y los sentimientos de Chaska, por lo que aprovechó la inclemencia del tiempo para acudir al tipi de su padre a pedirle consejo. Llegó con la cara desencajada por la preocupación y Enapay enseguida que lo vio comprendió que algo no iba bien.

—¿Qué te preocupa, hijo mío?

—¿Se me nota?

—A un padre es difícil que su hijo le pueda ocultar una preocupación. ¿De qué se trata?

—Es José.

—¿Qué te ocurre con él?

—La gente murmura. Parece que le quisieran más que a mí.

—¿Te preocupa que le elijan como mi sucesor?

—Sí. He trabajado mucho para ser un digno jefe.

—Lo sé. Pero muchas veces no depende de la voluntad de uno mismo.

—¡Pues no pienso rendirme!

—¡Y no serías mi hijo si te rindieras! ¡No es eso lo que te he enseñado! ¡Debes intentar superarle para que los demás te elijan!

—¿Y si no lo consigo?

—Siempre te quedará la satisfacción de que presentaste batalla y jamás te rendiste. Hasta los más fieros enemigos reconocen el valor en la batalla. Pero nunca odies a José, porque pronto será tu hermano de sangre. Además, nadie le ha preguntado ni él ha dicho que le interese ser jefe.

—¡Lo sé! Pero sin querer le miro como si fuera mi más terrible adversario. No entiendo lo que me ocurre, pero mis sentimientos hacia él han cambiado a peor.

—Te quiero contar una historia pero me parece necesario que esté presente José.

—¿Le vas a informar de lo que te acabo de confesar?

—Efectivamente.

—Pero entonces, pensará mal de mí. Ya no me mirará como a un hermano.

—Si eso ocurriera, habría merecido la pena pues conoceríamos la clase de hombre que es.

—¡Es extranjero!

—¿Y qué?

—Ellos son diferentes a nosotros. Piensan de otra manera.

—¿Qué te preocupa?

—Que si me he equivocado, no creo que le guste lo que he pensado sobre él.

—En eso puede que tengas razón. Pero es el precio que hay que pagar por conocer la verdad.

—¡Es mucho el riesgo!

—Tú has sido sincero conmigo y me has abierto tu corazón para exponer tus verdaderos sentimientos.

—Sí. Pero no sé cómo lo interpretará cuando se entere de mis dudas.

—Un buen hermano siempre comprende estas cosas. Su obligación es ayudar a que puedas disiparlas. Por aclarar un malentendido nadie se puede enfadar. Si hay algo que os puede mantener unidos para siempre, al margen de la existencia de tu hermana o de la mía propia, esa cualidad que no debéis perder nunca, es la sinceridad entre vosotros. En los momentos difíciles, cuando el combate contra los enemigos esté en su punto culminante, será entonces cuando lo único que os importe sea la amistad y la confianza entre los dos. Si existe,

eso os hará ganar muchas más batallas que la mejor arma que podáis tener. Por eso quiero que venga José; porque mi experiencia me dice que es mejor limpiar las heridas antes de que cicatricen en falso y luego haya que sajarlas para extraer el veneno. Entre vosotros no puede haber mentiras ni odios, porque mientras permanezcáis juntos, el destino de nuestra tribu dependerá de que ambos os llevéis bien. Ahora, búscale y tráele aquí.

Enseguida le localizaron y al poco tiempo ambos estaban sentados en torno a la pequeña hoguera del tipi de Enapay. Le pusieron al corriente del contenido de la conversación que minutos antes habían mantenido padre e hijo, y el joven dragón se quedó mudo por un instante sin saber cómo reaccionar.

—La verdad es que no sé qué decir. Pero te puedo asegurar que nunca se me ha pasado por la cabeza arrebatarte tu puesto.

—No hace falta que hagas tantos esfuerzos por justificarte. He mandado que vengas porque quiero que conozcas el gran interés que tengo porque vosotros dos seáis verdaderos hermanos, y también porque creo que ha llegado el momento de que escuchéis juntos una pequeña historia de mi vida.

Los dos se quedaron callados y muy atentos a las palabras de Enapay.

—Cuando yo era pequeño, mi abuelo un día me sorprendió en plena lucha contra otros niños del poblado. Dejó que terminara la pelea, pero luego me obligó a que saludara a mi oponente y que quedáramos como amigos. Yo no quería felicitarle porque me había ganado, y además me hizo sangre en un codo y en la cara. Pero insistió con firmeza hasta que consiguió su objetivo. Luego, nos fuimos a su tipi y allí me contó una vieja leyenda siux que se ha repetido muchas veces a lo largo de mi vida.

—Nunca me has hablado de ella.

—Hasta ahora no consideré que hubiera llegado el momento idóneo para conocerla. Pero creo que os puede venir bien reflexionar sobre ella.

—¿Cuál fue? ¿De qué habla?

—Me dijo que en el interior de cada persona hay dos lobos; uno blanco y otro negro. Que siempre pelean continuamente entre sí para ver quién es el vencedor. El blanco simboliza los buenos sentimientos, las buenas acciones y todas aquellas conductas o virtudes que dignifican al hombre. Tales como la amistad, la verdad, el amor, la valentía o la entrega a los demás. Sin embargo, el negro representa todo lo contrario. El odio, el rencor, la mentira, la cobardía y todas esas que quieras añadir. Son las que todo siux debe evitar para comportarse como un verdadero guerrero y no ennegrecer su espíritu. Sin embargo, ambos lobos permanecen de forma permanente en pie de guerra. Los dos son igual de fuertes y se enzarzan en largos combates que se prolongan durante mucho más tiempo del que es capaz de soportar el guerrero que los lleva dentro. En el caso de mi abuelo, y también en el mío propio, tan fuertes eran los enfrentamientos, que en muchas ocasiones nos dejaban extenuados cada vez que combatían.

—¿Y cuál de los dos lobos gana? —preguntó Chaska muy interesado.

—¡El que tú alimentes! ¡Siempre, el que cada cual alimente!

Se hizo el silencio entre los tres, pero los dos jóvenes se miraron fijamente a los ojos.

—¡He entendido el mensaje, padre!

—¡Yo también! —añadió José.

—¡Me alegro! Espero que lo tengáis presente, porque seguro que en muchas ocasiones deberéis recordarlo. Al menos, eso es lo que me ha ocurrido a mí.

Aquella conversación se prolongó durante toda la mañana, ya que Enapay tenía fama de saber explicar las cosas de manera muy gráfica y sencilla. Junto a él, las cosas parecían que encajaban de una forma mucho más fácil, seguramente, porque sus referencias y comparaciones buscaban en la naturaleza los mejores puntos de referencia.

Después de la leyenda surgieron preguntas acerca de su infancia y de sus años de adolescencia, lo que le llevó a contarles sus más famosas anécdotas. Muchas ya las conocía Chaska, pero como su padre siempre las relataba de alguna manera diferente, las gozaba como si fuera la primera vez que

las escuchaba.

—Ahora, volved con vuestras tareas y reflexionad sobre todo esto para que obtengáis vuestras propias conclusiones.

Los despidió el gran jefe cuando comprendió que llevaban demasiado tiempo retenidos en su tienda.

Chaska recapacitó sobre el contenido de la leyenda y desde aquel momento actuó en consecuencia. Comprendió que no tenía sentido amargarse la vida por algo que estaba por llegar y que quizás nunca se produciría. Que debía intentar ser el mejor de la tribu para conseguir sus objetivos, pero que si era elegido José también debería estar contento porque alguien cercano y más apto a los ojos de los demás se ocuparía de velar por los intereses de su pueblo. Además, su futuro hermano de sangre ya se había pronunciado al respecto y no parecía que tuviera intenciones de arrebatarle el puesto para el que había sido educado desde su nacimiento.

En cuanto a José, meditó mucho más que con cualquier otra leyenda que hubiera conocido antes. Su caso era muy diferente pues sus orígenes provenían de pueblos muy dispares entre sí y a la vez diferentes a la educación siux.

Quizá también se sentía un invitado entre los perros cazadores, o a lo mejor era esa indefinición en cuanto a su tiempo de permanencia entre ellos lo que no le dejaba pensar con claridad. La posibilidad de que algún día llegaran los temibles dragones de cuera hasta sus territorios y le obligaran a decidir era una cuestión que muchas noches le quitaba el sueño, igual que hace el ladrón cuando acecha la casa de su presa. No obstante, sí que reconoció que aquella enseñanza le sería muy útil, porque la podría utilizar el resto de su vida para cualquier situación comprometida.

Con todo, durante aquel final del invierno y principio de la primavera, juntos se prodigaron en abastecer la despensa comunal de carne, actividad que los unió aún mucho más como amigos que como futuros cuñados. Chaska le observaba con admiración en cuanto a la maestría que demostraba tener a diario en lo referente a la monta y a la doma de los caballos, así como en el manejo de todo tipo de armas.

Y aquel afán que tenía por aprender lo que pudiera de aquel

joven maestro, junto con los consejos facilitados por su padre, hicieron que en poco tiempo dejara de considerarle un peligroso rival potencial para recuperarle nuevamente como un miembro más de su familia; como el hombre que se casaría con su hermana para hacerla feliz y para tener hijos fuertes con ella, que quizás un día fueran los elegidos para dirigir los designios del clan de los perros cazadores.

Capítulo XXVIII

Casi siempre, las cosas más importantes se hacían de la manera más natural y sencilla para el pueblo de los perros cazadores. Quizás por ello, el emparejamiento de Mahpee Yahto con José también se realizó de una forma elemental y limpia. Muy alejada de lo que el novio esperaba que hubiera sido una boda al más puro estilo español.

No es que el joven dragón de cuera quisiera lujos, ni suntuosidad en los regalos, ni mucho menos algo parecido a un boato de banquete nupcial, o cosa parecida. Pero se quedó muy sorprendido cuando aquella mañana, recién levantado, le comunicaron que por la tarde se produciría el feliz acontecimiento para el que las mujeres se habían preparado durante todo el invierno. Así de simple, fácil e inteligible para cuantos formaban el clan familiar, que indefectiblemente se verían acompañados por amigos y compañeros de correrías.

El hombre sabio de la tribu les dirigió unas palabras mientras les envolvió las manos entrelazadas con una tela de color rojizo. Seguramente eran las mismas que repetía sin cesar matrimonio tras matrimonio, pero a los contrayentes les parecieron las más bonitas que jamás escucharon.

—Un hombre y una mujer han venido hasta aquí para unir sus almas y sus cuerpos. Son libres como el viento y tienen la fuerza de los más poderosos animales de los bosques. Sobre ellos gobierna la juventud y la vitalidad porque están repletos de una sangre nueva que corre precipitadamente por sus venas. El amor ha hecho mella en sus corazones y quieren formar una familia. Desean pasar juntos el resto de sus vidas, uno en compañía del otro, para verse envejecer, cuidarse y protegerse. Pero debéis recordar que cada uno de vosotros sois como el águila y como el halcón, que cuando se les une por una de las patas y se les permite volar, no pueden emprender el vuelo

porque se caen sobre la dura tierra; se arrastran en medio de movimientos convulsivos que solo sirven para destrozar su bello plumaje, y desesperados acaban por picarse mutuamente. Recordad siempre que la vida en pareja es exactamente igual que el comportamiento de estas dos aves tan rápidas; las más veloces que surcan el cielo. Volad; recorred unidos por el corazón las distancias que vuestras fuerzas os permitan; compartid todo lo bueno que os ofrezca la naturaleza; sed felices y haced dichosos a los que os rodean. Hacedlo siempre juntos, pero nunca atados. Sentíos orgullosos de lo que el otro significa para vosotros, pero no supongáis una carga para vuestra pareja porque quien hace las cosas obligado termina por renegar de su suerte; por emponzoñar la alegría del matrimonio, y acaba con deseos incontenibles de herir a quien antes tanto amó. Y ahora, podéis retiraros a vuestro tipi porque ya sois esposos.

Así de sencillo, claro y directo. La ceremonia concluyó en unos pocos minutos. José se mostró algo indeciso, quizás porque esperaba más, mientras los bravos guerreros los aclamaban como si fueran héroes que regresaran victoriosos de una dura batalla.

Por su parte, Mahpee Yahto se sentía muy emocionada conforme recibía las felicitaciones de sus más íntimas amigas. Con lentitud, pero sin pausa, enseguida llegaron hasta un tipi especialmente preparado para la ocasión, que se encontraba algo más alejado del resto, como si quisieran haberle dotado de algo más de intimidad para la noche de boda.

El pueblo al completo los acompañó hasta la entrada y una vez que desaparecieron en su interior se alejaron con bailes y cánticos que continuarían alrededor de una gran hoguera durante toda la noche para agradecer a los espíritus la suerte recibida por permitir la llegada al clan de tan especial nuevo componente que tan buenos logros ya les había proporcionado.

Los dos llegaron inexpertos al matrimonio en cuestiones amorosas y enseguida ambos se dieron cuenta de sus carencias. Sin embargo, Mahpee Yahto había tenido más información en cuestiones de sexo; intensas explicaciones de última hora que le fueron proporcionadas por su propia madre y por las amigas

ya casadas, quienes aprovecharon la cercanía de la boda para relatar algunas de sus propias experiencias, así como para aconsejar sobre las acciones más convenientes, que a su juicio resultaban más idóneas para llevar a cabo durante la noche de boda.

Pero una vez que se encontraron frente a frente, sin decirse una palabra, decidieron dejarse llevar por la improvisación y por las apetencias sexuales que les sugería algo parecido a una voz interior, profunda y silenciosa que salía desde lo más hondo de sus corazones y que les hacía vibrar temblorosos como nunca antes les había ocurrido. Se miraron a los ojos y se sintieron atraídos con pasión; una fogosa exaltación que había permanecido contenida durante todo aquel largo invierno, y que por fin podían permitir que se mostrara íntimamente al otro, tal como ellos mismos la sentían, en forma de incontables besos y caricias.

Mahpee Yahto lucía sus mejores ropas para la ocasión. Se trataba de un vestido de color marrón muy claro confeccionado en finísima piel de cervatillo que estaba adornado con reliquias y recuerdos familiares que daban sentido y respuesta a la presencia sobre la tierra de su clan. Para ella, era como si en aquellos íntimos momentos estuviera bendecida por el espíritu de todos sus antepasados que orgullosos le mostraban el camino a seguir.

No solo era un bello acto amoroso con el que debía deleitarse al máximo, sino que también suponía el cumplimiento del mandato divino de colaborar para garantizar la perpetuidad de la tribu. Por eso, de una manera natural e inocente se entregó con todas sus energías a satisfacer el apetito sexual que requiriera su marido, y también sus propios deseos de conocer ese gozo que hasta entonces le había estado prohibido.

Desde los primeros goces José pudo apreciar que bajo ese fino ropaje que se pegaba al cuerpo de su esposa como si fuera un guante, no había ninguna otra prenda. Enseguida acarició sus senos con movimientos circulares alrededor de los pezones que rápidamente consiguieron enderezarlos y endurecerlos hasta que quedaron marcados a través de la preciosa casaca de

flecos. Ella se dejaba hacer y correspondía con apasionados besos mientras pasaba sus finos brazos alrededor del cuello de su hombre para que pareciera que quien dirigía aquella melodía amatoria era el joven dragón de cuera. Pero en realidad, era ella la que adoptaba diferentes posturas que le incitaban a continuar según un plan que previamente había sido fijado por la madre y por las amigas, basado en sus propias experiencias.

—Me da la sensación de que supieras muy bien lo que haces —le susurró José al oído.

—La verdad es que estoy muy nerviosa. Para mí es la primera vez.

—Para mí, también.

—Mi madre ya se lo imaginó al ver tu juventud. Por eso, lo único que hago es seguir sus consejos para no defraudarte y que te quedes satisfecho. Me dijo que no es bueno que en la primera noche el hombre se sienta disgustado.

—Comprendo.

—No quiero que te enfades. Pero algo debía hacer para no parecer una tonta.

—No te preocupes. Aprenderemos juntos. Tenemos toda la vida por delante para disfrutar el uno del otro.

La muchacha se giró, y mediante la oportuna presión que ejerció con los brazos colocados hacia atrás y sobre el final de la espalda de José, apretó hacia sí hasta que consiguió colocar sus nalgas contra la zona genital del soldado. La respuesta de este fue inmediata.

Comenzó a restregarse de un lado a otro mientras ella correspondió de la misma manera con movimientos similares para no perder aquella placentera sensación. Con la boca, el dragón buscó uno de los extremos de la pequeña tira de cuero que a la altura de la nuca de Mahpee Yahto debía desabrochar su vestido. No tardó mucho tiempo en localizarla, morderla y estirarla con un movimiento firme del cuello con el que consiguió desanudar aquella discreta lazada que le permitió contemplar parte de la espalda de su ya esposa, y además sirvió a la postre para que cuando ella lo permitiera con solo recoger sus hombros, la vestimenta cayera al suelo del tipi

únicamente ayudada por su propio peso.

La tenía delante completamente desnuda. Abrazada por debajo de los senos, a la vez que con los dedos pulgares continuaba con caricias sobre los pechos. Ella se dejaba hacer, pero también colaboraba con movimientos sensuales a la vez que empujaba el culo con más fuerza para presionar el sexo de José que se encontraba encastrado entre ambos glúteos y en esos momentos ya había alcanzado su máximo tamaño.

Era la primera vez que se encontraban a solas después de haberlo deseado en interminables ocasiones que nunca se llegaron a consumir, por lo que fue inevitable que José no se pudiera contener ante tanta seducción y tuviera una primera descarga que hizo blanco sobre la zona de la rabadilla de Mahpee Yahto. Él quiso limpiar lo más rápido que pudo la prueba de su impericia, pero ella se lo impidió porque se mostró emocionada al comprobar que sus encantos se vieron recompensados con semejante regalo.

—¡No es el sitio donde me habría gustado atinar!

—¡Lo importante es que me has dado tu semilla de vida!

Sin dar mayor importancia al fallo continuaron con las manifestaciones de nuevos arrumacos para dar tiempo a que José se pudiera recuperar, cosa que en su insultante juventud ocurrió sin que apenas se diera cuenta, y que ni mucho menos se resintiera por el esfuerzo realizado.

Para la segunda intentona se lo tomaron con bastante más tranquilidad, lo que facilitó que el acierto fuera pleno. Después, ya más calmados, entablaron una conversación que en parte versó sobre las preferencias sexuales de cada uno, así como sobre esos pequeños detalles que siempre dejan preguntas por realizar y respuestas sin contestar.

—Hay una cosa en tu cuerpo que me llama mucho la atención —planteó José.

—¿De qué se trata?

—Eres muy morena; incluso más que yo.

—Sí. Es verdad.

—Sin embargo, tu piel es mucho más clara que la mía.

—Las mujeres tomamos menos el sol que los hombres.

—No creo que sea solamente por eso. También debe ser por

alguna característica propia de tu pueblo.

—No entiendo de esas cosas.

—Lo mismo te ocurre con los cabellos y con el resto del vello.

—¿Qué quieres decir?

—Que tu pelo es completamente negro y muy abundante en la cabellera. Pero apenas tienes por la zona púbica.

Dijo mientras la acariciaba en esa íntima parte de su cuerpo.

—¿Te disgusta?

—Todo lo contrario. Me encanta.

Ya muy avanzada la noche, agotados, se quedaron abrazados profundamente dormidos mientras los más entregados al festejo aún se resistían a regresar a sus tiendas.

Y uno de esos grupos estaba formado por unos invitados muy especiales, ya que como no podía ser de otra manera, a la ceremonia también asistió Shappa con una nutrida representación de guerreros de su tribu, que quisieron asistir para presentar sus complacencias ante tan importante evento. En el corazón del gigante siux no parecía que anidara odio ni envidia; nada de rencor, y ningún reproche por lo que podría haber llegado a suceder si no se hubiera cruzado el dragón de cuera en sus planes de boda con la bella hija del jefe Enapay.

Todo aquello parecía sinceramente olvidado, o al menos superado por parte de aquel formidable guerrero que, por otro lado, se sentía muy intrigado por la manera en que José educó al mastín para lograr semejante grado de entrega, entendimiento y fidelidad. Algo que no conseguía entender a pesar de poseer magníficos canes en su poblado. Pero reconocía que ninguno lograba estar ni de cerca a la altura de Sunka Tanka Akicita. Antes de cerrar los ojos vencido por el sueño no pudo evitar una última mirada para admirar la manera tan fiable en que aquel perro tendía a proteger el descanso de su dueño. «Quizás en este hermoso animal está concentrada la viva representación en la tierra del espíritu del gran lobo» pensó.

La noche resultó ser una de las más cortas de cuantas recordaban los más viejos, y los cánticos de los pájaros tempraneros fueron los únicos encargados de despertar a los

más madrugadores. Poco a poco, el campamento recobró su normal actividad, tiempo que durante todo el día también sirvió para que se entablaran conversaciones entre los recién casados y sus invitados.

—¿Cómo te encuentras?

Preguntó José a Shappa en cuanto lo vio medio adormilado yendo de un sitio para otro.

—Pesado. Muy Pesado. Demasiada comida.

—¿Qué hay más al norte? —cambió radicalmente el contenido de sus preguntas.

—Mucha agua. Agua a raudales en forma de grandes lagos y caudalosos ríos que parecen no tener ni principio ni final. La hierba permanece oculta bajo la nieve casi todo el año y solo pueden sobrevivir los más fuertes. No es un sitio para establecer ningún campamento. Yo no llevaría a mi familia a esos parajes. Los árboles son muy altos pero guardan demasiado peso entre sus ramas por la nieve acumulada y se suelen quebrar con frecuencia. Si esto te parece difícil, aquello es salvaje e imprevisible. Siempre se tiene la sensación de estar vencido por una naturaleza caprichosa que juega contigo. Es un lugar que te hace sentir que eres muy pequeño.

—¿Has ido hasta allí alguna vez?

—De joven me llevó mi padre en una expedición que organizó para descubrir nuevos asentamientos. Aunque yo era un adolescente, todavía recuerdo el frío que pasé.

—¿Y qué ocurrió?

—Demasiada nieve, lluvia y viento. En esa parte los inviernos son muy largos. Tuvimos que regresar muy pronto y no nos dio tiempo para descubrir nada.

—¿No pudisteis invernar?

—Los pasos de regreso se cerraron muy pronto y la caza enseguida escaseó. Temimos quedarnos bloqueados sin alimentos y decidimos volver antes de que fuera demasiado tarde.

—Pero seguramente, allí vivirán otras tribus.

—Nosotros no vimos ninguna. No creo que alguien pueda resistir esas condiciones tan adversas.

—¿Te gustaría acompañarme al norte?

—¿Cuándo?

—Antes de que regresemos al campamento de verano.

—¿Qué quieres hacer en esos parajes tan inhóspitos?

—Explorarlos.

—¿Para qué?

—Para quedarme tranquilo.

—No te entiendo. ¿Qué te intranquiliza?

—La llegada de otras tribus que por necesidad quieran quitarnos nuestros territorios de caza. Quiero cerciorarme de que por ahí no nos llegará ninguna amenaza. Es una cuestión de seguridad que también puede afectar a tu pueblo.

—Entiendo tus temores. ¡Pero veo difícil que se lleguen a producir porque de ahí solamente puede venir frío! Sin embargo, creo que tienes otras preocupaciones mayores por las que deberías interesarte —se sinceró Shappa.

—¿De qué se trata, amigo?

—De una cuestión que me tiene intrigado.

—Por favor; habla sin temor —insistió José.

—Verás. Lo cierto es que desde que nos conocemos me pregunto ciertas cuestiones que no termino de entender.

—Si está en mi mano, ten por seguro que aclararé tus dudas —le aseguró José.

—¿Cómo es posible que los tuyos hayan permitido que se pierdan los magníficos caballos que has traído contigo? ¿Acaso no tienen interés en recuperarlos? ¿Es que no quieren vengar a vuestros muertos? ¿No les preocupa tu paradero?

—Es posible que no sepan que estoy con vida y den por perdidos a los caballos.

—¿Y no te parece extraño?

—Es muy posible que no imaginen que un solo soldado tan joven haya podido conducir semejante manada.

—¿Y los muertos?

—A eso no te puedo contestar porque los dragones de cuera no estamos acostumbrados a perder ninguna batalla. Según nuestros registros, es la primera vez que ha ocurrido en casi doscientos años de existencia del cuerpo. Pero reconozco que tampoco es habitual que dejemos contiendas sin saldar. Quizás, no tengan refuerzos suficientes para organizar una expedición

de castigo.

—¿Te das cuenta de la gravedad que se esconde en lo que insinúas? Si esto que dices es cierto y esa información llegara a oídos de los pawnees o de sus aliados, tus compañeros tendrían los días contados porque los atacarían sin piedad.

—¡No te equivoques, Shappa! Que los dragones no envíen una expedición no quiere decir que carezcan de recursos suficientes para defenderse dentro de los muros del presidio de Santa Fe. Allí tienen grandes armas que lanzan bocanadas de fuego que pueden matar a muchos guerreros en cada disparo. Si quisieran atacarlos tendrían que hacerlo al descubierto y perderían la mayoría de los hombres en el intento. Otra cuestión es que tengan suficiente guarnición para enviar patrullas de reconocimiento o de rescate. Quizás crean que nadie ha quedado con vida y no merezca la pena arriesgar más soldados para nada.

—¿Pretendes regresar con ellos algún día?

—Creo que esta es tu verdadera pregunta. Pero voy a contestarte para tu tranquilidad. Ahora me considero un indio siux que quiere formar una familia con mi esposa Mahpee Yahto. Por tanto, no pienso hacer nada que suponga un riesgo para los perros cazadores. De sobra sé que si regreso me harán muchas preguntas y bien podrían descubriros, cosa que ni se me ha pasado por la cabeza. Además, para llegar hasta aquí tendrían que cruzar las tierras de los pawnees, y ya conoces los desastrosos resultados recientes.

—¡Hay otro camino!

—¿Por qué me lo cuentas? ¿Acaso quieres que me vaya?

—Prefiero afrontar los problemas de cara y cuanto antes. Si tienes que regresar prefiero saberlo cuando todavía puedo poner remedio. No quiero engañarme ni mentir a los míos inútilmente. Te doy la oportunidad de alejarte de nosotros sin que te ocurra nada malo; pero tiene que ser ahora.

—Mantengo lo dicho y te doy mi palabra de que mi corazón no alberga ningún deseo de volver con los míos.

—Está bien. Te creo. El otro camino es a través de un gran lago de agua salada que se enfurece con el aire. Se puede llegar hasta las tierras que están mucho más al norte.

—¿Está muy lejos de aquí?

—Sí. Además, el camino es peligroso porque tendríamos que atravesar las tierras de los cheyenes, crows, shoshones y arapahoes. Con los primeros no tendríamos problemas pues las relaciones con ellos son buenas. Pero con el resto no me atrevo a prometer su buen comportamiento. De todos modos, nada que ver con la agresividad y violencia de nuestros vecinos más próximos.

—Por cierto; a ese lago que dices, nosotros lo llamamos mar.

—Como prefieras. Pero si me permites te daré un consejo. Yo, antes de explorar las tierras del norte, me aseguraría de que mi familia no corre ningún peligro cuando quiera regresar al campamento de verano.

—¿Por qué dices esto?

—Porque los pawnees son muy rencorosos y no olvidan fácilmente las afrentas. No me extrañaría que cuando comience la primavera se movilicen para esperar vuestro regreso.

—Te gradezco la advertencia. Hablaré de todo esto con Enapay para conocer su opinión. Lo que decida te lo comunicaré enseguida.

—Yo también lo consultaré con los míos. Pero si finalmente decidimos ir, al menos deberíamos ser unos veinte o treinta jinetes por cada tribu.

—Me parece bien. Aunque un grupo tan numeroso será difícil que pase desapercibido.

—Por eso no te preocupes que nadie nos verá, porque no vive nadie por aquellas tierras. No entiendo qué quieres descubrir.

—Me resulta difícil aceptar que allí no hay otras tribus. Es por una simple cuestión de seguridad. Imagínate qué nos ocurriría si al regresar nos encontramos ocupadas nuestras mesetas de invierno.

—Que no tendríamos capacidad para recuperarlas por su buena posición estratégica, ni tiempo para buscar otras. Caería el invierno sobre nosotros y moriríamos congelados en medio de las heladas praderas —contestó Shappa sin dudar.

—Pues por esa razón me parece importante averiguarlo a

fondo.

Cuando los dos hombres se separaron José se quedó muy pensativo. Por un lado, reconocía que las advertencias del coloso guerrero tenían mucho fundamento y por tanto había que tenerlas muy en cuenta. Por otro, la inquietud que le producía la posibilidad de ser atacados por la espalda desde las tierras del norte le llevaba a buscar una solución encaminada a resolver cuanto antes ese indudable riesgo.

Ahora debía valorarlas por orden de relevancia y decidir si exponía ambas a la vez a Enapay, lo que suponía un empleo de demasiados guerreros que dejarían algo desabastecido el campamento de invierno, o por el contrario primero una y después de haberla realizado se plantearía la otra, en cuyo caso el factor tiempo jugaba en su contra tal como él lo veía.

De lo que estaba convencido era que no se podía realizar la exploración del norte si estaban ubicados en el campamento de verano porque la distancia resultaba muy superior y además se necesitaban todos los guerreros disponibles para proteger el campamento de sus mortales enemigos, los pawnees.

Después de mucho cavilar, a sabiendas de lo que le contestaría el gran jefe de los perros cazadores, decidió exponerle ambas cuestiones a fin de que tuviera una visión lo más completa posible de lo que realmente ocupaba sus pensamientos y colmaba sus preocupaciones.

Capítulo XXIX

En la primera ocasión que se le presentó, José pidió reunirse a solas con su suegro y prácticamente de inmediato consiguió su propósito. Después de contarle el contenido de la última conversación que mantuvo con Shappa y de exponer sus reservas sobre los territorios situados más al norte, esperó pacientemente a que Enapay emitiera sus consideraciones. Sabía que era un hombre reflexivo al que le gustaba tomarse su tiempo antes de opinar, sobre todo en los asuntos importantes. Por eso no se intranquilizó cuando pasados unos minutos todavía no conocía su respuesta, ya que pensó que cuanto más tardara más le interesaban las propuestas que le había presentado.

El viejo jefe no apartaba su profunda mirada de la delgada figura del soldado, quien aguantaba estoicamente la postura sin inmutarse lo más mínimo. El interior de aquella tienda donde vivía Enapay estaba cargado de recuerdos de toda una vida, que de vez en cuando, y de reojo, le servían al joven dragón de entretenimiento mientras esperaba el veredicto. Reliquias familiares se combinaban con trofeos arrebatados al enemigo en grandes batallas ganadas.

Cada detalle, cada objeto tenían su propia historia y muchos de ellos estaban acompañados de anécdotas de relevancia que ayudaron a formar el carácter de liderazgo de aquel bravo guerrero, consciente de que ya estaba bien entrado en años. Todas las recordaba como si hubieran sucedido en un ayer cercano, posiblemente porque las repasaba de continuo para no olvidarlas.

Tal vez, esa era la razón por la que al invitado le daba la impresión de adentrarse en un museo viviente que contaba la historia más significativa de la tribu de los perros cazadores. Después de toda una mañana dedicada a una rigurosa visita,

apenas daba tiempo para conocer los antecedentes de uno o a lo sumo dos de los tesoros allí expuestos.

—La plenitud de la primavera está más cercana que la finalización del invierno. Cada vez los días son más benignos y nuestro pueblo desea salir cuanto antes para recorrer las praderas. Pero eso mismo les ocurre a las otras tribus vecinas, sean amigas o enemigas. Esta es una estación en la que hay que prestar una especial atención para no sufrir emboscadas.

—¿Y cómo consigues que los más pequeños lo tengan en cuenta?

—Consiste en enseñarles que lo más importante para su supervivencia es que se fijen en todo lo que los rodea, mucho más que en otras ocasiones. Porque la primavera no perdona descuidos y suele cobrarse las vidas de aquellos despistados que no obedecen las normas. Desde que son pequeños nuestros niños aprenden que el más leve ruido, la más pequeña desbandada de insignificantes animales, un efímero olor por lejano que les parezca, puede significar la frontera que marque la vida o la muerte.

—¿Entonces, qué piensas sobre la advertencia de Shappa?

—Que tiene toda la razón. En circunstancias normales no tomaría ninguna medida adicional para regresar al campamento de verano. Pero esta vez hemos hecho mucho daño a nuestros enemigos y es muy posible que nos esperen apostados en cualquier lugar. Ya lo había pensado, pero nuestro primo lakota se nos ha adelantado. Por eso, quiero que elijas a un grupo de nuestros mejores guerreros y te adelantes para rastrear la zona. Solamente iniciaremos el camino de regreso cuando hayas regresado y tengamos la completa seguridad de que no sufriremos ningún ataque antes de que estemos debidamente instalados.

—¿Y en cuanto a lo de explorar las tierras del norte?

—Reconozco que ambos tenéis razón en vuestras apreciaciones. Pero presiento que en la tuya hay una parte importante de interés personal. No digo que quieras utilizarnos para otros fines; pero tu espíritu aventurero algunas veces te puede. Ni siquiera lo considero un atributo malo, pues debe ser una característica común en vosotros. Si no la tuvierais todos

los de tu raza, no sería posible explicar vuestra presencia en tierras tan lejanas a las que os vieron nacer. Pero nuestras necesidades actuales son otras muy distintas.

—¿Entonces, no te parece bien acometer mi propuesta?

—No por el momento. Creo que tendremos que esperar para otra ocasión más propicia. No podemos dividir nuestras fuerzas. Además, ocurrió hace muchas estaciones que los crees se unieron a los ojibwas para expulsarnos de nuestras tierras de antaño.

—¿Quiénes son los crees?

—Los indios que ahora viven más próximos a nuestros territorios por el norte. Pero en estos momentos están muy entretenidos con sus problemas. Hubo un día que los diablos extranjeros, esos que se llaman ingleses y franceses, los armaron y ayudaron para conseguir sus propósitos de expulsarnos. Nos superaron en todo y por eso nos vimos obligados a abandonar nuestras tierras sagradas para buscar una nueva ubicación muy alejada de los antiguos dominios. Desde entonces, nunca hemos tenido conocimiento de la existencia de tribus tan al norte que supongan una amenaza para nuestra seguridad. Aquella fue una experiencia muy dura que no me gustaría que se repitiera. Pero de algo malo también surgió una cosa positiva pues aprendimos la lección y ahora somos una confederación de tribus siux muy numerosa que nos hemos unido precisamente para evitar que otra vez nos vuelva a ocurrir lo mismo. Pienso que son suposiciones tuyas bienintencionadas, que si bien merecen la pena que comprobemos, pueden esperar un poco más de tiempo. Al menos, hasta que las cosas se calmen con los pawnees.

—No comprendo cómo podéis pensar que sois los únicos interesados en habitar por estos lugares. Si lo han hecho una vez, no veo inconveniente para que lo puedan llevar a cabo en una segunda ocasión. ¿Acaso no te sirve como referencia mi propia existencia entre vosotros? ¿Es que no podéis contemplar la posibilidad de que puedan venir otros a quitarnos lo que es nuestro? ¿No será mejor que estemos preparados, aunque nunca se produzca ese ataque, a que nos cojan por sorpresa? ¿No dices tú mismo que lo mejor es saber adelantarse a los

acontecimientos? ¿Que precisamente es ahí donde reside la sabiduría de un buen jefe?

—Me gusta que utilices mis palabras cuando te son necesarias. Eso demuestra que cuando te hablo estás atento a lo que digo. Eso me enorgullece. Pero a pesar de entender tus razonamientos, mi obligación es de proteger a la mayoría de mi pueblo para que nada les ocurra. Además, la experiencia de los crees y de los ojibwas no fue buena, pues después de que nos expulsaran, también ellos corrieron nuestra misma suerte a manos de quienes con tanto empeño los ayudaron en su campaña. Esa es una lección que jamás olvidarán y no creo que quieran repetir la experiencia. Desde hace algunos años, los franceses e ingleses combaten sin cesar por controlar el mayor territorio posible más al norte, allí donde las nieves cubren la tierra casi todo el año, y esas luchas los desgastan tanto a ellos como a las tribus que viven en esa zona, porque están obligadas a tomar partido por alguno de los dos bandos. Los extranjeros les prometen muchas cosas pero jamás cumplen la palabra dada. Ellos lo saben, pero callan y aguantan para no tener que emigrar como hemos hecho muchos. Eso nos beneficia ya que no tienen soldados ni suficientes guerreros para invadirnos. Si los crees llegaran a cruzar la frontera del norte, morirían tantos que empaparían las praderas con su sangre.

—Pero eso puede cambiar en cualquier momento En cuanto haya un vencedor.

—Siempre lo hemos hecho así, y hasta ahora hemos conseguido sobrevivir a mil calamidades. Si algo malo nos viniera desde las tierras olvidadas del norte, seguro que lo sabríamos con bastante antelación.

—¿Por qué?

—Porque aparecerían señales evidentes de lucha. En estas cuestiones, la naturaleza tiende a adelantarse al mejor de los mensajeros.

—¿Qué señales serían esas?

—Muchas. Por ejemplo, las aves volarían en grandes bandadas asustadas que buscarían otros asentamientos fuera de su época de emigración. Los bisontes huirían hacia el sur fuera

de su temporada habitual de cambio. Además, nuestros primos los lakotas serían los primeros en localizar el problema y seguro que nos avisarían o nos pedirían ayuda. Ellos viven más al norte que nosotros y se enterarían antes. En general, los animales de los bosques cambiarían sus costumbres y lo notaríamos enseguida. Son demasiadas modificaciones que no pasarían desapercibidas para nuestro pueblo. Créeme. Estaríamos preparados para defendernos desde nuestra meseta de cualquier ataque.

—Pues eso es lo que realmente me preocupa. Que ocurra cuando nos encontremos en el campamento de verano o en medio de ambos recorridos y sin ninguna protección donde acudir.

—Quiero que entiendas que nuestros poderes son muy limitados porque somos un pueblo pequeño que tiene grandes enemigos. No puedo tener dos frentes abiertos, uno delante y otro a la espalda. Lo que tenga que ocurrir en nuestra contra sucederá sin que tengamos a nuestros guerreros desperdigados en los extremos de las praderas. Piensa que si nos atacan los pawnees y no somos suficientes para defendernos, los bravos que se queden en el norte no me lo perdonarán nunca. Me preocupan las tribus cercanas de pawnees y ojibwas, porque nos pueden hacer mucho más daño que las que están lejos.

—Creo que no necesitaríamos muchos hombres para vigilar los pasos del norte.

—¿Cómo lo sabes, si nunca has estado allí? La información que yo poseo indica que es una región inhóspita donde la vida resulta muy difícil. Además, aquel territorio es aún más grande que este, lo que significa que puede haber incontables caminos por donde transitar. Por tanto, controlarlos todos resultaría una misión prácticamente imposible para nosotros.

—Los españoles hemos padecido en nuestras carnes el empuje de las tribus situadas más al norte, porque estas a su vez fueron desplazadas por otras que también sufrieron la misma suerte. Al final resultó un efecto contagio que a todos perjudicó. Te lo cuento porque no quiero que a los perros cazadores les ocurra lo mismo.

—Y yo agradezco tu preocupación. Pero si eso llegara a

suceder, nuestra posición estaría al lado de nuestros hermanos, las otras tribus siux, para cumplir nuestros compromisos de alianza. Si todos juntos somos derrotados, quiere decir que ningún clan por separado se habría salvado de la invasión enemiga. Por tanto, ¿para qué preocuparse ahora?

—Como quieras. En cuanto comience el deshielo, partiré para comprobar que no existe peligro alguno para que los nuestros puedan emprender el camino hacia el campamento de verano.

—Me parece bien.

José aceptó la decisión de Enapay, pero en su interior quedó latente la necesidad de conocer lo que ahora se le había negado. Era consciente de que tarde o temprano acabaría por visitar aquellos territorios, aunque para ello tuviera que alejarse del grupo. Cuando llegó hasta su tienda, Mahpee Yahto le esperaba cariñosa para conocer sus impresiones. Después de relatarlas, y de sincerarse con ella en cuanto a su gran interés por ir hasta allí, esta le abrió su corazón.

—Si decides ir, yo marcharé a tu lado. No me importa la estación que sea del año, ni los peligros que corramos. Si es tu deseo explorar mucho más al norte, te acompañaré sin preguntar nada.

La bella india siux no recibió ninguna respuesta, pero José la abrazó contra su pecho para besarla tiernamente en la boca, mientras ella recostó su cabeza para dejar caer su largo cabello sobre el hombro de su hombre.

Los días trascurrieron muy rápidamente, entretenidos con largos paseos a caballo o caminatas por los alrededores que aprovecharon para hablar de infinitas cosas que a ambos les interesaban. José se preocupaba por aprender todo lo que podía sobre la cultura y el idioma del pueblo de su mujer, y su maestra ya tenía serias dificultades para enseñarle algo que fuera nuevo.

Pero jamás les faltó una alegría compartida por el mero hecho de estar juntos y de verse queridos por la persona que más amaban en el mundo. Entre los dos supieron crear un escenario de ensoñación e hicieron que su particular universo se moviera en torno al poblado y a los lugares cercanos.

Aunque pequeño, aquel dominio siempre les pareció más que suficiente para poder ser felices.

Enseguida llegó el fatídico momento de la despedida, que aunque temporal y seguramente corta, a los dos les pareció que les iba a suponer toda una eternidad. La noche anterior mantuvieron un intenso encuentro amoroso, porque aparte de que se querían con locura, ambos habían aprendido a vivir el día a día como si fuera el último de su existencia. Tenían asumido como algo que entraba dentro de lo posible, que en aquellas peligrosas incursiones cualquier cosa podría suceder, y de la noche a la mañana verse privados para siempre de la compañía del otro.

Ella sabía que debía proteger el campamento por el bien de la comunidad, pero en contra de lo que ocurrió en otras ocasiones, esta vez no protestó por tener que permanecer al lado de su padre y renunciar a lo que más le gustaba: participar activamente en las correrías de los guerreros más valientes. Comportamiento que de veras extrañó a su marido. Sin embargo, tampoco quiso decir nada.

Al igual que el resto de la tribu, ambos sabían que resultaba primordial anticiparse a cualquier movimiento del enemigo, y así lo interpretaron aunque no por ello les agradó aquella separación momentánea. Aunque Mahpee Yahto mostró en todo instante su mejor cara, la verdad es que no pudo evitar sentir en su interior una especie de temor infundado acerca de la seguridad de José si finalmente eran atacados mientras inspeccionaban el camino de regreso al campamento de verano.

No acompañarle le hizo imaginar situaciones tenebrosas que pudieran sucederle. Pero de manera inteligente, acalló sus temores para no agobiarle aún más de lo que estaba. En esta ocasión, aunque el dragón de cuera quiso dejar a Chato al cuidado de su esposa, esta le convenció al hacerle ver que en lo alto de la meseta estaban muy seguros y que por el contrario, el mastín necesitaba correr, olfatear a campo abierto y salir del campamento para recuperar la forma física.

Los tres franceses retenidos permanecieron con plena libertad de movimiento durante el invierno, pues bien sabían

que no podían ir a ninguna parte. Hombres astutos, no intentaron hacer ningún movimiento extraño pues conocían la pena que sufrirían si causaban algún mal a alguien de la tribu. Esperaban la primera oportunidad que se les presentara para escapar, pero eso mismo también lo sabían José y sus amigos. Por tanto, cuando el soldado los avisó de que los acompañarían al campamento de verano sintieron un especial regocijo en su interior, que pronto fue acallado por el propio dragón de cuera.

—No penséis que se me ha pasado por alto que intentaréis escapar en la primera oportunidad.

—¿Y tú qué harías en nuestro lugar?

—Posiblemente lo mismo. Pero vuestro mayor problema se llama Chato.

—Ya hemos oído a los indios contar cuentos sobre tu perro. Ahí creo que te equivocas, español. Nuestra mayor desgracia es que te has casado con la hija del jefe y que nunca nos dejarás marchar por temor a que descubramos a los pawnees el campamento de invierno.

—Igual que yo os comprendo, espero que vosotros entendáis mi situación. No puedo permitir que pongáis en riesgo la seguridad de mi familia.

—¿Y si te hacemos la promesa solemne de no contar nada? ¿Serviría para convencerte?

—Me temo que no.

—¿Aunque lo juremos sobre una Biblia?

—Por desgracia, los europeos no tenemos arraigado el sentimiento religioso como lo tienen los indios. Somos creyentes viejos y eso nos deja en una posición bastante precaria en cuanto al cumplimiento de los juramentos divinos.

—¡Somos buenos creyentes! Tenemos la misma religión que tú. Por el amor de Dios, debes ayudarnos.

—¡Ni aunque lo jurarais por la salvación de vuestras almas y de las de vuestras madres os creería! Entended que vuestra libertad está ligada directamente con la supervivencia de los perros cazadores.

—¿Qué vas a hacer con nosotros?

—Mientras nos sirváis os mantendré con vida.

—¿Para qué nos necesitas?

—Para comprar municiones, pólvora y proyectiles. Los franceses no nos venderán a ninguno de nosotros, pero sí a compatriotas que hagan negocios con los pawnees. Uno de vosotros negociará mientras que los otros dos permanecerán retenidos en el campamento. Si no regresa, ya sabe lo que les ocurrirá.

—¡Prefiero ir yo el primero! —se ofreció uno de los franceses.

—¿Por qué tú?

—Porque yo regresaré.

—¿Cómo puedo estar seguro de que no mientes y solo quieres salvarte?

—La seguridad plena nunca la podrás tener. Pero nosotros dos somos hermanos y te juro que nunca le abandonaré. —Señaló a uno de los dos franceses.

—Esa es una buena razón.

—¿Y tú? ¿Harías lo mismo por tu hermano? —le preguntó al otro.

—Ten la completa seguridad de que no haré nada que le perjudique.

—Esta información cambia sustancialmente las cosas —exclamó José.

—¡Es mentira! ¡No son hermanos! ¡Se han confabulado contra mí!

Gritó el tercero con la esperanza de crear dudas en la opinión de José.

—¿Podéis demostrar lo que afirmáis?

—Estas son nuestras credenciales. Comprueba tú mismo nuestros apellidos y demás datos.

—Es verdad.

—Lo que está claro es que tú no puedes acompañarnos para realizar las transacciones, porque no tienes ningún vínculo afectivo con estos hombres. Además, has demostrado ser mentiroso e interesado.

—¡Entiéndeme! Mi posición ha quedado muy debilitada. Juraron no revelar esta información y en la primera dificultad que se ha presentado, mira lo que han hecho. Ahora, ya no te

sirvo para nada y mis horas están contadas.

—Te equivocas, francés. Nosotros no matamos a indefensos. Voy a darte un importante cometido para que puedas salvar la vida.

—¿De qué se trata?

—Enseñarás a hablar francés a los niños y a algunos adultos. Eso facilitará que puedan entender las conversaciones de los dos hermanos cuando negocien. Solo así conservarás intacta la cabellera.

—¡Cuenta con ello! —contestó el tercer francés agradecido.

—Ahora acompáñame a mi tienda para que te presente a tus futuros alumnos. Vosotros dos podéis dejarnos —dividió a los franceses.

Pero una vez en el interior del tipi de José, este le dijo una cosa más.

—Escúchame bien lo que te voy a pedir.

—Te escucho —contestó el francés.

—Tienes toda la razón en sospechar que te has quedado en minoría, pues el trabajo que te he encomendado bien lo puede realizar cualquiera de los hermanos.

—¿Entonces?

—Esa va a ser tu tapadera. Pero en realidad, quiero que hagas otra cosa más importante.

—¿De qué se trata?

—La única posibilidad que tienes de salvar la vida es que actúes como espía de tus amigos.

—No se han comportado como amigos.

—¡Mejor aún! Así no tendrás remordimientos de conciencia.

—¿Qué quieres que haga?

—Debes contarme lo que se les pase por la cabeza. Si quieren traicionarnos, engañarnos o cualquier cosa que se les ocurra. Debes comprender que lo malo que nos hagan será repercutido directamente sobre ti y yo no podré evitarlo.

—Lo entiendo. Cuenta conmigo.

José entendió que la única manera de mantener controlados a los tres franceses consistía en crear dos bandos enfrentados, y la oportunidad le vino que ni pintada cuando los dos hermanos intentaron dejar aislado al tercero, porque pensaron, no sin

fundamento, que cabía la posibilidad de que cuando le tocara ir a alguna negociación los dejara abandonados a su suerte e intentara escapar cuando se encontrara protegido por otros compatriotas.

Era un riesgo que se debía correr, pues cualquiera de los tres lo podía hacer sin atender a los lazos consanguíneos. Pero el soldado contaba con que su espía le contara las posibles desavenencias que surgieran entre los hermanos para saber a quién de ellos debía tener más vigilado.

Capítulo XXX

Las razones para regresar al campamento de verano eran muchas y todas estaban encaminadas a proteger la subsistencia del grupo. El mero hecho de tener que asegurar la obtención de las necesarias municiones de las armas era motivo más que suficiente para acercarse a las rutas comerciales y a los asentamientos de los comerciantes franceses, si no querían que los mosquetes quedaran inservibles en poco tiempo y los perros cazadores a merced de sus enemigos. Venían de un territorio vedado para los intrusos y si permanecían ocultos en aquellos parajes no podrían contactar con sus futuros suministradores. Los indios siux lo sabían y no dudaron en desplazarse en busca de quienes podían satisfacer sus necesidades.

Seguramente, fue así como conocieron a los primeros comerciantes franceses. Pero la codicia y las ansias de conquista por parte de los europeos crearon disputas imposibles de superar entre los nativos de aquellas tierras que acabaron por posicionarse en bandos irreconciliables; clanes familiares cuyos jefes juraron en repetidas ocasiones que sus muertos no estarían vengados hasta que acabaran con el último miembro de las tribus rivales.

Por otro lado, la obtención de suficiente carne para secar y poder pasar el invierno sin ninguna preocupación alimentaria era otro motivo fundamental que los obligaba a acudir a los territorios de caza a la espera de que apareciera el apreciado bisonte. Porque en las tierras del norte eran pocos los días en que abundaba la caza, ya que al igual que los indios siux, los animales también buscaban los lugares más cálidos en cuanto se retiraban los hielos y cesaban las nevadas.

Aquella expedición al campamento de verano supuso un reto para el joven dragón de cuera, quien por primera vez lo hizo en calidad de destacado miembro de la tribu. Debía velar

por la seguridad de todos y esa responsabilidad le hacía sentirse algo incómodo; quizás, un poco temeroso de que un error suyo acabara con las esperanzas de muchos que creían en él y le habían conferido la protección de sus propias vidas. Antes, solo tenía que preocuparse de su tutela, en muchas ocasiones ayudado por el instinto de su inseparable Chato, por lo que si se equivocaba no tenía que dar explicaciones a nadie. En cambio, ahora, era consciente de que el más mínimo descuido podía suponer un quebranto de consecuencias irreparables que sufrirían los más débiles del clan.

El día que decidieron explorar la seguridad de las tierras camino al sur, toda la tribu salió para acompañarlos hasta la base de aquella inexpugnable meseta que tan bien les sirvió de refugio durante el invierno. Entre ellos, también se encontraban el francés que había sido encargado por José para que enseñara su idioma y uno de los hermanos, que con cara de preocupación se despidió del tercero, quien situado en medio de la formación apenas tenía ganas de emitir el más breve de los saludos, y mucho menos de soltar una mueca parecida a lo que debía ser una leve sonrisa.

Entre los que salieron a despedirlos se encontraban Mahpee Yahto y su padre, el jefe Enapay, que vestidos con sus mejores atuendos no quisieron ausentarse de tan entrañable acto. El ropaje era simbólico y muy necesario que fuera el más apreciado, porque esa última imagen sería la que acompañaría al guerrero durante su ausencia. El máximo responsable no quiso que se marcharan sin antes dirigirles unas palabas que sirvieron para enardecer los corazones de sus bravos.

—¡No existe mayor sacrificio ni mayor entrega que la que hace un hombre por su familia! ¡Pensad que en vuestro acierto está depositada la supervivencia del grupo! Por lo tanto, manteneos alerta hasta que exploréis toda la zona y quedéis convencidos de que las mujeres y los niños no correrán ningún peligro. ¡Ellos significan el futuro y debemos preservarlo de nuestros enemigos!

Los gritos de conformidad, que se prolongaron durante varios minutos, salieron de las gargantas de los allí presentes como si fueran de una sola persona. Acabados, apenas tuvieron

tiempo para recobrar aire cuando a lo lejos vieron que se acercaba una comitiva de guerreros a caballo. En cabeza marchaban los jefes más importantes ataviados con sus mejores plumajes, entre los que se encontraba Shappa.

—¡Son nuestros primos los lakotas! ¡Todos los años vienen a despedirnos de la misma manera! —Chaska informó a José.

—¿Cómo sabían que nos íbamos hoy?

—Nosotros estamos en permanente comunicación. Es la mejor manera de protegernos.

—Me alegra veros de nuevo —saludó Shappa.

—Para nosotros es una alegría que vengáis a despedirnos —contestó Chaska.

—Para mí es la primera vez, pero también me alegra que estéis aquí —añadió José.

—Este año me quedo mucho más tranquilo que en veces anteriores, porque sé que mis primos cuentan con tu valiosa ayuda.

—Valoro en mucho tu cumplido.

—Me gustaría acompañaros con algunos de mis hombres.

—Será un placer tenerte entre nosotros. Pero ¿no tienes que explorar las tierras del asentamiento de verano? —contestó Chaska.

—Este año nos desplazamos hacia el territorio amigo de los cheyenes. Allí somos muy bien recibidos. No habrá ningún problema, porque esperaremos a que nuestros aliados nos avisen cuando todo esté preparado. No quiero quedarme tanto tiempo inactivo y prefiero ir con vosotros. Así podré ver de cerca cómo actúa sobre el terreno el gran dragón de cuera.

—Es un honor que no merezco —contestó José emocionado.

Junto con Shappa y sus bravos, un contingente de cincuenta guerreros se situó tras la estela de Chaska y de José repartidos en dos filas que se enorgullecieron por mostrar los más bellos ejemplares de equinos que jamás vieron en lugar alguno por aquellas vastas praderas.

Después de los gritos de despedida y de algunas cortas carreras de los mejores jinetes, que sirvieron para obtener las más vibrantes ovaciones y desentumecer los músculos de las patas de los animales, se alejaron veloces como el viento en

busca de los grandes espacios abiertos.

El grado de cautela fue en aumento conforme se alejaron de la seguridad de la meseta, pues no ignoraban que conforme se adentraran en las grandes praderas la competencia por controlar los mejores sitios iría en aumento, amén de la sed de venganza que de una estación para otra quedaba guardada en el corazón de las iras para aquellos que habían sufrido algún importante agravio que exigía una pronta reparación en forma de cabelleras enemigas.

—¿Por qué esa costumbre de arrancar las cabelleras? —preguntó José a sus dos acompañantes.

Ambos se miraron y se extrañaron de semejante pregunta.

—¡Nosotros lo aprendimos del hombre blanco! —contestó rápidamente Shappa.

—No sería de nosotros —replicó José.

—Nunca hemos combatido contra españoles. Pero fueron los primeros franceses con los que nos enfrentamos quienes arrancaron a nuestros hermanos abatidos los cabellos situados en la parte superior de la cabeza.

—¡Traed al francés! —solicitó Chaska.

—¡¿Por qué arrancáis las cabelleras a los indios enemigos?! —le preguntó cuando le tuvo delante.

El hombre se mostraba temeroso porque esperaba lo peor y no pronunciaba una sola palabra.

—¡Habla de una vez! ¡Te prometo que no te sucederá nada malo, digas lo que digas! —José intentó tranquilizarle.

—Os puedo asegurar que yo nunca he arrancado la cabellera a ningún indio —contestó balbuceante.

—¡No es eso lo que te hemos preguntado!

—Al principio, la única manera de cobrar la recompensa por cada indio abatido era presentar su cabellera. Las autoridades pensaron que era la mejor prueba y lo que menos pesaba para transportar bajo el cinturón de los cazadores. Luego, cuando dejaron de pagarse, siguió la costumbre porque muchos consideraron que eran lo más parecido a un trofeo de guerra. No sé quién impuso la norma, ni quiénes fueron los primeros en ejecutarla. Pero se lo he visto hacer a tramperos, soldados, colonos e incluso a otros indios rivales a los que enseguida les

gustó el rito de cortar al vencido por debajo del cuero cabelludo.

—¡Trofeos de caza! ¡Recuerdos de guerra! ¡Inaudito! ¡Increíble! —exclamó José indignado.

—¿Acaso vosotros no guardáis trofeos de vuestras victorias en el campo de batalla? —intervino Shappa con otra pregunta.

—Yo, desde luego que no.

—Pues debes ser el único.

—Tampoco nadie que yo haya conocido.

—Todavía eres muy joven, mi amigo. Tienes mucho tiempo por delante para ver cualquier cosa que aún no sospechas.

—En mi ejército se condecoran los actos de valor con medallas, ascensos, distinciones e incluso subidas de salarios. Pero nunca escuché que se coleccionen partes del cuerpo de los enemigos.

—Tal vez, hayas prestado servicio durante poco tiempo y no has podido conocer en profundidad los verdaderos sentimientos de los soldados que se enfrentan todos los días a la muerte a través de escaramuzas contra las distintas tribus que amenazan los territorios que palmo a palmo conquistáis por la fuerza.

—Puede que así sea. Pero con nuestra llegada las tribus han aprendido muchas cosas buenas que les han servido para salir de su estado de permanente atraso.

—¿Te has parado a pensar en el descalabro que ha producido la intervención extranjera en muchas familias al privarles del sustento del padre? ¿Acaso ellos os han pedido que los salvéis de una ignorancia que por desconocimiento no necesitan para nada?

—Este es un proceso imparable que no depende de un solo soldado como yo. Si no son los españoles, serán los franceses o los ingleses.

—Ese es el verdadero problema. Sois tantos, que no podemos hacer absolutamente nada más que resistir el tiempo que podamos y presenciar cómo desaparece nuestro mundo y nuestras costumbres

—No he querido decir eso.

—Sé lo que has querido decir. No te culpo por nada, porque

he aprendido a distinguir a los hombres que están alejados de los pensamientos de quienes les mandan. Desconozco el futuro que nos aguarda, y el tiempo que tenemos todavía de margen para mantener intacta nuestra manera de entender la vida. Pero sí te puedo garantizar que emplearemos hasta el último suspiro por mantenernos libres como el viento.

Aquella conversación intensa con Shappa le provocó un malestar muy profundo como jamás había sentido el joven dragón. Tanto, que el resto del día apenas habló con nadie y se limitó a observar cualquier indicio que supusiera la presencia humana en la zona. Ni Chaska ni Shappa quisieron molestarle pues de sobra conocían que en su interior se libraba una de las batallas más duras que un hombre puede llevar a cabo: el primitivo y despiadado combate contra la propia conciencia. Ese que nunca termina y deja al único combatiente en liza exhausto de fuerzas.

Por un lado, se sentía querido por ese pueblo que tanto se alegró de que contrajera matrimonio con Mahpee Yahto, aunque no terminaba de entender por qué le habían aceptado tan bien a pesar de ser uno de esos extranjeros que tantas penurias y desgracias les acarrearon con su llegada. Por otro lado, entendía que existiera odio y prevención contra ellos en el corazón de los indios, en cuanto que fueron los culpables de arruinarles su forma de vida; una manera de vivir propia que les gustaba y que realizaban desde tiempos inmemoriales.

Sin embargo, hubo un comentario que le hizo Chaska que en cierta medida sirvió de bálsamo reparador para sus pensamientos.

—Sé que ahora lo pasas mal. Pero creo que no debes preocuparte tanto, hermano. Hay otra verdad que no te hemos contado.

—¿Cuál es?

—Que las tribus indias llevamos con peleas internas desde que el Gran Espíritu creó el sol y la tierra. Muchos clanes se han servido de la ayuda de los extranjeros para saldar viejas deudas pendientes y expulsar a sus vecinos de las tierras que ocupaban desde sus ancestros. Somos tan culpables como los conquistadores porque no hemos sabido ponernos de acuerdo y

formar alianzas duraderas y sólidas. Ese es el principal motivo de nuestras desdichas. Lo que ocurre es que Shappa solo quiere verlo como una víctima porque su única obsesión es la guerra y encuentra en la conquista de los extranjeros una buena excusa para alimentar la recuperación de nuestras tierras sagradas mediante la expulsión de los intrusos por la fuerza.

—¡La leyenda del lobo blanco y del lobo negro que pelean en el interior de cada hombre!

—Ya veo que has pensado en las palabras que nos contó mi padre. Pues entonces no tengo nada más que añadir. Ahora, saca tus propias conclusiones.

—Agradezco mucho tu sinceridad. No sabes lo bien que me han venido tus palabras.

Capítulo XXXI

Los guerreros siux se tomaron con mucha precaución la exploración de los territorios que debía transitar el resto de la tribu hasta llegar a la ubicación del campamento de verano que ya conocía José. Conforme descendieron, el clima se volvió más benigno y las grandes praderas comenzaron a cubrirse de flores y pastos.

La distancia que los mejores ojeadores podían alcanzar con un solo golpe de vista desde cualquier montículo por poco elevado que fuera les daba la rara tranquilidad de que no había nadie por los alrededores y, por tanto, que el enemigo se encontraba muy lejos y sin ninguna posibilidad de preparar alguna emboscada, a excepción de los grupos que pudieran permanecer escondidos en el interior de las numerosas masas forestales que salpicaban el terreno.

Quizás por ello, Chaska prefirió avanzar por el centro con el fin de facilitar a sus guerreros el tiempo suficiente para reaccionar ante cualquier amenaza.

Sin embargo, cuando llegaron a la altura de un bosque extremadamente frondoso, José avisó a sus compañeros de viaje de una circunstancia que le pareció muy importante.

—¡Chato se muestra muy nervioso!

—¿Por qué le ocurre eso? —preguntó Shappa muy intrigado.

—Si tuviera que apostar, me jugaría todo lo que tengo a que bajo esos árboles hay alguien que nos espía. Por mucho que intenten camuflar su olor con boñigas de caballos o pieles de bisontes, mi mastín detecta su presencia aunque solo pueda olerlos vagamente.

—Me extraña. Mis exploradores no han detectado a nadie —exclamó Shappa con sorpresa.

—¿Y si dejamos que Sunka Tanka Akicita actúe por instinto,

le seguimos y batimos la zona que nos indique? Así saldríamos de dudas —propuso Chaska.

—Si lo que apunta el joven dragón de cuera fuera cierto, sería una pérdida de esfuerzo enorme pues seguro que son muy pocos para presentar batalla y huirán en cuanto vean que nos acercamos. Si no los hacemos salir es imposible que los cojamos. Lo único que nos puede ocurrir es que perdamos algunos hombres para nada —opinó Shappa.

—¿Entonces, me crees?

—Nunca dejo de comprobar las cosas, aunque considere que son casi imposible que se lleguen a producir. En la engañosa confianza de poseer la verdad absoluta es donde reside la mayor estupidez del jefe. Eso jamás me ocurrirá a mí, sobre todo, si la seguridad de otros depende de la calidad de mis decisiones. Siempre lo he tenido muy claro. Prefiero perder tiempo a guerreros. Y con mayor razón si muchos de ellos son íntimos amigos de la infancia.

—Sabias palabras de un magnífico líder que me dan mucha tranquilidad —contestó José.

—De eso es de lo que precisamente se trata.

—¿Estás completamente seguro de que hay enemigos apostados bajo los árboles? —volvió a preguntar Chaska.

—No tengo ninguna duda.

—No podemos continuar adelante sin limpiar la zona de terreno que quede a nuestra espalda. Es un riesgo demasiado alto —señaló Shappa.

—No creo que sean muchos. Si así fuera, Chato no tendría tantas dificultades en localizarlos —apuntó José.

—¿Propones alguna acción en concreto?

—Que sigamos como si no nos hubiéramos dado cuenta. Pasaremos de largo y esta noche haremos una gran hoguera que podrán ver desde su posición. Pero unos pocos de nosotros regresaremos con Chato para sorprenderlos. Creo que necesitaremos a uno con vida para interrogarle. Es preciso que conozcamos los planes de los enemigos para anticiparnos.

—¡No será fácil sin son pawnees! —exclamó Shappa.

—¿¡Por qué!?

—¡Los pawnees prefieren morir en combate antes de caer

prisioneros! ¡Son despiadados pero no son cobardes!

Nada más rebasar aquellos tupidos bosques comenzó el atardecer, momento que decidieron emplear en buscar un buen sitio para pasar la noche al resguardo de cualquier sorpresa que pudiera producirse.

El numeroso grupo de indios siux hizo fuego sobre una pequeña loma situada en medio de una planicie desde donde se podía dominar una gran extensión de terreno completamente plano. A su alrededor, solo quedaba la impenetrable oscuridad que allí a lo lejos, donde se junta la tierra con el cielo, aparecía de vez en cuando salpicada por una extraña luminosidad mortecina que estaba compuesta de pequeños puntos muy lejanos; esa misma luz que ofrecen las incontables estrellas que compiten en belleza en lo más alto del firmamento.

Les daba mucha seguridad intuir que si existía esa partida de indios enemigos, podía ser fácilmente detectada por el mastín de José. A su vez, a ellos mismos se los visibilizaba desde cualquier resguardo de aquella inmensa llanura. Pero amparados en su elevado número, nada que no quisiera dar la cara significaba una preocupación. El hecho de que los tuvieran localizados no significaba nada, pues sabían que para hacerles frente se necesitaba casi un ejército de buenos combatientes; algo que todavía no habían detectado por la zona.

Conocían perfectamente el terreno y sus rastreadores se adelantaban el margen suficiente para facilitar una buena defensa en caso de que corrieran algún riesgo de emboscada. Pero lo cierto era que esas maniobras tenían pocas probabilidades de éxito debido al tamaño de la planicie que los rodeaba. El único momento que permitía la presencia de pequeñas patrullas de exploradores era precisamente mientras permanecieran camuflados bajo la espesura de las formaciones de aquellos grandes árboles que parecían marcar los límites de cada territorio igual que si fueran fronteras naturales.

A media noche José se hizo acompañar por Chato y cinco guerreros entre los que se encontraba el incansable y siempre ávido de peleas, Shappa. Abandonaron al grupo para volver sobre sus pasos e intentar sorprender a quienes los vigilaban

desde el interior de los bosques cercanos.

Dirigidos por el fino olfato del mastín llegaron hasta donde parecía se habían camuflado algunos observadores enemigos, pero no encontraron a nadie. Tan solo el rastro de algunos desperdicios de comida, señal evidente de una larga espera, lo que significaba que desde hacía algún tiempo los esperaban pacientemente.

—Esta manera de actuar no es la habitual de los pawnees —señaló Chaska.

—Creo que están acompañados por alguien más —añadió uno de los rastreadores.

—¿Por quién? —preguntó José.

—Deja que busque algunas huellas y te lo podré decir.

Al poco rato de inspeccionar el lugar y de comparar las distintas marcas que pudo localizar, el rastreador por fin encontró lo que buscaba.

—Estas pisadas no son de mocasines. Son del calzado usado por los soldados. Eso que vosotros llamáis botas.

—También pueden pertenecer a colonos —intervino José.

—Es cierto que dejan un rastro muy parecido. Pero no lo creo en este caso, porque el tacón se hunde demasiado sobre la tierra. Son botas de militares —insistió en rastreador.

—¡Son malas noticias! —exclamó Shappa.

—Si son soldados, solamente pueden ser franceses —continuó Chaska con su razonamiento.

—Eso quiere decir que los lazos entre pawnees y franceses se han estrechado durante este invierno —concluyó Shappa.

—También pudieran ser huellas de españoles —intervino José.

—No sueñes despierto, hermano. Por estas tierras nunca hemos visto a ningún soldado español, excepto a ti, y no creo que vengan jamás. El problema principal es que con la victoria sobre tus compañeros de armas, los pawnees se han crecido en la zona y además han demostrado a sus socios y a las otras tribus rivales su supremacía sobre el resto.

—No debieras estar tan convencido sobre lo que puede o no puede hacer un soldado español, porque bien pudiera ser que quedaras sorprendido de sus hazañas.

Al bueno de José le costaba mucho esfuerzo reconocer públicamente que sus compatriotas no habían respondido ante la primera derrota sufrida por los dragones de cuera. Para él, resultaba verdaderamente incomprensible que las cosas pudieran quedar así; olvidadas de esa manera tan impropia de un cuerpo de ejército que se autodefinía como el orgullo de la Corona española. Poco le importaba que su figura se considerara desaparecida; como si nunca hubiera existido para los diarios militares que mañana tendrían que contar lo sucedido. Pero sus padres adoptivos exigían desde sus tumbas una satisfacción que nadie les iba a proporcionar; eso era lo que realmente le dolía hasta lo más profundo de su ser.

—No lo digo por poner en duda su valentía. No quiero ofenderte, hermano. Pero mis hombres fueron muy claros cuando después de esperar durante largos días, regresaron con el convencimiento de que ninguna fuerza de castigo iba a salir del presidio de Santa Fe para vengar la muerte de tus compañeros. Desconozco las razones que les llevaron a tomar esa decisión, pero creo que los responsables no reaccionaron en el momento adecuado. Ahora que las relaciones entre franceses y pawnees han aumentado, es demasiado tarde —Chaska continuó con su razonamiento.

—Además, si fueran los temidos dragones de cuera quienes se ocultan, ya habrían dado la cara. Tú mismo nos has contado muchas veces que no son hombres a los que les guste esconderse, ya que prefieren entrar en combate a espiar al enemigo —intervino Shappa.

José se sintió muy molesto y no quiso contestar. Para evitar cualquier roce innecesario prefirió cambiar de conversación.

—Yo diría que son dos extranjeros los que han estado aquí acompañados por otros dos indios.

—Eso mismo pienso yo —contestó el rastreador.

—¡Que varios hombres sigan sus huellas hasta que averigüemos quiénes son y qué han venido a hacer en nuestras tierras! ¡El resto continuará con la labor de inspección del territorio! —ordenó Chaska.

Pocos días tardaron en regresar los exploradores con las peores noticias que podían imaginar. Aquellas huellas los

llevaron hasta una compañía francesa que se desplazaba a pie hacia la meseta que servía de asentamiento de invierno a los perros cazadores.

—¿Cuántos soldados son? —les preguntó Chaska.

—Son casi dos centenares de soldados que transportan algo muy pesado en el interior de unos carromatos. Los acompañan bastantes pawnees que actúan como guías y como fuerza de ayuda.

—¡Tenemos que regresar de inmediato! ¡Nuestras familias están en peligro! —exclamó José con mucha preocupación.

—No te preocupes; son pocos soldados para atacar la meseta. Jamás podrán subir. Morirán todos en el intento —opinó Shappa.

—¡No lo entendéis! ¡No necesitan subir! —insistió José.

—¡Explícate, hermano! —le pidió Chaska.

—Lo más seguro es que esos carromatos transporten un cañón y sus correspondientes municiones.

—¿Un cañón? ¿Qué es un cañón?

—¡Un arma muy poderosa que escupe a mucha distancia grandes bolas de fuego que arrasan todo lo que se encuentra en su camino!

—¿Pueden alcanzar el poblado sin tener que subir los soldados?

—¡Así es!

—¿Y nuestras familias?

—¡Morirán sin remisión si no llegamos a tiempo!

—¿Pero cómo es posible?

Preguntó Shappa todavía incrédulo ante semejantes afirmaciones, que para él sonaban a magia maligna.

—El problema es que nos han ganado la espalda y ahora debemos regresar a toda prisa para avisar a los nuestros sin ser vistos por los franceses y sus aliados —señaló José.

No hizo falta dar más explicaciones para que todos los guerreros actuaran como un solo hombre y emprendieran el camino de regreso. Sin embargo, conscientes de que sus caballos estaban muy cansados, no tuvieron más remedio que caminar durante largos trechos a fin de facilitarles el necesario descanso, y evitar así que cayeran reventados antes de llegar a

su destino.

Ahora se trataba de ganar una carrera contra el tiempo en la que la peor parte estaría determinada en perjuicio de los más débiles del poblado si no llegaban antes para impedir una masacre.

Capítulo XXXII

Los días parecían volar irremisiblemente y la preocupación de los guerreros siux comenzaba a tornarse en desesperación por la suerte que podían haber corrido sus familiares. Pero cuando se encontraron en las inmediaciones de la gran pradera que debía conducirlos hasta la entrada a la subida del campamento de invierno, José hizo que se detuvieran para analizar la situación.

Al principio, a pesar de que llegaron exhaustos, le costó bastante convencer a sus acompañantes de que debían dominar las ansias que sentían en aquellos angustiosos momentos; esas que los empujaban a entrar cuanto antes en combate. Sin embargo, el hecho de no escuchar ninguna estruendosa detonación era señal evidente de que aún no se había producido ningún bombardeo sobre el campamento.

Desde una posición dotada de buena visibilidad pudieron comprobar que el pequeño ejército francés se encontraba en formación de combate frente a la meseta. Se trataba de una compañía francesa de tropas coloniales de infantería que estaba complementada por un mortero con toda su dotación de servidores, y acompañada por un centenar de indios pawnees. Todos se encontraban preparados para intervenir cuando así se lo ordenara un capitán que estaba al mando.

Conforme se producían los distintos movimientos que podía apreciar José en la distancia, le servían para explicar a Chaska y a Shappa las distintas maniobras del enemigo y también cómo se encontraba la situación en cada momento.

—Los franceses se muestran muy confiados; muy seguros de su superioridad —comenzó su narración.

—¿Cómo lo sabes?

Preguntó Shappa, quien se mostraba como el más interesado por aprender el porqué de las diferentes posiciones que

aplicaban los invasores.

—Porque no han tomado precauciones para proteger su retaguardia. Están convencidos de que no hay nadie a su espalda que se atreva a atacarlos.

—¡Y están en lo cierto! Nosotros solamente podemos atacarlos por delante y hay demasiado terreno liso donde no podemos protegernos de sus mosquetes —añadió Chaska.

—Parece que se toman las cosas con bastante calma, lo que nos beneficia para poder recuperar las energías consumidas durante el regreso.

José parecía que ya tenía una decisión tomada y dejó de escuchar las recomendaciones de sus acompañantes.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Shappa.

—Pues que esperan una respuesta de Enapay. Los franceses tienen fama de ser muy caballerosos en las guerras, y lo más seguro es que el capitán le haya ofrecido una rendición honrosa.

—¡Mi padre jamás se rendirá!

—Pero eso no lo sabe el francés. Por eso debe preguntarlo.

—No me gusta esa manera tan extraña de perder el tiempo que tienen los extranjeros —exclamó Shappa.

—Ahora desciende uno de los hermanos franceses que tenemos prisioneros. Seguro que lleva la respuesta de Enapay. Le deben utilizar como intermediario. Habla con el capitán y gesticula demasiado. Se ha inclinado para hacer dibujos con una rama. Son muchas explicaciones las que facilita ese cobarde. Seguro que ya ha descrito la distribución del campamento. Ya no regresa. Se ha quedado con los soldados. Eso significa que la respuesta ha sido negativa y que el bombardeo comenzará dentro de un instante.

—Pero todavía queda otro francés en el campamento —Chaska hizo la observación.

—No parece importarles mucho, pues parece que pronto van a disparar el mortero.

—¿Qué hacemos?

—Los pawnees están también armados con mosquetes, pero se ven bastante menos numerosos de lo que nos dijo el rastreador. Eso significa que están escondidos en el interior del

bosque porque saben que en cuanto comience a disparar el mortero nuestros guerreros intentarán bajar y allí los esperan apostados. Igual que es buena la posición de la meseta con esa subida tan empinada y estrecha donde solo caben dos guerreros juntos, también es mala para bajar cuando lo necesitas, pues de igual manera te bloquean desde abajo la salida. De todos modos, son demasiados fusiles para que se asusten por nuestra presencia. El problema es que los guerreros de arriba no conocen el poder devastador de ese cañón y tampoco nos pueden ayudar porque están fuera de su alcance de tiro.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Shappa por esa afirmación tan rotunda.

—Mira los cuerpos de los soldados abatidos. Están separados por varios metros de los que permanecen en pie. Eso quiere decir que han retrocedido sus posiciones hasta que se han encontrado seguros. A esa distancia el mortero puede hacer blanco sin ningún problema. Tenemos que elaborar rápidamente una estrategia que los sorprenda y nos otorgue alguna posibilidad de victoria.

—¿Se te ocurre algo, hermano? —le preguntó Chaska muy angustiado.

—Los pawnees conocen vuestra manera de combatir y es seguro que se la han explicado a los franceses. Por tanto, esperarán una reacción parecida.

—Me da igual que sepan cómo vencernos. Solo sé que tenemos que actuar pronto porque la suerte de nuestras familias depende de nosotros.

No acababa de terminar la frase cuando sonó un ruido atronador parecido al del trueno cuando desgarra el cielo en plena tormenta. Los caballos se espantaron e hicieron ademán de salir en estampida. Pero por suerte estaban bien sujetos por sus jinetes, quienes a pesar de sus temores por ser la primera vez que escuchaban semejante detonación, aguantaron el tirón de sus monturas para evitar una catástrofe aún mayor si se escapaban de su control.

Los que no retiraron la mirada pudieron ver que el primer disparo del mortero salió bastante alto y acabó muy por

encima del poblado de los perros cazadores para acabar por estrellarse contra las paredes verticales de la gran roca que se alzaba desde la base de la plataforma de la meseta, que les servía de protección contra los vientos del norte.

A pesar de no atinar, los asustados indios siux pudieron comprobar de primera mano los destrozos que aquellas descargas producían sobre toda naturaleza que arrasaban en su camino. Rocas, plantas, tierras y animales quedaban calcinados cuando aquellas bombas explotaban sobre ellos.

Los servidores de la pieza de artillería enseguida corrigieron el ángulo de inclinación, pero el segundo intento también superó con creces la posición de los tipis. Lo mismo ocurrió con el tercero, aunque cada vez los proyectiles caían más cerca de su objetivo. Fue el quinto disparo el que hizo el blanco deseado ante la consternación de quienes presenciaban ocultos a lo lejos la terrible maniobra, y la confusión de quienes refugiados en el interior de sus tiendas se veían impotentes para protegerse de aquel estrago que se les venía encima.

Después de una descarga más, que también acertó en el centro del campamento, repentinamente calló aquella arma mortífera que acababa de causar tan importantes daños sobre los débiles defensores que nada podían hacer para contraatacar de una manera eficaz.

El capitán de la compañía estaba convencido de que con esa demostración de fuerza bastaría para doblegar la voluntad de Enapay, a quien exigió la inmediata rendición a través del prisionero francés al que volvió a enviar monte arriba a lomos de una mula.

—¿Por qué no acaba con ellos y nos marchamos cuanto antes de este sitio?

Preguntó el intermediario, quien claramente no tenía ninguna gana de volverse a cruzar la mirada con aquellos que hasta hacía unas horas habían sido sus carceleros.

—Por su bien debe hacer lo que le digo. El máximo responsable de estas tropas es mi superior, el coronel Pascal de la Colline Noire, quien antes de partir me ordenó encarecidamente, y sin ninguna escusa posible, que le llevara prisioneros para que pudieran ser debidamente interrogados. Si

continúo con el bombardeo no quedará ninguno con vida. Y le aseguro que no le gustará estar frente a ese hombre si no se atienden sus deseos.

—Yo no soy militar. No debo obediencia a ningún soldado.

—Olvidaré lo que ha dicho. Ahora cumpla mis órdenes o prepárese para ser fusilado inmediatamente.

—¡Esto es un atropello! ¡No tengo por qué subir para que me maten esos salvajes!

Dijo algunos improperios más que a nadie interesaron, y parecía que se mantenía en una postura remolona recostado sobre uno de los carromatos de abastecimiento de municiones que hacía presagiar el incumplimiento de la orden recibida. Pero en cuanto comprobó que el capitán mandaba formar un pelotón de fusileros y que dos de ellos le cogieron por los brazos para colocarlo delante de la pequeña formación, enseguida se mostró mucho más colaborador y obediente.

—Comunique al jefe de los perros cazadores que esperaremos hasta que el sol esté en lo más alto del cielo su respuesta y después se reanudarán los bombardeos. Dígale que ya tenemos cogido perfectamente el ángulo de tiro y que no hay posibilidad de nuevos errores.

—Eso no lo entenderá.

—Pues hágale ver a su manera que todos morirán y que su pueblo desaparecerá en unos minutos.

—¿Pero no necesita hacer prisioneros?

—¡Torpe! ¡Eso no lo sabe él, ni debe saberlo! De todos modos, los heridos también pueden hablar. Aunque no es mi primera opción porque es más trabajoso y lento transportarlos, igualmente me sirven.

Ya estaba algo rebasado el plazo de espera fijado, cuando la mula seleccionada para llevar hasta lo más alto de la meseta al mensajero francés regresaba de vuelta con alguien encima de sus lomos. Se trataba del mismo individuo que atado sobre el animal yacía sin vida como única respuesta del jefe Enapay. Aquello encolerizó sobremanera al capitán que de inmediato ordenó que comenzara un fulgurante ataque.

—O son rematadamente tontos, o no les ha debido parecer suficiente lo que ya han recibido. ¡Esperemos que ahora

comprendan la crítica situación en que se encuentran! —exclamó el capitán con ira.

Tres detonaciones se oyeron en un intervalo de diez minutos cada una, que retumbaron a lo largo de la extensa pradera, y causaron terribles consecuencias entre los moradores de la meseta que se protegían de la mejor manera posible acurrucados en las grietas y pequeñas oquedades que permitían las paredes verticales de la falda de aquella enorme roca que les servía de parapeto natural a su espalda, o bajo la escasa protección de las ramas de los árboles que se levantaban a su alrededor como gigantes conocedores de que estaban a punto de ser destruidos por la mano del hombre.

—¡Tenemos que hacer algo urgentemente o morirán todos! —gritó Chaska desesperado.

—¡Ataquemos sin más! ¡Los cogeremos por sorpresa! —añadió Shappa.

—¡No es una buena decisión! Hasta que lleguemos a sus posiciones hay suficiente distancia para que puedan reaccionar —José los contradijo.

—¡Los nuestros no podrán resistir! —volvió a gritar Chaska.

—¡Lo sé! ¡También está allí mi mujer! ¡Estoy igual de preocupado que vosotros! Pero tenemos que ser efectivos o nuestro sacrificio habrá sido en balde.

—¡No tenemos tiempo para elaborar ningún plan! ¡Hay que atacar ahora mismo! —Chaska continuó con su impaciencia.

—¡Espera un momento, al menos para que decidamos el tipo de ataque que queremos hacer! —insistió José.

—¡No aguantarán muchos más disparos! ¡Haremos lo que sabemos hacer y nada más!

—Si tienes tanta prisa por morir, te propongo algo rápido y efectivo.

—¡No hay tiempo para explicaciones! ¡Hay que salir a por ellos ahora mismo!

—¡No tardaré nada!

—¡Deja que hable! ¡No perdemos nada! —intervino Shappa.

—Los indios siux siempre atacáis en oleadas concentradas sobre un mismo punto que para los fusileros resulta muy fácil de defender si se sitúan en varias filas que se combinen en los

disparos. Mientras unos disparan sus compañeros de atrás cargan y así sucesivamente. Ahora realizaremos una única carga lo más extensa que podamos para que todos lleguemos al mismo tiempo. Así, los que caigan no entorpecerán la carrera de los que los siguen y tampoco darán tiempo a cargar los mosquetes. Ellos son inferiores en el cuerpo a cuerpo por lo que debemos alcanzar su posición cuanto antes.

—¡No sabemos hacer eso! —Chaska se mostraba reticente.

—¡Es el momento de intentarlo! —intervino Shappa.

—Cabalgaremos lo más rápido que podamos sobre nuestros caballos. Cuando se encuentren a tiro dispararemos un poco antes que ellos por encima de sus cabezas y enseguida nos tumbaremos sobre los lomos de nuestros animales para evitar que nos puedan alcanzar en su respuesta. Podrán herir a las monturas pero seguiremos a la carrera hasta darles alcance. Eso los confundirá y creará el pánico entre sus filas cuando vean caer a los hombres que están a su lado. Lo más importante consiste en no dejarles hacer un segundo disparo; obligarlos a combatir cara a cara.

—¡Pero será difícil que hagamos blanco si disparamos tan pronto! —planteó Chaska.

—¡No lo creas! Lo más seguro es que los alcancemos un poco más abajo de la altura de la cintura. Eso será suficiente para dejar fuera de combate a muchos soldados. Después de efectuar nuestro único disparo cogeremos las lanzas para preparar la carga al estilo de los dragones de cuera; esa que tantas veces hemos ensayado este invierno como divertimento para pasar el rato. Iremos al choque frontal contra sus líneas. Quizás ahora sirva para salvarnos la vida. Desmontados o a caballo, tendremos que emplearnos a fondo contra ellos para vencerlos.

—¡Misión difícil la que propones! —exclamó Chaska.

—¡A mí me gusta! ¡Es el mayor reto de mi vida! —opinó Shappa.

—¿Tenéis alguna alternativa mejor? —preguntó José.

—¡Ninguna! —contestaron los dos al unísono.

—Además, hay una gran diferencia entre los motivos de ambos bandos. Ellos pelearán por arrebatar un territorio a sus

dueños y para vengar las muertes de unos pawnees aliados que ni conocen. Nosotros lo haremos para salvar nuestras vidas y la de nuestras familias. Esa es razón más que suficiente para superarlos en intensidad y fuerza. Recordad; si conseguimos acercarnos hasta donde se encuentran, significará que estaremos a punto de ganar la batalla.

José los arengó con una firmeza en sus palabras que hizo que sus corazones vibraran de entusiasmo y esperanza. Se colocaron en una sola hilera a lo largo de una suave loma desde donde podían divisar los movimientos de la formación francesa. A la señal de José dieron rienda suelta a sus monturas para que avanzaran libremente hacia los enemigos, quienes percatados del inminente ataque tomaron las medidas oportunas. Aquella carga iba a suponer, nunca mejor dicho, el bautismo de fuego de aquellos formidables jinetes.

A pesar de los evidentes riesgos de fracaso, a ninguno de ellos les importaba demasiado que pudieran hacer blanco sobre sus cuerpos con tal de que los impactos recibidos sirvieran para que otros guerreros acabaran con la vida de aquellos intrusos. El único que parecía muy preocupado por su futuro era el otro intérprete francés, que al ver el fin que corrió su hermano pensó que algo similar le iba a suceder a él mismo a manos de los hombres de José. Sin embargo, solamente le obligaron a montar para acompañarlos en la carga que prepararon.

Mentalizados para llevar a cabo los planes de José, cuando todavía les faltaban algunos largos minutos para estar a la distancia de tiro adecuada, con inusitado asombro comprobaron que la mitad de los efectivos enemigos se giraban de posición para apuntar sus armas hacia su espalda.

—¡Son mis hermanos! —gritó lleno de satisfacción Shappa.

—¡Son nuestros primos los lakotas! ¡Vienen en nuestra ayuda! —corroboró Chaska.

Efectivamente, el pueblo de Shappa se preparó rápidamente para la guerra en cuanto tuvo conocimiento de la presencia de los invasores franceses y atacaba con todas sus fuerzas.

—¡Esta es nuestra mejor baza; la que debemos jugar a la perfección! ¡Es la máxima oportunidad que jamás tendremos! ¡Es como si nos hubiéramos puesto de acuerdo con nuestros

primos para atacar de una manera sincronizada! ¡La suerte está de nuestro lado! ¡No la desperdiciemos!

Gritaba una y otra vez José a sus hombres, quienes animados parecían materialmente volar sobre sus equinos. Seguro que a lo largo de la extensa historia militar española pocas cargas de caballería se realizaron con tanta rapidez y precisión.

La primera línea de defensa francesa recibió numerosos impactos, cuyas consiguientes bajas obligó a retroceder a los supervivientes para replantear unas nuevas defensas que parecían destinadas irremisiblemente a caer como débiles castillos de naipes ante la inminente embestida de aquellos demonios disfrazados de hombres de las grandes praderas.

Los bravos guerreros lakotas del poblado de Shappa, aunque extremadamente valientes, utilizaron su viejo método de ataque y fueron los que recibieron el mayor castigo. Pero sirvieron eficazmente para distraer a la mitad del contingente enemigo y así pudieron dar una excelente cobertura de ataque a los hombres que acompañaban a José, Chaska y al propio jefe Shappa.

La primera y única descarga de los mosquetes franceses no causó apenas bajas entre los indios siux que ya estaban a punto de enderezarse para cargar con sus lanzas. Quizás aquel reemplazo era demasiado joven y carecía de la experiencia necesaria y de la preparación adecuada para acometer aquella complicada empresa.

El caso fue que la mayoría de ellos no supo elegir el mejor momento para disparar sus armas porque se pusieron muy nerviosos al poder ver la fiereza de la mirada de aquellos que ya estaban a escasos metros de distancia. Uno de los primeros en caer resultó ser el prisionero francés, pero no pareció importar a ninguno de sus acompañantes.

El choque resultó tan brutal que se llevó por delante a un gran número de soldados que salieron por los aires como si fueran figuras de papel al capricho del viento. Mezclados con caballos e indios, un amasijo de cuerpos peleaba a pie, metro a metro, para no ceder un ápice de terreno, porque todos eran conscientes de que en ello les iba sus propias vidas.

El primero en cruzarse entre las líneas enemigas fue Chato, que al igual que si fuera el más disciplinado de los militares acudió hasta la ubicación del mortero para acallarlo mediante temibles dentelladas contra sus servidores, quienes paralizados permanecieron con los brazos en alto y no se atrevieron a mover un solo músculo ante el acoso de aquel perro gigante.

Rotas las líneas, el resto de la batalla se convirtió en una tumultuosa pelea donde tenían las de ganar los indios, más acostumbrados a desenvolverse en esos terrenos que las disciplinadas y tradicionales tropas francesas. El capitán que las mandaba no tardó en percatarse de tal circunstancia y enseguida ordenó una humillante retirada que al menos sirviera para salvar las vidas de todos los que pudieran salir por sus propios medios de aquel infierno.

Sin embargo, cegados por la venganza, los pawnees no salieron de sus escondites para acudir en ayuda de sus aliados porque permanecieron a la espera de que aparecieran los defensores del poblado para masacrarlos allí mismo. Posiblemente, ese fue otro de los grandes errores en el planteamiento de la estrategia de combate por parte francesa.

A media tarde quedó terminada la contienda, pero José no se dejó llevar por el entusiasmo y permaneció con la cabeza fría, reacción impropia para un hombre de su edad. Se dirigió a los servidores del mortero que aún permanecían aterrados ante Chato y les ordenó que volvieran a cargar aquella demoledora arma. Después les ordenó que bajaran su ángulo al máximo.

—¡Señor! ¡Esto se hace para hacer barridos! —le informó uno de los artilleros.

—¡Eso es lo que precisamente quiero que hagan sobre la línea de árboles que está frente a ustedes! ¡Háganlo bien y tienen mi palabra de que podrán reunirse con sus camaradas que huyen, tan pronto como terminen! —les prometió.

Enseguida comprendieron lo que José quería hacer y obedecieron de inmediato.

Con las primeras descargas se escucharon profundos gritos y quejidos de dolor que acapararon hasta el aire de las praderas. Tímidas reacciones surgieron por parte de algunos de los pawnees que salieron a campo abierto para presentar combate,

pero rápidamente fueron eliminados.

Otros dispararon ocultos desde sus posiciones, pero eso solo sirvió para descubrir la dirección hacia donde debía apuntar el mortero para la siguiente descarga. Gastada toda la munición, ya no se escuchaban alaridos y José cumplió la promesa dada a los artilleros franceses. Para mayor seguridad, se adentraron en el bosque a fin de rematar a los que quedaran con vida, pero no hizo falta aplicar ningún golpe de gracia pues todos estaban muertos.

—¿Es que vamos a dejar que se escapen los franceses?

Preguntó Shappa, quien todavía no parecía satisfecho con el gran resultado obtenido.

—En mi caso, prefiero comprobar los daños en el campamento y atender a los perjudicados —contestó José.

—¡Pero esos soldados cuando se repongan regresarán para vengar a sus muertos!

—¡Es verdad! ¡Pero si no volvieran daría lo mismo, pues tienen hombres para enviar como estrellas hay en el cielo!

—Yo también quiero subir para ver qué ha sido de mi esposa y de mi padre —añadió Chaska.

—Está bien. Iré tras ellos con mis guerreros —exclamó Shappa.

—Puedes hacer lo que quieras. Pero te prevengo que es mucho más peligroso abatir a una fiera herida —le avisó José.

—No te entiendo. Consigues una victoria como pocas veces se obtiene, y sin embargo dejas que el enemigo escape —insistió Shappa.

—Las tropas francesas tienen fama de ser muy precisas. Todavía no entiendo cómo hemos conseguido vencerlos de esta manera tan contundente. Debe haber sido un verdadero milagro. Ellos tienen técnicas de defensa muy efectivas que desconoces y que te producirán demasiadas bajas si te acercas. Creo que no debes acosarlos.

—¡Tonterías! ¡Traeré las cabelleras de todos ellos!

—¡Haz lo que quieras! Pero quedas avisado. Te deseo mucha suerte y una gran victoria. Ahora debo subir a la base de la meseta.

Concluyó José para despedirse de él con un fuerte apretón

en los antebrazos que Shappa correspondió de la misma manera.

Conforme subía hacia la meseta, reconoció clavadas sobre muchos de los cuerpos de los pawnees abatidos flechas que llevaban el distintivo de guerra de su esposa. Eso solo podía significar que se encontraba con vida y que había decidido descender del campamento para librar su particular batalla contra los enemigos de su pueblo. Esa prueba le dejó mucho más tranquilo y eliminó por completo sus angustias. Aquellas duras escenas, muy al contrario de lo que pudieran parecer, sirvieron para aliviar el corazón de José.

Efectivamente, Mahpee Yahto no quiso morir como un cordero en el matadero, acurrucada en el interior de su tipi. Su componente guerrero la hizo que prefiriera arriesgarse a salir bajo el bombardeo francés para intentar limpiar la zona con su peculiar estilo de combate. Y sus efectos devastadores no tardaron en hacerse notar entre las filas de los ancestrales enemigos indios, pues muchos de ellos yacían sin haber podido ni tan siquiera salir de sus escondites. Presentaban heridas mortales en garganta y cráneo, que atravesados por letales saetas les produjeron una muerte inmediata. Otros, precisos impactos en órganos principales que pronosticaban el sello inconfundible de la actuación de la mejor arquera de los perros cazadores.

Capítulo XXXIII

Mientras Shappa se alejaba del lugar a toda prisa tras el rastro de los soldados, acompañado de los guerreros de su pueblo que quisieron acompañarle, José, Chaska y los suyos subieron a la meseta con esa agonía que se siente en las entrañas propia de los que esperan recibir fatídicas noticias que harán que se les encoja el alma.

El aspecto desolador que presentaba lo que hacía tan solo unas horas era un verdadero vergel resultaba lamentable. Todavía algunos tipis ardían ante los esfuerzos inútiles de sus ocupantes por apagarlos. Naturaleza calcinada por doquier que todavía humeaba y emitía un olor especialmente desagradable que todos conocían, al mezclarse las llamas con partes de cuerpos desmembrados como consecuencia de haber recibido de lleno los impactos de los proyectiles.

Muchos de los heridos se encontraban en una especie de estado de aturdimiento latente que los hacía deambular perdidos hacia ninguna parte como si buscaran inconscientemente una explicación a lo sucedido. A su vez, los que resultaron ilesos se esforzaban por agolpar a los muertos en uno de los extremos del campamento para facilitar su identificación y recuento. Ente ellos, los más numerosos eran mujeres y niños; los más débiles, tal como José pensó cuando aceptó el encargo de Enapay para que junto con Chaska inspeccionara la seguridad de los territorios del sur.

Nada más coronar la base que servía de campamento el dragón de cuera recibió en sus brazos a su esposa, quien corrió en su busca agobiada por el estado de salud de su padre.

—¡Mi padre está herido de muerte!

Le dijo mientras señaló con su dedo índice el lugar donde se encontraba postrado.

Cuando llegó hasta el improvisado catre donde se

encontraba Enapay, este le cogió de la mano porque consciente de que le quedaba poco tiempo de vida necesitaba decirle cosas que consideraba importantes, muchas de las cuales ya se las había contado. Porque aquel viejo jefe opinaba que un hombre a lo largo de toda su vida tenía muy pocas cosas relevantes, basadas en su propia experiencia, para trasmitir a los demás.

José notó la mano temblorosa y sin fuerza del gran jefe de los perros cazadores que se aferraba por apretar la suya sin conseguir el efecto deseado. Mahpee Yahto lloraba desconsolada a su lado, mientras Chaska permanecía perdido en otro extremo del campamento, completamente abatido frente al cadáver de su esposa.

El resto de la tribu mantenía el mismo tono de dolor con sus propias preocupaciones derivadas del ataque francés, pues apenas quedaba algún miembro que no se viera afectado por alguna pérdida de seres queridos, mutilación o heridas. El caos imperaba en todos los rincones del poblado y la desolación era el único sentimiento que mostraban aquellos que habían conseguido salvar la vida.

—Mira, José. Tengo que decirte muchas cosas y no sé si tendré el tempo suficiente.

—Aún tienes que cazar muchos osos conmigo —le contestó.

—Siento mucha suerte por haber conocido al futuro líder de la tribu de los perros cazadores. Estoy agradecido al Gran Espíritu por permitirme vivir hasta que llegaras a nuestro lado. Sé que protegerás a mi clan y que intentarás por todos los medios a tu alcance que sobreviva de los ataques de sus enemigos. Procura ser justo en tus decisiones y busca siempre la paz, aunque para ello tengas que combatir contra los que se opongan. No consientas que los invasores esclavicen a tu pueblo e intenta llegar a alianzas duraderas con nuestros hermanos, las otras tribus siux de las praderas. Esa es la única manera de que nos consideren fuertes y nos teman. Nos respetarán si ven que estamos unidos en lo importante. Si tienes que pactar con los enemigos a cambio de conseguir que la guerra finalice, no dudes en hacerlo, pues la historia de nuestros ancestros está plagada de malos tratos que sirvieron

para garantizar que nuestra tribu no se extinguiera como ocurrió con otras que eran más poderosas.

—¿Y tu hijo Chaska?

—Por él no te preocupes, pues siempre te servirá fielmente. Desde niño sabe que no tiene carácter de líder y se ha limitado a esperar la llegada de quien debiera sustituirme. Es un buen guerrero y un buen hombre, pero le falta eso que tú tienes y que no se puede explicar con palabras; solamente se sabe que existe en el interior del elegido cuando se le conoce. Lo mismo que yo lo reconozco en ti, también él lo ha visto, así como todos los guerreros. No te pondrá ninguna traba y siempre le tendrás a tu lado. Apóyate en el conocimiento que tiene de su pueblo porque te resultará de mucha utilidad. Dale alguna responsabilidad importante; no le desprecies, y se comportará como un hermano leal.

—¡Te prometo que así lo haré!

—En cuanto a ti, ¿te acuerdas de la leyenda de los dos lobos?

—Sí.

—Pues creo que aún no has resuelto tu problema.

—No te entiendo, gran jefe.

—Tus lobos no solamente se disputan que la bondad prevalezca sobre la maldad. Aparte, tienes otra pelea interna aún pendiente que debes librar cuanto antes.

—¿De qué se trata?

—¡De la batalla de tu identidad! Es como si dentro de ti hubiera dos personas diferentes que quieren salir a la luz y a la vida. No es que una sea mala y la otra buena, porque las dos son extraordinarias. Pero para tu desgracia, ambas no pueden convivir juntas porque cada una quiere una cosa diferente y eso no te deja decidir muchas veces hacia qué lado deben mirar tus intereses y los de tu pueblo actual. Tarde o temprano tendrás que decidir con cuál de ellas quieres vivir, y no te servirá que unos días pienses como una, y otros como la otra. Porque al final, llegará un momento en que serán incompatibles y sin darte cuenta, a base de engañarte a ti mismo, habrás llegado a un punto sin retorno donde tendrás que decidir sobre la marcha y sin ningún margen de error. Ahí

comenzará el principio de tu perdición y de la de aquellos que te rodeen. A pesar de que los quieras con toda tu alma, sin proponértelo, les harás mucho daño. Es mejor que ahora pases el mal trago, pero que sepas cuanto antes a qué debes atenerte según lo que decidas. No te hagas trampas inútilmente porque solamente conseguirás perjudicar a los que creen en ti.

José se quedó muy pensativo y comprendió que su suegro se acababa de despedir a la manera que siempre le había gustado vivir. Acto seguido, se retiró discretamente para dejar a Enapay a solas con su hija y que así pudieran aprovechar al máximo el poco tiempo que les quedaba de estar juntos.

Las heridas del gran jefe de los perros cazadores eran muy graves y a simple vista se veían mortales de necesidad. No había manera de contener una hemorragia interna que le apagaba la vida cual llama de frágil vela que queda sometida al ímpetu del viento, y el final se presentía demasiado cercano.

Chaska todavía no se había enterado del estado crítico de su padre pues aún permanecía desconsolado mientras abrazaba el cuerpo inerte de su esposa; de igual manera, otros muchos guerreros también se lamentaban por la suerte que habían corrido algunos de sus más cercanos familiares.

El campamento parecía en su conjunto un cementerio donde los fallecidos aún permanecían amontonados, pues nadie, ni siquiera los más ancianos, recordaba haber sufrido semejante castigo en cuanto al número de bajas. Ninguno de aquellos bravos parecía reaccionar ante tanta desgracia, y José tampoco quiso apremiar a los afligidos en esos intensos momentos de dolor.

Envuelto entre sus pensamientos más íntimos, debidos a los últimos consejos recibidos, prefirió permanecer en silencio al lado de su inseparable Chato. También lo hizo para dejar al resto de supervivientes el tiempo que necesitaran a fin de mitigar esas heridas que muchas veces son más profundas y dolorosas que cualquier otra que se pueda producir sobre el cuerpo; las terribles dentelladas que se producen contra el alma.

Entretanto, el joven dragón de cuera pudo apreciar, no sin sorpresa, que el tercero de los franceses apresados permanecía

con vida y además estaba acompañado por una chiquillería que se abrazaba como si fuera la única salvación posible ante tanto horror.

—¿Qué me he perdido? —le preguntó José.

—¡Me quieren! ¡Vuestros niños me quieren! —le contestó el francés entre sollozos.

—¿Y cómo ha sido posible semejante cambio radical en tan poco tiempo?

—No lo sé. El primer sorprendido he sido yo mismo. Pero he de reconocer que aquí he encontrado mi verdadera vocación.

—¿Cuál?

—Me gusta enseñarles mi idioma. Eso es lo que quiero hacer el resto de mi vida. Jamás lo habría imaginado.

—Veo que los has resguardado en el agujero que ha abierto una de las bombas.

—Cuando fui soldado serví en artillería, y mi sargento me dijo que era imposible que en un bombardeo cayeran dos bombas en el mismo sitio. Por eso he utilizado este hoyo para profundizar más y protegerlos.

—Si eso es cierto, les acabas de salvar la vida. Te lo agradezco y sus padres te estarán por siempre agradecidos. Es muy posible que recobres la libertad.

—Prefiero quedarme entre vosotros. Fuera de aquí no tengo ningún oficio ni nadie me espera en sitio alguno.

—Entonces serás considerado como un miembro más de la tribu.

—¿Así de fácil?

—Aquí las cosas se hacen de una manera más sencilla que en el otro lado del mar. Pero dime. ¿Cuál es tu nombre?

—Gabriel. Me llamo Gabriel Ardilet.

—Eres un hombre extraño, pero valiente. Serás respetado por todos cuando se enteren de tu acto.

Pero el caos que reinaba en el campamento era demasiado grande como para que alguien se fijara en semejante detalle y todavía nadie se había recobrado del trauma producido por los efectos del bombardeo. Fue Mahpee Yahto quien levantó la voz para despertar los sentimientos de los suyos.

—No es esta la forma de comportarnos que nos enseñaron

nuestros mayores. No es posible que la hayamos olvidado tan pronto. No puedo aceptar que sucumbamos ante el primer revés serio que nos infringen nuestros enemigos. Todos estábamos avisados y sabíamos lo que había que hacer en caso de que se produjera algo parecido. ¿Es que acaso vamos a permitir que sus muertes sean en vano? ¿Aguantaremos el dolor hasta que nos vuelvan a atacar otra vez? ¿Nos esconderemos como hace el conejo asustado en su madriguera? ¡No conozco a este pueblo! Ahora no percibo la valentía ni la arrogancia de sus bravos guerreros.

—¡Hemos perdido a muchos! Es un duro golpe que cuesta mucho olvidar —contestó uno de los jefes de familia.

—No quiero que olvidéis jamás lo que hoy nos ha ocurrido. Yo he perdido a mi padre, vuestro jefe supremo, y además a mi cuñada. Pero siempre recordaré que nos enseñaron a admitir con convicción de que no estamos en la tierra para siempre. Que después de la muerte seremos parte del Gran Espíritu en una de sus múltiples formas; esas que a través de la naturaleza que nos rodea quedan para siempre vinculadas a nosotros. ¿Es que alguno de vosotros pensaba que los que hoy han caído iban a permanecer a nuestro lado para siempre? Cada cual tiene su destino, como también su hora final; y eso lo sabemos desde niños, ya que así nos han educado. La manera o la forma de morir es lo de menos, porque no cambia el resultado. Eso es lo que nos mantiene unidos y con esperanzas renovadas para superar todos los inconvenientes que salen a nuestro encuentro. Ahora es necesario más que nunca que sepamos sobreponernos y que superemos este trance.

Pero nadie tenía las fuerzas suficientes para alzar la voz en contra de aquella proclama, quizás porque todos comprendieron que la joven india tenía razón en lo que decía.

En silencio, ante un asombrado José, poco a poco se incorporaron a sus quehaceres más perentorios, que en aquellos momentos pasaban por rendir el debido culto y homenaje a los muertos. Después, como si todos unidos fueran una única persona, comenzaron a ayudarse y a prestarse mutuamente la máxima colaboración hasta que consiguieron levantar de nuevo el campamento. En pocos días, lo que

parecía estar por completo destruido volvió a asemejarse a lo que les servía como hogar antes de recibir aquel horrible ataque.

Por su parte, Shappa regresó cuando las obras de rehabilitación estaban a punto de concluir. Le acompañaba parte de sus hombres y se podían apreciar algunas cabelleras que colgaban de sus cintos. Sin embargo, su rostro no reflejaba la alegría propia de los vencedores, lo que motivó la lógica pregunta por parte de José.

—¿Qué ha ocurrido?

—Tenías razón. He perdido a más hombres que soldados he conseguido matar.

—Ya te avisé de que los soldados tienen una manera diferente de combatir.

—¡Lo sé! Pero no te creí. Pensé que por alguna razón que desconocía querías salvarles la vida.

—Te faltó confianza en mí.

—Reconozco que me equivoqué.

—Por favor. Cuéntame lo que sucedió. Quizás podamos aprender algo más para una futura confrontación contra ellos.

—¿Acaso no son soldados como tú?

—Los franceses combaten distinto a los ingleses o a los españoles. Es como comparar la manera de guerrear de un siux con la de un pies negros, o un pawnee. Cada tribu mantiene sus mismas identidades en el combate aunque cambie de estrategia.

—¡Está bien! Te contaré lo que sucedió. Los perseguimos hasta casi reventar los caballos. No sé de dónde los sacaron, pero iban con tres carros que en muchas ocasiones les sirvieron de parapeto. El primer ataque lo hicimos muy agotados por las ansias de cortar muchas cabelleras, pero nos repelieron con bastante facilidad. Después de descansar lo intentamos por segunda vez, pero el resultado fue todavía peor para nosotros. Eligieron caminar pegados entre sí y en forma de cuña que luego se cerraba para dibujar un círculo que se movía al mismo paso y tener así protegidos los costados y la espalda por los carromatos. Formaban varias líneas defensivas muy pequeñas que nos abatían con mucha facilidad todas las veces que lo

intentamos con ataques a caballo. Aunque llegamos en varias ocasiones a la pelea cuerpo a cuerpo, tal como nos indicaste, siempre había un soldado que salía en ayuda del compañero cuando nos tenía cerca. Utilizaban para repelernos eso que llamas bayonetas. Aun así, les causamos muchas bajas; pero insuficientes comparadas con los bravos que hemos perdido. También los atacamos a pie, pero disparan mejor que nosotros y apenas dejaron que nos acercáramos. La hierba está todavía muy baja y no podíamos camuflarnos entre ella para sorprenderlos. Cuando parecía que ya estaban agotados y a punto de desfallecer, uno de mis exploradores divisó a un numeroso grupo de pawnees que acudía en su ayuda y no tuvimos más remedio que retirarnos. ¡Ha sido un completo fracaso! No obstante, esta es la cabellera del capitán que les mandaba, y sin embargo reconozco que no me siento contento.

—Ha sido una mala experiencia, pero al menos, ahora sabemos que esos soldados vienen para quedarse y están muy bien adiestrados. A cualquiera que no los conociera le habría ocurrido lo mismo —José le consoló.

—¿Pero entonces, cómo conseguimos vencerlos la primera vez?

—Se descuidaron. Se confiaron en su superioridad. Les ocurrió lo mismo que a ti.

Pasados unos días, cuando las tropas francesas llegaron a su cuartel general situado en el centro de un asentamiento relativamente reciente que se conocía por el nombre de Nueva Orleans, apenas se presentaron dos o tres decenas de supervivientes, entre los que se encontraba muy malherido el capitán francés que había perdido su cabellera a manos de Shappa. Necesitaban con urgencia atenciones médicas y un prolongado descanso para recuperarse de semejante castigo, pero sin embargo, el coronel Pascal de la Colline Noire no se lo permitió a ninguno.

—¡Son ustedes la vergüenza de este batallón! ¡Los soldados más cobardes que tiene el rey de Francia, su majestad Luis XV, entre sus ejércitos! ¡No estoy dispuesto a tolerar que se repitan estas derrotas! ¡No he venido hasta aquí para ver cómo mis tropas son humilladas por unos salvajes! ¡Quien de mis

hombres se deja vencer por unos harapientos no tiene derecho a nada! —les dijo en cuanto los tuvo delante.

—¡Mi coronel! ¡Aquí no hay ningún cobarde! ¡Hemos combatido contra un pueblo organizado que ha sabido aprovechar nuestras debilidades!

Exclamó a duras penas el capitán en defensa de sus subordinados, que en aquellos instantes caían desfallecidos sobre la tierra.

—¡¿Debilidades dice?! ¡Yo diría más bien temores! ¡Los cogieron por sorpresa porque se confiaron! ¡Pensaron que iban a dar un paseo militar y no tomaron las medidas necesarias para prevenir una carga de caballería! ¡Eso es lo que les ha ocurrido! ¿Acaso cree que soy tonto? ¿Es que piensa que no tengo mis propios informadores? ¡Tendrá que enfrentarse a un consejo de guerra! ¡Usted y toda esta chusma que le acompaña!

—¡Soy un militar profesional y no acepto este trato tan vejatorio!

—¡Y dé gracias que no lo fusilo ahora mismo! ¡Tengo poder más que suficiente para hacer lo que considere necesario!

—¡He participado en muchas campañas, pero nunca me ordenaron asesinar a sangre fría a mujeres y niños! ¡Eso es lo que realmente nos ha perjudicado! ¡No estamos preparados para cometer esas atrocidades y no creímos en la necesidad de llevarlas a cabo!

—¡Pues a juzgar por el resultado obtenido, parece que esas mujeres y niños les han salido respondones, y además son bastante mejores que todos ustedes juntos!

—¡No es eso de lo que ahora se trata!

—¡Tiene toda la razón! ¡De lo que se trata es de evitar que se vuelvan a repetir situaciones parecidas! ¡Los malos ejemplos es necesario erradicarlos en cuanto aparecen como la mala hierba! ¡Tenía un batallón de quinientos soldados bajo mi mando y por culpa de sus indecisiones he perdido casi un tercio!

—¡No es eso lo importante!

—¿Qué, entonces?

—¡Atender a los heridos debidamente y no dejarlos tirados como perros!

—¡Los méritos hay que ganarlos!

—¿Qué honor hay en masacrar a un pueblo que nos se puede defender por nuestra superioridad en armas?

—¿Todavía no lo entiende, verdad?

—¡Qué hay que entender! ¡Yo quiero medirme contra un enemigo similar en un campo de batalla! ¡No quiero acudir como un ladrón en la noche para robar las vidas de sus mujeres e hijos!

—¡Usted y sus hombres harán lo que yo les ordene! ¡Es vital para vencerlos en su terreno que los dejemos sin identidad! ¡Que les quitemos sus referencias familiares para que pierdan la razón más importante que tienen para combatir! ¡No tendrán un motivo para mantener la tierra y se vendrán a bajo como un simple castillo de naipes, porque no les quedará ningún futuro donde aferrarse!

—¡Es usted un canalla! ¡Es mucho más salvaje que esos a los que quiere expulsar de sus territorios!

Esas fueron sus últimas palabras, pues el coronel De la Colline Noire ordenó a su guardia personal que le atravesaran el pecho con sus bayonetas.

—¡Óiganlo bien! ¡Nadie saldrá de este destino hasta que no consigamos incendiar sus tipis; quemar sus territorios de caza y que nos acepten como sus legítimos dueños! ¡Todo indio que se resista; todo aquel soldado que no obedezca mis órdenes morirá como este vil traidor!

Pareció que con esa ejecución el coronel se dio por satisfecho y por fin permitió que los galenos atendieran a los pocos que regresaron de la fallida misión. Sin embargo, en su mente y en su ánimo estaba establecido permanentemente el cumplimiento de un mandato que consideraba más importante que cualquier otra cosa: extender los márgenes de la influencia francesa más allá de los límites de los grandes ríos Misuri y Misisipi, para engrandecer al máximo el territorio que pronto llegaría a conocerse por el nombre de la Luisiana francesa.

Capítulo XXXIV

La primera conversación que mantuvieron José y Chaska después de la muerte de Enapay se produjo tal como el viejo jefe le contó al dragón de cuera que sucedería. Los guerreros estaban bastante recuperados de las heridas, tanto físicas como anímicas, y se sentían muy deseosos de emprender el camino de la guerra. Para ello necesitaban elegir un nuevo jefe que los condujera a la victoria y esperaban que uno de los dos candidatos se perfilara como líder de la tribu.

Cada cual tenía sus preferencias, aunque a nadie se le escapaba que el mejor preparado para acometer semejante empresa era el esposo de Mahpee Yahto, aunque su condición de extranjero le hacía perder muchos seguidores, porque un pensamiento muy humano basado en que tarde o temprano intentaría regresar con los suyos recorría con cierta preocupación la cabeza de muchos de los miembros de la tribu de los perros cazadores.

En contra de la voluntad expresada por Enapay, José estaba dispuesto a ceder esa responsabilidad en favor del hermano de su esposa con el fin de quedar en un segundo plano, pues prefería evitar que se pudiera producir una división entre los guerreros del clan. Pensaba que las cosas ya estaban demasiado difíciles para crear un cisma que pudiera desunir a la tribu.

Pero la iniciativa fue llevada por Chaska, quien se apresuró en ofrecer públicamente al joven dragón de cuera el puesto que todos pensaban estaría en disputa entre ambos. Aceptó sin reparos su liderato y se puso a sus órdenes como el más acérrimo de sus partidarios. Aquel gesto disipó cualquier reticencia que quedara entre los demás guerreros, que de inmediato le imitaron y al unísono le aclamaron para reconocerle como su nuevo jefe máximo.

José no tuvo más remedio que aceptar el nombramiento

pues cualquier otro gesto habría sido interpretado como una gran ofensa. Y su primera iniciativa fue recuperar el espíritu viajero que siempre tuvieron, por lo que los animó para que ultimaran los preparativos para regresar al campamento de verano antes de que fuera demasiado tarde. En estas cuestiones el factor tiempo jugaba un papel preponderante, y eso era conocido por todos, amigos y enemigos.

—Temo que los caminos estén más peligrosos que nunca —Chaska le anunció sus temores.

—Esta vez no iremos solos.

—¿Qué quieres decir?

—Que antes de partir voy a proponer una reunión con nuestros primos los lakotas, y eso mismo haré con el resto de las tribus nakotas y dakotas con las que estamos emparentados. Conforme nos acerquemos a sus territorios nos desviaremos para visitarlos y así hacerles una importante propuesta que creo a todos nos interesa.

—¿En qué has pensado?

—En una alianza fuerte y duradera que nos haga ser respetados por nuestros enemigos. Abarcaremos todos nuestros territorios en conjunto y los defenderemos como si fuéramos una sola tribu contra quien por la fuerza pretenda invadirnos.

—¿Lo consideras necesario? Eso nunca nos ha hecho falta, aunque siempre nos hemos ayudado mutuamente en momentos difíciles.

—Ahora la necesitamos más que nunca. La presencia de los franceses en la zona ha crecido durante el invierno como no sospechábamos, y es posible que tengamos que combatir contra ellos y sus aliados. No tengo ninguna duda de que han traído esas tropas para expulsarnos y por eso los ayudan los pawnees y los ojibwas; porque les han prometido que los ocuparán cuando nos exterminen.

—Pero entonces tardaremos mucho tiempo en llegar al campamento de verano.

—Lo sé. Pero dime una cosa, Chaska. ¿No podríamos compartir el mismo campamento con nuestros primos, aunque sea por una sola vez?

—Eso no es posible porque enseguida acabaríamos con las

reservas de caza. Con tanta presencia humana los animales huirían a otros lugares más seguros y al final del verano no habría carne suficiente para ninguna de las dos tribus. Pasaríamos mucha necesidad en invierno y las dos fracciones sufriríamos las consecuencias de una mala decisión.

—Entiendo. ¿Y buscar nuevos asentamientos?

—Eso lleva mucho tiempo, que según tú mismo afirmas, es algo que no tenemos.

—Es verdad.

—Además, siempre se corre el riesgo de no encontrar nada, o de llegar a un sitio equivocado que puede estar ocupado por enemigos. Hemos perdido a muchos guerreros y nos hemos debilitado; no estamos en condiciones de presentar batalla contra nadie que nos supere en número.

—¿Acaso olvidas nuestros mosquetes y las bajas que hemos causado a los pawnees en tan solo dos estaciones? ¡Eso será lo único que recordarán nuestros enemigos!

—Todavía nos queda mucho por aprender.

—Pero eso no lo saben nuestros rivales.

—Lo sabrán. No sé cómo, pero lo sabrán tarde o temprano.

—Para eso precisamente sirven las alianzas que quiero llevar a cabo con el resto de tribus siux. Mañana mismo iré a visitar a Shappa para que nos ayude con los suyos. Con un poco de suerte y algo de mano izquierda, le motivaré lo suficiente para que nos acompañe con parte de sus bravos hasta que estemos debidamente acomodados. Luego, desde allí haremos las visitas necesarias a los demás jefes. Este verano tendremos que cazar algo más para compensar a los lakotas por sus servicios de protección y escolta; pero te prometo que será un esfuerzo que merecerá la pena realizar.

—Hermano. Creo en tu honestidad, y siempre secundaré tus decisiones. ¡Pero debes reconocer que necesitamos mucho más tiempo para prepararnos.

—Lo sé. Pero para eso cuento con el miedo que puede imponer una alianza entre todas las tribus siux. Al principio nos probarán para cerciorarse de que existe esa unión y también con el fin de comprobar cómo funciona.

—¿Crees que eso retendrá a los franceses en el interior de

sus fortines?

—Quizás así ocurra. Seguro que a los indios les causará temor. Cuando los soldados se vean solos, al menos se lo pensarán dos veces antes de arriesgarse a salir de la protección de sus muros de adobe.

—Si tan claro lo tienes, te acompañaré para que te puedas entrevistar con todos —Chaska le ofreció su ayuda.

—Gracias, hermano.

El primero en estar convencido de la necesidad de una unión fuerte y duradera fue Shappa, quien todavía no había olvidado los estragos que les causaron los soldados en retirada, y de alguna manera necesitaba obtener una cumplida venganza. Quizás, esa fuera una de las principales razones por las que se prestó a acompañarlos con parte de sus hombres y sus correspondientes familias, para fijar el asentamiento del campamento de verano y luego proceder a visitar a los otros jefes.

—Antes me debéis dejar algo de tiempo para que también pueda acomodar a los míos.

—Esperaremos tu regreso —contestaron a la vez Chaska y José.

—¿Necesitará mucho tiempo?

Preguntó el joven dragón a su cuñado cuando se quedaron solos.

—No. Ellos son más numerosos que nosotros, y además cuentan con la ayuda de sus amigos los Cheyenes.

—¿Podríamos contar también nosotros con su ayuda?

—Son un pueblo muy especial y poco dado a crear nuevas amistades. Primero convence a los tuyos y luego nos lo pensamos.

—Está bien. Será como dices —contestó José.

El viaje de regreso a los territorios de caza se organizó con mucha rapidez porque ya no había margen para retrasarlo por más tiempo. No obstante, además de sus mortales enemigos de siempre, la mayor preocupación residía en la posible presencia de tropas francesas por la zona.

Pero a los perros cazadores no les quedaba otra alternativa que recuperar sus viejos lugares de caza para hacer acopio de

carne, si querían sobrevivir el siguiente invierno. La mejor sorpresa la produjo Shappa, que para la ocasión fue acompañado de más de cien de sus mejores guerreros.

—Si somos primos y aliados, entonces es necesario velar por la seguridad de todos los miembros de la alianza. En la medida en que se consiga, aseguraremos la defensa de los territorios comunes. —Esta fue su única explicación.

—Has entendido mejor que nadie el propósito de nuestra unión —contestó José con alegría.

El contingente que se movilizó con la participación de ambos pueblos supuso una importante fuerza que en teoría debía hacer desistir de cualquier intento de emboscada a esas partidas desperdigadas de indios oportunistas que permanentemente deambulaban por las praderas en busca de alguna presa fácil a la que saquear. Esa era una de las razones por las que las tribus se movían en bloque y al completo, cuando de lo que se trataba era de cambiar de ubicación.

Jinetes rastreadores se anticipaban para comprobar la seguridad, mientras los demás formaban una línea de defensa alrededor de las mujeres y niños, quienes eran los encargados de controlar el transporte de los enseres y de los víveres.

Afortunadamente, llegaron hasta el lugar elegido muchos años atrás para levantar los tipis sin ningún contratiempo, lo que significaba que los soldados franceses todavía no se habían decidido a ocupar la zona.

Aquello les daba una importante opción para llevar a término la idea de José, por lo que apenas unos días después de establecer los turnos de vigilancia, de montar un efectivo sistema de defensa y de asignar las correspondientes labores de caza, José, Mahpee Yahto, Chaska y Shappa decidieron viajar hasta el corazón de los territorios controlados por el resto de tribus siux; una zona muy extensa que años más adelante formaría parte de los estados que se conocerían como Dakota del Norte, Dakota del Sur, Nebraska y Minnesota.

Pocos días tuvieron de descanso; justo los necesarios para que los caballos se pudieran recuperar. Un tiempo que sirvió para que José y su esposa disfrutaran el uno del otro como nunca lo habían hecho. Las caricias, los abrazos, los besos en la

intimidad y, sobre todo, aquella complicidad de la que ambos gozaban resultaron experiencias inolvidables para los dos. Ya estaban casados, y sin embargo les parecía que todavía se encontraban en el periodo de luna de miel que siempre se desea que no acabe nunca. Ese estadio de pasión incontrolada donde el amor y la pasión carecen de medida.

Pero cuando llegó el momento de iniciar el viaje, su esposa prefirió quedarse en el campamento para velar por la seguridad del mismo. Una reacción que José no entendió, buen conocedor de sus gustos, pero que supo respetar sin hacer ninguna pregunta. Durante la inevitable despedida Mahpee Yahto se sintió algo contrariada e incluso enfadada por alguna razón que José no alcanzó a comprender.

Pensó que quizás se trataba de la pena que sentía por tenerse que separar por un plazo tan largo, ahora que empezaban a disfrutar el uno del otro. O tal vez, porque intuía que iban a ser muchos los peligros que su marido debía solventar para regresar sano y salvo de aquel periplo.

La joven india demostraba que en su fuero interno debía dejarle marchar, pero no terminaba de contentarse con esa obligación que ella misma se había impuesto. Una evidente contradicción que le dejó realmente muy despistado e indeciso.

Pero la verdadera razón consistía en que sabía que se había quedado embarazada y no se atrevió a contárselo para que no pudiera distraerse con ningún otro pensamiento que no fuera el de volver a su lado de la misma manera que ahora se marchaba.

—Debes prometerme que tendrás sumo cuidado —le pidió.

—Te lo prometo. Pero tú también debes extremar las precauciones para que nada malo te ocurra —contestó José.

—Por favor. Regresa cuanto antes. Ya no sé vivir sin estar a tu lado.

—Eso dependerá de lo comprensivos que sean y de la necesidad que tengan.

—¿Te será fácil convencerlos?

—No lo sé. Ayudará mucho la presencia de tu hermano como hijo de Enapay, que era respetado por todos, así como la compañía de Shappa; un guerrero de sobra conocido por sus

victorias ante los enemigos comunes de los indios siux. Eso les dará mucha confianza para acceder a formar la alianza.

—Tú también eres ya muy conocido entre los nuestros.

—No lo sé. Si eso es así, creo que el motivo se debe a la curiosidad que todos tienen por conocer a Chato. Pero esta vez se quedarán con las ganas pues he decidido que se quede contigo para protegerte.

—Aquí no lo necesito. Prefiero que te lo lleves. Le necesitarás más que yo.

—¡Mujer! No discutas conmigo. Si Chato no se queda, no me marcho.

—Me quedo más tranquila si sé que está a tu lado para ayudarte.

—De eso se encargarán Chaska y Shappa.

—Aun así. Chato es tu mejor compañero y nunca te ha abandonado. No creo que sea bueno que ahora cambies. Él no está acostumbrado a esperar tu regreso. Seguro que no entiende ese cambio por tu parte.

—Pues tendrá que hacerlo, porque necesito que se quede a tu lado.

Pero Mahpee Yahto tenía toda la razón, pues fue el propio mastín quien dirimió aquella cuestión, ya que no hubo manera alguna de convencerle para que dejara marchar a su dueño, y ninguno de los fieros guerreros siux se atrevió a retenerlo en contra de su voluntad. Con todo, José no tuvo más remedio que acceder a que le acompañara, como siempre.

Se despidieron con un primer beso apasionado que se dieron en público sin importarles que el resto de la tribu los observara atentamente, que por otro lado comprendió perfectamente lo intenso del momento y supo valorar el gesto como una muestra de naturalidad entre dos enamorados.

Aquella fue la despedida más triste para ambos, pero les quedó la esperanza de un cercano regreso y la impaciencia de ella por conocer a su primer hijo. Algo con lo que había soñado desde que fuera una adolescente y ahora, de la noche a la mañana, por obra y gracia de la sabia naturaleza, quedaría convertida en madre.

Conforme se alejaban aquellos veinte hombres y un perro,

sus mujeres e hijos no cesaban de despedirlos con las manos en alto, mientras ellos mantenían su esbelta figura sobre sus inmejorables equinos; los mejores de la manada. Más adelante, cuando perdieron de vista el campamento y dejaron de escuchar sus gritos de ánimo, aplicaron los sentidos al máximo para prestar atención a todo lo que se moviera a su alrededor y evitar así cualquier sorpresa inoportuna.

Para ese trabajo, ninguno tan hábil como el gran Sunka Tanka Akicita, que recorría sin descanso de un lado para otro los flancos del recorrido que marcaban los guerreros. Además, gracias al fino olfato que poseía, era capaz de distinguir olores diferentes a los habituales con un margen de tiempo lo suficientemente amplio como para que pudieran estar preparados ante cualquier contingencia inesperada, o se anticiparan a posibles movimientos de los enemigos.

Pero para entonces, lo que desconocía José era que los otros jefes ya habían tenido algún contacto desagradable con las tropas francesas de ocupación, y sus opiniones no diferían en casi nada de los planteamientos que José y sus acompañantes les iban a exponer en cuanto tuvieran la oportunidad de reunirse.

Por ello, fue extremadamente sencillo llegar a acuerdos duraderos que se ampliaron conforme se escucharon las opiniones de los demás integrantes. Posiblemente, las más importantes consistieron en la libre circulación por los territorios comunes y el compromiso de la búsqueda de nuevos asentamientos más cercanos entre sí para facilitar las comunicaciones y la mutua asistencia en caso de necesidad.

La idea presentada por José era muy sencilla y tremendamente práctica; todos los guerreros disponibles estaban al servicio de todas las tribus, y en su rápida movilización masiva para el combate era donde residía su gran fuerza.

Sin que ninguno de aquellos participantes lo supiera de antemano, que por otro lado cada vez se sumaron con más interés a las convocatorias de reuniones, muchos años después, aquellas iniciativas supusieron el origen del nacimiento de la Confederación de Naciones Siux; un órgano representativo

general de gran prestigio que era respetado por todos los indios siux.

Una iniciativa que a la postre sirvió para garantizar la supervivencia y la estabilidad en las negociaciones con el Gobierno norteamericano a la hora de designar el reparto de las reservas indias a las diferentes etnias, así como el reconocimiento de sus peculiares identidades.

Pero antes de que se produjera semejante acontecimiento histórico, era necesario que José y los suyos se libraran de la presión francesa en sus territorios, así como de las ayudas que recibían los invasores de las tribus aliadas de pawnees y ojibwas. Estos tenían la promesa de heredar los terrenos arrebatados y por su propio interés se empleaban con bastante más vehemencia que las propias tropas europeas.

Aquel verano se empleó casi en su totalidad para conseguir tan deseada unidad, circunstancia que se consiguió un poco antes de que finalizara la estación de caza, más o menos, a finales del mes de septiembre o principios de octubre.

Durante aquella temporada estuvieron separados de sus familias, pero gracias a la certera información que recibían por parte de los emisarios que enviaban frecuentemente, conocían de primera mano que todo marchaba razonablemente bien en el campamento. Aquella ficticia tranquilidad sorprendió bastante a José, lo que le hizo pensar en la posibilidad de que los franceses esperaban algo o a alguien en concreto, o bien pasaban por alguna dificultad que no querían que se averiguara.

—Hemos terminado con éxito nuestra misión. Podemos estar muy satisfechos. Ahora podemos hacer dos cosas: regresar con nuestras familias, o bien desviarnos hacia el asentamiento enemigo para comprobar el porqué de esta inactividad —les propuso.

—A mí ya no me espera nadie. De elegir, prefiero la segunda —contestó Chaska.

—Yo tampoco tengo familia y también me gusta esa opción. Pero a lo mejor, los guerreros prefieren regresar. Me gustaría preguntarles antes de decidir —añadió Shappa.

—No necesitamos a tantos guerreros. Si vamos todos no

conseguiremos pasar desapercibidos y atraeremos a todo el ejército francés. Es mejor que la mitad de los hombres regresen.

—Vamos a introducirnos en pleno territorio enemigo diez hombres. Es mucho riesgo para ir tan pocos —intervino Chaska.

—De nada servirá si vamos todos. José tiene razón —contestó Shappa.

—Viajaremos de noche y descansaremos durante el día. Mientras no seamos localizados, no atacaremos a ninguna partida enemiga —señaló José.

—¿Hacia dónde quieres ir? —insistió Shappa.

—A su cuartel general. A ese lugar que llaman Nueva Orleans.

—Eso debe estar muy lejos. Seguro que nos encontraremos con alguien antes de llegar —opinó Chaska.

—Debemos intentarlo. Solo quiero observar para hacerme una idea de la situación. Si no sale bien, bastará con huir y esperar a otra ocasión para luchar. Tenemos los mejores caballos y no existen otros que puedan alcanzarlos —José se mostró muy convencido.

—Sea como quieres. Pero creo que sería muy necesaria la ayuda de Gabriel. Si se acerca a los colonos seguro que le facilitan una información valiosa de la que nosotros carecemos —Chaska presentó su propuesta con la complacencia de Shappa.

—Tienes toda la razón, hermano. Regresaremos con Gabriel.

El recibimiento fue apoteósico cuando se enteraron de que los objetivos se habían alcanzado y que ahora contaban con un poderoso ejército dispuesto a presentar batalla contra los invasores y sus aliados. Pero la mejor noticia fue la que recibió José de labios de su esposa, que ya se encontraba en avanzado estado de gestación. La llegada de un bebé le llenó de felicidad y a la vez le produjo un sentimiento de ansiedad por proporcionarle un futuro mejor antes de que naciera.

Para la feliz pareja fueron maravillosos días de paseos, amor y rosas que se vieron interrumpidos cuando José debió ausentarse nuevamente para obtener la información que

necesitaba. Mahpee Yahto se mostró contrariada por esta arriesgada misión, pero ahora que iba a ser madre comprendió la necesidad de asegurar en lo posible la continuidad del grupo familiar.

Capítulo XXXV

Todavía los cielos se mostraban muy claros y no parecía que las lluvias fueran a presentarse hasta pasadas varias fases de la luna, lo que les daba mucho margen para viajar sin grandes inconvenientes.

Gabriel se volvió a vestir con sus antiguas ropas de comerciante y se sintió sumamente halagado cuando fue considerado la pieza fundamental de aquella incursión sin precedentes en los anales de la memoria colectiva de la tribu. Conocía muy bien tanto el camino como el terreno por donde debían transcurrir hasta llegar a los primeros asentamientos de colonos franceses, donde él mismo se encontraba antes de ser apresado por José.

Por eso, José se disfrazó de trampero y junto con Gabriel y Chato decidieron ir por delante para abrir paso. A una distancia prudencial le seguía el resto del grupo sin perderle de vista por si necesitaban ayuda. Sin embargo, nada extraño sucedió durante el recorrido y cuando llegaron al lugar solamente encontraron los restos de lo que fue un pequeño puesto de vigilancia e intercambio de mercancías.

—¿Qué puede haber ocurrido? —preguntó José.

—No hay señales de lucha —observó Chaska.

—Estos puntos son móviles y se desplazan constantemente según necesidades, porque suelen ser los más alejados de la base. Puede que se quedaran sin caza o que les resultara más cómodo trasladarse a otro lugar —les explicó Gabriel.

—Continuamos adelante —ordenó José.

Dos días más tardaron en divisar, ya adentrados en pleno territorio pawnee, otro puesto comercial que a simple vista parecía a pleno rendimiento.

—Quedaos aquí ocultos. Nos acercaremos a ver de qué nos podemos enterar —propuso José.

—Es peligroso que venga tu mastín. Si hay algún indio pawnee que lo reconozca, estaremos perdidos —señaló el francés.

—Tienes razón. Tendrás que ir solo.

Gabriel se hizo acompañar por una mula a la que previamente cargaron con algunas pieles y demás utensilios propios de un trampero. Bajo la atenta mirada de José y de los suyos, se aproximó lentamente hasta que se encontró frente a un débil portón de madera que hacía las veces de improvisada entrada al recinto. Durante tres días permaneció en el interior de aquel lugar hasta que en la mañana del cuarto se le vio salir para encaminarse hacia las posiciones que mantenían sus amigos.

—¿Has averiguado algo? —le preguntó José impaciente.

—Bastante —contestó Gabriel mientras se rascaba la barba.

—Cuenta —le pidió Chaska nervioso.

—Parece que la llegada de los soldados de forma masiva a Nueva Orleans supuso una alegría para los colonos, comerciantes y tramperos franceses porque pensaron que venían para ayudarlos contra las tribus siux. Sin embargo, el coronel Pascal de la Colline Noire es quien manda con plenos poderes de igual manera que si actuara en nombre del propio rey. La gente está muy dividida y preocupada porque ese hombre tiene otras ideas muy diferentes que han provocado el malestar entre los que ya vivían aquí antes de que viniera con sus soldados. Dicen que espera nuevos refuerzos y municiones que no termina de recibir por discordias surgidas entre Francia e Inglaterra, lo que hace inviable que se cumplan sus peticiones porque parece que ambos países se preparan para la guerra. Por eso, decidió movilizar a parte de los civiles, quienes se han negado a prestar sus servicios para que los utilice como carnaza en sus deseos de expansionismo por la fuerza. Ese ha sido el primero de otros choques muy importantes que se han producido desde su negativa, por lo que los ánimos están muy crispados. Los suministros tampoco llegan, y ahora se dedica a enviar a sus soldados por los puestos y asentamientos para que requisen parte de las cosechas y de las mercancías, pues ha promulgado un bando

donde se establece la obligación de pagar con comida y con el consiguiente mantenimiento general de las tropas en todas sus necesidades, eso que él llama la seguridad prestada desinteresadamente a los súbditos franceses aquí establecidos. Esta práctica está a punto de arruinar a los comerciantes que prefieren alejarse de los soldados antes que de los indios hostiles. Como nadie paga voluntariamente los cánones establecidos por el coronel, siempre en función del tamaño de los negocios de cada cual, no ha tenido más remedio que distribuir patrullas por el territorio que se encargan más de la recaudación que de la vigilancia.

—¿Y los pawnees y los ojibwas? —preguntó Shappa.

—Están expectantes por ver cómo se soluciona el conflicto, pues tampoco se muestran demasiado contentos ya que el tiempo pasa y las promesas no se terminan de cumplir. Se muestran contrariados por la masiva ocupación de sus territorios y la caza no da para alimentar a tanta gente. Pero el coronel ha prometido que les entregará la mitad de los suministros que reciba y de momento parece que se han quedado tranquilos. Ahora, da la sensación de que el máximo problema para Pascal de la Colline Noire es el abastecimiento de sus tropas.

—¿Sabes cuántos soldados tiene bajo su mando?

—Dicen que un batallón de quinientos hombres. Pero perdió el único cañón que tenía y no se atreve a realizar nuevas escaramuzas hasta que no reciba el de repuesto.

—Nos has hecho un gran servicio, amigo. Ya tenemos la información que queríamos. Podemos regresar —exclamó José.

—Han sido unos días muy largos que me han servido para recordar cómo piensan los míos; he vuelto a convivir con sus problemas, conflictos y contradicciones. Están más avanzados y tienen muchas más cosas de utilidad. Pero reconozco que me encuentro más feliz en vuestra compañía. De ninguna de las maneras cambiaría lo que tengo con vosotros para adentrarme otra vez en ese mundillo —contestó Gabriel con sinceridad.

—¿Qué piensas de todo esto, hermano? —preguntó Chaska a José.

—Parece claro que las cosas no le marchan bien a ese

coronel. El problema se planteará con mucha más crudeza para nuestros intereses cuando reciba los recambios que espera. Ahora no tiene ningún apoyo del exterior, y tampoco le quieren sus propios compatriotas por lo mal que se comporta con ellos. Pero cuando se sienta fuerte no tengo ninguna duda de que nos atacará con todas sus fuerzas. Por otro lado, las tribus aliadas de los franceses también están muy descontentas porque ven que les esquilman su caza y si no llegan a tiempo esos suministros prometidos, es posible que este año pasen hambre. Ahora mismo no se pueden dedicar a la guerra porque tienen que abatir a muchas presas antes de que comiencen las nieves.

—Son tantos para perseguir las piezas, que con toda seguridad habrán huido a los territorios más cercanos —señaló Shappa.

—¡Los nuestros! —exclamó José.

—Enseguida lo comprobaremos cuando lleguemos al campamento —añadió Chaska.

—Preguntaremos cómo les ha ido y según nos contesten tomaremos una decisión sobre qué debemos hacer antes de que sea demasiado tarde. Ahora, lo más importante es que durante el regreso no nos sorprenda ninguna patrulla o ningún grupo de pawnees u ojibwas que puedan informar de nuestra presencia en la zona, pues bien podría ese coronel imaginar algo sobre nuestras intenciones —les anticipó José.

Los guerreros actuaron con la mayor de las cautelas, y nada más alcanzar los límites de sus dominios se sintieron muy aliviados de la gran tensión que padecieron durante ese viaje de vuelta. Fueron recibidos con enormes muestras de alegría y de gratitud, ya que fueron considerados como verdaderos salvadores de la totalidad de las tribus siux.

En especial, fue Gabriel el que se llevó la mayor de las sorpresas cuando todos los niños corrieron a abrazarle en cuanto le vieron aparecer. Muchos lloraron de emoción contenida pues debieron pensar que quizás ya no regresaría con ellos. El francés no supo cómo agradecer semejante gesto y se limitó a corresponder de la misma manera mientras les repetía una y otra vez:

—Sois mis niños. Los hijos que nunca tuve y que siempre quise tener.

Se notaba que había mucha conexión entre el profesor de francés y sus incondicionales alumnos, lo que sirvió para que sus padres reconocieran su gran labor y el cariño que todos le tenían. Eso no se lo había ganado por ser mala persona, sino más bien por todo lo contrario. Por eso, y también porque se sintieron animados por el ejemplo de José, a partir de aquel instante fueron muchos los adultos que se interesaron por aprender la lengua de sus más peligrosos enemigos.

De la noche a la mañana, el pequeño recinto que utilizaba para impartir sus clases debió ser ampliado, y además se tuvieron que organizar dos turnos para dar cabida a los interesados. Aquella iniciativa resultó definitiva para que Gabriel se sintiera mejor tratado que en ningún otro sitio anteriormente conocido, lo que hizo que se vinculara de una manera total con sus nuevos vecinos y alumnos.

Por otro lado, nada más llegar, Chato presintió que algo había cambiado en el tipi de José. No sabía exactamente qué ocurría, pero era como si su instinto le anunciara que una cosa nueva e importante iba a suceder en breve, que un acontecimiento de gran envergadura sería traído de la mano de Mahpee Yahto, pues notaba ciertos cambios en su cuerpo y la percibía con olores diferentes a los habituales.

Comoquiera que fuere, el gran mastín actuaba de igual manera que si José le ordenara que mientras ambos estuvieran en el campamento, no debía separarse del lado de su esposa bajo ningún concepto. Y efectivamente, cambió sus hábitos de conducta para permanecer vigilante y en estado de permanente protección hacia la futura madre.

Más adelante, cuando se produjo el esperado nacimiento, los dos, soldado y perro, acudieron juntos a saludar al recién llegado y ambos mostraron, cada uno a su manera, la alegría que sentían en sus corazones.

Pero por desgracia, todavía no se habían resuelto los problemas para José y su nuevo pueblo, pues aún quedaba pendiente por decidir la mejor manera de actuar para contrarrestar la peligrosa expansión de los franceses en el

territorio de los pawnees y de los ojibwas, que amenazaba muy seriamente su continuidad en la zona y la de todas las tribus siux.

La primera medida que José se apresuró a adoptar fue la de enviar emisarios para informar de la situación al resto de los pueblos aliados. Después, se fijó una reunión con carácter de urgencia en un punto equidistante a todos, a fin de escuchar las distintas opiniones y tomar una determinación conjunta.

El sitio elegido fue un lugar elevado, agreste, muy bien protegido, de difícil acceso y con mucha visibilidad desde los cuatro costados, camino al norte, conforme se continúa la exploración del cauce del río Misuri.

Era un rincón recóndito y escondido que tenía mucha simbología sagrada para el pueblo siux, que muchos años después se conocería con el nombre de Cannon Ball, lugar muy especial donde sus misteriosas y colosales piedras redondeadas parecen haber sido pulidas por la mano del dios supremo, Manitú.

A aquella reunión acudieron los jefes de todas las tribus siux, pero pesaron mucho las opiniones de José, Mahpee Yahto, Chaska y de Shappa, que fueron los encargados de contar lo que descubrieron además de sus impresiones personales. Los cuatro formaron un grupo compacto y sólido que en todo momento se mantuvo unido, lo que facilitó que arrastraran a los demás hacia sus posiciones. Posiblemente, la intervención de José resultó definitiva para que se decidieran por seguir sus criterios y recomendaciones.

—Tú también has sido soldado, igual que lo son ellos. Tienes su misma formación, o muy parecida. Te han enseñado a pensar de la misma manera. De todos nosotros, eres quien mejor los conoce. ¡Háblanos! ¡Dinos tu parecer!

Le solicitó uno de los jefes que había acudido a la reunión en representación de su pueblo.

—Yo soy un hombre igual que vosotros, y nadie debe decir a los demás lo que deben hacer con sus vidas. Pero creo que hay dos verdades irrefutables que debemos tener en cuenta antes de decidir. La primera es que la presencia de los soldados franceses en los territorios pawnees y ojibwas supone una gran

amenaza para nuestra seguridad, porque tarde o temprano nos atacarán. Por otro lado, estoy convencido de que si hay algún momento en el que pueden ser vulnerables a la ofensiva de nuestros guerreros, es precisamente ahora —contestó José con el rictus muy serio.

—¿Por qué lo crees así? —preguntó un viejo cacique de una de las tribus Dakota.

—Porque es precisamente en estos momentos cuando se encuentran más agobiados y expuestos. Si no fuera así, ya habríamos tenido noticias de ellos. ¡No tengáis ninguna duda! ¡Han venido para expulsarnos de nuestros territorios y exterminarnos!

—Las dos posibilidades conducen al mismo sitio. Nuestra extinción —añadió Mahpee Yahto ante el murmullo general.

—¿Cómo aconsejarías actuar si tuvieras el mando supremo de todas las tribus? —le preguntó otro jefe a José.

—He pensado en esto durante muchas noches. He imaginado todos los escenarios posibles y solamente veo una salida con posibilidades de éxito. Cada tribu deberá encargarse de eliminar las patrullas francesas que se encuentran diseminadas por su territorio; esas que se dedican a vigilar los puntos comerciales para controlar que los comerciantes y colonos no puedan escaparse de pagar los servicios de seguridad que les prestan los soldados. Hemos comprobado que son pequeños destacamentos compuestos de diez soldados a lo sumo, por lo que resultará fácil acabar con ellos. Son pocos, pero en su conjunto supondrá una gran pérdida de efectivos, por no hablar de la falta de abastecimiento para el cuartel general de ese coronel.

—Son pocos los soldados, pero los civiles los ayudarán con sus armas a repeler nuestro ataque —señaló otro jefe.

—¡No lo creo! Los colonos y comerciantes pensarán que ya pagan por un servicio que deben recibir de los soldados. Estoy seguro de que no querrán intervenir. Además, seremos selectivos. Solamente dispararemos contra los militares. Les dejaremos claro que no queremos atentar contra ellos. En todos los casos actuaremos de manera coordinada para que los ataques se produzcan simultáneamente, y siempre en forma de

emboscadas para tener a nuestro favor el factor sorpresa. Eso nos dará mucha ventaja. Pensad que ellos están más hartos que nosotros de esta esclavitud que les ha impuesto por la fuerza Pascal de la Colline Noire. No se pondrán de nuestro lado, pero nos dejarán hacer. Los odian y los temen, tanto o más que nosotros.

—¿Y cómo crees que reaccionará ese hombre cuando se entere?

—Cuando sepa que ha pedido todos los soldados, que de manera imprudente y por su excesivo afán recaudatorio tenía desperdigados por el territorio, lo primero que le preocupará será la opinión y los informes que puedan emitir sus superiores al conocer la noticia. No os quepa ninguna duda de que tendrá que dar muchas explicaciones y se encontrará en una posición muy delicada que hará peligrar su futuro. Por eso, creo que solamente tendrá tres posibles maneras de actuar. Podrá reponer las patrullas, con lo que volveremos a hacer lo mismo y perderá muchos más hombres. También puede quedarse acuartelado a la espera de recibir los refuerzos prometidos. Pero si se retrasan, cosa bastante probable, la escasez de provisiones acabará con ellos antes que nosotros. Por último, tiene la posibilidad de salir a campo abierto en nuestra busca con todos los efectivos de que disponga y con el ánimo de obtener una victoria sobre nosotros de la que pueda presumir para compensar las pérdidas sufridas y de paso que su hoja de servicios no se vea empañada. Pero si retrasamos los ataques a las patrullas y damos tiempo a que reciba los suministros, todo estará perdido.

—¿En tu opinión, qué camino tomará? —preguntó uno de los jefes.

—Ese hombre es vanidoso, cruel y despiadado; desprecia a todo aquel que no piensa como él y maltrata a sus inferiores. No tiene amigos y está ávido de gloria porque necesita de grandes éxitos para vencer sus complejos. Sin lugar a ninguna duda, elegirá la tercera.

—¡A partir de ese momento nos prepararemos para la gran batalla!

Exclamó a continuación otro de los presentes, que fue

secundado por los gritos de victoria de aquellos que estaban de acuerdo con su propuesta.

—¡No! —José le contradijo inmediatamente.

—¿No? ¿Pues qué quieres hacer entonces?

—¡Movernos de un lugar para otro!

—¿Huir como viejas asustadas? ¡Eso jamás!

—¡Eso no es un acto de cobardía. Es una estrategia.

—¡Dejad que se explique! —Mahpee Yahto salió en ayuda de su esposo.

—No podemos competir contra un ejército profesional. Está mucho mejor preparado y organizado que nosotros. Se han preparado para la guerra y son muy disciplinados. La única solución es cansarles. Los obligaremos a que nos persigan a lo largo y ancho de las grandes praderas. Les dejaremos pistas que les harán pensar que nos tienen muy cerca; casi acorralados y al alcance de su mano. Conocemos mejor el terreno, y además, somos mucho más rápidos que ellos; jamás nos darán alcance. Haremos que se vacíen, y cuando estén extenuados, los atacaremos.

—¿Y si no caen en la trampa? —intervino otro más de los presentes.

—Los tendremos en campo abierto, y separados de los posibles refuerzos, si es que acaso llegan entretanto. Este es un territorio demasiado grande para que alguien que no lo conoce se atreva a explorarlo sin ayuda. Las fuerzas que lleguen al cuartel esperarán a que regrese el grueso de su ejército de la expedición de castigo. No pueden salir a la aventura sin tener una idea clara de dónde se encuentran.

—Los pawnees y los ojibwas los ayudarán.

—No lo harán hasta que les paguen lo que les han prometido. Y esa orden solo puede darla el coronel Pascal de la Colline Noire, quien estará muy entretenido con la busca de un pueblo fantasma que se moverá tan veloz como el viento, y será tan silencioso como el vuelo de la lechuza.

—Además, les habrán prestado a parte de sus exploradores y también a muchos guerreros, por lo que no querrán correr más riesgos y dejar desatendidas sus propias necesidades —añadió Mahpee Yahto.

—Dices bien. Parece que lo tenéis todo muy bien estudiado.

—Hemos meditado mucho sobre esto —contestó Mahpee Yahto.

—Mis intereses son los mismos que los vuestros, al igual que mi familia forma parte de las vuestras. Por eso, he llegado a la convicción de que es necesario actuar cuanto antes, porque luego será demasiado tarde —concluyó José.

—Deja que meditemos tus palabras y mañana tomaremos una decisión. La situación es muy delicada y requiere una solución que esté a la altura del problema. No será válido adoptar una determinación provisional, ni quiero que nadie piense que esto acabará en unos pocos días. Si elegimos el camino de la guerra debemos estar convencidos de que serán muchos los sacrificios que habrá que realizar y muchas las pérdidas que sufriremos. Estaremos metidos de lleno en una campaña sangrienta que no sabemos cuándo finalizará.

Concluyó el mayor de los jefes, quien presidía aquel importante consejo.

Cuando todos se marcharon se quedaron a solas los cuatro, momento que aprovechó Shappa para iniciar una conversación sobre algunas dudas y respuestas que necesitaba recibir para entender la postura de sus amigos.

—Creo que hemos sabido defender muy bien nuestra posición. He podido notar que José impresionaba favorablemente a los demás jefes. Sin embargo, me embarga una duda que me gustaría disiparas de mi ánimo —así comenzó Shappa mientras se dirigía hacia el dragón de cuera.

—¿De qué se trata?

—Tú mismo me has dicho en alguna ocasión que hay tantos soldados como estrellas en el cielo.

—Es cierto.

—Entonces, sabes que aunque consigamos vencerlos ahora, otros vendrán a sustituirlos y así hasta que consigan sus propósitos.

—Es casi seguro que sucederá tal como lo cuentas.

—No te entiendo.

—¿Por qué?

—Sabes que tarde o temprano perderemos y, sin embargo,

en vez de huir y ponerte a salvo en otro lugar prefieres iniciar la guerra.

—Para mí, la cuestión fundamental reside en el tiempo. Hay cosas que desconoces que me han llevado a tomar esta dura decisión. Es más; te diré que si no quieren seguirnos los demás, los perros cazadores pelearemos solos contra los franceses —le aseguró José.

—¿Qué cosas son esas tan importantes?

—Mi esposa, aquí presente, acaba de tener su primer hijo y no ha dudado en dejarlo al cuidado de los brazos de otra mujer para acompañarnos en esta importante reunión. Quiero que mis hijos crezcan en una tierra libre. Por otro lado, las dificultades en la recepción de los suministros indican que las cosas entre Inglaterra y Francia no marchan nada bien, lo que puede ayudar a nuestros fines. Si se desgastan mutuamente esos dos grandes colosos, es posible que nos dejen en paz durante bastante tiempo. También pudiera suceder que se enfrentaran entre ellos con las tropas que mantienen destinadas aquí y que se repita la misma situación al igual que sucede muy lejos de nuestras tierras, allá donde tienen los extranjeros sus hogares. Eso también nos facilitaría una importante ventaja.

—Según tus propias palabras, lucharemos por alargar nuestra agonía.

—No lo veo así.

—¿Cómo entonces?

—Combatiremos para cumplir las creencias que trasmitieron los antiguos jefes de todas las tribus siux. Protegeremos con nuestras vidas la supervivencia del grupo contra todo enemigo. No vamos a variar en nada sus mandatos. La única diferencia consiste en que sabemos que otros vendrán.

—Pero eso siempre ha ocurrido. Continuamente aparecen tribus de otras etnias diferentes que nos disputan los territorios, porque a su vez han sido desplazadas por otras más fuertes.

—¡Exacto! Es lo mismo, solo que ahora sabemos que los que vienen son más poderosos que nosotros.

—¿No te preocupa?

—Sí, por el porvenir que le esperará a mi descendencia. Pero como soldado, la verdad es que prefiero morir en el campo de batalla que no en la cama de viejo.

—En eso pensamos igual, amigo.

—¿Entonces, para qué preocuparnos por lo que podrá suceder dentro de muchos años, cuando a lo mejor ninguno de los dos pisemos esta tierra? ¿No es mejor atender los problemas del presente?

—¿A pesar de saber que perderemos?

—Quizás, ninguno de los dos lleguemos a verlo. Nuestra única misión será evitarlo mientras nos quede una gota de sangre. Por otro lado, también pueden ocurrir cosas que no sospechamos.

—¿Como cuáles?

—Pues que los españoles vengan en nuestra ayuda.

—No sueñes despierto, amigo.

—No es una idea tan descabellada. Les puede interesar aliarse con nosotros para expulsar a los franceses.

—Te respeto mucho como guerrero, pero te dejas llevar por los sentimientos en esta cuestión. Lamento contradecirte, pero tus compatriotas jamás vendrán —concluyó Shappa.

Capítulo XXXVI

Al día siguiente, ya atardecido, se volvieron a reunir los jefes de todas las tribus siux convocadas, momento que aprovechó el más anciano para dirigirse al resto.

—¡Ahora debemos decidir! Cada jefe hablará en representación de su tribu y nos dirá su decisión.

Hubo total unanimidad en dos cuestiones que se consideraron muy importantes. Todos manifestaron su disposición a seguir los planteamientos expuestos por José. Pero resultaba necesario cumplir un segundo requisito que se consideró imprescindible para llevar a cabo aquella campaña.

El joven dragón de cuera debía aceptar previamente el mando supremo de las operaciones, siendo aclamado hasta que se levantó de su sitio para agradecer esa deferencia. Aquel gesto solo podía significar una cosa; que consentía en recibir semejante honor para llevar a la guerra al pueblo siux.

A partir de aquel momento, en cuanto cada jefe se pudo reunir con sus propios guerreros, comenzaron los preparativos para llevar a cabo una serie de emboscadas dirigidas a la eliminación de la totalidad de las patrullas desplazadas por Pascal de la Colline Noire en los puntos comerciales diseminados por todo el territorio, que cada vez con más fuerza y empuje los franceses arrebataban a quienes lo habían disfrutado desde muchas generaciones atrás.

Todos los ataques se produjeron en un intervalo de tres días a lo sumo, dependiendo de su ubicación, tiempo a todas luces insuficiente para que se pudiera dar la voz de alarma.

La forma de actuar se preparó a conciencia y siempre se realizó de la misma manera, ayudados por la inestimable colaboración de Gabriel, quien se prestó a enseñar la colocación de las tropas con relación al puesto comercial, así como los puntos débiles de las defensas que normalmente se

levantaban para ese tipo de asentamiento avanzado.

Casi siempre constaba de una pequeña torreta de vigilancia que estaba un poco más elevada que el resto de una barricada hecha de varias filas de troncos de árboles puestos en horizontal que servían de contención en caso de una posible agresión. En su interior, algunas tiendas y barracones que se utilizaban lo mismo para dar cobijo que para comerciar.

En los ataques realizados por los perros cazadores, fue decisiva la participación de Mahpee Yahto por su extraordinaria puntería, ya que gracias a su poder de camuflaje entre la naturaleza era capaz de acercarse a pocos metros de distancia del objetivo que quería batir. Allí, su arco resultaba infalible.

Por otro lado, los soldados realizaban sus rondas en parejas, siempre por diversos sitios cercanos entre sí, y preferiblemente de día. Por eso, solían alejarse del puesto de mando a unos pocos cientos de metros; justo la distancia de seguridad que se estimaba como perímetro de protección.

Recorrían los alrededores en busca de los mejores puntos de observación para evitar sorpresas irremediables. Se mostraban confiados por el poder de disuasión de sus mosquetes y pistolas sobre las primitivas armas que utilizaban los indígenas.

Pero lo que desconocían era la inmensa paciencia y la vigilancia continuada que sobre ellos ejercían los exploradores de José, quienes ya conocían sus movimientos de memoria desde hacía varias noches.

Aguardaban el momento preciso con emboscadas que acabarían con sus vidas de la forma más silenciosa que solo un indio siux conoce y realiza a la perfección, mediante el uso del arco y de las flechas, tal como lo hacía a las mil maravillas la joven arquera.

Conforme caían en el lecho de un arroyo, en la ladera de una loma, o en el fondo de un barranco, inmediatamente eran reemplazados por guerreros que después de vestir sus uniformes, permanecían en la distancia, pero siempre a la vista de los centinelas, para no levantar sospechas.

Si eran requeridos no contestaban y se giraban hacia el lado opuesto para obligar al comandante del puesto a enviar a otros

soldados que debían avisarlos de cualquier incidencia o reclamar su presencia, momento que también aprovechaban para eliminarlos de la misma manera.

Sin que se dieran cuenta de ello, en cuestión de media mañana se habían quedado sin la mitad de la guarnición de cada uno de los puestos avanzados. Luego, la cosa resultó mucho más sencilla cuando los militares franceses se vieron desbordados por los que creían que eran sus propios compañeros de armas, y que no reconocieron hasta que casi los tuvieron materialmente encima; momento intenso en el que resultó imposible cambiar el rumbo ante lo inevitable.

Los guerreros disimularon un ataque masivo por sorpresa y las patrullas, después de hacer que les disparaban, echaron a correr en dirección hacia la empalizada para ponerse a salvo. Sus compañeros prestaron más atención a los salvajes que se acercaban a galope tendido que a sus propios camaradas.

Por eso, confiados, dejaron entrar a quienes pensaron que eran sus propios camaradas de armas. Pero una vez dentro, comprendieron demasiado tarde que todo había sido un engaño. Uno a uno, todos los puestos cayeron sin remisión de la misma manera. Además, las pérdidas, tanto en hombres como en armas y municiones, fueron muy cuantiosas. Proyectiles, pólvora, mosquetes, mechas y demás armamento pasaron a ser propiedad de los indios siux, con la consiguiente alegría de las tribus participantes.

Aquellas pésimas noticias, que solamente sirvieron para encolerizarle y agredir su orgullo castrense como nadie antes lo había conseguido, sentaron en el puesto de mando del coronel francés como un jarro de agua fría.

Ya no se trataba de recuperar el prestigio perdido delante de sus superiores, que en la distancia atentamente seguían con mucha atención sus pasos. Ni siquiera de volver a motivar la moral de sus hombres; tampoco, de reprimir a los cobardes colonos, comerciantes y tramperos que se inhibieron de prestar ayuda alguna a sus hombres mientras eran masacrados.

No soportaba escuchar sus pobres escusas cuando manifestaban que los ataques también les cogieron a ellos por sorpresa y que no supieron reaccionar a tiempo, pues al fin y al

cabo eran simples civiles que para nada conocían las nobles técnicas de combate de los sufridos militares que tanto y tan bien los protegían.

Ahora, de lo que realmente se trataba era de ganar una pugna personal contra aquel que dirigía los ataques de los indios siux, y que según informaciones recibidas por los aliados pawnees, era un dragón de cuera; un renegado que había desertado en la matanza que ellos mismos infligieron a sus compañeros de armas, llevándose consigo una manada de magníficos ejemplares de caballos españoles.

Las pautas señaladas por José se cumplieron tal como las vaticinó, lo que le ayudó para estar preparado convenientemente ante cada movimiento de su rival. Creó una red de emisarios y exploradores por todo el territorio que por su rapidez mantuvo informados con bastante puntualidad a los distintos jefes según se producían los acontecimientos, a la vez que cursaban las oportunas recomendaciones. Para entonces, José ya tenía un hijo varón que comenzaba a gatear y la felicidad había entrado en el seno de su familia igual que un torrente de agua caudalosa cuando cae por medio de una catarata.

Aquel invierno resultó ser extremadamente duro para los franceses, al igual que ocurrió para sus aliados, ya que no se recibieron los suministros prometidos. Ante un más que seguro nuevo ataque por parte de los guerreros siux, tampoco se repusieron las patrullas desaparecidas, por lo que las recaudaciones en forma de alimentos se paralizaron.

Así las cosas, cuando las nieves volvieron a cubrir los extensos pastos, los caballos dejaron de salir de sus establos para comer en el exterior y comenzaron a morir por inanición. La decisión más drástica que jamás debió tomar el coronel francés a lo largo de su exigua carrera militar fue aquella de utilizar a los equinos como comida para las tropas.

Cuando regresó la primavera, sus hombres aún estaban vivos, pero solamente había caballos disponibles para los oficiales del batallón. Pensaron que los obtendrían de sus aliados indios, pero estos los informaron de que también tuvieron que hacer lo mismo para sobrevivir, aunque el

coronel no les creyó. Con la escusa de que debían localizar a nuevos ejemplares salvajes para domarlos, tanto los ojibwas como los pawnees desaparecieron durante muchos meses de la vista de los franceses.

Por otro lado, las informaciones sobre las relaciones entre Inglaterra y Francia cada vez eran peores, lo que hizo sospechar a Pascal que los refuerzos y demás mercancías que necesitaba con tanta urgencia tardarían bastante tiempo en ser enviados. Sabía que sus tropas no aguantarían otro invierno en las mismas condiciones, y fue entonces cuando decidió aprovechar el cambio de clima y los meses que tenía por delante de buen tiempo para salir de su cuartel y tratar de localizar al responsable de tanta penuria sufrida. Sobre todo, porque tenía que resolver el problema de una manera urgente para evitar que se volviera a repetir la misma situación, pues corría el riesgo de perder a todos su hombres sin disparar un solo tiro.

Las tropas comenzaron a desplazarse por la llanura en formación compacta al son que marcaban las flautas y los tambores de marcha, lo que rápidamente llamó la atención de los ojeadores de José que estaban apostados en lugares estratégicos, cuando desde lejos los divisaron. Sus uniformes eran preciosos; repletos de sobrios colores que hacían que los entorchados lucieran al sol como verdaderos espejos. Al frente, un hombre esbelto los conducía con aire marcial montado sobre un bello ejemplar de color negro azabache.

El coronel Pascal de la Colline Noire provenía de una familia de militares, muy reconocida y consolidada económicamente, que entendía que en el arte de la guerra se encontraban todas las cualidades y virtudes necesarias para abrirse camino en la vida. Con antecesores famosos por sus grandes actos heroicos de valor, tenía una única obsesión que se centraba en superarlos mediante la realización de una hazaña que fuera renombrada en los anales de la historia militar.

De complexión alta y delgada, el uniforme le otorgaba una distinción y porte que parecían salirle de todos los poros de su cuerpo, señal evidente de que lo había mamado desde su más

tierna infancia. Complementaba su figura con una cara alargada, completamente rasurada, que potenciaba aún mucho más aquella nariz aguileña, que junto con sus hundidos pómulos y mentón fino, le daban una cierta apariencia siniestra y poco amigable.

Aquel pelo largo a mechas que solía sujetar sobre la nuca con una coleta y luego cubría con una peluca de pelo blanco le hacía aparecer como un tipo engreído, lo que tampoco ayudaba a mejorar la opinión que de él tenían sus hombres.

De ojos oscuros y carentes de chispa, parecía no confiar en nadie ni pretender la amistad de ninguno de sus oficiales, ya que le respetaban más por el temor que les infundía que por la nula admiración que les inspiraba.

De todos era conocida la poca preparación que obtuvo en la academia militar, así como la numerosa lista de contactos y recomendaciones que tuvo que buscar para conseguir ese indeseado destino. Pero su vanidad le impedía reconocer aquellas limitaciones.

Dado que en lo único donde destacaba sobre la inmensa mayoría de sus compañeros de promoción era en la práctica del combate, se negaba a mejorar en las otras parcelas donde fracasaba, ya que consideraba que lo realmente importante era la victoria en el campo de batalla, aunque para ello debiera intervenir personalmente en todas las reyertas.

Pero sus planes ya estaban trazados, pues siempre pensó que lo único que necesitaba para salir de ese destierro era un meritorio golpe de mano que acallara las críticas de aquellos envidiosos e hiciera recapacitar al mando sobre la necesidad de reclamar sus servicios en otros campos de batallas más adecuados a su dignidad.

Su ambición desmedida fue la que le llevó a ordenar a los hombres bajo su mando que cometieran toda clase de actos depravados contra cualquiera que se resistiera. Con tal de conseguir sus fines, era capaz de eliminar cualquier obstáculo que se le pusiera por delante, sin importarle quien fuera, ni la manera de conseguirlo.

José y sus guerreros dejaron que se adentrara en sus territorios junto con algunos centenares de aliados pawnees y

ojibwas. Esperaron a que se encontrara a una distancia lo bastante lejana de sus cuarteles para que no se pudiera planear el regreso. Después, conforme patrullaron los alrededores, los indios aliados de los invasores fueron eliminados convenientemente para dejar al francés sin exploradores ni ojeadores, no sin sufrir el coste de perder a un buen número de bravos guerreros.

Pero aquella importante pérdida no hizo variar el pensamiento del coronel francés, pues nunca se planteó una retirada por temor a ser vencido a manos de un ignorante dragón de cuera. Fue entonces cuando Pascal decidió cambiar de táctica para ir a sitios concretos, donde sus informadores sabían que solían acampar sus enemigos siux.

Muchos meses se mantuvieron cerca, pero no presentaron batalla en ningún momento. Tan solo se limitaron a llevarlos de un sitio para otro sin descanso. Cuando llegaron por indicación de sus aliados indios al campamento de verano de los perros cazadores, lo único que encontraron fueron los vestigios de que allí estuvieron acampados hacía poco tiempo. Lo mismo les sucedió con otros asentamientos conocidos por los mortales enemigos de las tribus siux, sin que en ningún caso pudieran localizar a nadie a quien abatir.

Antes de que comenzaran las lluvias y luego siguieran las nieves, los pawnees avisaron de la conveniencia de regresar pues se corría el riesgo de quedarse bloqueados, y además, los indios deseaban volver con sus familias. Durante ese tiempo, los únicos enfrentamientos fueron algunas leves escaramuzas provocadas voluntariamente, que se realizaron entre los propios indios, ya que al tener caballos podían ir más rápidos que la infantería francesa.

Gracias a la pericia y al buen hacer de José, casi todos se saldaron con victorias para los siux, lo que hizo que decayera considerablemente el número de enemigos que colaboraba con los franceses, mientras el coronel Pascal no dejaba de pensar que se encontraba demasiado cerca de su objetivo final para abandonar la caza.

Capítulo XXXVII

La familia de José, igual que el resto de los clanes siux, se mantenía unida, procurando gozar juntos del máximo tiempo que les permitían aquellas especiales circunstancias por las que atravesaban en esos angustiosos momentos.

Las mujeres y los niños pronto se acostumbraron a considerar que los asentamientos eran más provisionales que nunca, ya que los tenían que levantar constantemente para poner tierra de por medio con relación a sus perseguidores. Los más pequeños se tomaron la obligación como un juego más que les serviría para averiguar quién era el más rápido en montar y desmontar un tipi, a la vez que las mujeres organizaron el transporte de los diferentes enseres de manera que su rastro no dejara lugar a dudas de que por allí habían estado recientemente.

La misión era hacer creer a los franceses y a sus aliados que se encontraban demasiado cerca para abandonar. En muchas ocasiones, hasta se dejaron ver por los escasos exploradores pawnees que aún quedaban vivos para que se lo contaran al coronel Pascal.

Pero aquel mes de octubre comenzó especialmente lluvioso y los soldados se encontraban física y moralmente muy agotados. Montaron y desmontaron sus endebles tiendas de campaña en demasiadas ocasiones; recorrieron distancias considerables a paso rápido y sufrieron la merma de las provisiones para verse después con un obligado racionamiento, ya que casi habían acabado con las reservas de comida, producto de la caza que muchos de ellos debieron realizar como tarea extra. Muchas veces, también se encontraron sin agua que beber.

Mal dormidos y peor aseados, les picaba por todo el cuerpo y los ojos se les cerraban mientras mantenían su caminar

cansino. Algunos de aquellos que tenían la menor graduación fueron los que más se atrevieron a protestar por la situación en que se encontraban, y los primeros en caer frente a un pelotón de fusilamiento.

Aunque la verdad es que todos, incluidos los propios oficiales de mayor rango, pensaban de la misma manera con relación a la obsesión que padecía el coronel Pascal de la Colline Noire con aquel diabólico español que tantos daños causaba a sus tropas y a su prestigio.

Para entonces, y después de los importantes reveses sufridos, los auxiliares indios ya no se alejaban a mucha distancia del grueso del ejército francés y permanecían por los alrededores únicamente para servir de escolta a la infantería y prevenirla de cualquier ataque por sorpresa que se pudiera producir.

Una mañana amaneció con un panorama en el cielo que presagiaba tormentas cargadas de agua y la presencia de aparato eléctrico, lo que hacía imposible que se recorriera una sola milla.

Sin embargo, el coronel Pascal ordenó a sus hombres que movilizaran las tropas para que avanzaran hacia un lugar distante a una jornada completa de su posición que los pawnees llamaban boca del lobo. Según sus informaciones, desde aquel lugar elevado donde había muchas cuevas oscuras, se podían divisar las praderas a bastante distancia, lo que revelaría la posición exacta de la ubicación de los campamentos siux mediante el seguimiento del humo de sus hogueras.

Aquella posibilidad de cogerlos por sorpresa creó mucho interés en el ánimo del coronel, quien decidió forzar la marcha a pesar de las adversas condiciones climatológicas. Nadie se atrevió a contradecirle, pero todos estaban en contra de aquella decisión.

Con los terrenos encharcados hasta las rodillas los hombres caminaron completamente empapados, lo que les supuso que tenían que realizar un esfuerzo extra muy considerable para avanzar en medio de aquel barrizal provocado por el terrible aguacero que les caía encima.

La pólvora ya estaba mojada y las armas quedarían inservibles si no se resguardaban pronto de aquel diluvio. A pesar de las recomendaciones de los más veteranos, Pascal continuó empeñado en seguir adelante.

—¡Mi coronel! ¡Los hombres están agotados! ¡No pueden continuar!

—¡Lo harán o los abandonaré a su suerte!

—Pero con este tiempo no merece la pena forzarlos.

—¡Eso lo decidiré yo!

—Si nos atacan ahora, no tendrán fuerzas suficientes para defenderse.

—¡Las condiciones climáticas son iguales para nosotros que para los siux!

—La pólvora está mojada. En estas condiciones no sirven ni los moquetes ni las pistolas.

—¡Entonces tampoco servirán las armas de fuego del enemigo! ¡No hay motivo para preocuparse!

A duras penas llegaron hasta una inmensa explanada en forma de majada, en donde una densa niebla amenazaba con estar a punto de caer sobre el lugar, tan pronto como cesara la tormenta.

—¡Que las tropas permanezcan agrupadas! —ordenó Pascal.

La humedad les penetraba hasta los huesos y los fusiles escurrían el agua acumulada en forma de permanente goteo. Al poco tiempo de que dejara de llover, las nubes se convirtieron en espesa bruma que apenas permitía divisar a dos brazadas de distancia.

Por doquier comenzaron a escuchar el trotar de caballos. Al principio pensaron que era el eco de los caballos pawnees y ojibwas que inquietos no cesaban de moverse de un lado para otro. Pero aquel sonido resultaba demasiado contundente y continuado para proceder de unas galopadas cercanas. Parecía más bien que un contingente nutrido de caballería ligera se les iba a echar encima de un momento a otro.

El revuelo fue máximo pues las tropas quedaron muy desconcertadas al no saber la dirección exacta de donde provenían los inquietantes sonidos, ya que se confundían con el ambiente nebuloso, con la ceguera y con la falta de

ubicación posicional de los soldados que en aquellos instantes se giraban bruscamente en círculo mientras intentaban mirar hacia todos los lados posibles.

—¡Como sigan así, se van a herir unos a otros con sus propias bayonetas!

Exclamó uno de los oficiales, sin que recibiera respuesta alguna del coronel Pascal, quien se encontraba en las mismas circunstancias que el resto de su ejército.

Sin que ninguno de los lados estuviera protegido por un accidente geográfico natural resultaba demasiado difícil defender todos los flancos a la vez sin saber exactamente por dónde llegarían las primeras oleadas, por lo que el desconcierto se apoderó del ánimo de los desfallecidos soldados. Por su parte, los guerreros siux esperaron durante muchos días que se produjera ese fenómeno climatológico que siempre interpretaron como el anuncio del Gran Espíritu del final del buen tiempo. Después de recorrer largas distancias, de perder otras muchas ocasiones y de mantener alejado al enemigo, por fin consiguieron tenerle en el lugar exacto donde deseaban.

José sabía que en aquellas condiciones las armas de fuego no les servirían a ninguna de las dos facciones. Pero a pesar de los evidentes riesgos que suponía tanto acercamiento, tenía más confianza en el resultado favorable del combate cuerpo a cuerpo que sus hombres podían llevar a cabo, que si por el contrario se tenían que enfrentar al fuego preciso de los mosquetes franceses. Por eso, en cuanto se le presentó la primera ocasión no dudó en aprovecharla y decidió dirigir su ataque igual que cuando el vendaval arrasa los campos.

Atacó con todos sus efectivos desde los cuatro costados. La idea era ir al choque contra los franceses para juntarse en su empuje en el centro de las posiciones enemigas mediante una rapidísima carga de caballería.

Las armas que utilizaron fueron sus lanzas habituales pero alargadas unos palmos más para contactar antes que aquellos largos fusiles a los que se les había añadido aquellas bayonetas que los convertían en verdaderas picas especialmente diseñadas para ensartar cualquier obstáculo que se les pusiera

por delante.

Los cuchillos de hojas anchas y las hachas indias les debían dar alguna ventaja adicional pues resultaban mortíferos en la pelea corta por la facilidad de su manejo, a diferencia de las armas europeas, más pesadas y de menor movilidad.

Como espectros salidos del averno, camuflados entre la espesura de aquella bruma que mantenía entumecidos los músculos de la agotada infantería, cuando creyeron que se encontraban muy cerca de impactar contra su objetivo, gritaron con toda la potencia que les permitieron sus gargantas para causar aún más desconcierto entre las filas de los soldados invasores.

En cuestión de segundos se produjo un choque brutal por uno de los costados a los que siguieron consecutivamente los restantes flancos. Muchos soldados e indios, con sus respectivos caballos, salieron despedidos hacia el centro de donde se desarrollaba la gran escaramuza con una virulencia sin igual, de la misma manera que si fueran escupidos por un ciclón devastador.

Con aquella maniobra los indios siux consiguieron romper las defensas de la formación francesa hasta dibujar un gigantesco círculo en medio de la nada, cuyos componentes se debatían desesperadamente por evitar el morir a manos de los implacables atacantes.

Un peligroso juego de vida y muerte se ciñó sobre los participantes, a la vez que un revoltijo de armas variopintas, de hombres y caballos entremezclados, permanecían enzarzados en una cruel batalla como jamás se conoció por aquellos apartados lugares.

Para Chato resultó muy sencillo distinguir a quienes debía atacar, a pesar de la poca visibilidad, pues el olor a sudor tan especial que desprendían los uniformes castrenses no le resultaba del todo desconocido en atención a su etapa de aprendizaje en el presidio de Santa Fe, cuando todavía era un cachorro.

En cambio, los hombres debían tener sumo cuidado para no confundir aquellas sombras que se movían a su alrededor. Muchas veces, las únicas referencias que tenían para

diferenciarlas eran el ruido del cruce de las armas, los relinchos, los gritos de dolor, las llamadas de auxilio a los compañeros o el silbato de los oficiales que intentaban en vano llamar la atención de sus hombres para recuperar la formación de las filas.

Todos; tanto atacantes como defensores, eran conscientes de la importancia de romper o aguantar las líneas, pues en la medida que se consiguiera, ahí era donde residía precisamente la clave para obtener la victoria.

En medio de aquel caos, Mahpee Yahto disparaba a bocajarro a cuantos enemigos se ponían al alcance de su arco. A pesar del evidente riesgo, esperaba hasta el último instante que le era posible para reconocerlos claramente y no hacer así blanco en uno de los suyos.

En cuanto a los militares no había problemas por los uniformes y por la manera de moverse en el campo de batalla. Pero en lo referente a los otros indios hostiles, la decisión de soltar la tensión de su arma se complicaba bastante porque necesitaba algo más de tiempo, así como acercarse a menor distancia. No servía intuir las sombras ni los movimientos, ya que se asemejaban bastante a los de su propio pueblo. En muchas ocasiones corrió excesivos riesgos por apurar en exceso su mortífera descarga hasta que estuviera bien segura de la identidad contra quien disparaba.

Por otro lado, tenía que estar muy atenta para que ningún enemigo la encontrara desprevenida, ya que la distancia de seguridad la había tenido que reducir hasta la nada. Los combates eran cara a cara y no dejaban ningún margen de error. Quien dudara en el momento de máxima tensión estaba condenado a perder la vida de manera irremisible.

Además, por su condición de mujer, sabía que no podía enfrentarse cuerpo a cuerpo a la fuerza de un hombre. Por eso, debía acabar con los enemigos antes de que pudieran alcanzarla con sus brazos. Un riesgo que aceptó con todas sus consecuencias, porque entendió que debía compartir el peligro con su marido y con el resto de los guerreros siux.

Aquella fue la batalla más complicada de todas en las que intervino. Pero supo estar a la altura de lo que se esperaba de

ella con relación a sus insuperables habilidades. Eliminó a muchos rivales, y aunque ya era considerada un claro ejemplo para el resto de su pueblo, desde aquel día se la valoró como una digna sucesora de los valores que tantas veces trasmitió su padre, el gran jefe Enapay.

Porque sus enseñanzas no consistían solamente en que se entendiera la necesidad de procurar la muerte de muchos enemigos por razones de supervivencia. Él defendió la idea de que había que matar sin ira para que se quedaran apaciguados para siempre los espíritus de los adversarios caídos. Porque resultaba fundamental que no regresaran al mundo de los vivos, bajo cualquiera de las formas posibles, con sed de venganza.

Los participantes en la contienda se esmeraron al máximo de sus posibilidades para eliminar al mayor número de contrincantes. Con especial dedicación se emplearon el dragón de cuera y el coronel francés, quienes parecían ser los que estaban más empeñados en abrirse camino entre aquel amasijo multitudinario de hombres, bestias y diverso armamento ligero.

Los muertos, heridos y caídos que todavía permanecían enzarzados contra los enemigos mientras rodaban por la tierra de la pradera, se acumularon y sucedieron hasta que los dos jefes consiguieron dar el uno con el otro. Ambos destrozaron a todos los que se interpusieron por delante y demostraron que poseían técnicas de combate diferentes pero ambas muy precisas y depuradas, lo que les hizo ser considerados por los demás como temibles adversarios.

Hubo algunos, los más impulsivos y orgullosos, que se atrevieron a medir sus fuerzas contra ellos. Pero para su desgracia cayeron fulminados al instante. Todo hacía presagiar que antes de que finalizara aquella carnicería acabarían por desafiarse cara a cara.

Y así sucedió después de dos largas horas de ininterrumpidos enfrentamientos. La niebla levantó como si quisiera participar como fiel testigo de aquel combate singular, a la vez que permitió que los demás presenciaran el reto.

No hizo falta ninguna presentación, pues en cuanto se

miraron, los dos supieron quién era cada cual. El coronel titubeó unos segundos, quizás porque necesitaba coger aliento, o tal vez porque prefirió estudiar previamente a su oponente antes de lanzarle su primera acometida. En cambio, José se plantó delante y esperó sin mover un solo músculo a que el francés llevara la iniciativa. Se limitó a mirarle sin pestañear a esos ojos fríos y sin vida que tanto le caracterizaban.

Los primeros compases fueron ejecutados por el coronel De la Colline Noire, pero solamente sirvieron de leves y tímidos escarceos con el sable en un intento por averiguar los puntos débiles del dragón de cuera. Pero José los esquivó sin apenas dificultad.

Pascal continuó con sus acometidas, pero pronto se pudo dar cuenta de que aquel joven era mucho más escurridizo y rápido de lo que le habían contado sus aliados pawnees. Todavía no había recibido un contraataque y, sin embargo, ninguna de sus agresiones surtió el efecto deseado, lo que le hizo sospechar que el soldado español se guardaba mucha más habilidad de la que le mostraba.

Esa actitud pasiva, burlona y carente de preocupación que demostraba tener José ante sus ataques le hizo sentir el mayor de los desprecios posibles hacia su persona. Algo que no podía permitir; ironía con la que a lo largo de su vida nunca pudo convivir; sarcasmo que siempre le exasperó sobre manera.

Quiso reconducir sus golpes, pero cada vez los fallaba con más frecuencia, pues se perdían contra el aire o eran blocados sin esfuerzo con un pequeño cuchillo de descabello que el dragón portaba en su mano izquierda. Por cada movimiento perdido por parte del coronel, una sonrisa maliciosa y desafiante salía de la boca de su oponente, lo que provocaba que se enfureciera con incontenible ira.

Los hombres que estaban situados en las proximidades de su entorno pararon sus respectivas peleas, pues enseguida comprendieron que el resultado final de la batalla se revelaría de la misma suerte con que acabara ese particular reto. A todas luces, parecía que el joven dragón de cuera dominaba a su antojo al coronel francés, como si se tratara del juego del ratón y el gato, lo que hacía suponer el peor de los finales para el

estirado Pascal de la Colline Noire.

Pero en realidad, lo que quería hacer José era aprovechar su engreimiento para castigarle de la peor manera delante de sus hombres, como responsable máximo del ataque al poblado. Por ello, eligió el desprestigio y la burla, lo que ayudaría a sacarle de sus casillas y que cometiera un error que a la postre resultara de fatales consecuencias para su persona.

Y efectivamente, empeñado en ganar la pelea como fuera, se esforzó hasta el límite de sus conocimientos en el noble arte de la esgrima, sin que nada positivo obtuviera después de repetidos forcejeos. Pero en su último ataque se descuidó y no pudo evitar que su costado derecho se quedara desprotegido durante una buena parte del recorrido que realizó con su sable, de arriba hacia abajo, con el objetivo de asestar a su enemigo un golpe mortal. Esta circunstancia fue de inmediato aprovechada por el habilidoso soldado español, quien le encajó una contundente puñalada que le penetró hasta el hígado.

El coronel Pascal De la Colline Noire perdió las energías en cuanto sintió que la punta del cuchillo penetraba en su cuerpo. Primero notó cómo le desgarraba la chaquetilla del uniforme para luego, acto seguido, percibir la frialdad de la afilada hoja cuando le cortaba los tendones y los músculos que encontró en su trayectoria hasta que se insertó en el órgano vital. Para entonces, no le quedaba vigor ni para mantenerse en pie. Caído de rodillas frente al ganador esperó una muerte digna y rápida, que José le proporcionó mediante un certero descabello.

En ambas heridas estuvieron concentradas todas las representaciones de rencor que pesaban en el corazón del soldado español por tantas personas queridas a las que debió de olvidar entre lágrimas y sollozos que ocultó para sí. Pero el último movimiento en concreto sirvió para aliviar su alma de un inmenso deseo de venganza que aún arrastraba por las muertes de sus padres adoptivos; una acción de castigo que tuvo que culminar por su cuenta, ya que todavía sus compatriotas no la habían llevado a cabo por razones que desconocía. Fue la primera vez que se alegró profundamente por haber dado muerte a un enemigo. Enseguida, José notó que había ganado el lobo negro que llevaba en su interior.

La noticia recorrió el campo de batalla con la misma rapidez que lo hace la pólvora cuando prende, lo que sirvió para que los oficiales al mando decidieran de inmediato el repliegue del ejército francés, no sin antes haber perdido a gran parte de sus efectivos. Para entonces la niebla había desaparecido por completo y esa situación la aprovecharon los guerreros siux para rematar a los heridos del bando contrario y, en especial, para ensañarse en acabar con la práctica totalidad de sus mortales enemigos pawnees y ojibwas.

Aquella acción no fue casual, ni solamente fue llevada a cabo como consecuencia del odio que ancestralmente se alimentaban. También existía una razón de mucho peso que José había contemplado realizar en caso de victoria, que los guerreros siux no podían pasar por alto. La clave estaba en suprimir a quienes actuaban como los ojos y los oídos de los invasores europeos de aquella zona. Sin su ayuda, quedarían condenados a permanecer dentro de los límites donde ya estaban asentados, lo que los obligaría a olvidar por mucho tiempo sus pretensiones expansionistas, al menos, hasta que sus aliados indígenas se recuperaran del durísimo golpe que acababan de recibir.

Los pueblos siux también sufrieron importantes pérdidas de bravos guerreros en aquella durísima confrontación. Pero regresaron a sus hogares con la satisfacción de haber conseguido la victoria más importante de su historia. Chaska y Shappa no cabían de gozo y apenas podían dejar de sonreír por la inmensa alegría que sentían.

Sin embargo, para su líder máximo, aquello solamente significaba el principio del fin. Porque para su desgracia, aquella situación se asemejaba bastante a la que ya había vivido con anterioridad en las posesiones españolas que estaban situadas mucho más al sur, allá donde la tierra se reseca por el efecto del sol abrasador.

A pesar de sentirse muy contento por la victoria conseguida, y porque su esposa se mostró en todo momento como una extraordinaria lideresa de su pueblo, no pudo ocultar su preocupación por el futuro. Era una sensación agridulce de la que Mahpee Yahto se percató de inmediato. No le dijo nada;

pero por un simple gesto y una leve caricia, le hizo ver que conocía sus pensamientos y que estaba preparada para seguirle donde quiera que fuera. Era su manera de demostrarle todo el amor que sentía por él.

Pero el joven dragón de cuera llamado José Mejía por nacimiento cristiano; más conocido entre sus antiguos compañeros de armas con el sobrenombre de Mestizo, u Hoya Lengi en lengua hopi de la tribu de los indios pueblo, siempre pensó que el objetivo conseguido era básicamente un plazo indeterminado de espera, que se prolongaría hasta que los nuevos reemplazos franceses volvieran a intentarlo de nuevo.

Aquello simplemente era una prórroga ganada con mucha sangre que les permitiría mantener esa libertad en su forma de vida que aquel pueblo amaba por encima de todo. De momento, el primer paso ya estaba dado, pues al menos, consiguieron frenar la expansión francesa mediante la dilación en el tiempo de lo que parecía ser una situación irreversible, que en su opinión ya no tenía solución posible: la conquista de aquel vasto territorio por invasores extranjeros, mucho más fuertes y poderosos que las tribus que ahora lo controlaban.

Capítulo XXXVIII

Sin saberlo, las consecuencias de aquella batalla fueron muy importantes porque marcaron un antes y un después para todas las fuerzas que intervinieron en la misma. Significó el comienzo del declive del poderío de los pawnees, así como el inicio de la desaparición de los ojibwas como pueblo. Las dificultades que surgieron en Europa retrasaron el interés de los franceses por aquellas tierras, por lo que durante mucho tiempo quedaron sin explorar.

Un extenso periodo de tiempo que sirvió para que los pueblos aumentaran de población y las nuevas generaciones de indios siux aprendieran el manejo de los fusiles con la misma precisión que sus suministradores, ya que desde su más tierna infancia fueron adiestrados con la idea de que debían superar cualquier dificultad que les viniera impuesta por los siguientes invasores, vinieran de donde vinieran.

A pesar del convencimiento que tenía José de que tarde o temprano aparecería otro ejército europeo con las mismas intenciones, nunca dejó de guerrear contra sus enemigos naturales en la zona con el fin de proteger sus territorios de sus múltiples intentos para expulsarlos, y al mismo tiempo, para dificultar al máximo aquella más que posible colaboración que sin duda prestarían a los siguientes conquistadores.

Pero esa creencia se la guardó para sí porque prefirió dejarlos que disfrutaran de tan magnífico resultado conseguido; algo que nunca les podrían quitar pasara lo que pasara en un futuro próximo. Un secreto que solamente compartió con su esposa Mahpee Yahto, con la que tuvo una descendencia de cuatro hijos y una hija, como consecuencia de un amor compartido que se mantuvo ardiente durante toda la vida.

Las estaciones transcurrieron demasiado deprisa y

estuvieron ocupadas con alegrías y penas de familiares y de amigos, según se producían los acontecimientos, así como por las múltiples batallas que se libraron con resultados dispares. En todas ellas, la única motivación fue conseguir el control del suelo, porque ahí era donde residía la garantía de supervivencia para las tribus siux.

Sin embargo, en las muchas ocasiones en que José tuvo que tomar difíciles decisiones, siempre supo cuál de los lobos que llevaba en su interior era el que ganaba. Y aunque muchas veces sus órdenes le suponían un trance doloroso, también le ayudaron para recordar y tener siempre presente la leyenda que les contó el gran jefe Enapay.

Con los años ganó en sabiduría y en experiencia, lo que le llevó a realizar una importante corrección a las palabras de su suegro. Se dio cuenta de que para saber distinguir entre el bien y el mal se hacía necesario que unas veces ganara el lobo blanco, y en otras ocasiones fuera el negro.

Comprendió que dentro de la misma persona ambos nacen y deben convivir hasta el fin de sus días. Por eso, el Gran Espíritu también creó al lobo gris; para que los hombres aprendieran a mezclarlos y así favorecer situaciones intermedias. Esas que muchas veces uno se ve obligado a realizar por las circunstancias externas y por la implicación de los lobos de los demás.

Aprendió que pocas veces se dan los dos extremos de una manera pura y clara, y que casi siempre son las tonalidades de mezclas las que prevalecen, al igual que tampoco existe en la naturaleza nada que no se pueda combinar convenientemente. Al igual que su antecesor, a fuerza de meditar, acabó por aceptar que todos los seres que existen sobre la tierra están relacionados entre sí y buscan el equilibrio eterno mediante círculos completos, cerrados y permanentes que se repiten incansables.

En lo referente al gran mastín Chato, le gustaba la guerra más que cualquier otra cosa, por lo que casi siempre acompañó a su amo en sus incursiones. A pesar del elevado número de contiendas en las que intervino, consiguió salir ileso de las mismas por lo que tuvo una vida larga y comprometida, que en

periodos de paz también dedicó a la guarda y custodia de su mejor rebaño; la tribu de los perros cazadores.

Algo especial sentía en su interior que le impulsaba a prestar una intensa dedicación a la familia creada por José. Pero por desgracia, su existencia tenía señalada una caducidad muy anterior a la de los humanos, y en seguida comenzó a mostrar evidentes signos de envejecimiento.

No obstante, algunos años antes de que desapareciera, resultó ser la mejor demostración de que los pensamientos de su amo no iban descaminados, porque aún tuvo fuerzas para presentarse una mañana de invierno acompañado por una enorme loba de lomo gris que apenas se atrevía a aproximarse hasta los límites del poblado.

A todos sorprendió su comportamiento, pues Sunka Tanka Akicita comenzó a ladrar de una manera reiterativa como nunca antes lo había hecho, posiblemente para llamar la atención de los que se encontraban atentos por los alrededores.

Por sus gestos, parecía que la invitaba a acercarse hasta el tipi de Mahpee Yahto, aunque en alguna ocasión debía empujarla con el hocico para que continuara adelante. Pero la loba se quedó parada a pocos metros de la primera tienda y no quiso continuar más. En ese momento, los hijos de la pareja corrieron en su busca ante la oposición de sus padres, pues temieron un ataque mortal de la asustadiza invitada.

José se adelantó para averiguar qué le ocurría a su fiel compañero. Ante su sorpresa, tras la pareja de canes aparecieron tres cachorros juguetones que imitaban todos sus movimientos y se mantenían entretenidos mientras mordían unos tallos de plantas secas. Aunque con bastante mezcla en su pelaje, a simple vista resultaban ser muy grandes, gordos y demasiado chatos para negar la rama de donde procedían.

—¡Vaya! ¡Veo que tú también has formado tu propia familia! —exclamó mientras le acariciaba su enorme cabeza—. Me alegro mucho. La savia nueva siempre es bien recibida porque rejuvenece y mejora la raza. Los entrenaré como hice contigo para que sean imbatibles —le dijo a Chato a la vez que incitaba a los tres cachorros para comprobar su carácter, bajo la atenta mirada de la madre.

Enseguida se juntaron los hijos de la pareja y el resto de la tribu, quienes consideraron aquel insólito hecho como una señal divina; un acontecimiento que muchos quisieron interpretar como la confirmación de la supremacía de los indios siux sobre el resto de las tribus, porque el gran espíritu del lobo les había otorgado sus bendiciones a través de esa inusual camada.

El soldado español no quiso prestar demasiada atención a tanta imaginación, pero ante una observación de su esposa, no tuvo más remedio que reconocer que quizá algo había de cierto en aquellos nacimientos.

—Mira, José. Observa la fuerza de la mirada del cachorro más grande. ¿A quién te recuerda?

—Es la misma que tenía tu padre —José prestó más atención y enseguida respondió sin ningún titubeo.

—Eso pienso yo. No hay dudas. Este cachorro tiene algo del espíritu de Enapay.

—No me lo puedo creer.

—Mi amor. No te esfuerces por entenderlo. Con que estemos convencidos y así lo creamos es suficiente para nosotros —contestó Mahpee Yahto muy emocionada.

Desde aquel día, el poblado entero tomó a los recién llegados como si fueran talismanes portadores de buena suerte. Por todos fueron considerados espíritus protectores que los librarían tanto de los acechantes demonios, como de los numerosos enemigos que desde hacía muchos años querían arrebatarles sus territorios. Nada más verlos, los perros cazadores creyeron a ciencia cierta que con su sola presencia sería más que suficiente para que los llevaran hasta la victoria final.

Por otro lado, a las pocas semanas de que la camada fuera acogida en el poblado, ocurrió que los exploradores localizaron una gran manada de bisontes que sirvió para abastecer hasta el máximo de su capacidad las reservas de carne. Entonces, a partir de ese momento, ya no hubo ninguna duda acerca de su benéfica intervención en la caza y también para propiciar las buenas cosechas.

La armonía espiritual parecía cerrar el círculo mágico para

cumplir su cometido como siempre lo había hecho. Pasados los años, por un simple cumplimiento de la ley de la naturaleza, la jerarquía de Chato fue adquirida por el que resultó ser el más fuerte de su descendencia.

En concreto, por aquel que ya desde cachorro poseía aquella mirada tan especial que les recordaba al jefe Enapay, característica fundamental por la que enseguida fue considerado como un miembro de la unidad familiar formada por el ahora gran jefe supremo y su esposa Mahpee Yahto. Al igual que su padre, aquel mastín iba pegado a José a todas partes. Como si cumpliera una orden suprema de su progenitor, gustaba de acompañarle por donde quiera que fuera como si de su propia sombra se tratara.

Por su parte, el militar descendiente de españoles que llegó a sus vidas cuando solo era un joven soldado, y que a pesar de su juventud superó todas las dificultades para vencer a franceses y pawnees, insistentemente buscaba todos los días algún momento de tranquilidad y sosiego para subir a la cima de la colina más próxima, y así divisar con mucha calma el horizonte.

Le gustaba otear el norte con cierta carga de intriga, pues estaba convencido de que por allí, tarde o temprano, llegaría una invasión de enemigos, a pesar de que su pueblo y el resto de jefes no opinaban lo mismo. La curiosidad le embargaba pues en su interior aún permanecía intacto ese espíritu aventurero que le hacía anhelar con todas sus fuerzas la exploración de aquellos parajes perdidos; una aventura que le llamaba poderosamente la atención, a pesar de que presuponía que quizás nunca la acometería.

Sin embargo, cuando dirigía su mirada hacia el sur notaba un sentimiento dispar. Algo parecido a una mezcla entre añoranza y resignación, tal vez porque deseaba que aunque fuera por una única vez, pudiera reconocer a lo lejos esa forma de patrullar al galope tan peculiar y característica que solo poseían los invencibles dragones de cuera.

FIN

Edición en formato digital: 2023

© Santiago Blasco, 2023
© Algaida Editores, 2023
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
www.literaria.algaida.es

ISBN ebook: 978-84-9189-791-0

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.